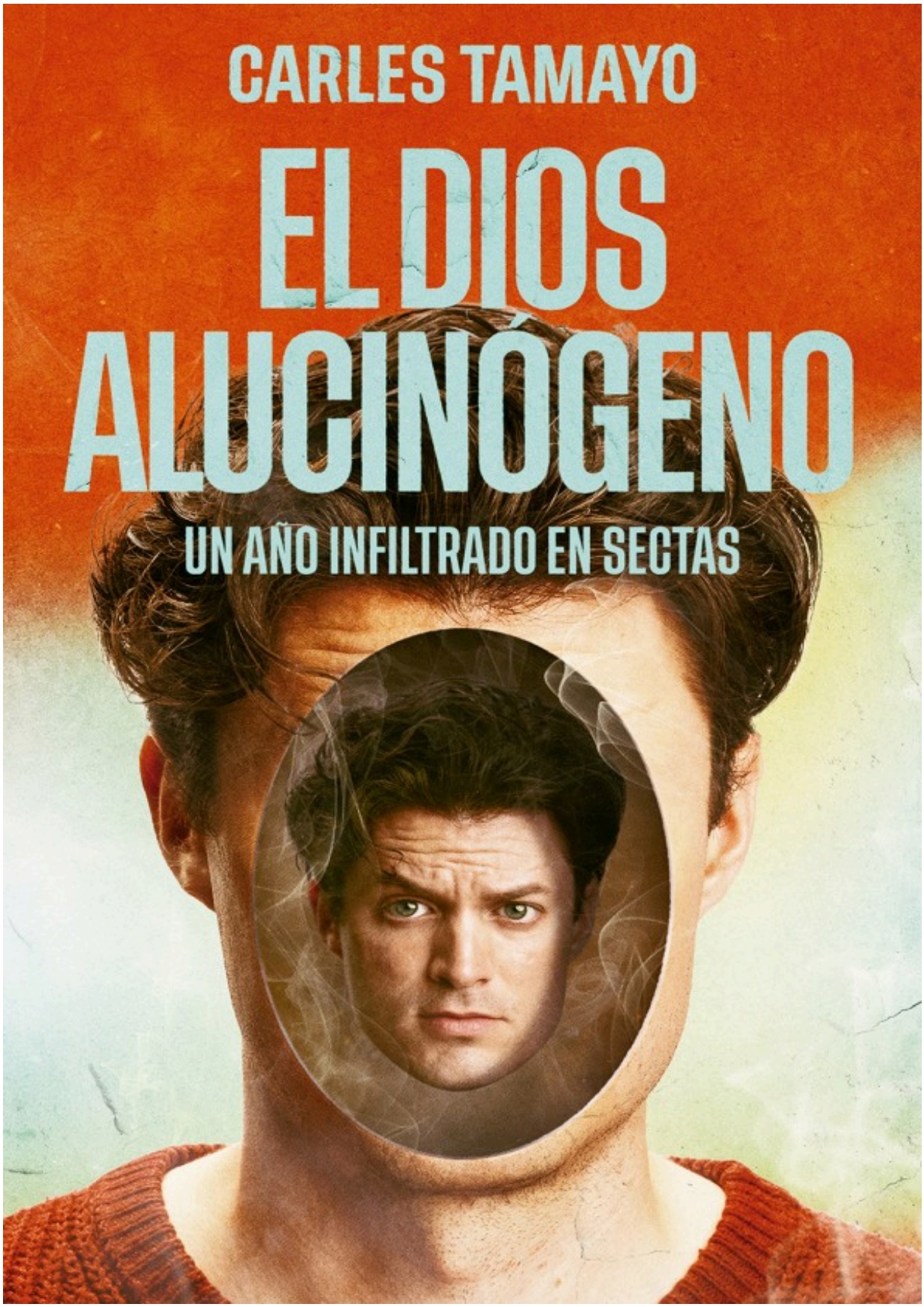
CARLES TAMAYO

EL DIOS ALUCINÓGENO

UN AÑO INFILTRADO EN SECTAS




CARLES TAMAYO
EL DIOS ALUCINÓGENO
UN AÑO INFILTRADO EN SECTAS

CARLES TAMAYO

El dios alucinógeno

PLAZA JANÉS

A quienes me compartisteis una parte tan íntima y oscura de vuestra vida y me acompañasteis durante más de cinco años de investigación para intentar entender la verdad. Vuestra generosidad y vuestra valentía son el motor de este libro

1
La primera toma

La incomodidad es la señal de que estás creciendo.
Si duele, probablemente estás en el camino correcto.
Abandona la comodidad, abraza tu evolución.

Eso dice un cuadro cursi, lleno de flores, mariposas y colorines, colgado en la pared. Y yo me pregunto: ¿cómo de retorcido hay que ser para convertir las palabras «incomodidad» y «dolor» en algo positivo? Incomodidad significa molestia, lío, enfado… Básicamente, lo que nadie busca en la vida, que ya da bastante por saco por sí sola. Sus antónimos son comodidad, bienestar, gozo y placer. ¿De verdad hay quien consigue vender el dolor como si fuera el camino correcto? Lo mismo pasa con la famosa frase «empieza a vivir sin límites, sal de tu zona de confort»: ¿cómo de rebuscado hay que ser para convertir la palabra «confort» en algo negativo? Es brillante y perverso: convierte tu calma en mediocridad, tu estabilidad en fracaso. Y lo más útil para quien repite este mantra es que, si no alcanzas el paraíso prometido, no es porque el método sea humo, sino porque tú no sufriste lo suficiente, porque no «abrazaste tu evolución».

Y la gente cae en la trampa.

Claro que caemos.

Porque hay quien cree… y hay quien se aprovecha de los creyentes. Y no, no siempre es fácil distinguirlos porque a veces los segundos se disfrazan de guías, actúan como terapeutas o se camuflan de gurús y, ya sea desde la autojustificación o el cinismo, solo buscan obtener poder o hacer caja con la fe ajena.

Y ahí es donde entro yo.

Son las seis de la tarde y me dirijo a un chalet a las afueras de Barcelona. Voy disfrazado con una indumentaria que no tiene nada que ver con mi forma habitual de vestir: pantalones pirata, una camisa blanca ajustada con dibujos que imitan simbología maya —una semilla floreciendo— y más de una docena de collares de distintos tamaños y colores colgando del cuello. Me detengo un instante frente al cristal de un coche y observo mi indumentaria. Me pongo unas gafas de pasta negras, me tiro el pelo hacia delante para que el flequillo me cubra la cara y doy por completado el disfraz. Me coloco una pequeña mochilita negra a la espalda y camino hacia el chalet repitiéndome que, con este look, lograré pasar desapercibido, incluso si alguien me reconociera de alguno de mis reportajes.

Llego a la ubicación. Parece una casa de convivencias que poco tiene que ver con los espacios de culto a los que estoy acostumbrado. Me acerco a la puerta de entrada donde un cartel me da la bienvenida: «Escuela Consciente». No parece haber ningún timbre, así que llamo a la puerta con el puño y me recibe un hombre de unos cuarenta años, con camisa vaquera y mangas remangadas hasta el codo.

—¡Hola! ¿Puedo pasar? —pregunto.

—Sí, claro. Seguime —me contesta con una sonrisa.

Obedezco mientras trato de grabarlo todo con la cámara oculta escondida en un boli que llevo pegado en la mochila. Al avanzar, alcanzo a ver unas escaleras que suben a la planta de arriba y, un poco más allá, una cocina donde alguien parece estar preparando la comida. Todo tiene un aire caótico y entrañable que me recuerda a la Madriguera, la casa de los Weasley en Harry Potter. Voy grabando cada detalle de la peculiar decoración: tapices de tela en las paredes, colores saturados, frases de autoayuda mal impresas y enmarcadas… La iconografía propia de eso que llaman «evolución» y «consciencia». Y, como te decía, el cuadro que más llama mi atención proclama: «La incomodidad es la señal de que estás creciendo. Si duele, probablemente estás en el camino correcto. Abandona la comodidad, abraza tu evolución». Y no puedo evitar pensar que, cuando se publique la investigación periodística que estoy realizando sobre ellos, ese eslogan quedará expuesto en toda su ridiculez. Dejará de sonar inspirador para convertirse en prueba del engaño.

Finalmente nos detenemos en una sala de estar abarrotada de objetos. En un rincón, un pequeño escritorio de madera oscura nos espera. Allí nos sentamos, frente a frente.

—¿Cómo te llamás? —me pregunta el hombre.

—Soy Carlos —le respondo—, Carlos Rico.

—¿Pensabas hacer alguna otra medicina o solo ayahuasca?

—Mmm, solo ayahuasca.

Me informa que probar esta sustancia me costará unos ciento noventa euros. La fe siempre es cara. Esto, lo de pagar, es algo que

se mantiene en todas las congregaciones que he visitado, da igual la creencia a la que te aferres.

—Contame, Carlos, ¿qué te trajo hasta acá? —continúa, serio, con el gesto estudiado de quien aparenta la profesionalidad de un doctor en Medicina.

Yo ya tengo la respuesta muy ensayada, sé lo que quieren de mí, qué tipo de personalidad debo encarnar, así que intento ser un buen actor y sigo con mi guion.

—Pueees… no sé. Yo me dedico a hacer vídeos de bodas, bautizos y comuniones, pero últimamente se ha quedado todo muy parado, ¿sabes? Además…, recientemente mi pareja me ha dejado y lo estoy pasando bastante mal, la verdad. Buscando un poco por internet vi que me podíais ayudar y decidí probar, sin más, darme la oportunidad de *abrazar mi evolución* para salir del pozo… Un reset.

—Ya veo… Pues para esto del reset, para empezar de cero, como comentás, la mejor medicina es el *Bufo*; es lo que solemos recomendar en estos casos.

Y así de rápido es como mi interlocutor ha decidido que la mejor solución a mi pequeño drama personal es ni más ni menos que *Bufo alvarius*, un alucinógeno.

Bufo alvarius… Este término no me es ajeno. Hace pocos meses, en pleno verano de 2020, se hizo muy mediático a raíz de una noticia que me pareció surrealista: el actor Nacho Vidal —sí, ese Nacho Vidal en quien estás pensando, el actor porno reconvertido a guía espiritual— está siendo investigado por la muerte de un hombre durante un ritual en el que se inhalaba el veneno de un sapo. Lo que en principio iba a ser un viaje espiritual ha terminado saliendo en la sección de sucesos de todos los periódicos con titulares del tipo «El

rito del sapo que mató a un hombre» o «*Bufo alvarius*: el veneno psicodélico que promete curarlo todo». Así que sí, sé perfectamente de qué sustancia me habla. Lo que me choca es la ligereza con la que me propone consumirla, como si me estuviera ofreciendo un té de manzanilla. Ni una mención a las contraindicaciones, a los riesgos, ni mucho menos a que, hace apenas unos meses, uno de estos rituales acabó con una persona muerta. Pequeños detalles sin importancia.

—El *Bufo* tiene un precio adicional de cien euros —añade.

Eso sí, del precio no se olvida. Tras simular que valoro esta opción, me niego. No quiero soltar más pasta, así que la ayahuasca será suficiente droga para mí.

—La verdad es que no tengo mucha experiencia con este tipo de sustancias —le respondo—, y el *Bufo* me da algo de respeto… Prefiero empezar solo con la ayahuasca…

Después de la consulta inicial, me guía hasta el lugar donde voy a dormir: una habitación abarrotada de literas, una al lado de la otra, con una higiene más que dudosa. Me saludan unas cuatro personas que aprovechan para descansar antes del gran evento e intercambiamos unas palabras de cortesía. El olor es penetrante, una mezcla de humedad y sudor rancio que se me mete en la nariz a pesar de que intento aguantar la respiración. En las sábanas descubro unas manchas oscuras cuya procedencia prefiero no imaginar. Esperaba que un retiro espiritual me hiciera convivir con la naturaleza, pero, ingenuo de mí, no imaginaba que sería con este tipo de naturaleza. Toda una experiencia mística, desde luego. Por supuesto, qué decir de la higiene. Estamos en plena pandemia, un momento en el que el planeta entero lidia con la propagación de la

COVID-19 y se imponen estrictas medidas sanitarias: mantener dos metros de separación, cubrirse boca y nariz con una mascarilla, lavarse compulsivamente las manos… Y aquí, en cambio, todo eso brilla por su ausencia: tras intercambiar algunas palabras con ellos entiendo que nadie cree en el virus, porque, al parecer, los patógenos son para ellos una cuestión de fe más que de evidencia científica.

Mi guía se ha ido y, sin pensármelo demasiado, dejo la mochila sobre una de las camas superiores. Apago la cámara del bolígrafo y enciendo la cámara oculta que tengo integrada en el reloj. Cojo también mi cantimplora por si tengo sed y me dirijo hacia el salón. Por el camino me encuentro con otros huéspedes. Todo el mundo parece estar muy habituado a que los desconocidos campen a sus anchas, lo que me supone una ventaja. Para mi sorpresa, la gente es muy distinta a lo que esperaba. No sé por qué pensaba que las drogas alucinógenas atraerían a un público eminentemente joven. Esperaba encontrarme a chavales de unos veinticinco años como yo; sin embargo, tengo que tragarme mis propios prejuicios… Al llegar al salón, me recibe una mujer de mediana edad que bien podría ser una amiga de mi madre. A su lado un chaval me devuelve una sonrisa.

—¿Qué tal? ¿Es la primera vez que vienes? —le pregunto.

Se trata de Mario y tiene unos treinta y seis años. Es un tío que rebosa tranquilidad y buen talante.

—Este es mi segundo retiro —dice—. El primero me dio mucha paz y por eso he vuelto. Aunque mi novia me ha dicho que tenga cuidado, que igual esto es una secta.

Cuando termina la frase, Mario se ríe.

Vaya, ya ha aparecido la palabra. Esa que he intentado no pronunciar hasta ahora, pero que ha puesto Mario sobre la mesa: SECTA.

—¿Eso te ha dicho? —pregunto tratando de imitar su risa—. Un poco raro, ¿no?

—¡Ya ves! —dice entre risas—. Creo yo que sabría si estoy en una secta.

Me encantaría decirle a Mario que, en realidad, es por lo que estoy aquí: para averiguar si esto es una secta y, en caso de serlo, qué esconde. Pero, en lugar de eso, finjo una sonrisa.

Los otros compañeros del retiro son amables, algunos me preguntan por mi historia. Les cuento cómo me ha afectado la pandemia en el trabajo y que he tenido una ruptura sentimental que no sé gestionar, que quiero recuperar esa relación y que necesito respuestas y dejar de sufrir. Me siento perdido y profundamente desolado.

Ellos me entienden; de una manera u otra, también huyen de los mismos sentimientos, y no dudan en compartir conmigo sus historias, aunque acabe de llegar y sea un total desconocido. Candelaria, por ejemplo, me toca el brazo intentando consolarme; es una mujer de unos cincuenta y cinco años, de pelo rubio tintado, tez morena y semblante entrañable. Todo en ella me recuerda al aspecto de mi abuela.

—Te entiendo —dice—, pero aquí vas a dejar de sufrir. Esto es maravilloso.

Los ojos le brillan; están inundados en unas lágrimas que no llegan a caer.

—Desde que estoy aquí ya no sufro, estoy con mis niños.

Me cuenta que sus dos hijos murieron recientemente en un accidente de tráfico, pero que puede comunicarse con ellos a través de la ayahuasca. Siento un nudo en la garganta, intento contenerme para no venirme abajo. Incapaz de despedirse, de aceptar la pérdida y cerrar el duelo, ha terminado aquí.

También está Jaime, un chaval que no puede decir más de cinco palabras seguidas sin colar la palabra *mindset*. Tiene veintiocho años y trabaja de camarero. Mientras en redes sociales todo el mundo parece tener una existencia de ensueño, él está hastiado de una explotación laboral que solo le ofrece horas extra que nadie le paga. Busca un atajo, un camino fácil que le ayude a descubrir sus supuestos «puntos fuertes» y alcanzar el éxito en la vida. Está convencido de que la ayahuasca le revelará su verdadero destino, su potencial oculto. En realidad, lo único que busca es que, por una vez, algo en su vida sea fácil.

Muy cerca de él está María José, una chica de unos veinte años que asiste por primera vez a este retiro. Padece una enfermedad crónica en los huesos que le provoca fuertes dolores de espalda y la empuja a un único deseo: dejar de sufrir. Veo que está hablando con Víctor, de más de cuarenta años, que no encuentra una mujer con quien establecerse como pareja y está cansado de tanta soledad. Me dice que por primera vez en mucho tiempo se siente querido, que en esta comunidad lo aceptan sin reservas.

Muchos somos novatos. Algunos asistentes hemos llegado hoy mismo, otros llegaron hace unos días o semanas… Somos clientes, personas que, por un módico precio, participamos en el retiro. Pero también los hay que viven dentro del recinto. Llegaron en su día y no se han ido, y desde entonces forman parte de esta curiosa

comunidad: limpian, cocinan, organizan talleres, ofrecen las tomas de sustancias… Incluso me comentan que dedican horas a alinear cristales energéticos, signifique lo que signifique esto.

Miro a todos los asistentes y me doy cuenta de que lo que más me sorprende es también lo más obvio: son personas ordinarias, comunes, normales. Podrían ser mis amigos, mis familiares o mis vecinos, quizá alguien que podría trabajar conmigo, el panadero del barrio o la maestra de escuela que enseña en quinto de primaria. Les une una cosa: el dolor. Están rotos por dentro en mayor o menor medida, cargando heridas invisibles, pérdidas recientes, incertidumbres, ansiedad o una tristeza que no saben dónde colocar. Y es que cualquiera puede tener momentos en su vida que lo hacen vulnerable al tipo de charlatanes que estoy a punto de conocer. Existen líderes de sectas verdaderamente astutos y capaces de reconocer a la perfección el momento exacto para desplegar la estrategia que capte a una persona desvalida.

Abrazos, palabras amables, miradas de comprensión. Este primer día lo que aprecio a mi alrededor es un bombardeo de amor constante que nadie más es capaz de notar. Un calor que parece sincero, pero que es tan intenso que no les deja espacio para respirar. Como más adelante descubriré, lo que ahora es amor, compresión y afecto, en poco tiempo se convertirá en control, en dependencia y en abuso.

Así funcionan las sectas.

Al principio, todo es bonito.

Al poco de haber conocido a algunos de los inquilinos del chalet, aparece el hombre que me ha recibido en la puerta. Se acerca y, con

tono firme pero amable, nos indica que los recién llegados debemos bajar al salón de la toma, en la planta baja.

—Y antes de entrar, se tienen que descalzar —añade.

La estancia a la que llegamos es amplia: un salón con grandes ventanales de cristal cerrados a cal y canto. En el suelo se extienden varias colchonetas rojas, dispuestas en fila. Repartidos entre ellas, algunos cubos de plástico azul, de tamaño mediano, rompen la armonía del conjunto. Su presencia me inquieta: no presagian nada bueno. ¿Para qué servirán?

De uno en uno, nos sentamos en círculo alrededor de este hombre de camisa vaquera, que lleva un datáfono en mano.

—Me presento: soy Sergio, de Albacete…

Eso sí que no me lo esperaba: de Albacete, pero con un marcadísimo acento argentino.

—Voy a ser uno de sus facilitadores —sigue.

—¿Facilitadores? —pregunto, intrigado.

—Son los guías —me aclara Mario en voz baja, con la seguridad de quien ya lo conoce de su anterior retiro—. Ellos son los que reparten las sustancias, los expertos que dirigen las sesiones.

«Facilitador». Pienso que no es más que un término inventado para evitar decir directamente «camellos».

Sergio nos comienza a hablar, de nuevo, de toda una serie de sustancias alucinógenas que están a nuestra disposición si queremos «experimentar» con ellas, por supuesto, previo pago.

—Este espacio es para contarles un poco sobre las otras medicinas que hay, además de la ayahuasca —comienza diciendo mientras coloca una caja bastante grande delante de todos nosotros y abre la tapa.

De nuevo, *medicina*. ¿En serio va a seguir llamando «medicinas» a todo este cóctel de drogas?

—Cuando hablan por teléfono con las personas que los asesoran, es demasiada información y puede confundir…

Pausa dramática.

Admito que es un tío bastante bueno con la puesta en escena, la verdad.

—Uno ya tiene bastante miedo con el tema de la ayahuasca como para que encima te vengan con otras cosas. Por eso reservamos un espacio durante el retiro, o dos, para explicarles con más detalle de qué se trata. No importa el problema que tengas, tenemos la solución.

«Da igual qué problema tengas, tenemos la solución». Porque literalmente le da igual el problema que tengas, lo importante es lo que te pueda vender o sacar de ti.

—En esta organización manejamos todas las medicinas que en España no son ilegales —dice, con una forma bastante rara de expresarlo. Lo aclaro: según él, las que en España sí son legales. Y sigue hablando, con ese tono de teletienda espiritual—: Todas las medicinas son naturales. Las más potentes del planeta, contamos con ellas. La idea es que, mientras escuchás de qué se trata cada una, notes cuál te resuena, cuál puede aportarte algo.

La química y la ciencia no tienen cabida aquí; mejor dejarlo todo a la intuición. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes que para elegir una droga «medicina» lo mejor es ver cómo resueno con ella?

Trato de concentrarme en sus palabras, pero la contradicción entre su discurso chamánico y el brillo del datáfono me tiene completamente hipnotizado. Yo no puedo dejar de pensar en lo

curioso, casi poético, que me resulta este descaro. Es como si Buda aceptara Bizum, «Visa o Mastercard», pero con «consciencia». Una espiritualidad financiada a plazos que da comienzo con una transacción bancaria.

Se nos ofrece *caapi*, *Bufo alvarius*, ayahuasca, peyote… Nadie nos avisa de contraindicaciones, peligros, efectos secundarios o dosis. No se nos habla del coste. Eso sí, se nos habla del precio.

Y así, después de este singular catálogo de variedades, comienza la cata.

PIIP

Sergio nos entrega una especie de pasta negra bastante densa que nos debemos poner debajo de la lengua. Me repugna, pero no puedo rechazarla; estoy aquí precisamente para esto, aunque no de la manera que mis compañeros piensan. Así que la unto en mi dedo índice, pero es el anular el que hago pasar por mi lengua fingidamente. Es un truco básico que he practicado en casa. Espero unos segundos. Nadie parece percatarse de que restriego la auténtica pasta por una de las mantas mugrientas que me rodean, haciéndola desaparecer.

No me la tomo porque no sé qué componentes contiene, y hacerlo sería una irresponsabilidad. Mi papel aquí no es dejarme arrastrar por unos potingues de origen incierto, sino conservar la lucidez suficiente para observar, registrar y analizar lo que sucede a mi alrededor. Lo importante no es lo que yo pueda sentir bajo los efectos de una droga, sino entender cómo funciona el retiro, qué dinámicas se activan y de qué modo se manipula a los participantes.

No he venido a hacer un vídeo de «me drogo y te cuento lo que siento», sino a construir un relato más profundo y crítico de lo que ocurre en este lugar. Por esta misma razón he venido preparado para evitar ingerir ayahuasca o cualquier otra sustancia: llevo mis trucos ensayados, mis excusas previstas y la determinación de mantenerme sobrio.

PIIP

PIIP

PIIP

Todos los demás asistentes se ponen la pasta negra en la boca sin preguntar.

Pocos minutos después Sergio entrega las drogas elegidas al resto de mis compañeros —los que sí han *resonado* con ellas—, y lo hace datáfono en mano, por supuesto. La verdad es que esperaba algo más místico, porque el pitido de la tarjeta al pasarla por la terminal me corta un tanto la fantasía.

PIIIP

Mientras, me aseguro de que toda la escena quede bien registrada por mi cámara oculta.

—El secreto de este retiro, y de todos los que vienen, es la exposición interna —dice Sergio.

Uno de mis objetivos aquí es detectar técnicas coercitivas, esas maniobras de manipulación psicológica que buscan anular tu voluntad y tu pensamiento crítico para que termines haciendo lo que quiere el gurú.

—No se emiten juicios sobre las personas. […] Lo que no compartes te atrapa. […] Hablar de lo que duele es la única forma de trascenderlo.

¿Por qué Sergio insiste tanto en conocer todas nuestras intimidades? ¿No será acaso para poder manipularte posteriormente con esa información? Llámame desconfiado, pero miro a mi alrededor y puedo ver, así, *a priori*, unas dos cámaras de seguridad apuntando al salón, y apostaría lo que fuera a que nos graban. No es la primera vez que se denuncia a una secta por algo parecido: la *Escuela de Yoga de Buenos Aires* fue acusada por varios adeptos de usar grabaciones internas como herramienta de coerción y control de sus miembros, además de otras prácticas delictivas que incluyeron explotación sexual y lavado de activos… O el caso más mediático es el de la *Cienciología*, donde hay testimonios y hasta resoluciones judiciales que señalan cómo las confesiones privadas de los adeptos quedan archivadas en carpetas y luego pueden usarse en su contra si intentan marcharse o critican a la organización. Una especie de «terapia» que en realidad funciona como caja negra de chantajes.

Pero este no es el peor escenario. Al instigar a todos a abrirse emocionalmente, se genera un vínculo artificial, una sensación de apoyo que en realidad es una trampa. Para alguien en un momento de vulnerabilidad, ese calor funciona como un salvavidas. Y, una vez

atado, esa falsa seguridad se vuelve no solo necesaria, sino casi adictiva.

—Cada uno de ustedes va a contar por qué vino acá. Es importante que hagas lo necesario para confiar —informa Sergio, justo cuando clava su mirada en mí. Acto seguido señala a Candelaria y a Mario—. Ella entró confiada. Él tardó un par de horas… ¿Quién quiere empezar?

Algunos de mis compañeros, incluso esos a los que aún no conozco, comparten sus intimidades. Unos lo hacen con reticencia, otros con mucha voluntad.

—Yo he venido porque quiero ver… cómo me encuentro conmigo misma. Soy una persona muy amorosa y también muy ansiosa.

—Yo me voy poniendo bloqueos con el tiempo…

—Yo quiero sanar la relación con mi padre, que murió y siento que aún me pesa…

Cuando llega mi turno, me toca fingir de nuevo.

—Bueno… Hay una relación que… he dejado últimamente… Pues, no sé, a mí me gustaría retomarla, ¿no? Pero va a ser un poco difícil —digo añadiendo un poco de pena a mi tono de voz, para que sea más creíble.

Algunos me responden con un repetitivo «te entiendo, te entiendo».

—Y si esta bebida fuera una poción mágica que te cumple un deseo… ¿qué pedirías? —pregunta Sergio a Mario.

Silencio.

—Ser feliz. Para toda la vida.

Silencio.

Tras unos minutos en los que cada uno de nosotros está absorto en sus propios pensamientos, veo a Sergio acercarse a Candelaria. En voz bajita, le dice que en pocas horas va a volver a encontrarse con sus hijos, que gracias a la ayahuasca podrá hablar de nuevo con ellos, que vaya pensando qué quiere decirles.

Siento rabia.

Es una mujer atrapada por los alucinógenos y por un gurú manipulador que le susurra que esas visiones que la desbordan no son fruto de las sustancias ni del trauma, sino los rostros de sus hijos recién fallecidos que vienen a visitarla. Obviamente no es magia. Es solo un cerebro devastado por el dolor y alterado por la sobreestimulación de sustancias alucinógenas. Pero ¿cómo explicarle eso a una madre rota por la ausencia de sus dos criaturas? ¿Cómo pedirle que dude justo cuando lo único que le queda es creer?

Miro con dolor a este grupo frágil y vulnerable. En medio de todos ellos, estoy yo, que finjo mi papel de compañero de traumas, de búsqueda interna. Pero en realidad siento rabia, cabreo en estado puro contra aquellos que se llenan los bolsillos haciéndoles promesas vacías. Me revuelve el estómago ver a estos gurús que, sin remordimiento ni cuidado alguno, reparten drogas disfrazadas de medicina sagrada para mantenerlos sometidos, vivir a su costa y capitalizar su sufrimiento. Ese es, en realidad, su saber ancestral.

Tras esta sesión de confesiones, nos dividen por parejas. Hasta este momento solo estábamos los recién llegados, los asistentes externos. Ahora, en cambio, se incorporan también los miembros que viven en la casa. La atmósfera cambia: se nota enseguida quiénes llevan tiempo aquí, se mueven con soltura, con una seguridad distinta a la nuestra, como si ya conocieran el guion de lo

que va a ocurrir. No tarda en acercarse una chica. Me sonríe con confianza y me propone ser su compañero. La reconozco: hemos cruzado algunas palabras antes, creo recordar que se llama Marta. En efecto, es una de las residentes, una de esas personas que ya forman parte de esta comunidad.

Sergio anuncia la siguiente dinámica: debemos hacernos masajes mutuamente para «relajarnos y conectar mejor unos con otros». Marta se coloca delante de mí y comienza a presionar mis hombros con fuerza mientras yo, algo torpe, intento corresponderle. Después nos hacen levantarnos: bailamos, caminamos sin rumbo por la sala, rozándonos unos con otros, mezclando movimientos extraños que oscilan entre lo ridículo y lo solemne. La escena parece sacada de un taller de teatro experimental.

Cuando por fin dan por concluida la actividad, Sergio nos asigna un rincón: una pequeñísima parcela en una colchoneta roñosa que parece haber sobrevivido a demasiadas sesiones como esta. Apenas nos acomodamos cuando de nuevo Marta se acerca a mí. Esta vez me ofrece otra sustancia: *caapi*, dice. Estoy abrumado, todavía procesando lo anterior, y la rechazo con educación. Pero mi negativa no es bien recibida; insiste, como si el «no» no entrara en su vocabulario.

—Es un componente de la ayahuasca. No tiene ningún efecto; por ahí sentís un poco de relajación, pero es algo leve. La tenés que tomar para que la experiencia salga bien.

«La tienes que tomar». Retumba en mi cabeza esa orden envuelta en voz suave. Una obligación disfrazada de consejo espiritual. Yo, obediente ante su atenta mirada, asiento en silencio y me bebo todo el contenido de este vaso de plástico. El líquido es

pastoso, de un tacto grumoso y bastante amargo. No he probado nada así antes. Lo mantengo en la boca unos segundos, en los carrillos, aparentando haber tragado con rapidez. Y justo cuando tengo oportunidad de desecharla, la escupo dentro de mi cantimplora opaca simulando beber agua. He ensayado este gesto en casa para poder hacerlo con naturalidad. Los demás asistentes no perciben mi actuación. Al contrario que yo, ellos la consumen sin dudar. No han cuestionado nada, no han tenido reticencias.

Ya no miro a los devotos con asombro, ya no me pregunto cómo es posible que crean en todo esto. Lo inquietante no está en ellos, sino en él. En la figura del facilitador, del guía, del gurú. Me fascina, y perturba, cómo alguien logra instalarse en ese lugar de autoridad incuestionable, cómo alguien construye esa aura de legitimidad absoluta que le permite convencer a personas vulnerables de que su dolor será curado con una simple pasta amarga en un vaso de plástico.

—Este es un espacio seguro para sus emociones —nos dice Sergio.

Escucho a mis compañeros compartir sus miedos, sus más sagrados dolores internos, vivencias perturbadoras. Sergio nos insiste varias veces en que no debemos guardarnos nada, debemos exponernos como un libro abierto. Él sabe que solo así nos manejará a la perfección. Pero los demás, ajenos y sumisos, hablan, hablan y hablan cada vez más porque necesitan ser escuchados y reciben al grupo como se recibe un abrazo de consuelo. No saben que ese abrazo acabará por ahogarlos.

Ha llegado el momento que todos estábamos esperando: la primera toma de ayahuasca. Se nota en el ambiente, en la forma en

que la sala guarda un silencio reverencial, en cómo algunos asistentes entrelazan los dedos como si fueran a recibir una comunión. Sergio y sus ayudantes observan desde su posición elevada, cómodamente sentados en unos sofás de polipiel desgastada, mientras el resto estamos tirados en el suelo, sobre colchonetas desiguales y pegajosas.

Alguien apaga las luces y, en la penumbra, logro entrever cómo uno de ellos abre un tarro. La ayahuasca se presenta sin solemnidad, con el sonido torpe de un frasco doméstico al destaparse. Observo como, uno a uno, nos van dando de beber este brebaje espeso, negro, servido en pequeños vasos de plástico.

—Confiá. Sin miedo. Ella te va a mostrar lo que necesitás ver —me susurra Marta, mientras me entrega mi dosis.

Cuando me acerco el vaso a la cara, el olor me golpea de inmediato. Tiene algo áspero, denso, y me recuerda a la poción multijugos de Harry Potter. Pienso en Hermione, aquella vez que quiso infiltrarse como alumna de Slytherin y acabó convertida en gato. Por un instante, la comparación deja de ser graciosa. ¿Y si nos pasa algo parecido? ¿Y si esta mezcla turbia, que ni siquiera sé con certeza si es ayahuasca, nos transforma en algo irreconocible? ¿Cuáles son los efectos secundarios que nadie nos advierte y que pueden dejarnos marcados para siempre?

Todos los aquí presentes, obedientes, bebemos. Excepto Sergio y Marta, que, en su función de facilitadores, dirigen la sesión. Nadie dice nada. Yo finjo formar parte del rito, me muevo, susurro frases sin sentido, incluso dejo escapar algún que otro gemido, como hacen los demás. Poco a poco, entre el vaivén de los cuerpos y la penumbra estratégica de la sala, me acerco a mi cantimplora y

escupo. Esta vez me sobreviene una arcada, pero la resisto con dignidad. Ha comenzado un bucle que parece no tener fin.

Unos permanecen sentados en el suelo, al hilo de unos pensamientos que los engullen. Otros se mantienen de pie, con la mirada perdida, haciendo movimientos sutiles, zarandeando las manos. El aire pesa sobre nuestras cabezas y, aunque soy el único verdaderamente despierto, siento que me adentro en una pesadilla.

Empieza a sonar una música sutil de fondo; tiene ritmo, cierta percusión, una cadencia extraña. Uno de los chicos más jóvenes se zarandea lentamente al ritmo de la melodía.

«Dejemos que entre lo que vamos a escuchar…».

Un momento, ¿qué es esto? ¿Quién habla? ¿Y por qué todos tienen acento argentino?

«Dejemos que nos penetre… La autoridad es un fenómeno…».

La voz de un hombre se esparce por la sala. Todo está cada vez más oscuro, la música tiene una cadencia repetitiva y, de repente:

BRUAAAH

Alguien vomita en un único espasmo. ¿Os acordáis de los cubos azules que hay en la sala? Vale, ahora ya sé por qué están aquí.

BRUAAAH

BRUAAAH

BRUAAAH

BRUAAAAAAAAH

Varios de los asistentes vomitan en sus respectivos cubos. El sonido y el olor me revuelven el estómago. Qué asco. Me cuesta creer que yo mismo haya pagado por estar aquí.

«La autoridad es un fenómeno inevitable que surge de la aceptación de aquello que soy…».

Joder, qué mal huele. Necesito aire.

«La autoridad es el sentimiento más profundo de amor a uno mismo…».

Vaya, mi compañero de al lado continúa vomitando. Otro delira, está hablando consigo mismo: «Ya estáaa, ya estáaa», se dice. Ojalá ya esté, sí.

«Nuestros cerebros están muy cansados, pero nuestros corazones están más latentes que nunca…».

No sé cuánto tiempo ha pasado. La chica de allí baila como una momia. No logro ver quién es.

«Todo soy yo».

De vez en cuando, Sergio y Marta se acercan con nuevos vasos de ayahuasca, como si la solución a todo fuera seguir bebiendo. Hace calor, Mario convulsiona, ¿y si le ocurre algo?

«Yo soy todas las personas».

«He sido Hitler y Gandhi…».

«Y Napoleón…».

Alguien se ríe de forma extraña, tampoco identifico quién; yo permanezco alerta, atento a cualquier detalle que me rodea, y me aseguro de que mi cámara oculta siga grabando. El maldito audio está a un volumen muy fuerte. Siento que la cabeza me va a explotar de un momento a otro.

BRUAAAH

Qué asco, joder. Yo sí que he salido de mi zona de confort. ¿Y esta es la respuesta al sufrimiento y al dolor?

Una persona se ha dado un golpe; nadie pregunta si está bien. De hecho, nadie se ha dado cuenta.

¿Quién me ha tocado el hombro?

Observo a Candelaria, que tiene la mirada perdida. ¿Estará hablando con sus hijos?

Víctor mueve las manos en el aire.

María José está tumbada bocabajo, con la cara hundida en la colchoneta.

AAAAAAH

De pronto, rompe el silencio con un grito desgarrador que retumba en la sala y pone la piel de gallina a cualquiera.

«Yo soy vos».

«Yo soy todas las personas…».

Cierro los ojos un segundo, respiro lento, muy lento. Necesito tomar perspectiva. Como un camaleón, me fundo con el espacio y, sin más, imito lo que veo.

—AAAAAAAAAAAAAAH —grito.

—AAAAAAH —vuelvo a gritar.

Bailo vagamente, me tumbo un rato mirando a la nada. Observo a mi alrededor despreocupadamente, balbuceo cosas para mí mismo. Una actuación digna de un Óscar, desde luego.

«La autoridad es un fenómeno inevitable…».

«Dejá que penetre…».

«Dejá que penetre…».

«¡Dejá que penetre!».

Las horas parecen haberse detenido. Ya pasan de las cinco de la mañana y, aun así, los mensajes que suenan en el audio siguen repitiéndose de forma insistente. Aún hay algún que otro vómito. No sé qué va a pasar ni conmigo ni con toda esta gente. Están totalmente indefensos. ¿Hay algo más previsto para después? Parece no acabar nunca. Me mantengo despierto porque no quiero perderme nada; me resulta alarmante la idea de dejar mi cuerpo a su merced. La cabeza se me embota. Observo dónde está la salida y, mentalmente, repaso el camino hasta mi coche por si en algún momento necesito salir corriendo. Aun así, me obligo a mantener la calma.

De nuevo, Mario vomita y se encoge sobre el suelo. No puedo evitar preguntarme si su pareja —la misma que le advirtió de que quizá estaba metiéndose en una secta— sabrá en qué situación se encuentra ahora mismo. Parece un niño asustado, sus ojos abiertos miran a la nada. Yo intento relajar el cuerpo, no desentonar con mi estado de lucidez. Y mientras sigo con mi actuación, se me cruzan otros pensamientos. Esta misma noche, mi pareja y amigos se han

reunido para celebrar la Castanyada, una tradición catalana de otoño que me encanta, en la que se comen castañas, boniatos y panellets. Todo muy tranquilo. Yo debería estar allí, con ellos, comiendo algo rico y jugando a juegos de mesa. Pero en lugar de eso, estoy aquí, fingiendo estar drogado en medio de este ritual extraño, lleno de vómitos. Entonces, como un latigazo, una voz me sacude por dentro: «CARLES, ¿¡QUÉ NARICES HACES AQUÍ!?».

2
Una secta

Antes de seguir adentrándonos en las entrañas de la bestia, y ya que vas a acompañarme, deja que me presente. Mi nombre real no es Carlos Rico. Tampoco me ha dejado mi novia y, por suerte, no me va mal en el trabajo. Aunque sí es cierto que en el pasado llegué a ganarme la vida grabando vídeos de bodas, bautizos y comuniones. En realidad, me llamo Carles Tamayo Rico. Soy youtuber, cineasta…, ¿periodista?

Lo de «periodista» siempre ha sido un tema espinoso y motivo de debate. Recuerdo cuando me invitaron como ponente al Congreso de Periodistas de Huesca. Me presentaron como periodista y, en cuestión de minutos, ya estaba ardiendo Twitter. Lucía Méndez Prada, redactora jefa de Opinión de *El Mundo*, escribió: «Si nosotros mismos llamamos periodista a un youtuber, apaga y vámonos».

Pero ¿qué significa, en realidad, ser periodista?

Si nos ceñimos a la definición de la Real Academia Española:

> **Periodisita:** m. y f. Persona que se dedica al periodismo, Actividad profesional que consiste en la obtención, tratamiento, interpretación y difusión de informaciones a través de cualquier medio escrito, oral, visual o gráfico.

Entonces sí, soy periodista. Igual que lo son Lucía Méndez, Gloria Serra, Vicente Vallés o Susanna Griso. Al menos según la RAE. Aunque hay algo que me llama la atención: en esa definición no aparece en ningún momento la palabra «veracidad» ni el «compromiso con la verdad». No se habla de contrastar, de comprobar los hechos ni de asumir una mínima responsabilidad con lo que se cuenta. Y, sin embargo, ¿no debería ser justamente eso lo que separa a un periodista de un charlatán cualquiera? Si el periodismo se mide solo por «difundir información» sin importar cómo ni con qué rigor, entonces Lucía tiene razón: no soy periodista, no quiero serlo.

De todos modos, supongo que el prejuicio viene porque empecé joven, subiendo vídeos a internet en lugar de trabajar en una redacción con moqueta. Hay quien todavía cree que el periodismo solo cuenta si va acompañado de corbata, acreditación oficial o cabecera de periódico. Pero lo cierto es que, con o sin etiqueta, llevo años haciendo reportajes y, en algunos de ellos, me he infiltrado en sectas para investigar, denunciar y advertir de los riesgos que estas comunidades suponen para sus víctimas.

Y la cosa no se ha quedado aquí. Algunas de las investigaciones han derivado en acciones policiales y procesos judiciales. Un ejemplo es el caso de la secta comercial IM Academy. Entre noviembre de 2020 y mayo de 2021, publiqué una serie de reportajes en mi canal de YouTube destapando su funcionamiento. Me contactaron cuatrocientas cincuenta familias afectadas con las que organizamos una denuncia colectiva. En marzo de 2022 la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal de la Policía Nacional detuvo a ocho personas vinculadas a esta organización. Todavía el proceso judicial sigue en

curso, evidenciando la gravedad de las prácticas de este tipo de grupos.

En realidad, me encantaría contarte alguna historia épica sobre cómo empezó este proyecto un tanto loco de infiltrarme en sectas, pero lo cierto es que al principio no fue más que una idea ingenua, casi un capricho curioso.

Corría noviembre de 2017. Yo tenía veintidós años y viajaba con unos amigos en una caravana por las carreteras de Sevilla. Miraba distraído por la ventanilla cuando, de pronto, en mitad de la nada, apareció una basílica que no esperaba ver. Era un santuario descomunal, con campanarios, torres y capiteles en blanco y marrón que me recordaban muchísimo a la Basílica del Pilar en Zaragoza. Sin embargo, no fue la magnitud del recinto lo que más me llamó la atención, sino la reacción de mi amiga Aida. Ante mi propuesta de acercarnos, se negó de manera tajante.

—¡No, no! Pero ¡qué dices! Es la Iglesia Palmariana. —El tono de Aida hacía que el asunto me generara aún más interés—. ¿Nunca has oído hablar de esta secta? Ha salido en algún programa y todo.

—Ah… Pues no, no sé, ¿y qué dicen? —pregunté, intentando disimular mi entusiasmo.

—Allí hay familias enteras, gente encerrada dentro de la basílica que no puede salir, que les quitan sus casas… ya sabes, familias separadas porque le tienen la cabeza comida a la gente. Se quedan con su dinero y esas cosas.

¡BUM! Ahí estaba: la curiosidad. ¿Cómo podía ser que nunca hubiese oído nada de aquel sitio? Al parecer era algo famoso y conocido para mis amigos. Pero no para mí. ¿Quién había construido

aquel edificio enorme? ¿Cuánta gente formaba parte de la secta? ¿En qué creían? ¿Por qué daban su dinero y sus casas a la congregación? ¿Por qué estaba aquí, en mitad de la nada? Pero, sobre todo, ¿qué es una secta?

—¿De verdad no te suena? Es muy famoso, toda la gente de mi generación lo conoce. ¡Si hasta santificaron a Franco! —añadió Vannia.

—Espera, espera, ¿qué? —Aquello no paraba de mejorar.

—Al parecer, cuatro niñas se inventaron que habían visto a la Virgen mientras recogían flores o algo así y… Bueno, pues, hasta hoy.

Me petó el cerebro. Existía una especie de congregación, con una iglesia gigantesca, en mitad de la absoluta nada, en un pueblo perdido de Sevilla con un dictador como santo y que se fundó porque cuatro niñas vieron a la Virgen mientras recogían un ramo de margaritas silvestres antes de merendar. Sé sincero, tú también fliparías. He visto películas blockbusters con tramas mucho menos interesantes.

—De hecho, recuerdo comentarlo con mi abuela Encarna poco después. Ella me contó que Clemente y sus seguidores estuvieron en Sant Vicenç dels Horts, su pueblo, intentando captar a gente. Cerca vivía un chico al que captaron y del que nunca más se supo nada. Su familia…, bueno, nunca ha querido hablar del tema. Así que algo raro hay —sentenció.

«¿Una secta?». Por aquel entonces yo tenía una idea vaga —y equivocada— de lo que significa esa palabra. ¿Por qué unas creencias se consideran religión y otras secta? ¿Dónde está exactamente la línea? ¿Cuándo deja de ser una «fe respetable» para

convertirse en «peligrosa y fanática»? ¿Qué tiene el dios del Palmar que lo convierte en secta, y qué tiene el dios «oficial católico» que lo consagra como religión?

Antes de infiltrarme en la basílica de El Palmar de Troya, mi imagen de lo que era una secta venía marcada por el imaginario popular: La Familia, Jonestown o los Davidianos, por ejemplo. En mi cabeza, un adepto de una secta era alguien loco, probablemente mala persona, hippie y disruptivo, que vestía túnicas blancas, bailaba alrededor de una hoguera, practicaba el amor libre y creía en alguna conspiración extraña. Vamos, la caricatura de siempre. ¿Te acuerdas del capítulo de Los Simpson titulado *La alegría de la secta*? Pues justo así. Uno tiene los referentes que tiene.

No quiero extenderme demasiado porque, sinceramente, esto daría para otro libro entero, pero basta con decir que, un par de años después, terminé infiltrado en la Iglesia Palmariana y pude conocer de primera mano cómo es el día a día dentro de la congregación. La mayor parte de mi tiempo se centraba en rezar una y otra y otra vez hincado de rodillas dentro de la propia basílica.

Tras ver los reportajes que subo a YouTube, hay quien puede pensar que infiltrarse en sectas es divertido, o emocionante, pero nada más lejos de la realidad. La mayor parte del tiempo consiste en esperar. Es un ejercicio constante de atención, observación silenciosa y contención. No hay música de fondo ni planos espectaculares, solo muchas horas dedicadas a parecer invisible mientras tomo nota mental de todo. Lo que luego se ve —el momento tenso, el dato impactante, la revelación inquietante— es solo la punta del iceberg. Todo lo demás es rutina, cansancio, conversaciones que no llevan a

nada y un montón de tiempo invertido en conseguir apenas unos segundos de verdad útil.

Pero no nos desviemos, volvamos por un momento al Palmar. Entre misa y misa tuve ocasión de hablar con varios fieles, y recuerdo especialmente a una mujer que me ayudó a comprender qué diferencia una secta de una religión. Imagínate la escena: Rocío vestía como toda palmariana, con falda larga y marrón, medias oscuras, el cabello cubierto, camisa abotonada hasta el cuello y un rostro limpio, inmaculado. (Así las obligan a vestir: «Decencia palmariana», lo llaman). En la piel, apenas unas arrugas alrededor de los ojos, quizá de fruncir el ceño intentando esconder las preguntas nunca expresadas. Ya era mayor y llevaba media vida dentro de la institución. Ella misma lo decía con naturalidad.

—Sí, sí, toda una vida, más de cincuenta años consagrada al servicio de la Santa Iglesia Palmariana —me respondió con un leve gesto de orgullo en el rostro.

—¡Vaya! Estarán usted y toda su familia muy felices aquí dentro.

—Bueno, yo sí.

—¿Ellos no son felices?

—Bueno, bueno… —dijo bajando la mirada al suelo, con una sombra de tristeza sobre los ojos, pero la voz completamente calmada, lo que me pareció aún más triste—. Ellos dejaron la orden hace mucho.

—Ah, vaya, lo siento… Pero se verán a menudo, ¿no?

—No, no tenemos trato desde que se apartaron del camino. Es una cruz difícil de llevar, pero hay que aceptarla.

—Ostras, ¿y cuánto hace de esto?

—Veintisiete años. Desde que decidieron dejar la Verdadera Iglesia de Cristo. Pero yo he permanecido firme. Soy la única de mi familia que ha sido fiel a la Santa Faz.

— ¿Y no los echa de menos?

—Claro que sí. Son carne de mi carne. Pero tengo que quedarme aquí. Si me marcho…, ¿quién va a rezar por sus almas?

—¿Cómo…?

—Ruego diariamente a la Santísima Virgen del Palmar para que, cuando llegue el inminente y justísimo Castigo Divino, el Señor se apiade de ellos. No quiero que se condenen. Yo sé que, si persevero en la fe y cumplo con mis penitencias, Ella escuchará mis súplicas. No puedo abandonarlos. Aunque ellos ya no oren por mí, yo seguiré rezando por ellos.

—…

—Espero que, por mediación de Nuestra Madre Celestial, algún día nos reencontremos en la Gloria. Si yo me aparto del Palmar, les estaré dando la espalda. Y entonces sí que estarían perdidos. El alma de una hermana, de una tía, de una hija, debe velar, incluso en la separación terrenal…

Han pasado años y todavía tengo su historia grabada en la memoria. Ella resistía allí dentro, alejada de su familia, como un soldado abandonado por su pelotón en plena guerra, pero que aún confía en salvarlos del enemigo. Estaba dispuesta a soportar la distancia, la añoranza y hasta el olvido de sus seres queridos, porque el gurú de turno le había hecho creer que llegaría el Juicio Final y que nadie más velaría por las almas de los suyos. Y ahí entendí por primera vez cuán robusto es el andamio del engaño. Comprendí que los adeptos no son personas raras, ni iluminados

extravagantes, ni ingenuos sin remedio. No. Adeptos podemos ser cualquiera de nosotros. Porque todos tenemos —o queremos tener— a alguien a quien amamos, alguien a quien no soportamos perder. Y todos, por muy lúcidos que nos creamos, hemos pasado por una mala racha, hemos necesitado consuelo, hemos visto de cerca una enfermedad, hemos atravesado un bache económico o una desdicha personal. En algún ángulo de nuestra vida, todos hemos sido vulnerables. Y el mundo está lleno de gente que sabe detectar esa grieta. Auténticos profesionales de la manipulación: expertos en convertir la fragilidad ajena en negocio, en someterte con una sonrisa, en disfrazar el abuso con palabras como amor, misión divina o evolución. Son especialistas en decir justo lo que necesitas escuchar, en el momento exacto en que más lo necesitas.

Rocío —igual que Candelaria, la madre que solo quería volver a hablar con sus hijos muertos; o Jaime, el camarero desdichado; o cualquiera de los demás— no son adeptos porque sean idiotas ni porque estén marginados. Son adeptos porque son humanos. Y esto, aunque parezca obvio, conviene recordarlo. El foco de la denuncia, de la crítica, de la rabia, debe ponerse siempre en quien se aprovecha: en la institución que manipula, en el gurú que roba vidas, relaciones y tiempo. No en la persona que cae, sino en quien cava el agujero. Son ellos quienes disfrazan la explotación de espiritualidad, quienes llaman «camino» a lo que en realidad es una autopista hacia el abuso.

Volvamos a la RAE:

> **Secta:** f. Conjunto de seguidores de una doctrina religiosa, que suele agruparse en torno a un líder carismático y mantenerse

aislado de influencias externas.

De nuevo, esta definición se queda corta. Porque una secta no necesita un dios, ni una religión formal, ni siquiera una iglesia. Puede organizarse alrededor de un coach, de un influencer, de una promesa de riqueza o de una pseudoterapia milagrosa. Por eso, voy a fliparme un poco y a proponer yo mismo una nueva definición.

> **Secta:** f. Grupo totalitario que utiliza la fe, la vulnerabilidad o el sufrimiento personal de los individuos para manipularlos psicológicamente, captar nuevos miembros y mantenerlos dentro del grupo mediante el abuso psicológico.

Si alguien utiliza tu fe para controlarte, aislarte o someterte, entonces no estás creyendo: te están utilizando. Y eso, tenga o no tenga túnicas, mantras o rezos, es una secta.

3
La nueva era

Después de haber conocido de cerca todo tipo de sectas, creo que he desarrollado cierto radar: un olfato especial para detectar manipulaciones, discursos envenenados y envoltorios de espiritualidad que en realidad esconden intenciones mucho más terrenales. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en el que yo mismo estuve a punto de caer en la trampa.

Siempre me han gustado la mitología, la antropología y, en general, los temas raros. Así que cuando me dijeron que iban a enseñarme misterios místicos de la cultura maya, ni lo dudé. Y encima gratis. ¿Qué podría salir mal?

Un conocido me invitó a una «formación gratuita sobre cultura maya», y allí estaba yo, a las ocho de la mañana de un sábado cualquiera, entrando en una pequeña tienda de productos esotéricos en Vallcarca, un barrio de Barcelona. Desde el primer momento, el ambiente tenía un aire extraño que entonces aún no sabía identificar. Esos cojines con frases bordadas como «La verdad está en tu interior» o «Sana tu energía, y el mundo sanará contigo» ya tendrían que haberme hecho sospechar. Pero en aquel momento pasaron desapercibidos, igual que las telas colgadas en las paredes

con patrones pseudoindígenas, el humo denso del incienso y el palo santo medio consumido sobre un plato de barro.

Ya en el interior del local, una mujer se nos acercó con una sonrisa demasiado amplia para ser gratis y, tras apuntar nuestros nombres y fechas de nacimiento en su ordenador, nos guio hasta nuestra silla.

—A partir de ahora nos dirigiremos a ti como Semilla Galáctica Amarilla —me dijo.

—¿Cómo?

—Semilla Galáctica. Esa es tu verdadera identidad cósmica. Como un nuevo nombre y apellidos. Yo, por ejemplo, antes era Lucía…, pero ahora soy Dragón Eléctrico Rojo.

—¿Y a mí me ha tocado ser una semilla? ¿Y tú un dragón? ¿No había otra opción? —pregunté sonriendo al ver que teníamos cierta complicidad—. ¿Yo no podría ser una rana? Me gustan las ranas y las tortugas.

—La semilla es muy poderosa. Tiene la misión de florecer para la humanidad.

Asentí sin poner muchas pegas. No quería juzgar, ni parecer «cerrado de mente». Así que simplemente acepté mi nuevo rol cósmico y me senté en la silla que habían preparado para mí, como buena semilla lista para germinar. A partir de ese momento yo era Semilla Galáctica para el grupo de 13 asistentes a esta curiosa formación. He de reconocer que prefería ser Semilla Galáctica a Mono Rítmico, como le tocó ser a un hombre que tenía justo a mi lado.

—Yo esto lo hago por vocación, ¿eh? —dijo Dragón Rojo mientras nos daba una hoja con nuestro oráculo personal—. Hoy tengo la

tienda cerrada, pierdo ventas… Pero bueno, es lo que toca cuando una quiere ayudar a despertar conciencias. Vamos a comenzar activando el canal cósmico del día de hoy. Respirad profundamente y pensad en vuestro propósito vital.

Cerré los ojos y respiré, pero lo único que me vino a la cabeza fue «quiero desayunar algo».

Después de la «activación energética», empezó la parte teórica. La clase consistía, según ella, en «reconectarnos con el tiempo natural del universo», algo que aparentemente los mayas dominaban mejor que nosotros, que somos esclavos del calendario gregoriano. Nos explicó que la humanidad había sido desconectada de su esencia vibracional por culpa de un calendario artificial: el de 12 meses y 30/31 días. Un invento oscuro. Occidental. Malvado.

—La vibración natural es 28:13 —dijo con solemnidad—. Veintiocho días, trece lunas. Todo lo demás es mentira.

Asentí. No porque lo entendiera, sino porque no quería ser el aguafiestas del grupo. En ese momento intentaba no juzgar. Pensaba: «Bueno, no deja de ser una forma diferente de ver el mundo. Igual aprendo algo útil para un guion». Nos enseñaron a calcular algo llamado kin maya, a identificar a nuestros guías galácticos y a leer el oráculo personal. Durante horas estuvimos haciendo ejercicios con nombres como «activación del sello interior», «alineación del arquetipo solar» o «dibujar un fractal de propósito cósmico». Todo envuelto en una narrativa que combinaba astrología, numerología, energía cuántica y PowerPoint. Y claro, yo, curioso como soy, lo apuntaba todo.

Entre ejercicio y ejercicio, Dragón Rojo nos lanzaba frases que, ahora con perspectiva, eran pequeñas bombas de manipulación

emocional: «La Matrix te miente», «Solo los que despiertan verán el nuevo ciclo», «La verdad está en ti, pero solo si estás alineado». Yo, repito, en aquel momento no sospechaba nada. Me parecía inofensivo.

Lo peor llegó al mediodía, cuando nos ofrecieron de comer una mandarina —que, además, me repugnan— como si fuese un festín. Nada más. Lo relativicé pensando que, total, era gratis; podría haberme traído un táper, pero ni se me había pasado por la cabeza. Y acto seguido, la jornada continuó sin tregua hasta el atardecer: doce horas seguidas de vibraciones, cánticos y supuestas conexiones con guías invisibles. No hubo pausas largas, no hubo móviles, no hubo margen para detenerse a pensar. La estrategia era evidente: avanzar, avanzar, avanzar, de una actividad a otra, sin darle nunca a tu mente el espacio suficiente para preguntarse: «Espera… ¿qué estoy haciendo aquí?».

Hacia el final del día, cuando ya estábamos todos bastante reblandecidos, llegó el momento de «agradecer».

—El curso, como sabéis, es completamente gratuito. Pero si os ha gustado y estáis orgullosos del tiempo desinteresado que os he dedicado, podéis hacer una donación voluntaria de mínimo cincuenta euros.

¿Cómo?

¿«Donación voluntaria de mínimo cincuenta euros»?

Es un concepto raro.

Un oxímoron.

Pero claro, si te lo dice después de un día entero de teoría ancestral, cálculos místicos, palabras bonitas y conexión espiritual…, ¿cómo vas a decir que no? ¿Cómo vas a ser el único que no

agradece? Así que hice como todos los demás y le di cincuenta euros. Aunque recuerdo que algunos dieron cien o más.

Vaya día de puro altruismo.

Para rematar, la mujer anunció que, si alguien quería, podía llevarse de manera gratuita una camisa personalizada con su kin maya. En mi caso, una flamante «semilla galáctica». Y pensé: bueno, ya que he soltado cincuenta euros, al menos me llevo una camiseta a casa. Lo que no vi venir fue que, al ir a recogerla unos días después, me remarcó que era completamente gratuita pero, con tono solemne, añadió que «sería de agradecer» una donación voluntaria de veinticinco euros por el gesto. Y claro, volví a caer. Eso sí, reconozco que le estoy sacando provecho: es la camiseta que uso cada vez que me infiltro en estos retiros. Da conversación, queda de lo más integrada en la estética mística y, total, ahora que me sé de memoria todo el lore de la mitología maya, hasta puedo defender mi papel con bastante soltura.

Con el tiempo, y después de investigar varios grupos parecidos, entendí que aquel curso aparentemente inocente reunía muchas de las técnicas de persuasión coercitiva que utilizan las sectas.

Me despersonalizaron y me dieron una nueva identidad: Semilla Galáctica Amarilla. Nos dejaron claro que había un «nosotros» —los despiertos, los que vibramos bien, los que hemos visto la luz— y un «ellos»: el resto del mundo, los dormidos, los que aún siguen atrapados en el calendario gregoriano. Nosotros éramos los únicos conocedores de esta gran verdad y nuestra misión era expandirla. El proselitismo de toda la vida, como hacen los Testigos de Jehová puerta a puerta, por ejemplo. Y sí, durante un tiempo, fui ese

pesado que iba por ahí hablándole a su familia y amigos del kin maya como si les estuviera revelando el secreto del universo.

También estuvo el control de la información: toda interpretación debía pasar por sus palabras, sus guías, sus símbolos. No se cuestionaba, se aceptaba. Todo el día estuvo tan cargado de contenido, ejercicios, símbolos, arquetipos, cálculos y dinámicas que no teníamos espacio ni para pensar por nosotros mismos. Ocupación total del tiempo.

Y al final, la guinda del pastel: la presión emocional de la donación voluntaria. Voluntaria pero con cifra: cincuenta euros. Todo disfrazado de libertad, cuando en realidad el ambiente estaba diseñado para que pagar fuera la única opción coherente.

Pero lo más potente de todo era la promesa de un futuro mejor. Una sociedad distinta, más conectada, más consciente, más amorosa, más armónica.

En definitiva, la Nueva Era.

La Nueva Era (o *New Age*) no es una religión organizada ni un único movimiento homogéneo. Bajo el paraguas de la Nueva Era se mezclan ideas de muchas fuentes: astrología, hinduismo, budismo, esoterismo occidental, psicología humanista, chamanismo, ufología, terapias energéticas, pseudociencias de todo tipo… y, cómo no, el mundo de la ayahuasca. Ese brebaje amazónico que muchos han convertido en la joya de la corona del «despertar espiritual». Pero todo acaba confluyendo en una misma narrativa, que estamos viviendo un momento cósmico histórico, el final de la Era de Piscis y el inicio de la Era de Acuario.

La Era de Piscis, dicen, ha sido una época marcada por el sufrimiento, los conflictos y las guerras. Pero ahora nos toca entrar en la Era de Acuario: libertad, despertar espiritual y una humanidad que, en teoría, empieza a vivir en paz. ¿Quién no quiere un futuro mejor? Porque eso es lo que propone esta corriente: un cambio global en la conciencia humana. Una nueva humanidad más justa, más luminosa, más despierta. Su discurso suena bonito: habla de amor, de conexión, de equilibrio, de sanar el alma. Pero lo hace con un nivel de absolutismo tan fuerte que, para entrar, tienes que dejar muchas cosas atrás: tu pensamiento crítico, tu entorno habitual, tu identidad y hasta tu cuenta bancaria. Porque al final, cuando alguien te promete una utopía tan perfecta, tan redonda, tan idílica…, lo más sensato no es dejarte llevar por el entusiasmo, sino hacerte una pregunta muy concreta: ¿quién se está beneficiando de esa promesa?

Me costó un tiempo mirar atrás y revisar aquel sábado con ojos menos ingenuos, ojos que ahora saben que las sectas rara vez se presentan como sectas. Desde fuera todo puede parecer ridículo, incluso grotesco; pero desde dentro la cosa cambia. Dentro tiene su lógica, sus emociones, su atmósfera envolvente. Y por eso quiero contártelo. Porque si alguien como yo —un tipo normal, escéptico, racional, con la ceja levantada casi por defecto— acabó regalando su dinero a una señora que respondía al nombre de Dragón Eléctrico Rojo, entonces tú también puedes.

4
La integración

Una semana antes del retiro

Me despierto con el griterío de unas gaviotas discutiendo justo encima de mi cabeza. No, no es una metáfora ni un intento poético: literalmente se graznan como si una le hubiese robado el desayuno a la otra. Y sí, tiene sentido… Vivo en un barco.

No es un yate de lujo ni uno de esos veleros glamurosos que se ven por Instagram. Es un barco con encanto, amarrado en el puerto de Badalona. Durante años se alquiló por noches sueltas a turistas, hasta que llegó la pandemia de la COVID-19, los viajeros desaparecieron y yo —que no podía permitirme un alquiler normal en Barcelona— aproveché la ocasión. Contacté con varios propietarios de barcos buscando a alguno que aceptara un inquilino estable. Y ha funcionado. Por el mismo precio que pagaba por compartir piso con tres personas en el centro de Barcelona, he pasado a vivir solo flotando en un barco.

Desde fuera parece pequeño, pero dentro hay cuatro camarotes, dos baños, una cocina y más que suficiente espacio para dormir, trabajar y, sobre todo, pensar.

Esta mañana estoy sentado en la bañera del barco —la parte exterior donde está el timón, no una bañera de verdad, no soy tan excéntrico—, con el café frío entre las manos y el sol dándome en la cara. Deslizo el dedo por el móvil sin pensar mucho, perdido en las redes, cuando aparece un vídeo de un influencer hablando sobre su «viaje de sanación con ayahuasca».

¿Ayahuasca?

No es la primera vez que veo esa palabra. Últimamente aparece por todas partes: entrevistas, podcast, stories de influencers que hace un año vendían batidos detox y ahora hablan de «abrir portales internos». Así que hago lo que cualquiera con una dosis sana de curiosidad haría: busco en Google «ayahuasca Barcelona». Y ¡pum! Primer resultado, segundo, tercero…, todos llevan al mismo sitio: Inner Mastery. Una web que promete retiros transformadores con acompañamiento profesional, psicólogos, médicos tradicionales y hasta un sistema de integración terapéutica. Todo muy serio. Muy clínico. Muy bien redactado: «Equipo interdisciplinario», «psicoterapia integrativa» y «200 profesionales de la salud». Pinta bien.

Así que me apunto.

Esta web es la que me ha llevado a pasar una noche entera en un chalet a las afueras de Barcelona. Hago scroll y leo todo tipo de frases inspiradoras como «conecta con tu esencia» o «activa tu conciencia superior». Todo acompañado de imágenes de stock: gente abrazándose en medio de un bosque, o mirando al horizonte con los ojos húmedos. Pero no se parece demasiado a lo que estoy viviendo. También se confirma en la web que cuentan con un equipo de profesionales de la salud, aunque yo, de momento, no he visto a

ninguno. Ni uno. El único «profesional» que me ha atendido ha sido Sergio, un tipo que, en menos de cinco minutos, me ha dicho que «para hacer un reset» tengo que tomar *Bufo alvarius*. Claro que sí.

En el retiro

Casi no he dormido. No sé si por la tensión de que me descubrieran o por haber pasado la noche entera escuchando audios de un tipo argentino repitiendo las mismas frases en bucle. La sala, convertida en un campo de batalla espiritual, ha sido escenario de vómitos, llantos, confesiones y gritos, interrumpidos solo por frases del gurú como:

«Acepta la totalidad de lo que eres».

«Tú eres el único ser humano que ha existido… o existirá».

Ahora, con la luz del día filtrándose por las ventanas del salón, llega el momento de la llamada «integración».

—Una duda… ¿La integración qué es? —pregunto a Mario.

—Ah, la integración es… La propia palabra lo dice. Vamos a suponer que tú, por la noche, te desintegras, y entonces por la mañana lo metemos todo otra vez y dejamos la mierda fuera. Te integras.

¿Te ha quedado tan claro como a mí? Espero que sí, porque vaya porquería de explicación me ha soltado. Y es que hay algo que vengo observando en todas las sectas donde me he infiltrado: siempre se habla en términos vagos, con palabras grandes que suenan bien y parecen transmitir algo positivo, pero que no definen nada concreto. Todo el mundo busca la verdad, la felicidad, la libertad, dejar la mierda fuera… Pero ¿qué significan realmente esos

conceptos para cada uno de nosotros? ¿Pueden significar lo mismo para todos?

La respuesta es personal. La felicidad para mí es jugar con mis primos al *Rummikub*; para mi hermana, ir a correr, y para ti, no sé, ver un partido de fútbol si eres muy básico o leer a James Joyce si te las das de culto. (Aunque, si ahora mismo estás leyendo un libro escrito por un youtuber, probablemente sea lo primero).

En fin, antes de comenzar con la dichosa integración, me escapo un momento al baño. Necesito un respiro y algo de agua fresca en la cara para poder seguir atento a todo lo que ocurra. En el pasillo, me topo con una pizarra blanca. En ella está escrito el itinerario que estamos recorriendo. Le echo un vistazo, a ver qué me queda por experimentar, y me doy cuenta de que aún me espera un largo día:

HORARIOS DEL RETIRO

18.00 Registro y administración
18.00 Merienda
20.30 Taller (des)preparativo

Bueno, primera parte superada. Lo que queda no puede ser peor a lo que ya he vivido…, ¿no?

8.30 Sesión de Kambó (medicina adicional)
9.00 Desayuno
10.30 Taller de integración
14.30 Bufo alvarius *(medicina adicional)*
14.30 Almuerzo

Qué decir… Aquí el día empieza fuerte: una sesión de kambó antes del desayuno, para quienes dicen que les «resuena» esta «medicina». El nombre me suena más a misión secreta de Mortadelo y Filemón —Operación Kambó— que a medicina ancestral. Pero la realidad es bastante menos heroica: el kambó es el veneno de una rana amazónica que el facilitador introduce en la piel a través de pequeñas quemaduras con una varilla caliente. Me preocupa la fijación casi obsesiva que tienen aquí con usar a ranas y sapos para drogarse. Porque a las dos y media de la tarde está programada la sesión de *Bufo alvarius*, en este caso el veneno del sapo se esnifa. Dos anfibios con un mismo destino: acabar provocando un festival de vómitos.

Ya en el baño, aprovecho para comprobar que la cámara oculta ha estado grabando toda la noche sin problemas. Todo parece en orden y respiro aliviado. Al salir, me dirijo al comedor, donde los demás huéspedes desayunan fruta con gesto apacible, como si la noche anterior no hubieran vomitado el hígado. A mí, en cambio, no me entra nada. Solo con ver la mandarina que uno pela con devoción se me revuelve el estómago. Qué asco. Pero para ser justos, lo de las mandarinas no tiene nada que ver ni con el grupo ni con las drogas: son manías mías.

Pocos minutos después, volvemos al mismo salón donde la noche anterior se celebró la toma de ayahuasca. Sobre las mismas colchonetas roñosas comienza lo que ellos llaman «la integración». Según me ha contado Mario, este espacio sirve para reflexionar sobre lo vivido, una especie de puesta en común donde cada

asistente debe contar «qué le ha mostrado la ayahuasca». Porque, claro, se da por hecho que todos hemos recibido una revelación.

Empieza hablando Sergio. Su tono es suave, calmado, casi melodioso.

—No se le puede poner un valor monetario a lo que en este momento soy y que antes de venir acá no era.

Pues para no darle un valor monetario, bien que cobran a golpe de datáfono cada «medicina», pienso. Hay gente aquí que se ha gastado unos dos mil euros en un fin de semana.

—… Ahora nuestros cerebros están muy cansados… —dice Marta —, pero nuestros corazones, yo creo que, para la mayoría, están más latentes que nunca… o que en muchísimos años.

—Como bien dice Alberto Varela, las plantas tienen su propio espíritu, su propia inteligencia, y toman sus propias decisiones. ¿Qué les reveló a ustedes? Hoy sabemos que la ayahuasca está trayendo un mensaje nuevo, renovador… Varela lo llama la globalización de la conciencia.

La imagen del día anterior se repite: todos nosotros, sentados a ras de suelo sobre colchonetas sucias, descalzos, en actitud desenfadada y sumisa. Ellos, los tres guías, erguidos frente a nosotros en unos butacones con reposabrazos, como si ese detalle bastara para marcar jerarquía. Para ser simples «facilitadores» se comportan bastante como «superiores». Están alineados de forma casi coreográfica: mujer, hombre, mujer. A la izquierda, Marta —quien me entregó la ayahuasca anoche—, una mujer joven de rostro anguloso, mirada severa y voz suave pero firme. En el centro, Sergio —quien me recibió al llegar y parece dirigir el retiro— es el más hablador de los tres, con aire de líder accidental. A la derecha, Irene,

más silenciosa, casi etérea, que asiente lentamente cada vez que alguien menciona palabras como «evolución», «proceso» o «propósito».

Sergio retoma la palabra.

—Vamos a comenzar esta ronda con un ejercicio que nos enseñó Alberto. Se trata de algo muy simple y, a la vez, muy profundo: tres palabras. La primera, para expresar cómo te sentías antes del retiro. La segunda, cómo te sentiste durante la experiencia. Y la tercera, cómo te sentís ahora.

Sergio actúa como un gurú, pero basta escucharlo unos minutos para darse cuenta de que no es más que un reflejo de otro gurú más grande. Lo confirmo en cuanto empieza a invocar con reverencia a un tal Alberto Varela, del que dice haber aprendido todo lo que sabe.

Esta mañana me han enseñado vídeos de la persona cuya voz escuché anoche: un hombre mayor, de pelo largo y rizado, vestido de blanco, sonrisa amplia y acento argentino. No está físicamente presente, pero su sombra está en todas partes: en cada gesto, en cada frase, en cada decisión. Es el verdadero gurú, un líder ausente que consigue dominar sin necesidad de aparecer. Como esos villanos de película que nunca salen en pantalla, pero mueven todos los hilos desde la penumbra. Y, paradójicamente, precisamente por no estar, parece todavía más poderoso.

Sergio, igual que Marta e Irene, lleva años en la comunidad y lo repite con orgullo cada vez que puede. Y lo cierto es que
no hace falta fijarse demasiado: tanto su manera de actuar como su discurso muestran que han sido moldeados pieza a pieza por la doctrina que Alberto Varela expone en estos vídeos. De hecho, el mimetismo llega tan lejos que todos han terminado hablando con el

acento argentino de Varela, aunque Sergio sea de Albacete y Marta, de Barcelona. Han copiado no solo las ideas y las frases, sino también la entonación, la musicalidad de cada palabra. Se han convertido en un eco del líder.

—¿Quién arranca la ronda? —dice Sergio—. Tres palabras para decir cómo estabas antes, durante y después de las tomas, ¿dale?

—Duda, confianza, encuentro —suelta rápidamente Mario, un veterano.

—Antes estaba ansioso. Durante la sesión considero que he trascendido. Y… ahora… estoy iluminado —dice Jaime, con una sonrisa serena.

Poco a poco, los demás se van sumando.

—Desesperación, miedo y… bien. Me ha ido muy bien. —Poco elocuente, Víctor.

—Antes de venir estaba en plan búsqueda… y ahora me voy con otra vida —dice María José, solemne, antes de ceder su turno a Candelaria.

—Desolada, comunicación, orgullo.

Entonces llega mi turno.

Pienso rápido qué decir.

—Matrix, pastilla… y realidad. O verdad, más bien —digo, lanzando mis tres palabras al aire. Mi tono lleva una carga irónica evidente, pero aquí parece que nadie lo percibe. Ni Sergio, ni Marta ni Irene, que me observan desde sus tronos improvisados, detectan la broma escondida.

—Ciego, resuelvo y libertad —continúa otro chico con quien no he hablado mucho.

«¿Libertad?». Lo dice con tanta convicción que asusta.

Mientras uno a uno van hablando, Sergio no deja de repetir que la ayahuasca nos muestra la verdad que hay en nuestro interior.

—¿Sabéis? —dice Candelaria—. Lo que más me ha encantado… ha sido comprender que yo… soy todo, a un nivel muy profundo. Por ejemplo, las canciones que me encantan… las he hecho yo. No en esta vida, claro, pero las he hecho. Las cosas malas que me pasan también las he hecho yo.

Un momento… ¿Esto no es lo que decían los audios que se reprodujeron anoche?

—Porque al final yo soy todo. Soy la gente que me gusta y la gente que odio. Hitler y Gandhi.

«Todo soy yo».

«Yo soy todas las personas».

«He sido Hitler y Gandhi».

«Y Napoleón».

No puedo creer que nadie se dé cuenta de lo que para mí es obvio: está calcando palabra por palabra los audios que se emitieron la noche anterior, mientras muchos alucinaban. Miro a mi alrededor, buscando algún gesto de incomodidad: una ceja alzada, una mueca de sorpresa, cualquier señal de que alguien más lo ha notado. Pero no. Nada. Ni un parpadeo fuera de guion. Solo cabezas que asienten. Menos mal que lo estoy grabando todo, porque si no temo que nadie me creería. El gurú suplente, lejos de detenerse o matizar, sigue adelante, convencido de que la puesta en escena funciona. Y, visto lo visto, parece que sí.

—Porque tú has dicho las palabras que yo te estoy diciendo ahora. Porque tú has escrito las canciones que te gustan. Porque tú has filmado las películas que te gustan.

—Síííí —se suma Mario—. Yo soy él, yo soy ella. Soy la lámpara, el cojín… Soy todo.

De nuevo resuena en mi cabeza, nítido, el audio de anoche:

«Yo soy tú».

«Yo soy todas las personas».

¿De verdad? ¿Nadie va a decir nada? ¿Nadie se está dando cuenta?

Lo siento, no puedo aguantar más.

—Mmm… ¿No había una grabación ayer que decía eso? —lanzo, como quien lanza una bengala en la niebla. Necesitaba soltarlo o iba a estallar.

Se escucha una risa ahogada. Después, silencio.

—Cuando una persona habla… —Sergio me interrumpe despacio. Habla con calma, pero su tono ya no es el mismo: es una advertencia— cualquier comentario que haya en medio crea un corte en el recorrido que está haciendo hacia dentro.

Que me calle, vamos. Ese es el mensaje, disfrazado de advertencia amable. Y lo peor no es eso, lo peor es que mis compañeros se hacen eco. Uno tras otro repiten las mismas frases que anoche escuchamos en bucle por los altavoces. Ellos creen que esas palabras son suyas, que han brotado desde lo más profundo de su interior, como revelaciones íntimas. Pero no, son implantes. Me da la sensación de que la ayahuasca, aquí, no es más que una llave: abre la puerta de la mente para luego llenarla de eslóganes. Veo cómo les altera la conciencia, baja las defensas y, en ese estado maleable, se introducen visiones, reacciones, emociones que ya vienen prefabricadas. Es manipulación pura camuflada de espiritualidad. Y

me hiela la sangre comprobar lo fácil que resulta. Es como abrir una brecha directa al inconsciente.

Pero, de nuevo, no puedo hacer nada.

Solo observar.

El tiempo pasa y la conversación empieza a girar hacia lo íntimo, hacia lo personal, hacia esas zonas donde realmente duele. Con cada intervención, los asistentes se desnudan un poco más, entregando trozos de su vida. Nadie cuestiona nada; todos escuchan en silencio, como si ese desgarro fuera parte obligatoria del ritual… Que lo es.

De pronto, María José toma la palabra. Su voz apenas tiembla, pero se percibe que carga con algo pesado, algo que la ahoga desde dentro. Y cuando por fin lo suelta, es como si un nudo reventara en su garganta.

—Me da miedo no poder seguir con mi vida.

Esa frase no debería pasar desapercibida.

Es una alerta.

Un grito silencioso.

Lo sensato sería que alguien le recomendara acudir a un psicólogo, a un profesional de verdad. Pero aquí nadie se lo sugiere. Al contrario: Sergio la mira fijamente, como si oliera una oportunidad. Su tono es suave, casi paternal, pero el mensaje que lanza es peligroso.

—Sinceramente… ¿te interesa seguir con la vida que venías llevando?

Ella baja la mirada. Su voz apenas es un murmullo.

—No…

—Ya terminó el retiro —añade él—, pero podés seguir con tu proceso de asentar las comprensiones. Yo te invito a decir: «No quiero ir a mi casa». No digas «volver». Decí: «No quiero ir a mi casa».

No…

No, no…

No, no y no.

María José no necesita aislamiento. Necesita apoyo.

Está pidiendo ayuda y le están dando un empujón más profundo hacia el vacío. ¿Cómo que «no quiero ir a mi casa»? ¿Cómo nadie detiene esto?

—Okey… Me quedaré esta noche —responde ella, resignada.

¿Y sabes qué?

María José se quedó.

Por mucho tiempo.

Después de más de cuatro horas de conversación continua, en las que todos nos hemos visto empujados a exponer sentimientos y a compartir datos íntimos, el retiro llega a su fin. Ha sido agotador. Las últimas horas se escurrían lentas; el tiempo mismo se resistía a avanzar. Solo puedo pensar en subirme al coche, llegar a casa y darme una ducha larga con agua caliente. Necesito higiene. Física, emocional y mental. En todos los sentidos.

Por primera vez, salimos al exterior, justo antes de despedirnos. Con los pies sobre el césped húmedo, al borde de la piscina, algunos se abrazan emocionados. Me resulta curioso. Hace solo unas horas los vi vomitar sin descanso, encogidos sobre cubos de plástico. Los escuché gritar, retorcerse, confesar barbaridades que jamás deberían

salir en público. Y ahora, como si nada de eso hubiera pasado, se funden en abrazos y repiten que la experiencia fue «mágica», que quieren volver a vivirla.

Mientras observo la escena, se me acerca Sergio. Aún lleva la camisa vaquera remangada hasta los codos.

—¡Oye, Carlos! —me dice con familiaridad.

—Ah, dime.

—Estás invitado a mudarte acá. Esta cuarentena la pasamos de puta madre.

—Ya me imagino, qué envidia… —Río tímido.

—Acá la convivencia está pensada para seguir con el proceso. Entonces, cada tanto se hacen integraciones… Tendría que chequear los precios, pero si no me equivoco, son trescientos cincuenta euros.

—¿Al mes?

—Sí, sin comida ni nada.

—¿Solo la cama cuesta trescientos cincuenta euros?

—Mirá, para lo que es… es bastante barato. Así que volvé cuando quieras.

—Lo voy a pensar, pero en serio, muchísimas gracias.

—Si querés compartir algo en algún momento, tomar un café o lo que sea, ya tenés mi teléfono…

Y así, sin más, se marcha.

Sergio se pasea por el césped, charlando con unos y con otros, insistiendo en que vuelvan, repitiendo sus frases dulzonas disfrazadas de afecto. Emula a la perfección la máscara del guía bondadoso, pero debajo se esconde un lobo hambriento.

Salgo de allí con el cuerpo agotado, la piel pegajosa y la mente saturada.

Me subo al coche y, al arrancar, me invade una mezcla rara entre alivio y rabia. Alivio por marcharme. Rabia porque muchos no lo harán. Enciendo la radio y suena «Born Free» de Andy Williams. No, no la compuse yo en otra vida, de hecho yo no fui Andy Williams, ni Mozart, ni Paul McCartney… ni fui la lámpara del salón, ni un molinillo de café.

Pienso en ellos. En los que se quedan. En quienes esta misma noche volverán a tumbarse en esas colchonetas roñosas con la esperanza de entender algo, de sentirse un poco menos rotos. Pienso en María José que no quiere volver a casa en Candelaria y en lo mucho que echa de menos a sus hijos, en el chico que dijo «libertad» con los ojos brillando… Me gustaría creer que saldrán de ahí, que algún día notarán el truco.

Pero sé que no todos lo harán.

Y eso es lo más duro de todo.

5
La historia de Carmen

No sé muy bien qué esperar de esta visita. Solo que una chica a la que llamaré Carmen —para preservar su anonimato— viene al barco a contarme una historia que, según me ha explicado por Instagram, tiene que ver con Inner Mastery y con cosas que «se habían torcido bastante». Me parece suficiente como para preparar café y encender la grabadora.

Hace unas semanas estaba mirando un post de Inner Mastery en redes, uno de esos que aparecen aunque no los sigas, y vi que había comentado algo muy breve. Nada especialmente llamativo, solo un «en su momento creí que esto me estaba ayudando» y un emoji que no supe si era de tristeza o de resignación. Me sonó raro. Fui a mirar su perfil y vi que seguía mi trabajo. Había compartido algunos vídeos donde yo hablaba de abuso sectario y persuasión coercitiva y, en uno de ellos, comentó: «Gracias por hablar de esto. Me recuerda a gente que no pudo salir».

Le escribí sin muchas expectativas, solo por si acaso. Me respondió al día siguiente. Me confesó que sí que había estado dentro y que necesitaba hablar. Su historia, me dijo, era también la de muchos amigos que se quedaron en el camino. Algunos siguen

ahí y tal vez nunca salgan. «Y si contar lo mío sirve para que alguien más lo vea venir…, entonces habrá valido la pena».

Estoy terminando de recoger la cocina cuando oigo que alguien me grita desde el pantalán.

—¡¿Hola?! ¿Carles? ¡Soy Carmen!

Salgo a cubierta y la veo ahí abajo, de pie, mirándome con la mano en la frente para cubrirse del sol. Lleva una mochila grande y unas gafas oscuras que le cubren media cara. Le sonrío y le hago un gesto con la mano, como quien saluda a una vieja amiga. Bajo la rampa del barco, que cruje un poco al desplegarla, y le tiendo la mano para ayudarla a subir. Carmen la agarra con decisión, pero sin apretar demasiado.

—¿Estás bien aquí? ¿Quieres sentarte fuera o prefieres dentro?

—Fuera está bien —me dice—. A la sombra, si puede ser.

Le indico la banqueta de popa. Ella se sienta, se quita las gafas y en ese momento me doy cuenta de que hay una tensión silenciosa en su rostro, pienso que está haciendo un esfuerzo por mantener la compostura.

—No sé muy bien cómo empezar. Siempre me pasa cuando intento contar esto. Pero creo que lo que viví tiene que ser contado y comprendido. Me cuesta ponerle orden a algo que, en su momento, no tuvo ningún sentido. Lo que sí sé es que todo empezó mucho antes de Inner Mastery. Mucho antes de conocer a Alberto Varela. Empezó una noche, sola, en mi habitación, con el ordenador en las piernas y una búsqueda estúpida en Google: «Rituales de ayahuasca cerca de mí». No sabía qué estaba buscando exactamente. Pero necesitaba ayuda.

—Bueno, no creo que haya una manera de empezar. Cuéntamelo como te sientas más cómoda, yo te escucho…

Un inocente viaje

Mi cabeza estaba llena de dudas y mi corazón más vacío que nunca. La ruptura me había dejado destrozada. Estaba buscando algo que me ayudara, una respuesta. Y creo que pensé que la ayahuasca podría ser eso. La única cosa que podría ayudarme a resolver todo lo que no entendía de mí… Encontré Inner Mastery sin que nadie me lo recomendara. Aparecía por todos lados. Parecía legítimo. Todos los anuncios en las redes, los testimonios, todo parecía tan organizado, tan profesional. Tenían hasta una escuela. Ellos te vendían la solución a tus problemas. Lo que yo necesitaba en ese momento.

Recuerdo que en un viaje con amigos ya había tenido una primera experiencia con un chamán, algo que había sido revelador para mí. Quería más. Necesitaba más. Y fue entonces cuando decidí dar el paso y me apunté a un retiro de Inner Mastery. Yo no sabía en qué me estaba metiendo, pero esa sensación de querer «arreglarme», de encontrar una respuesta, me arrastró.

Llegué sola a un retiro completo, de jueves a domingo. No conocía a nadie y estaba nerviosa, pero también tenía esa sensación de estar a punto de hacer algo importante. Como si allí pudiera encontrar lo que llevaba tiempo buscando.

La primera toma de ayahuasca me golpeó fuerte. No sé cuánto tiempo pasó. Me mareé, vomité, lloré, temblé… Vi cosas que incluso hoy no sé si eran reales o no… Recuerdos, imágenes, emociones… Todo se mezcló. Fue muy intenso. Muy impactante. Pero no fui la

única. A mi alrededor había personas gritando, otras riendo, otras llorando como si se estuvieran rompiendo por dentro. Era una locura emocional. Muchas catarsis, muchos «mensajes».

A lo largo de aquel primer retiro sentí que había vivido algo muy fuerte. Salí de ahí con bastante información que digerir, por así decirlo. En aquel momento tenía veintipico años y no sabía si me había hecho bien o mal. El retiro me confundió más, la verdad. Pero salí con una sensación peligrosa de haber encontrado algo. Quería seguir indagando por ahí…

Y sin saberlo, esa duda fue el primer anzuelo.

La captación

Pasó más o menos un año y medio desde mi primera ceremonia hasta que volvieron a contactar conmigo. Uno de los chicos que trabajaba en la organización, y que sigue trabajando allí hoy en día, me escribió por Facebook. Me dijo que Inner Mastery estaba creciendo mucho, que estaban contratando a varias personas y que se acordaban de mí.

Me escribió algo así como: «¿Qué te parece si vienes otra vez a otro retiro, hablamos, te explicamos, vas viendo cómo te sientes… y ahí lo vemos?». Justo dio la casualidad de que en ese momento yo acababa de terminar otra relación amorosa. Estaba especialmente vulnerable. Fue como… como si se juntara todo otra vez. Las razones por las que fui la primera vez —esa búsqueda, ese querer escapar, el caos emocional— seguían ahí. No se habían resuelto.

Decidí ir. Les dije que sí. Pero no con la idea de trabajar con ellos, ni nada de eso. Solo fui a ver. No sabía qué hacer con mi vida,

estaba en esa crisis de no saber hacia dónde tirar. Y simplemente fui.

Y ahí sí, ahí me entraron fuerte.

Después de ese segundo retiro ya no salí. Fui a más retiros, luego empecé la formación…, y poco después decidí irme a vivir con ellos, a la comuna. Me convertí en parte del equipo, del núcleo, del pilar de la organización.

Al principio no era una oferta laboral como tal. O sea, ellos no te dicen «ven a trabajar con nosotros y te pagamos». No. Lo que hacen es decirte que, si quieres formar parte del equipo y convertirte en facilitador, primero tienes que pasar por su escuela. Se llama Escuela Europea Ayahuasquera. Suena rimbombante, pero básicamente es un cursillo para aprender a *facilitar* ayahuasca, pero lo más fuerte es que, mientras pagas, ya estás trabajando para ellos en los retiros. Te hacen un pequeño descuento «por ser parte de la escuela y colaborar», pero eso no cambia el hecho de que estás pagando por trabajar. Yo trabajaba en todo. Desde limpiar, recoger la sala, ayudar con las comidas… hasta dar ayahuasca.

Me pagaban algo si conseguía captar a otras personas para los retiros. Pero lo que ganaba era una miseria porque dependía de cuántas personas lograba reclutar, de cuántas ceremonias llevaba, de cuánto tiempo estaba al teléfono, escribiendo, llamando, insistiendo. Lo que cobraba no llegaba ni al 5 % de lo que costaba el retiro. Y además de todo eso, tenía que pagar por vivir con ellos. O sea, que pagaba la formación —que nunca terminaba porque siempre me decían que todavía no estaba lista—, y también pagaba la habitación en la comuna. Más si la habitación era privada, menos si era compartida. Pero pagaba igual. Es decir: aunque te

empezaban a pagar un poco, ese dinero volvía a ellos. Siempre volvía a ellos. Todo se lo quedaban ellos. Y lo máximo que llegué a ganar fueron unos seiscientos euros al mes. Lo normal eran cuatrocientos euros o quinientos euros por un trabajo de veinticuatro horas. Literalmente. Y, aun así, yo en aquel momento lo veía normal. No pensaba por mí misma. Me habían comido la cabeza y ni siquiera lo sabía.

El aislamiento

Poco a poco, sin darme cuenta, todo mi mundo empezó a girar en torno a ellos. Al principio pensé que solo era una etapa, que estaba probando algo distinto. Pero cuando me quise dar cuenta, ya no hablaba igual, ya no vestía igual, ya no pensaba igual. Yo, que siempre había sido muy escéptica, muy crítica, que me gustaba leer, investigar, pensar…, empecé a apagar esa parte de mí. Me lo decían: «Eso que te hace cuestionarlo todo es tu personaje, es ego, es desconfianza. Tienes que confiar».

Y lo peor es que me lo creía.

Recuerdo un momento que me marcó, aunque lo reprimí mucho tiempo. Un día, una chica —creo recordar que se llamaba África— vino a un retiro. Ya todos estábamos más o menos sobrios el día después de la toma cuando, de pronto, con los ojos muy abiertos, muy seria, dijo:

—Esto es una secta. Inner Mastery es una secta. ¡Tened cuidado!

Lo dijo en voz alta. Delante de varios. Con una mezcla de pánico y lucidez. Yo me quedé bloqueada. Literalmente sentí algo raro en el cuerpo. No sé explicarlo. Fue un impacto. Como una alarma que

suena por dentro. Una parte de mí lo sabía. Una parte de mí lo reconocía. Pero no me podía permitir pensarlo.

Estuve varios días con ansiedad por eso. No podía dejar de darle vueltas. Me obsesioné. Así que se lo conté a un compañero del grupo y le dije:

—Oye, África dijo esto. ¿Tú qué piensas?

Su respuesta fue automática.

—Esa tía no es parte del proceso. Está en negación. Tiene muchas resistencias. Eso pasa cuando uno no quiere mirarse.

Y claro, eso me calmó. Me calmó porque lo necesitaba. Porque, pensar «sí, estoy en una secta» me destrozaba. Porque, si eso era verdad, significaba que tenía que desmontar todo lo que había construido. Así que me aferré a la explicación que me daban y empecé a pensar: «Claro, África está resistiéndose. Es su personaje. No quiere trabajar en ella misma». Y con el tiempo, ya no me removía. Pensaba lo mismo que ellos: que quien critica es porque no quiere mirar, que no está preparado, que se está saboteando…

Lo creía de verdad.

La despersonalización

Una de las cosas más fuertes fue darme cuenta —después, ya fuera — de cuánto me había despersonalizado. Yo dejé de vestirme como solía. Antes me gustaba arreglarme, sin exagerar, pero me gustaba. Ahí empecé a ponerme pantalones anchos de colores que nunca me habría puesto. Ropa sucia a veces. Me daba igual. Como todos se vestían así, yo también. Nadie me lo decía explícitamente, pero sin darme cuenta, acababa igual que todos.

Y lo mismo con el lenguaje. Empecé a hablar como ellos. Usaba las mismas palabras, las mismas frases: «Proceso», «resistencia», «personaje», «abrirse en canal», «hacer conciencia», «integrar», «facilitar»… Incluso empecé a contagiarme un poco del acento argentino de Alberto. De un día para otro, ya casi no usaba expresiones mías. Solo usaba el lenguaje del grupo.

La vulnerabilidad

Otra cosa que allí dentro se veía como normal, pero que no lo es, es la exposición total. Lo de abrirse en canal, todo el rato. En las integraciones, en las reuniones, en las conversaciones privadas… todo se sabía. No había espacio íntimo. Ahí, si me guardaba algo, si no contaba lo que sentía o lo que pensaba, me hacían sentir culpable. Era como si ocultar algo —aunque fuera solo mío— fuera una forma de sabotearme. Me recriminaban si no me abría «lo suficiente». Y yo acababa creyendo que era por mi bien. Que abrirme del todo era sanador. Contaba mis traumas, mis miedos, mis relaciones. Y no solo a mi facilitador. A todo el grupo. Lo sabían todo de mí…, de nosotros. Se metían en nuestras relaciones, en lo que nos pasaba con nuestra pareja, con nuestra familia, con nuestro pasado.

Yo veía normal que mis compañeros de la comuna supieran con quién estaba saliendo, qué me pasaba, si discutía con mi pareja, si lloraba, si dudaba. Lo compartíamos todo. Y lo peor es que creíamos que eso era «hacer conciencia».

Y, por supuesto, todo giraba en torno a Alberto Varela.

Él era el centro de todo. El que había creado el método, el discurso, la filosofía, la escuela. Alberto era el que decidía todo, aunque no estuviera presente físicamente. Todos queríamos su aprobación. Todos queríamos ser «lo suficientemente conscientes» para estar dentro. Para seguir siendo parte del núcleo. Para ser de los «cercanos».

Y él lo sabía.

Se metía en todo. Sabía quién era pareja de quién. Sabía qué problemas había. En las reuniones de equipo después de los retiros —reuniones solo para los que vivíamos en la comuna—, muchas veces sacaba temas personales de alguien y los exponía delante de todos. Una vez me expuso a mí. Habló de algo privado mío y de mi pareja de ese momento. Lo dijo así, como si nada. Sin preguntarme. Delante de todos. Y nadie dijo nada. Porque ahí eso era normal. Porque pensábamos que lo hacía por nuestro bien. Yo pensaba: «Claro, él lo ve. Él ve lo que yo no puedo ver». Y así, lo aceptábamos todo.

El gurú

Hablar de Alberto no es fácil. No porque no sepa qué decir, sino porque todo en él era… contradictorio.

Inquietante.

Magnético.

Y profundamente tóxico.

Al principio, hizo que me sintiera especial. Muy especial. Me trataba como si yo fuera una pieza clave dentro de la organización. Me resaltaba todo lo bueno que tenía como persona. Me decía que

era importante, que tenía mucho que aportar. Y yo me lo creí. Me sentía vista. Apreciada. Elegida.

Pero lo que te da, también te lo quita.

Porque esas mismas cualidades que un día te alaba, al siguiente las convierte en tus mayores defectos. En tus obstáculos. En tu personaje. Cuando ya no le convenías, cuando no le gustaba algo de ti —aunque no supieras qué era—, podía volverse violento. No físicamente, no. Pero con las palabras. Con su presencia. Con su mirada. Te podía machacar con una sola frase, y tú encima te lo tragabas como si fuera por tu bien.

Y eso es lo más jodido: que tú lo aceptas. Tú piensas que él ya sabe por qué lo hace. Que él ve cosas en ti que tú no puedes ver. Que te confronta porque es parte del proceso. Piensas: «Es que estoy muy cerrada, es que todavía no confío, es que mi personaje está fuerte».

Alberto nunca necesitaba levantar la voz. Bastaba su tono. Su forma de mirar. Su manera de hablar, lenta, calculada. Como si tuviera todas las respuestas. Y tú, que estás rota por dentro, que no sabes ni quién eres, le crees. Porque necesitas creerle. Porque si no tiene razón él, entonces ¿quién la tiene?

Dentro del grupo, todo gira en torno a Alberto. Todo. Los retiros se hacen bajo su método. Los audios que se escuchan durante las tomas son su voz. Los vídeos que compartimos en redes sociales son suyos. Las frases que decimos, los conceptos que repetimos…, todo viene de él. Nos pasábamos el día hablando de Alberto. Compartiendo sus vídeos. Citándolo. Admirándolo.

Yo misma escribía por WhatsApp a mis amigos «a ver qué dice Alberto». Como si fuera un gurú. Como si él tuviera una línea directa

con la verdad. Y lo más fuerte es que ni siquiera pasaba tiempo real con nosotros. No estaba cerca. Pero su presencia lo dominaba todo. Era como un dios ausente, pero omnipresente. El que da, el que quita, el que sabe.

Y cuando sales… cuando por fin sales y lo miras desde fuera, te preguntas: ¿Quién es este hombre realmente? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Cuántas veces se ha sentado a hablar conmigo de verdad? ¿Cuántas veces ha salido de su pedestal para mirar a alguien a los ojos y decirle: «¿Cómo estás?». ¿Cuántas veces ha seguido el proceso de una persona más allá del dinero que aporta? ¿Ha estudiado Psicología? ¿Ha investigado sus teorías? ¿Ha colaborado con universidades, con expertos, con profesionales?

No.

Lo único que ha hecho es crear un sistema cerrado, con respuestas para todo. Una estructura donde cualquier duda que tú tengas ya está prevista. Y no solo eso: cualquier duda que expreses será usada en tu contra.

Todo encaja en su esquema. Porque el esquema está diseñado para que todo encaje. Y eso es lo más manipulador de todo. Que te convence de que eres tú quien ha llegado a esas conclusiones. Que lo que te pasa es culpa tuya. Que él no te dice nada. Que solo «te muestra lo que hay».

Y mientras tanto, lo veneras. Lo justificas. Lo defiendes.

Y ni te das cuenta de que todo lo que eres ya no te pertenece.

Las tomas

Yo he visto cosas muy fuertes en las tomas. He visto personas a las que se les ha ido la cabeza completamente. Y no es una forma de hablar. He visto ataques, brotes, situaciones que ponían en riesgo la vida de la gente, y lo más grave es que todo eso se normalizaba. Se disfrazaba de «proceso», de «sanación», de «expansión de conciencia», de «evolución».

Una vez, un señor tuvo un ataque epiléptico muy fuerte en plena ceremonia y no había ningún médico presente, ni protocolos, ni nada. Y nadie se escandalizaba. Nadie decía «esto no puede ser». Simplemente alguien decía «tranquilos, está atravesando algo, todo es perfecto, esto forma parte del viaje».

Yo vi varios brotes psicóticos en diferentes ceremonias con gente de todas las edades, de todos los perfiles, y lo peor es que no solo pasaba con los clientes, también con compañeros que trabajaban ahí. Incluso me pasó a mí. Lo grave de eso es que te lo resignifican todo, te dan una explicación para que encaje con el discurso, una historia para que no cuestiones nada. Y tú te la tragas. Porque no tienes herramientas para ver otra cosa, porque te han metido esa idea en la cabeza de que todo lo que sucede tiene un sentido profundo que no alcanzas a entender aún, pero que Alberto sí.

Nosotros, los que trabajábamos en Inner Mastery, ya habíamos comprado ese discurso. Ya lo habíamos interiorizado al cien por cien. Ya lo habíamos hecho nuestro. Ya todo lo que pasaba lo veíamos desde esa narrativa. Porque, si alguien se rompía durante una toma, no pensábamos que necesitaba atención psicológica urgente, pensábamos que estaba enfrentándose a su sombra. Que por fin estaba atravesando su trauma. Que era parte del proceso. Y si alguien sufría dos horas en silencio, retorciéndose, sin saber cómo

volver de sus alucinaciones, eso también era perfecto, también tenía sentido.

Y, mientras tanto, nosotros dábamos ayahuasca sin formación, sin saber absolutamente nada. Yo con veintipico años me encontraba en ceremonias con treinta personas a mi cargo, y entre ellas había mujeres que habían sido violadas, personas con depresiones fuertes, personas con intentos de suicidio, personas con trastornos graves que venían medicadas, y yo estaba ahí, con cero herramientas, creyendo que estaba ayudando, cuando en realidad estaba haciendo muchísimo daño.

Y no se trataba solo del daño físico o químico que pueden causar estas sustancias; se trataba del impacto psicológico, de cómo resignificaban todo lo que vivías para que encajara con su guion, con el esquema de Alberto, con su interpretación del mundo, de la mente, del trauma, de la conciencia, porque ahí dentro todo se filtraba por ese discurso, y era imposible pensar fuera de él.

Recuerdo perfectamente que muchos clientes me llamaban días después de un retiro y me decían: «Me siento muy mal, tengo ansiedad, no entiendo qué me pasa, estoy teniendo pesadillas, me despierto alterado, me ha entrado una tristeza que no puedo explicar». Y yo no sabía qué responder, porque no tenía respuestas. Aun así repetía lo que nos habían enseñado: «Todo está bien, todo forma parte del proceso, confía, tu personaje se está resistiendo, quizá necesites otra toma, quizá hay que abrir más el canal».

Eso también lo comentaba con los facilitadores mayores, y a veces llegaba hasta Alberto. Pero él siempre se salía por la tangente con frases como: «Cada quien tiene su proceso», o «vos solo podés acompañar hasta cierto punto», o «todo es perfecto». Esa frase la

usaban para todo, como una llave maestra que abría cualquier puerta y cerraba cualquier pensamiento crítico. Porque te hacían creer que no había error posible, que no podía haber daño, porque todo, absolutamente todo, tenía un sentido más elevado, incluso si tú no lo entendías. Y si alguien cuestionaba eso, era automáticamente clasificado como alguien «identificado con el personaje», alguien que «no está listo», alguien «que se hace la víctima», porque ahí no existía la posibilidad de que realmente estuvieras maltratado, manipulado o en peligro. Todo era «el personaje que se resiste al cambio», y así, poco a poco, uno se va anulando, se va culpando, se va adaptando, y deja de ver lo que tiene delante de los ojos.

El clic

Yo toqué fondo. Fue durante una toma. Una más. Ya no sabía cuántas llevaba encima. No era nada especial, no era una ceremonia distinta. Pero esa noche, algo cambió. Vi algo en mí que no había querido ver. Fue muy fuerte. Pude ver un lado muy oscuro de mí misma. Pude ver cómo estaba yo. Pude ver que estaba enganchada totalmente a las sustancias. Y me dio miedo. Ese miedo fue el que me salvó. No fue una iluminación, ni una revelación espiritual. Fue una alerta interna. Una parte sana de mí, la parte más sana que aún quedaba, se despertó y dijo: «Cuidado. Esto no es medicina. Esto no es nada. Qué conciencia ni qué espiritualidad ni qué nada. Estás enganchada».

Y ahí se me encendió algo. Por dentro, sin decirlo a nadie aún, supe que no podía seguir. Que había cruzado una línea. Que ya no

tenía control. Que lo que yo creía que era sanación era dependencia. Que todo ese camino que supuestamente me llevaba hacia la libertad… me tenía atrapada. Y me dio tanto miedo que salí.

Pero no fue así de fácil. No fue que decidí salir y ya está. Lo primero que dije fue: «Voy a alejarme de las sustancias». Esa fue mi manera de empezar. Una excusa. Un primer límite que me permitiera tomar aire. Todavía no podía decirme a mí misma que me iba del grupo, pero por dentro lo estaba gestando.

Mis padres ya llevaban tiempo preocupados. Me habían perdido. Pero en silencio, sin meterme presión, estaban consultando con una psicóloga especializada en sectas. Y gracias a eso, gracias a ese apoyo que yo ni siquiera veía, me fue más fácil dar el paso cuando me sentí preparada.

Salí de la comuna, pero no salí del todo. Porque el cuerpo sale antes que la mente. Luego me entró como el síndrome de abstinencia, por así decirlo, de la secta. Porque estar en una secta es como una adicción. Y quise volver. Ese impulso de volver no era racional. Era visceral. Estaba tan habituada a esa estructura, a ese lenguaje, a ese ritmo de vida, que fuera de ahí me sentía vacía, confundida, incompleta.

Y por suerte ya estaba en terapia.

La terapia fue esencial. Y no una cualquiera. Una con alguien que sabía lo que era una secta. Que no me decía «todo está dentro de ti» ni «confía en el proceso», sino que me ayudaba a recuperar mi criterio. A volver a pensar por mí misma. A desmontar todo lo que me habían metido en el coco. Había momentos en los que lo echaba mucho de menos. Y tenía la tentación de volver. Pero fui yendo a terapia. Y poco a poco me fui dando cuenta. Fue un proceso largo.

Muy intenso. Tuve que ir entendiendo, paso a paso, lo que había vivido. A veces revivía escenas y me parecía imposible que no me hubiera dado cuenta antes. Otras veces me sentía tonta, avergonzada. Pero la terapia me enseñó que no era estupidez. Que había sido víctima de un sistema diseñado para manipularme. Realmente, yo no sé, si no hubiese tenido esta ayuda, este apoyo…, no sé cómo habría llegado a tener la claridad del lugar en el que estuve.

Y llegó el momento de comunicarlo al grupo. Les escribí y les dije que me iba. Que dejaba la escuela, los retiros, la comunidad. Que no quería seguir formando parte de eso. En aquel momento yo seguía idealizando mucho a Alberto, obviamente. Aunque hubiese decidido irme, para mí todavía estaba en un pedestal. Y por eso me dolió tanto su respuesta. Para mi sorpresa, fue muy frío. Brutalmente frío. Prácticamente no me dijo ni adiós. No volvió a escribirme. No me preguntó cómo estaba. No agradeció nada. No reconoció mi tiempo, ni mi entrega, ni los años que estuve ahí dentro, trabajando gratis, dándolo todo. Ahí también te das cuenta. ¿Dónde quedó todo lo que me había dicho? Todo el vínculo. ¿Éramos familia, se supone? ¿Dónde quedó? Ni las gracias. Ese fue el último velo que se cayó. Ahí vi la verdad. Ahí vi la falsedad. Ahí vi que todo es mentira. Y fue fuerte. Porque salir no es solo irte. Salir es romper una identidad. Deshacer una personalidad que no era tuya, pero que te había tragado entera. Salir es mirar atrás y no reconocerte.

Pero fue el principio de algo real. Algo que sí me pertenecía. Algo que, por primera vez en años, no estaba dirigido por nadie.

Hace rato que el sol ha bajado y empieza a refrescar. Nos hemos metido dentro del barco, en la pequeña sala con cocina, con las tazas de café ya frías sobre la mesa. Carmen sigue hablando. Dice las cosas como son, sin adornos. Con una lucidez que le ha costado años y trabajo psicológico conseguir.

—¿Cómo fue darte cuenta de que de verdad habías salido? No solo físicamente…, sino mentalmente.

—Fue poco a poco. Porque salir de una secta es muy complejo. Muy difícil. Al principio no te das cuenta de que has estado en una secta. Después te das cuenta… pero te cuesta aceptarlo. Y luego, cuando ya lo sabes, viene lo más jodido: reconstruirte.

Hace una pausa. Yo asiento en silencio. Ella continúa:

—La gente no tiene mucha idea del fenómeno sectario. Y es frustrante. Porque siempre se quedan en la superficie, en lo económico, en el discurso absurdo, en el «cómo has podido creerte eso». Pero no se trata de eso. No es una cuestión de inteligencia. Es una cuestión emocional. De vulnerabilidad. Es como una relación tóxica. Como una adicción. Pero con un extra: lo sectario. Ese vínculo invisible que te atrapa. Porque no es solo lo que hacen contigo, es lo que tú haces contigo misma. Tú te convences. Te anulas. Te entregas. Y luego te cuesta admitir que lo hiciste.

—¿Y qué le dirías a alguien que está dentro? Que aún no lo ve…

Carmen se apoya con los codos sobre la mesa. Habla más bajo. Más lento.

—Que se pregunte cosas. Que observe. Que vea si todo gira en torno a una persona. Que vea si está dejando de ser quien era. Si está alejándose de su familia, de sus amigos. Si ya no puede pensar por sí misma. Si dudar le hace sentir culpable.

—Porque si no puedes dudar, no eres libre.

—Y lo peor es que crees que estás haciendo el bien. Que estás ayudando a otros. Que estás creciendo. Pero no. Estás siendo usada. Manipulada. Y cuando ya no sirves, te sueltan. Así, sin más. Ni adiós. Ni gracias.

—Tiene que ser duro recordar todo eso y pensar que, en ese momento, te parecía normal —le digo.

Ella asiente, sin dramatismo.

—Lo más jodido no es darte cuenta. Es aceptarlo sin odiarte. Sin culparte. Y poder decir: «Vale. Me pasó. Pero ya no estoy ahí». Ahora puedo decir: estuve ahí. Pero ya no.

6
Inner Mastery S. L.

La historia de Carmen no se me va de la cabeza. Y no está sola. Desde que empecé a tirar del hilo, he hablado con exadeptos de distintos puntos de España e incluso de otras ciudades de Europa y América. Cambian los acentos, los escenarios, los nombres de los facilitadores… pero el guion es el mismo. Mismas frases. Mismas dinámicas. Mismo vacío. Todos describen esa sensación de haberse ido apagando sin darse cuenta. De haber confundido control con amor, dependencia con sanación. Lo de Carmen no es una historia más. Es una plantilla.

Días después de mi encuentro con Carmen, recibo un mensaje de Marta por WhatsApp.

> ¡¡Hola!!
> Te mando información de nuestro retiro de fin de semana.
> Desde 125 € por taller, acompañado por un equipo de expertos facilitadores, terapeutas y músicos.
> 11-16 de noviembre
> 18-23 de noviembre
> 26 de noviembre a 10 de diciembre
> EXPERIENCIA ENTEÓGENA EXTRAORDINARIA

LO ENTEÓGENO TE HACE VER...

El mensaje viene con una imagen: un chico joven tomando un líquido espeso marrón de un pequeño vaso de plástico.

Recibo mensajes así casi cada semana. Desde aquel primer retiro en Barcelona, no han dejado de llegar. Me ofrecen plazas en encuentros en Barcelona, en Madrid, en Marbella… Insisten una y otra vez, como si estuvieran cortejándome, convencidos de que tarde o temprano diré que sí. Y quizá no se equivocan. Porque Carmen me contó que fue precisamente en uno de esos regresos donde se perdió para siempre. Ir es arriesgado, pero lo verdaderamente peligroso es volver.

Les respondo, hablamos por teléfono y, entre frases dulzonas y promesas, les hago creer que me han convencido para volver. Y durante los meses siguientes asisto a algunos retiros más. La verdad es que su chalet me queda cerca del barco y me dejo caer por allí de vez en cuando para pasar una noche o dos. Pero todo transcurre exactamente igual que la primera vez. La diferencia es que ahora ya no soy «el nuevo». Soy el que ha vuelto. Y en este tipo de ambientes, volver es una señal: te convierte en alguien que ya está en su «proceso», que «hace conciencia», que «abraza su evolución».

En estas nuevas infiltraciones, escondido tras las gafas de pasta y el flequillo hasta los ojos, yo siempre guardo un perfil bajo. Desde la distancia, empiezo a reconocer caras habituales. Hay personas que siempre están. Algunos que son facilitadores como Sergio, Marta e Irene, pero también hay habitantes permanentes de la comuna. Hay quien llega por curiosidad, se va al día siguiente y no vuelve. Pero

hay quienes llegan… y ya no salen. Se quedan. Como Carmen. Como tantos otros. A mí me lo proponen constantemente, con delicadeza, sin presión, pero con intención.

—Cuando quieras, esta es tu casa.

Suena bonito.

Especialmente si vienes roto.

En estas nuevas incursiones no pasa nada especialmente distinto. No hay grandes sobresaltos…

Miento.

Hubo un día en que el miedo me atravesó de golpe. Pensé que me habían cazado, que alguien había atado cabos y había descubierto quién era yo y qué hacía allí.

Estábamos en silencio, sentados en círculo, cada uno con su vaso de plástico con ayahuasca en la mano, cuando de repente Sergio, en tono solemne, dijo:

—Vamos a juntar ahora todas las botellas, los celulares, los relojes… Nos distraen del proceso. Déjenlos en este cubo.

El corazón se me aceleró. Sin mi cantimplora, ¿dónde escupo la droga? Y, sin móvil, ¿cómo lo grabo todo?

Durante unos segundos, mi cabeza entró en bucle.

¿Me habían pillado?

¿Habían notado algo?

¿Y si esta recogida de móviles era solo para mí?

Me acomodé las gafas.

Inconscientemente, me bajé el flequillo hasta taparme la cara lo máximo posible, como si de ese gesto torpe dependiera mi capacidad de esconderme.

Decidí improvisar.

Rápido.

Fingí que me dolía el estómago.

Una punzada repentina, un retortijón dramático.

Me llevé una mano al vientre.

—¿Puedo ir al baño? —pregunté, apretando la voz.

Nadie lo impidió.

Cuando volví, ya habían recogido las cantimploras, los relojes y los móviles de los demás asistentes. Pero nadie parecía acordarse de mí. Lo seguía teniendo todo conmigo. Nadie me miró raro. Nadie me acusó de nada. Ahora, con el paso del tiempo, me entra la risa al recordar el mal rato que pasé por una decisión completamente arbitraria de Sergio en su rol de facilitador. Una instrucción sin contexto, sin previo aviso, como tantas otras en este tipo de espacios. Pero, si te soy sincero, estas situaciones me activan. Me gusta esa sensación de estar dentro de algo que no controlo del todo, pero en lo que puedo moverme si estoy atento.

Y cuando no estoy en su comuna, estoy en el barco. Solo. Rodeado de silencio, de agua y de decenas de pestañas abiertas en el navegador. Consulto registros, webs, boletines oficiales y foros perdidos en lo más profundo de internet. Comparo nombres, direcciones, CIF, dominios, analizo logos reciclados. Descargo documentos. Leo la letra pequeña. Y lo que encuentro no pinta muy bien.

Inner Mastery no es un grupo de frikis que viven al margen del sistema, como podrías pensar. Es un entramado mercantil internacional con sedes en distintos países del mundo. Una red de

empresas, franquicias, marcas y proyectos que actúan bajo distintos nombres como Ayahuasca Travels, BeinClub LifeStyle, Escuela Consciente, Red de Epicentros Holísticos, Escuela Europea Ayahuasquera, Inner Global, Espacio Abierto para Disfrutarse, Comunidad Consciente, Centro de Estudios de Evolución Interior, Academia Alberto, Beyond Inner…

Mi favorito es Al Ver Todo. Al-berto, al-ver-todo. Sin duda, Alberto Varela tiene un talento especial…, al menos para el marketing.

Pero solo cuatro de estos nombres están registrados como empresas reales:

– Inner Mastery S. L.: que está registrada como una editorial.

– Gracias Ayahuasca S. L.: en este caso se trata legalmente de un hotel.

– Red de Epicentros Holísticos S. L.: registrado como centro de terapias alternativas.

– Triangular Space S. L.: registrado como una productora audiovisual.

Pronto descubro que la empresa más antigua, la editorial Inner Mastery S. L., declara más de un millón de euros anuales en facturación. Como persona que acaba de publicar un libro, debería emocionarme. Pero me huele mal… Porque dudo seriamente que su actividad principal sea la de vender libros.

El resto de los nombres son solo marcas. Etiquetas. Una estrategia que ya he detectado en otros grupos de este tipo que tiene por objetivo desorientar a quien intente buscar críticas o entender el entramado. Si un nombre acumula demasiadas

opiniones negativas, no pasa nada: abren otro. Y luego otro. Y otro más. Cada uno con su logotipo reluciente, su web impecable y sus testimonios cuidadosamente filtrados. Por esta razón, cuando intento buscar información en redes sobre las diferentes empresas y marcas, me pierdo en un laberinto de siglas y centros «hermanos» que parecen distintos, pero en realidad son lo mismo. Y buscando opiniones reales, acabo leyendo la opinión de un supuesto terapeuta que «vio la luz» en Inner Mastery y ahora se dedica a «acompañar procesos». *Spoiler*: trabaja para Varela.

Pero lo que me parece más inquietante es su estructura formativa: la llamada Escuela Ayahuasquera Europea, de la que ya me ha hablado Carmen. Obviamente no tiene ninguna validez oficial, ni homologación, ni respaldo científico. Nada. Pero funciona como la coartada perfecta para que los «facilitadores» paguen por una formación que no es tal.

—¿Un médico tarda mínimo ocho años en formarse? En Inner Mastery, con dos semanas y una sonrisa ya estábamos sirviendo brebajes que pueden inducir brotes psicóticos y ejerciendo como si fuéramos una especie de psicólogos sin formación alguna. Yo mismo les di ayahuasca y otras sustancias a personas con ansiedad, depresión, traumas… sin tener ni idea de lo que estaba haciendo. Solo repetía lo que me habían dicho, como un loro disfrazado de terapeuta. Y lo más jodido es que, durante un tiempo, creí que los estaba ayudando —me cuenta Juan, otro exmiembro.

He contactado con Juan a través de un foro de internet donde explica que ha salido hace poco de Inner Mastery. Ahí cuenta que ha estado menos de seis meses en la comuna, pero le ha bastado para ver lo suficiente y largarse. Cuando me cito con él me cuenta algo

que desconocía: ahora tienen incluso su propia moneda virtual, la *Inner Coin*, la llaman. Una moneda interna que tiene el mismo valor que los billetes del Monopoly y con la que se pueden pagar las sesiones, los talleres, las consultas… y quién sabe qué más.

—¿Sabes lo más brillante de todo? Que también me pagaban con esa moneda. No me pagaban con euros, sino con esas fichas digitales que, en teoría, yo podía cambiar cuando quisiera por dinero real… —Juan hace una pausa breve, como para que yo entienda la ironía, y luego remata—: En teoría. Porque, en la práctica, son ellos quienes deciden si yo puedo retirar el dinero o no.

Y, acto seguido, me explica su caso concreto.

—A mí me aseguraron que podía cambiar mis Inner Coins en cualquier momento. Pero cuando lo intenté, me dijeron que no había liquidez y que lo mejor era reinvertirlo «en mi proceso». A veces me decían que no había efectivo disponible; otras, directamente, me pedían justificar por qué quería el dinero… Y si la razón no les convencía, simplemente no me lo daban. Al final, acabé trabajando por un dinero que nunca podía tocar y que solo podía gastar allí dentro.

Una forma más de control, pienso. Esta vez, control financiero.

Un día, hurgando en redes, llego a lo que buscaba: el perfil personal de Alberto Varela.

«No tengo idea de quién soy ni de lo que soy. Quizá por eso me sienta tan bien. Nací en Argentina pero no soy argentino. Tengo hijos pero no soy padre. Llegué con sexo masculino pero no soy hombre. He tenido éxitos pero no soy un triunfador». Así se define en su biografía.

Cada publicación gira en torno a su figura. Varela hablando. Varela caminando. Varela meditando. Varela sentenciando: «Amo la luz, acepto la sombra. Alberto». Me río al ver que el tipo se cita a sí mismo. Su perfil es una oda al onanismo tan evidente que casi roza lo caricaturesco.

Pero, de pronto, entre las imágenes con frases grandilocuentes y su cara en blanco y negro, aparece una publicación que me deja helado. La foto muestra a un perro de pelo rizado en primer plano dentro de un coche y, en el asiento trasero, una niña de unos cuatro años. Lleva un vestido corto, las piernas cruzadas y una sonrisa en la cara.

En la foto solo hay un único comentario, hecho por él mismo.

«Por tres centímetros no se le ve el coñito, que como siempre lo tiene al aire libre y sin braguitas».

El estómago se me da la vuelta.

¿Quién es esta niña?

Hasta ese momento nunca me había planteado la posibilidad de que en estos retiros hubiera menores. Pero la imagen me golpea con una pregunta inevitable: ¿también hay niños en estos encuentros?

Investigo. Tecleo. Leo. Y después de días buceando en internet encuentro algo que me deja helado. Entre los resultados aparece un reportaje de una televisión italiana. Está en baja resolución y cuidadosamente anonimizado: rostros difuminados, voces distorsionadas, ubicaciones irreconocibles. Pero en un instante fugaz del vídeo —breve, casi imperceptible— se les escapa un detalle: el logo. Ese círculo. Esa tipografía. Ese nombre. Se trata de Inner Mastery. No hay duda.

En el reportaje, una periodista se infiltra con cámara oculta en uno de sus retiros en Italia y graba el momento en que se sirve ayahuasca en un pequeño vaso de plástico a lo que, con claridad, es un menor. No tendrá más de doce años. Su rostro aparece difuminado para proteger su identidad, pero se escuchan con nitidez las indicaciones que le dan. «Tranquilo, cierra los ojos, respira hondo».

El niño obedece y, de la mano de la que parece su madre, se traga de golpe todo el contenido del vaso: de nuevo, este líquido espeso y marrón.

La periodista no puede intervenir.

No puede delatarse.

Solo observa.

Y graba.

Decido revisar la hemeroteca. Cruzo palabras clave: ayahuasca, reacción adversa, ritual, intoxicación. Y los resultados no tardan en aparecer.

> **El trágico final del «dios» que quemó a su hijo y conmovió a Chile**
> (*BBC News*, mayo 2013)
> … Participó de encuentros de meditación, retiros y talleres de conocimiento interior. Estuvo varias veces en Perú y Bolivia y se convirtió en aficionado a la ayahuasca, una planta alucinógena que Castillo usaba como base de sus «terapias» que desarrollaba en su «centro de autosanación»…
>
> **Ritual chamánico: joven británico muere en Colombia**
> (*BBC News*, abril 2014)

> … El joven británico Henry Miller, de 19 años, murió en Colombia tras participar en una ceremonia ritual chamánica con ayahuasca o yagé…
>
> **Turista estadounidense muere en sesión de ayahuasca: hallazgo forense reveló causas del fallecimiento**
> (*Infobae*, junio 2015)
> … No es la primera vez que se reporta la muerte de un extranjero durante un ritual de ayahuasca en la región de Loreto. En los últimos años, otros visitantes internacionales fallecieron por complicaciones médicas, intoxicaciones o reacciones adversas no anticipadas…

La noticia más perturbadora es de hace apenas un año: dos muertes, ambas en retiros de Inner Mastery International BV, la filial con sede en los Países Bajos de Inner Mastery. La primera ocurrió en Eersel, en abril de 2019. Como leo en *Omroep Brabant* —un medio público regional neerlandés—, un hombre húngaro de treinta y un años murió tras participar en una de sus sesiones de ayahuasca. La policía irrumpió en la casa y detuvo a cuatro personas vinculadas a la organización. Aunque, como recoge *Omroep Brabant*, Inner Mastery alegó en su defensa que el fallecido no había tomado ayahuasca en sus sesiones.

> **La casa de Eersel se convierte en un lugar de encuentro internacional para sesiones de curación controvertidas**
> (*Omroep Brabant*, abril 2019)

Poco después, la escena se repitió en Haarlem: otro participante, esta vez un hombre ruso, también murió tras beber ayahuasca en uno de los retiros organizados por Inner Mastery.

Y justo cuando estoy sumergido en la traducción y lectura de páginas y artículos en neerlandés, suena el teléfono. Un número que no tengo guardado en mi lista de contactos.

—Hola, ¿Carlos?

—¿Quién es? —respondo.

—Soy Esperanza, de Inner Mastery Madrid. ¡Qué ganas tenía de hablar contigo! ¿Cómo va tu proceso?

—A ratos estoy bien y a ratos mal. Como diría Amaia: «Estoy triste y a la vez de subidón» —bromeo, para quitarle hierro.

—Lo intuía. Sabía que tenía que llamarte justo hoy. —Se ríe—. Mira, no solemos hacer esto, pero Alberto te quiere proponer algo MUY especial. MUY exclusivo. Una sesión individual con Alberto. Una hora. Él contigo. Solo tú y él. Una sesión de No-Terapia.

—¿Y eso qué es exactamente?

—Es difícil de explicar con palabras… Es un espacio de presencia. De consciencia pura. Alberto no pregunta, no opina…, simplemente está. Y, desde ese «estar», suceden cosas. Se desbloquea lo que duele. Se ve lo que no quieres ver. Es muy profundo. Muy transformador.

Hago un silencio, pero ella no me deja sostenerlo demasiado.

—Hemos hablado de ti con él. Le hemos contado un poco tu historia. Que vienes observando, que te cuestionas mucho, que has tenido momentos de mucha soledad… Y, cuando escuchó eso, dijo: «Necesita verme».

—Muchas gracias por la oferta, Esperanza, pero no lo acabo de ver, la verdad…

—¿No estás cansado de entenderlo todo con la mente? ¿Vas a dejar que tu personaje tome el control? Tienes que confiar.

Me tiende una trampa. Y lo hace con una voz tan amable que casi parece abrazarme mientras, en realidad, me empuja al vacío.

—A veces, cuando uno dice «no lo veo», es porque no quiere mirar. Y eso está bien, es parte del proceso. Es parte de la evolución. Pero este es uno de esos momentos en los que, si dices que no, lo vas a arrastrar mucho tiempo.

Yo no digo nada. Ella insiste.

—Y si no fuera importante, esta llamada no existiría. Créeme, no es casual. Lo que sientes últimamente…, esa confusión, ese desorden interno, esa sensación de que no avanzas… es porque necesitas este encuentro. Te lo digo desde el corazón.

—Bueno…, vale… ¿Y cuánto cuesta?

—No lo veas como un coste —responde ella, como si hablar de dinero fuera una vulgaridad—. Esto no se mide en euros.

—Ya, ya, lo sé… —digo, intentando no sonar demasiado terrenal —. No quiero que pienses que soy un materialista, pero no sé si te ha contado Sergio o Marta que ahora mismo no voy muy bien de dinero. Tendría que pagarme el viaje de Barcelona a Madrid, la ida y la vuelta…, el alojamiento… y luego la terapia… Perdón, la no terapia —corrijo, disimulando la risa que casi se me escapa—. Se me va un poco de las manos, ¿sabes?

—Sí, claro. Claro que me lo han mencionado. —dice Esperanza, con ese tono empático de quien te acompaña en el dolor.

Mentira.

No le han contado nada.

Me lo acabo de inventar.

Pero ella asiente, porque en este juego todo encaja.

—Por eso, Alberto te lo deja en ciento veinticinco euros —añade —. Es su forma de honrar tu proceso y potenciar tu evolución. Porque sabe que lo que te vas a llevar no tiene precio. Esto no es un gasto, es una inversión en tu proceso de sanación.

Podría decirse que me estoy resistiendo, pero no en el sentido que le daría Varela a esa palabra. No es la «resistencia» de un personaje interior que se niega a sanar, sino la de un personaje de verdad: el rol que interpreto en esta ficción, fingiendo ser un adepto más de Inner Mastery. La realidad es que, por dentro, me muero de ganas de aceptar la invitación. Después de tanto tiempo escuchando los audios de Varela, leyendo sus textos, viendo sus vídeos y observando cómo lo veneraban en el retiro de Barcelona, la posibilidad de conocerlo en persona —a ese supuesto semidiós contemporáneo— me despierta una curiosidad malsana y, lo admito, una extraña emoción.

—Está bien… Si te soy sincero, noto algo que me empuja a ir.

Al otro lado, el silencio se carga de satisfacción. Imagino que sonríe.

—Sé que deseas desprenderte del personaje. No te vas a arrepentir. Te mando los detalles por privado.

Y cuelga.

Así que esa tal Esperanza me invita a un nuevo retiro. Esta vez en la sede central de la empresa: un chalet en una urbanización residencial a las afueras de Madrid. En Fuente El Saz de Jarama. La misma dirección que me he ido encontrando como sede fiscal en

prácticamente todas las sociedades que he analizado estas últimas semanas. El corazón del entramado. Un retiro donde, al fin, podré conocer al gurú en persona en un «encuentro místico personalizado con Alberto Varela».

Y para Madrid que me voy.

Hoy el AVE está sorprendentemente tranquilo. Me ha tocado al lado una chica silenciosa, de veintipocos. No me creo la mala suerte que tengo. Está pelando una mandarina con la precisión de un relojero suizo. No sé qué pacto tiene esa fruta con el diablo, pero ese aroma cítrico y pegajoso me ataca los sentidos y me saca de mi eje espiritual. Pero aun así respiro hondo y trato de pensar. Poner en orden mis prioridades antes de llegar al nuevo encuentro.

Siempre hay un cosquilleo extraño antes de una infiltración. Un nervio contenido, como si algo me advirtiera que la línea que cruzo no es tan inofensiva. Nunca ha pasado nada grave, pero temo el día en que eso cambie. El día en que el disfraz no sea suficiente.

De camino, voy viendo vídeos de Alberto Varela. Siempre aparece igual: sentado en un sillón beis, mirando a cámara con solemnidad y dejando caer frases como si fueran revelaciones. «La palabra reflexión es preciosa…» —pausa dramática— «… y está relacionada con ser discípulo…» —otra pausa— «… Con dejar entrar…» —sí, otra pausa más— «…, con decir sí». Un mensaje «precioso» donde, de nuevo, se insiste en la negación del criterio propio camuflado bajo el pretexto de la «reflexión». Qué don de la palabra. Es todo un poeta.

Me he estado documentando mucho sobre él estos últimos meses. Lo que recuerdo más relevante es que fue detenido y pasó

catorce meses en prisión por distribuir ayahuasca. Lo contó el *ABC* en 2009, en un titular tan sobrio como alarmante:

> **Desmantelada en un chalet de Las Rozas una asociación que organizaba fiestas con yajé**
> (*ABC*, enero 2009)
> Agentes de la Policía Nacional han detenido a los dos responsables de una asociación que vendía «yajé», una planta cuyo principio activo es un psicotrópico, con la promesa de la «purificación del alma y del cuerpo». La organización Espacio Abierto Para Disfrutarse aún sigue publicitando sus «servicios» en la web, donde ofrece «un espacio para que profundices en ti y conectes con la riqueza inagotable de tu Ser».

En 2009 el término «ayahuasca» todavía no estaba tan popularizado como hoy. En España apenas aparecía en prensa de vez en cuando y, cuando lo hacía, solía sonar más a rareza exótica que a fenómeno social. En su lugar se usaban otros nombres, como «yajé» o «yagé», más comunes en Colombia y Ecuador. Pero la lista de alias es larga: «medicina», «planta sagrada», «té amazónico», «anahuasca», «daime»…

> La intervención de los agentes se produjo cuando la asociación estaba realizando uno de esos encuentros en un chalet de Las Rozas, en Madrid. En ese momento se encontraban en el lugar 21 personas, 3 de ellas menores de edad. Todas se encontraban en una sala, a la espera de iniciar las sesiones, en la que se estaba proyectando una película pornográfica en una pantalla panorámica.

Perturbador. El artículo incluso señala que en la publicidad se ofrecían «precios especiales» para menores que tomaran ayahuasca: descuentos del 50 % o, directamente, gratis según la edad.

> Los responsables de esta asociación, un ciudadano argentino y una mujer española, informaban de los usos y las propiedades de esta sustancia en restaurantes vegetarianos de Madrid. Entre sus beneficios destacaban la relajación, el viaje astral, la telepatía, la capacidad de curación, dar fuerza, comunicación con espíritus, hechizar, aprendizaje de «ícaros» o adivinaciones.

Nada de esto fue suficiente para condenarlo. Ni haber repartido ayahuasca como si fuera una panacea, ni haber engañado a decenas de personas con falsas promesas de curación, ni la ausencia total de control sanitario, ni haberla ofrecido a menores de edad, ni siquiera que, en el momento de la detención, se estuviera proyectando una película pornográfica en una sala donde había niños presentes. Tras 14 meses en prisión preventiva, fue absuelto del delito contra la salud pública porque no se pudo demostrar si la ayahuasca incautada contenía una dosis suficiente de DMT —una sustancia psicoactiva muy potente, presente en la propia ayahuasca, y considerada ilegal en muchos países—. Justicia. Tras salir de la cárcel, no solo no dejó de distribuir ayahuasca, sino que escribió un libro: *Desde la cárcel, desde mi libertad*. En él no se arrepiente, no pide perdón: se presenta como mártir. Como víctima. Como visionario incomprendido. Y de paso, claro, vende este libro con su editorial Inner Mastery S. L. ¿Cuántos libros tendría que vender para facturar más de un millón de dólares anuales? Debe de ser todo un best seller… Dejémoslo aquí.

Pensaba que llegar a este chalet de Fuente El Saz de Jarama sería sencillo. Error. Estoy en medio de un camino de tierra, rodeado de matorrales secos y piedras grandes, bajo un sol abrasador. Ni una sombra, ni un cartel. Llevo veinte minutos andando y, desesperado, escribo a Esperanza. Enseguida me responde que vienen a buscarme.

Aparece poco después en un coche negro y Esperanza me anima a subir. Es una mujer de mediana edad: rubia, alta, vestida con una falda blanca y zapatillas deportivas del mismo color. En persona no resulta especialmente cálida. Educada, sí. Cercana, no.

El chalet es muy parecido al de Barcelona. Puertas de madera viejas, paredes pintadas en colores saturados, decoración New Age… De nuevo el cuadro que llamó mi atención en Barcelona: «*La incomodidad es la señal de que estás creciendo. Si duele, probablemente estás en el camino correcto. Abandona la comodidad, abraza tu evolución».* Todo cuidadosamente diseñado para evocar paz y autenticidad.

En cuanto entro, me encuentro con caras conocidas del retiro anterior. Marta me abraza efusiva.

—¡Qué bueno verte acá! ¡Qué lindo!

A su lado está Irene.

—¡Vaya, de repente conozco a todo el mundo! —digo, medio sorprendido.

—Sí, estamos en Madrid por unas semanas.

—¿Viste? Ya eres parte de la familia —dice una voz masculina a mi espalda.

—Hombre, Mario, que ilusión verte —digo al girarme.

Mario sigue aquí, pienso. ¿Qué pensará su pareja? Cada vez está más metido.

Esperanza parece muy ocupada con su móvil. Son casi las dos y Varela aún no me ha atendido, así que Marta decide hacerme un tour por la casa. Yo, como siempre, me aseguro de que la cámara esté grabando.

El salón es amplio, con varias mesas para comer y una estantería abarrotada de platos. Me imagino por qué tantos. De pronto, un niño de unos seis años se acerca. Después de todo lo que he leído sobre menores en Inner Mastery, su presencia me incomoda. Tiene el pelo castaño, la piel morena, los ojos grandes. Viste una camiseta con planetas, va descalzo y lleva un cuaderno abierto entre las manos. Me mira con una sonrisa confiada. Parece estar muy habituado a tratar con desconocidos.

—¿Me ayudas? —pregunta, alzando el cuaderno hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —le digo.

—Mis tareas —responde, y me señala con orgullo una página a medio escribir.

Y no es el único. Más adelante, veo a otros niños correteando por la comuna, haciendo deberes en mesas improvisadas, escuchando —sin entender del todo— palabras como «vibración», «ego», «sanación». Algunos han nacido en este entorno y nunca han conocido otra cosa. Ya desde pequeños están inmersos en este sistema de creencias diseñado por Varela. No conocen el mundo exterior, solo este microcosmos donde la espiritualidad es dogma y el dogma se disfraza de amor.

Marta sigue con el tour.

Salimos al jardín. Una piscina enorme.

—Aquí vivimos entre diez y veinte personas. A veces hasta cuarenta o cincuenta.

Como en su momento vivió Carmen, pienso. La comuna. Los fieles. Los trabajadores a tiempo completo.

Pasamos por dormitorios con literas. Algo más limpias que en Barcelona, eso sí. Al verlo solo puedo pensar que me alegra no tener que quedarme a dormir.

Pido ir al baño. Lo hago con tono casual, pero la verdad es que quiero salir un momento de ese decorado. Airearme. De camino, me topo con un chico que baja por el pasillo, relajado, con un gesto hospitalario y la energía de quien lleva allí mucho tiempo.

—¡Ey! ¡Bienvenido! —me dice, extendiéndome la mano—. Yo soy Cristian. ¿Es tu primera vez? —me pregunta, con gesto cercano.

—No, he ido algunas veces al centro de Barcelona. Pero hoy he venido a conocer a Varela —respondo, intentando sonar natural.

Cristian asiente despacio, con una sonrisa tranquila, como si aquello confirmara algo que ya sospechaba.

—Yo llevo años acá. Llegué en un momento muy jodido de mi vida y esto… —abre los brazos, señalando la casa, la gente, el ambiente— esto fue lo que me salvó.

Lo que ninguno de los dos sabe en ese instante es que Cristian y yo nos volveremos a encontrar, un año y medio después, fuera de este entorno. Fuera del decorado. Y ese día, Cristian ya no hablará como miembro del grupo, sino como alguien que por fin ha podido romper estas cadenas.

Sigo mi tour con Marta y llegamos a una sala blanca repleta de material de grabación: trípodes, cámaras, cables, ordenadores.

—Esta es nuestra sala de edición —dice ella.

—Ah, qué profesional. ¿Aquí hacéis los vídeos de Varela?

Aquí graban los discursos de Varela, los vídeos eternos con frases vacías y músicas chamánicas. Lo tienen todo muy profesionalizado, pienso. Una productora audiovisual del abuso emocional.

Después Marta me conduce a una sala amplia, sin ventanas, recubierta de alfombras con motivos geométricos. Hay pufs rojos esparcidos por el suelo, un sofá contra la pared y, al fondo, un micrófono junto a una cámara fija.

—Es una mezcla entre estudio de grabación y sala de tomas —me explica Marta.

Reconozco el lugar de inmediato: lo he visto en los vídeos que publican en sus redes. Es aquí desde donde el gurú lanza sus grandes discursos. Puedo imaginar la escena: la sala repleta de seguidores atentos, esperando una revelación, y él hablando con frases vacías que, sin embargo, cada uno rellena con el significado que necesita para poder aferrarse a algo.

—¡Carlos! —interrumpe una voz desde la puerta. Se trata de Esperanza—. Alberto está esperando.

Por fin, el gurú está disponible.

Alberto Varela.

7
El gurú

Alberto me recibe en su despacho.

—Encantado, Carlos. Sentate.

Camisa clara, vaqueros, coleta blanca. Frente amplia, piel tostada, dientes amarillos, triangulares, como los de un caimán. La voz de Varela es suave, con acento argentino y actitud muy calmada.

Sin mirarme a la cara me ofrece comida. Declino. Está mirando su móvil, que no deja de vibrar.

—Carlos, ¿hablamos acá o preferís salir?

—Mejor fuera, que hace buen día, pero donde tú prefieras.

Vamos fuera.

Nos sentamos en una mesa cuadrada blanca de plástico bajo el sol. Está vieja y algo corroída. De fondo el silbido de cada mensaje entrante de WhatsApp.

—Contame, Carlos, ¿qué te trajo al retiro?

Su manera de hablar es calmada y medida, con ese tono impostado que busca sonar a profesional clínico. Me recuerda mucho a Sergio: mismo tono, mismos gestos, la misma cadencia al pronunciar cada palabra. Y claro, tiene sentido: Sergio no hace más que imitarlo a él.

Tartamudeo un poco y dejo salir esa versión de mí medio rota que he ido perfeccionando para la infiltración. Le suelto el guion que ya tengo preparado: le hablo de la curiosidad que siempre he sentido, de algunos amigos que conocí en Colombia que me hablaron de la ayahuasca, de mis ganas de probarla, aunque siempre con mucho miedo. Le cuento que estuve esperando al «momento perfecto» que nunca terminaba de llegar, hasta que al final por problemas personales y profesionales, me rendí, busqué «Ayahuasca Barcelona» en Google… y apareció él.

Varela asiente, como si eso fuera lo más normal del mundo. Se queda un momento en silencio. Me devuelve una frase seca.

—Y fuiste a tener la experiencia con la ayahuasca…

—Sí… Sobre todo para sanar y entender cosas —respondo.

—¿Y las entendiste?

—No… Por eso agradezco hablar contigo.

Su móvil vibra de nuevo. Ni lo mira esta vez, pero su atención tampoco es mía. Más que escucharme, parece que repasa mentalmente un guion que conoce bien. Una plantilla.

—¿Cuántos días estuviste?

—He ido a retiros de una noche. Sergio me dijo que era mejor estar más tiempo, pero no me daba para más el presupuesto.

—Claro…

—Igualmente te busqué. Vi vídeos, comentarios, la gente parecía agradecida. Me diste confianza.

—¿Y hay algo de eso que te haya llegado? —pregunta, sin rastro de vanidad.

—Vi que has ayudado a mucha gente a encontrar su camino…

Hago una pausa dramática.

—Aunque, bueno… También vi una página de Facebook que decía cosas feas. Si te soy sincero, me hizo dudar.

Lo lanzo como quien deja caer un anzuelo.

—Hablan de «estafa» y de «secta»… —sigo.

Espero la reacción. Pero él, por supuesto, ya tiene la respuesta preparada.

—Es parte del juego, Carlos. Cuando aparece algo en el mundo que es realmente nuevo, algo que mueve a tanta gente como lo que hacemos…, es natural que aparezcan detractores, difamadores. Es parte del juego.

«Difamadores». «Detractores». Nunca víctimas. Nunca supervivientes. Nunca testimonios. Todo cabe dentro de ese saco mágico llamado «el juego». Qué útil debe de ser convertir cada crítica en confirmación. Qué alivio debe de dar que cualquier acusación funcione como evidencia de que vas por buen camino.

—Tengo una abogada, y junto con Esperanza, mi mujer, que fue la que te recibió cuando llegaste —dice con total naturalidad—, ellas me defienden de todas esas cosas. No hay nada real, ¿me entendés? No hay denuncias formales, ni juicios, ni antecedentes penales. A veces la gente tiene una experiencia con la ayahuasca, descubre algo que no quería ver… Por ejemplo, que le gustan los hombres. Y entonces culpan al proceso, al entorno… Proyectan. No pueden integrar lo que les pasa.

Proyectan. Siempre proyectan. Es el truco de siempre: la culpa nunca es de ellos, la culpa es tuya. Si te atreves a denunciar sus prácticas abusivas, no es porque hayan hecho algo mal, sino porque —según su ejemplo— eres homosexual y no quieres reconocerlo. Suena ridículo, pero así lo plantea: tu malestar no es legítimo, es

una proyección. Y esa supuesta proyección se transforma en tu queja, en tu crítica, en tu denuncia. El sistema perfecto: infalible, blindado, siempre girando la responsabilidad hacia la víctima.

—¿Viste algo en la toma?

—Sí… Vi algo raro.

La trampa está tendida.

Le cuento lo que vi. O mejor dicho: lo que digo que vi. La imagen absurda que describo no salió de mí, sino de Cristina, una chica que conocí por internet en un grupo de afectados de Inner Mastery. Días antes me había confiado cómo el grupo la fue aislando poco a poco: primero de sus amigos, después de su familia, hasta que terminó trabajando para la organización durante años, casi sin contacto con el exterior. Y esa visión que ahora repito como si fuera mía… fue en realidad la primera que tuvo ella.

—Era como un pezón muy pequeño —empiezo— que se iba transformando en una teta entera. Se ponía en vertical, y aparecía un hombre.

No se inmuta. No se ríe.

—¿Y la imagen te arrojó alguna comprensión?

—No.

—¿Y a vos te interesa comprender por qué viene esa imagen?

—Sí.

Varela asiente como si acabara de colocar la primera pieza del puzle. Se acomoda. Por unos minutos deja el móvil de lado. Una vez detectada la brecha, su atención de depredador está puesta en mí. Su tono es suave, clínico.

—Lo primero —dice— es que las imágenes que vienen en las tomas no son importantes. Lo importante es lo que la imagen te

hace sentir, a dónde te lleva.

»Si te metés detrás de ese sentimiento, te encontrás con algo que podés comprender profundamente.

Me veo obligado a hacer una pequeña aclaración: los diálogos son transcripciones literales. Si suenan confusos, lo siento. Nada de lo que dice tiene sentido, pero yo asiento, dejo que avance. Como buen prestidigitador, primero establece una lógica general que parece razonable. Solo entonces baja al caso concreto. Al mío.

—Todo lo que vemos en estados modificados de conciencia tiene que ver con nosotros, no con el otro. Lo primero es mirarte a vos en la imagen. Viste un hombre. Eres tú.

—Recuerdo pensar que había cosas en mí que estaban dentro de todo lo que me rodeaba —respondo, haciendo referencia a los audios que se reprodujeron durante los retiros de Barcelona.

—La teta es el símbolo de la madre —dice—. Y de esa madre surge la silueta del hombre. Sos vos. De acuerdo con tu relato, por donde podemos orientar la conversación es: ¿qué está pasando con tu madre?

Pausa.

Me hace pensar que estoy tomando decisiones. Pero en realidad, acaba de marcar el eje de toda la sesión.

—Bueno… No lo había pensado así —digo.

Y entonces, sin avisar, lo suelta:

—¿Cuántos años llevás tomando la teta?

Silencio.

—¿Cómo?

Lo dice con una seriedad quirúrgica. Como si me acabara de diagnosticar una enfermedad rara.

—Pues… tengo veinticinco años. Vivo con mis padres.

—Veinticinco años tomando la teta.

—Igual sí… Es hora de dejar el nido, ¿no?

—De alguna forma, vos has creado la forma de seguir tomando la teta de tu madre —responde él, imperturbable—. Hay gente que, como la madre no le dio la teta, entra en conflicto. Caen en la heroína. Porque buscan una energía muy parecida a la de mamá. La heroína es la droga por excelencia.

—Ah… No lo sabía. —Pienso: ¿adónde quiere ir a parar?

—Yo atiendo a muchísima gente con dependencia a la heroína. En tu caso, estás enganchado a tu madre.

Y ya está, el diagnóstico está completo. Ni sabe cómo es mi madre. Ni qué relación tengo con ella. No importa. En su lógica, la madre es el origen de todos los males. Y no es casual. Muy a menudo, incluso en las sectas que se presentan como espacios de liberación, consciencia y amor universal, se esconde un discurso profundamente machista y conservador. Un patriarcado disfrazado de espiritualidad. Bajo sus ropajes coloridos y su retórica New Age, muchos de estos grupos reproducen ideas rancias: que la mujer es la fuente del conflicto emocional, que todo trauma nace de una madre ausente, controladora o demasiado presente. Ellas siempre cargan con la culpa.

—¿Cómo has formalizado ese enganche en tu vida? —me pregunta.

Yo me encojo de hombros.

—No sé… Me cuesta…

—No importa. Yo te doy ejemplos —responde, como quien resuelve un trámite—. Pedirle permiso. Pedirle consejo. Cumplir sus

expectativas. Sentir el placer de ser el hijo que más ama. ¿Qué tipo de relación has creado con tu madre?

—Bueno… Lo de las expectativas, eso sí que sí. Intento mucho… pero nunca parece suficiente.

Asiente. Ya tiene lo que necesita.

—Entonces la relación que has creado con tu madre —dictamina — es una relación destinada a sepultarte en una eterna autoexigencia. Porque nunca vas a ser suficiente.

En menos de cinco minutos, ha logrado convertir una imagen sin sentido en un diagnóstico absoluto, sin conocerme, sin preguntar nada, sin dudar. Ha fabricado una herida. Y ahora, por supuesto, podrá venderme la cura.

Aquí entiendo algo clave: yo no he llegado roto. Él me está rompiendo.

Esta es la especialidad del gurú: no espera a que llegues con una vulnerabilidad, se encarga de fabricártela. Coge cualquier detalle —una imagen, una palabra, un gesto— y lo retuerce hasta que encaje en su discurso. Y si no encaja, tranquilo: ya lo hará. Porque aquí todo es interpretativo, todo se acomoda para llevarte siempre al mismo desenlace: tú eres el problema, él es la solución.

Yo asiento, como un buen alumno. Me pongo en el papel de hijo frustrado. Incluso improviso un poco, para darle más verosimilitud a mi personaje.

—Ahora entiendo por qué la teta estaba justo encima de mi cabeza…

Él sonríe, satisfecho.

—No sos suficiente —repite—. Te has quedado a un nivel. No has llegado al nivel suficiente.

Esa es la trampa perfecta. No hay escape. Nunca llegarás. Siempre serás menos. Solo él tiene el camino a más.

—¿Y cómo resuelvo eso? —pregunto.

Aquí es donde da el giro espiritual.

—Cuando comprendés la imagen, se diluye —dice—. Te metés dentro. Te preguntás: ¿qué me hace sentir el hecho de que nunca he dado la talla con mi madre?

—Pues… impotencia. Yo lo intento, pero hay un momento en que no puedo más.

—Ese sentimiento —dice—. Eso que estás nombrando es lo que domina a la humanidad. Impotencia. La idea de que no podés satisfacer a tu madre es peligrosa, Carlos. Pero podés desarmarla.

Pausa.

Mira al horizonte.

—Nosotros nos dedicamos a eso. Yo me dedico a editar el inconsciente.

«Editar el inconsciente». Lo dice como si fuera a abrir mi mente con un bisturí y recortar las partes que no encajan. Lo dice en serio. No lo presenta como una metáfora poética, sino como una intervención quirúrgica real.

Y entonces suelta la bomba.

—Si no das la talla con tu madre, no vas a dar la talla con ninguna mujer. Hagás lo que hagás, Carlos.

El gurú acaba de convertir un dibujo onírico en una maldición afectiva. De repente, mi vida sentimental entera depende de que «resuelva» una imagen que ni siquiera tiene sentido para mí. Y si no lo hago, estoy condenado a repetir un patrón invisible con cada

mujer que cruce mi vida. Así, sin escapatoria. Bienvenidos al chantaje emocional versión espiritual.

Y lo peor es que lo dice con ternura. Como si me estuviera regalando una epifanía. Como si su frase no fuera una sentencia, sino una oportunidad.

Yo asiento. Pido ayuda. Le pregunto qué hacer.

Y entonces lo reconduce.

—No es con tu madre. Es con la parte de vos que sigue enganchada a ella. Esa parte que la sigue complaciendo, que sigue respondiendo a sus expectativas. Ese problema… ahora lo tenés vos.

Aquí es donde se cierra el truco: el gurú te obliga a ver un trauma, te crea y señala una herida y después te devuelve toda la responsabilidad. Si te hundes, la culpa es tuya. Si te liberas, el mérito es suyo. Y lo más perverso: en realidad no te ha dicho nada concreto, solo ha hecho ver que te revelaba algo que ya estaba en ti.

—¿Y no debería ser ella la que se conforme con el vaso medio lleno? —pregunto, intentando plantear una solución razonable—. Quiero decir, si hablo con mi madre y le cuento cómo me siento, quizá la cosa cambie…

Se ríe.

Entonces me suelta una historia larguísima que, todavía hoy, no sé qué pretendía contarme exactamente… si es que pretendía contar algo. Arranca hablando de su mujer, de su hija. Que no la bautizó, que no la mandó al colegio hasta que a ella le dio la gana, que gracias a eso creció «libre». Y concluye, por supuesto, con una moraleja que no viene a cuento: que él sí está despierto.

—Yo estoy enseñándoles a todos los padres —dice—. A que sus hijos no carguen con la cárcel de sus expectativas.

Y ahí aparece la gran excusa. La genealogía del trauma. Que si la madre fue programada por su madre. Que si su abuela por su bisabuela. Que todo es herencia. Que yo no estoy enfrentándome a mi madre, sino a una cadena de dolor. Y que solo rompiéndola voy a ser libre.

—Ni siquiera hace falta ir y decírselo —dice—. Porque entonces caés en la neurosis de que el problema lo tiene el otro. El problema lo tenés vos.

Así es como se borra cualquier conversación. Así es como se esquiva cualquier conflicto real. Y, en consecuencia, cualquier posibilidad de solución verdadera. Porque el gurú no quiere que dialogues, no quiere que intentes arreglar nada con nadie. Quiere que cortes, que rompas vínculos, que te aísles. Que dejes de escuchar a tu madre, a tu pareja, a tus amigos. Y que solo le escuches a él.

Entonces me lanzo.

Me muestro vulnerable, casi sin filtro. Le digo que he tenido pensamientos oscuros. Que me ha pasado por la cabeza hacerme daño. Que me da miedo repetir la experiencia con la ayahuasca, porque no sé qué podría pasar si me desborda. Que tengo amigos que han acabado mal, con crisis, con autolesiones.

—O sea, ahora mismo, lo que más miedo me da de volver a tomar ayahuasca… es que esto que me ha pasado por la cabeza alguna vez pueda convertirse en algo real.

Su respuesta es mirar el móvil. Así. Sin más. Ni una ceja alzada. Ni un «¿te pasa a menudo?». Ni un «¿tienes apoyo?». Solo un

pulgar que refresca la pantalla.

No es solo que ignore una frase que indica un riesgo real. Me da la sensación de que no quiere que saque estos temas, le incomoda. Cuando lo que digo encaja con su relato, me premia con atención, con sonrisas, con validación. Cuando no encaja, me lo retira. Refuerzo positivo para lo que interesa, refuerzo negativo para lo que molesta. Me está entrenando para que no exprese dudas en público. Para que me autocensure. Para que aprenda que, si hablo de lo que duele de verdad, me voy a quedar solo.

—Yo no hablo de violencia hacia otros —aclaro, nervioso—. No quiero dañar a nadie. Me refiero a mí… Me da miedo lo que yo me haría a mí mismo.

Sin inmutarse, responde:

—Sí, pero eso lo podés proyectar o introyectar. Si lo proyectás, podés cargar contra tu madre, tu padre o el gobierno. Si lo introyectás, es contra vos mismo. Mucha gente se suicida. O se autolesiona. Trastornos alimentarios. Porque no lo pueden sacar hacia fuera. Entonces se hacen daño de mil maneras.

Todo eso lo dice sin bajarse de su nube. Sin ajustar su tono ni un milímetro. Como si recitara un cuento que ha repetido ya cien veces.

—Es un mecanismo —añade—. Si no te apetece ni matar a tu madre ni hacerte daño a vos mismo, vas a tener que ver qué hacés ahora con la situación. Si tu conciencia está despertando y te has dado cuenta de lo que estamos hablando, esta charla es para que estés en otro nivel.

Una frase que suena elevada, pero que en realidad esconde un tremendo vacío. Una manera elegante de no responder, mientras simula darme una respuesta transformadora.

Como me explica al día siguiente mi amiga Laura Merino, psicóloga especializada en la atención a personas y familias afectadas por sectas destructivas y procesos de radicalización, este tipo de respuestas no son casuales. Varela escurre el bulto: yo acudo en busca de orientación terapéutica y él, en lugar de acompañarme, me anima a ignorar el problema. Si lo hago, me premia haciéndome sentir en un «nivel superior»; si no lo hago y más adelante sufro consecuencias graves, la culpa seguirá recayendo en mí por no haber evolucionado lo suficiente. No hay un verdadero apoyo, sino un mecanismo de reproche disfrazado de guía espiritual que desplaza la responsabilidad hacia la víctima.

Varela me mira fijamente. Ahí lo deja. Como si acabara de darme un consejo práctico. Como si hubiera hecho su parte. Decide. Tú verás. Y si decido mal, la culpa será mía. Es el truco final de esta estructura: la trampa de la libertad absoluta.

Yo intento decir que no entiendo. Que necesito claridad. Que no sé cómo resolverlo.

—Podés hablar con tu madre —dice.

Pausa.

—O no. Porque, como te decía, entonces caés en la neurosis de que el problema lo tiene ella. Y el problema lo tenés vos. Y lo podés resolver vos. Si lo ves. Si lo comprendés.

Esta es otra técnica clave: la ambigüedad polarizada. Te da dos caminos opuestos y luego desautoriza ambos. Hagas lo que hagas, está mal. Salvo que sigas el camino que él traza, aunque nunca lo defina del todo. Es un juego de espejos diseñado para que la única salida válida esté siempre bajo su tutela.

—Lo estás empezando a resolver ahora —dice—. Comprendiéndolo.

Y después lanza una de esas frases vacías que él comparte en sus redes.

—Si la comprensión se eleva a tu consciencia… toda tu vida va a empezar a confluir a favor tuyo.

Es brillante. En lo formal. En lo vacío. Porque ¿quién no querría que su vida «confluyera»? ¿Qué significa eso siquiera? ¿Cómo se mide? ¿Qué implica? ¿Y por qué habla de forma tan enrevesada? Honestamente, me está empezando a doler la cabeza.

Y entonces, como si ya hubiera sembrado lo suficiente, introduce su propuesta comercial disfrazada de apoyo libre de presión.

—No necesitás tomar ayahuasca para resolver eso. Podés venir, podés hablar conmigo, claro. Pero esto no te lo va a resolver la ayahuasca. Lo va a resolver tu capacidad de comprensión de la cárcel en la que te encontrás.

¿Y cómo se llega a esa supuesta «comprensión»? Imagino que será gracias a sus «medicinas», ¿no?

No necesito nada… salvo lo que él me ofrece.

Puedo ir… si quiero. Pero si no voy, seguiré en mi cárcel. Y si voy, no es porque él me lo pida. Es porque yo lo he comprendido.

Después de destruir el sistema de referencias emocionales del adepto, le ofrece el único refugio disponible: su espacio. Su acompañamiento. Su interpretación.

Entonces me cuenta otro cuento larguísimo. Su «historia de origen», como si fuera la primera película de un superhéroe: ese momento fundacional donde todo empieza, donde el pasado doloroso se convierte en misión y el personaje encuentra su

propósito. Me explica que a los veinticuatro años se enfrentó a sus padres. Que les dijo: «o me aceptan, o no me ven más». Que él sí se liberó. Que él sí se «cortó el cordón».

—Vos, en cambio —me dice—, has creado una lealtad que es un falso respeto. Eso es lo que te impide sacar pecho y decir: «YA».

Y acto seguido pasa a hablarme del tiempo que estuvo en la cárcel.

—Yo estuve un año y medio en la cárcel —dice—. Y conocí gente que mató a su madre. A su padre. Y yo les pregunté: ¿por qué?

Pausa.

—Porque no lo aguantaban más. Porque tenían una ira dentro que no podían sostener.

Me mira.

No sé si está intentando provocarme o persuadirme.

—Hay una ira en vos. Inconsciente. Que no te permitís sacar. Porque si la sacás, puteás. Agredís. O peor.

—Pero yo no hablaba de eso —aclaro, mirándolo fijo—. Me refería a hacerme daño a mí mismo. Nunca he querido hacer daño a nadie. Nunca. Hablaba de lesionarme yo, no de matar a nadie. —Lo digo despacio, dejando claro que me está respondiendo cosas que no he preguntado, interpretaciones a cosas que no he dicho.

—Es lo mismo. Proyección o introyección. Si no lo podés sacar, te lo tragás. Y si te lo tragás, te mata igual.

Ahí lo tienes. El callejón sin salida. No hay matices. No hay escucha. Solo un esquema fijo donde el sufrimiento siempre encaja con su teoría. Si dudas, es miedo. Si protestas, es ego. Si no aceptas, estás bloqueado. Si te duele, es tu culpa.

Poco después de este bucle sin fin, cuando el miedo ha hecho su trabajo, cuando me ha mostrado las peores versiones posibles de mí mismo, aparece el salvador.

—Si querés venir al retiro, yo te habilito. Hablá con Esperanza o con Marta. Y si tenés problemas económicos, vemos qué se puede hacer.

Y ahí está. La mano tendida. El gesto compasivo. No importa si acabo de decirle que estoy pensando en suicidarme. Él no me deriva a un profesional. No llama a nadie. No activa protocolos…

Me ofrecerá un retiro.

La ayuda, aquí, siempre se traduce en producto.

Y para rematar, su frase final:

—Yo no respondo preguntas, Carlos. Yo respondo al que pregunta.

Uf, no puedo más con tanta frase rebuscada y hueca. Suenan como sacadas de la sección «Filosofía barata» del *Nadie sabe nada*, cuando Andreu Buenafuente y Berto Romero lanzan ocurrencias absurdas para reírse un rato. Solo que aquí nadie se ríe. Aquí, cada frase absurda se recibe con un silencio solemne. Varela tiene un don: es un genio en revestir lo banal de profundidad.

Dice que no sabe, pero afirma con certeza. Dice que no guía, pero marca cada paso. Dice que no impone, pero advierte con frases de sentencia. Esta es su verdadera técnica: desorientar con un discurso ambiguo, contradictorio, envolvente. Así, cuando ya no sabes qué pensar, solo puedes seguir escuchando. Solo puedes confiar en él. Varela no vende ayahuasca. Vende dependencia. No vende comprensión. Vende sentido. Fabricado, empaquetado, repetido. Y funciona porque lo hace parecer libertad. Funciona

porque está construido sobre nuestros vacíos. Funciona porque el monstruo que describe… es el mismo que ha creado con su discurso.

Cuando miro el reloj, han pasado exactamente cuarenta y cinco minutos.

En ese momento lo veo claro: nunca fue una conversación. Fue un embudo de ventas disfrazado de conexión espiritual. Un proceso de marketing diseñado para que, sin darme cuenta, pase de escuchar a interesarme, de interesarme a planteármelo, y de planteármelo… a pagar. Un sistema calculado para convertir cualquier duda o emoción en una oportunidad de negocio… y así monetizar las vulnerabilidades.

Y es que desde el minuto uno, sus herramientas estaban desplegadas:

Primero construye el vacío: si no llegas roto, él se encarga de señalarte dónde estás mal. Después fabrica un trauma: a partir de cualquier detalle —un sueño, un miedo, incluso una teta— inventa una herida emocional profunda, sin contraste, sin contexto, sin margen de duda. Luego llega el chantaje espiritual: si no sanas, si no cortas, si no comprendes, te condenas a fracasar en el amor, a quedarte impotente, a vivir encadenado a tu madre. Y, finalmente, te ofrece la llave. Pero ojo: esa llave no está en ti, está en él. En su método, en su espacio, en sus retiros…

Y nunca es gratis.

Y por si todo eso falla, saca el recurso más extremo: el terror emocional, la amenaza velada, la posibilidad no dicha —pero dicha— de la tragedia.

«Si no das la talla con tu madre, no vas a dar la talla con ninguna mujer».

«*Mucha gente se suicida*».

«*Yo conocí a tipos que mataron a sus madres».*

8
Entrevista a Cristian

Cristian y yo nos volvemos a ver un año y medio después de aquel primer encuentro en el chalet de Fuente el Saz de Jarama. Recuerdo que me lo crucé cuando iba al baño, antes de mi encuentro con Varela. Me saludó con una sonrisa tranquila, casi mecánica. Pensé que parecía ensayada, igual de tanto sonreír a desconocidos. Yo seguí con mi papel, fingiendo ser un asistente más al retiro. En aquel momento apenas intercambiamos un par de frases.

Su mensaje me llega un martes por la noche, justo después de publicar en YouTube el primer reportaje de mi investigación sobre Inner Mastery. Pero para mí la investigación está lejos de haber terminado. Sigo reuniéndome con exadeptos, con familiares, con psicólogos, con médicos… Y los fines de semana los paso clasificando y editando las interminables horas de grabaciones, intentando darles forma, encontrar un sentido y una estructura que sostenga los distintos capítulos de la serie documental.

Esa noche hace viento en el puerto. Fuera, las cuerdas del velero crujen contra el mástil. Me acurruco un poco más bajo la manta y abro el mensaje.

Hola, Carles. Un placer. Me llamo Cristian.

He trabajado en la organización Inner Mastery desde 2015 hasta marzo de este año. He visto algunos vídeos tuyos y charlas. Tanto mi experiencia en Inner como escucharte siento que van abonando mi camino (por decirlo de alguna manera). Conozco casos de todo tipo dentro de la organización, con el uso de las llamadas medicinas ancestrales.

He estado en Colombia cocinando ayahuasca con los taitas y he dado cientos de tomas a grupos en los retiros. Obviamente también he pasado mi proceso personal. Y he visto de todo.

Para mí sería un placer compartir todo lo que te pueda interesar o quieras conocer.

Gracias por contestar.

Cristian

Quedamos unos días después, en una cafetería anodina de Barcelona. Sin música de fondo. Sin mantras. Sin incienso. Cristian llega puntual. Tiene el pelo largo y negro, como la barba, espesa y rizada, donde ya asoman algunas canas. Lleva gafas que agrandan sus ojos y lo hacen parecer más atento, más despierto. Es muy alto, pero camina con los hombros ligeramente encorvados. Trae una libreta arrugada bajo el brazo y una caja blanca precintada con celo. Tiene cara de haber dormido poco, pero de estar decidido a hablarlo todo. Ya no tiene esa mirada flotante de cuando lo conocí. Ha bajado a tierra.

—Cristian, quiero ser honesto contigo. No sé si te acuerdas, pero tú y yo coincidimos en un retiro en Fuente el Saz de Jarama hace cosa de un año y medio.

Me observa unos segundos.

Inmóvil.

Veo que hace un esfuerzo real por recordar.

—Pues… puede ser —responde, con una sonrisa cansada—. Han pasado tantas personas por delante de mí que a veces se me mezclan. Pero sí, creo que sí… Pero por lo que he visto… estuviste en un retiro en la casa de Barcelona. ¿Y también en Madrid?

Asiento.

—Pues mira, justo en Barcelona, yo estaba de apoyo a Sergio, otro facilitador, cuando llegó la policía. Estábamos en plena toma y la gente empezó a gritar. Los agentes preguntaron qué pasaba… Y les dijimos que era un ejercicio de catarsis para liberar emociones reprimidas.

Se ríe al recordarlo.

—Tiempo después… uno de esos policías vino a un retiro.

Me cuesta saber si lo dice con orgullo, ironía o miedo. Tal vez todo a la vez.

Cristian se queda callado un instante. Parece estar repasando mentalmente lo que me quiere contar. Luego me mira, ladeando un poco la cabeza.

—¿Hay algo que tú me quieras preguntar?

—Antes de empezar quería saber qué ha pasado este último año y poco para que hayas decidido irte de Inner Mastery.

Cristian asiente despacio.

—El nuevo rumbo de la organización ya no encajaba conmigo. O yo con él —dice, apoyando los codos sobre la mesa—. Cuando empecé, Alberto siempre decía: «Aquí no hay posibilidad de que existan chamanes, maestros o gurús». Eso era algo que repetía mucho. Pero ahora… ahora él mismo se ve como maestro. Y muchos a su alrededor se manifiestan como discípulos.

Hace una pausa breve.

—Yo pasé mi época de querer ser chamán —continúa—. Y tuve la oportunidad de ponerme ese disfraz. En su momento lo sentí como parte del aprendizaje para acompañar sesiones con enteógenos. Me gustó aprender sobre las medicinas y cómo sostener emocionalmente a la gente. Pero poco a poco el disfraz se fue cayendo. Y entendí que perfectamente podía —y puedo— acompañar una sesión sin necesidad de disfraz.

Me mira, buscando que no lo malinterprete. No reniega del todo de las sustancias, pero sí del sistema que las convierte en dogma.

—Llegué siendo una persona que estaba muy jodida. Nunca había salido de Zaragoza. Estaba muy amargado por cosas personales. Y de pronto, la vida me trajo esta posibilidad…, y la tomé. No puedo negar que viví cosas que me marcaron. Pero también vi cosas que no podía seguir justificando.

Silencio.

Apura el café, revisa su libreta.

—Hay ciertos cambios que uno tiene resistencia a aceptar. O que simplemente no quiere aceptar. Así que el cambio llega por otro lado.

—Y una pregunta que nunca me ha quedado clara… —digo, abriendo un nuevo melón—. ¿Cómo lo hacen para traer la ayahuasca a España? Quiero decir…, no es algo que puedas ir a comprar a una tienda, ¿no?

Cristian se ríe, no por la pregunta, sino por la cantidad de veces que la ha oído.

—Claro que no —responde, apoyando los brazos sobre la mesa—. A ver… Hay muchas formas, y cada vez más sofisticadas. Pero te

cuento cómo fue en mi caso, que es como lo hacen muchos. Yo nunca habría pensado en mi vida ir a la selva. Pero cuando llegó la oportunidad, me dijeron: «¿Por qué no te vas?». Y yo… yo estaba fatal. Muy perdido. Me saqué los bolsillos, literalmente. Les dije: «Pero ¿cómo me voy, si no tengo un euro?». Alberto me dijo: «Da igual, yo te lo pago».

—¿Y qué te pagó?

—El vuelo entero, unos ochocientos euros, más doscientos ochenta euros por traer la ayahuasca. Como si fuera una especie de compensación por el encargo.

—¿Y cómo la trajiste?

—La ayahuasca ya venía preparada, cocinada por los taitas. El brebaje. Se mete en botellas o en bolsas selladas, según la cantidad. Se embala con doble bolsa, precintado fuerte, y se coloca entre la ropa en la maleta facturada. También he visto a gente que la traía en mochilas de mano, disfrazada como si fuera zumo de frutas o extractos naturales. Etiquetas falsas, botes opacos, cosas así.

—¿No te pillaron nunca?

—A mí no. Pero sí me retuvieron en aeropuertos. En Miami, por ejemplo, estuve más de tres horas. Me hicieron pruebas químicas y espectrometría. Al final me soltaron con todo… menos con lo que usaron para hacer las pruebas. Esa parte la perdí. Pero en España… nunca he tenido problemas.

—¿Y qué traías exactamente?

—Brebaje de ayahuasca. Que en realidad es una mezcla: *Banisteriopsis caapi*, que es la liana, y chacruna o chagropanga, que es la que contiene una pequeña cantidad de DMT, una sustancia psicoactiva muy potente.

—¿Y eso se puede hacer solo allí?

—Sí. Son plantas que solo crecen en la selva amazónica. En Colombia, en Perú… No puedes conseguirlas aquí frescas. Hay quien intenta imitar el efecto con otras combinaciones de plantas, pero no es lo mismo. En el mundo del *Bufo* pasa algo parecido: hay quien ofrece DMT sintetizado de plantas y lo pasa como si fuera natural, pero el original viene de un sapo del desierto de Sonora, en México.

—¿Y en los retiros usan siempre la original?

—No siempre. Hay veces que no. Pero no lo dicen. Lo que te tomas puede no ser lo que te cuentan. Y ahí está parte del problema. La gente no sabe lo que está consumiendo. A veces se mezcla con otras sustancias, otras veces está mal conservada. Y se la das a personas muy vulnerables, sin saber bien qué puede pasar.

Me quedo en silencio. La imagen es clara: gente con problemas emocionales cruzando medio mundo para cocinar una sustancia ancestral, que luego llevan en una maleta facturada y termina en un chalet a las afueras de Madrid siendo consumida por gente en situación de vulnerabilidad. Y alguien como Cristian, perdido, necesitado, convertido en mula espiritual por doscientos ochenta euros.

Él se da cuenta de lo que estoy pensando y se adelanta:

—Sí. Ahora lo veo. Suena fuerte. Pero cuando estás ahí… lo ves como algo «espiritual», como una misión. Te lo venden como un privilegio. Y tú, jodido como estás, te lo crees.

Cristian me habla de sus años como facilitador con la naturalidad de quien ha contado su vida demasiadas veces y, sin embargo, todavía no ha terminado de entenderla. Dice que ha acompañado «cientos de tomas», que ha visto de todo, que cada retiro era una

especie de montaña rusa emocional donde él, al menos en teoría, era el cinturón de seguridad.

—Acompañar una toma —me dice— es como intentar sostener algo que no entiendes del todo. Te formas en la práctica. Nadie te da un manual. O, bueno…, sí, hay unos audios, unas frases, unos rituales. Pero al final eres tú, con tu energía, tu presencia y tus miedos. Y con diez personas vomitando, llorando o riéndose como locas.

Le pregunto cómo sabía qué hacer si alguien tenía un mal viaje. Qué hacía si alguien gritaba que se estaba muriendo. Si alguien le pedía un médico. Si alguien se desmayaba.

—Lo primero que hacíamos era intentar calmar. No negar la experiencia, pero tampoco alimentarla. Poníamos música, les cogíamos la mano, les decíamos: «Respira. Estás seguro. Esto también pasará». A veces funcionaba. Otras… improvisamos. Decíamos que se estaban liberando, que el cuerpo es sabio. Yo lo creía. O quería creerlo. Porque si no lo crees, ¿cómo lo sostienes?

Me cuenta que, en realidad, el facilitador mejor valorado era el que lograba repetir el discurso con más precisión. El estilo lo marcaba Varela, aunque no estuviera físicamente presente.

—Había frases que teníamos que repetir. O que sabíamos que funcionaban. «Estás en proceso». «Confía en lo que surge». «Déjate morir». «Abraza tu evolución». Se convertían en respuestas automáticas. Pero es que, a veces, tampoco sabías qué más decir. Cuando ves a alguien con la mirada vacía, o en bucle, o pidiendo ayuda…, y tú no eres terapeuta, ni médico, ni chamán. Solo alguien con voz suave y el disfraz de acompañante espiritual…

Hace una pausa. Coge aire.

—Lo peor es que… con el tiempo, te haces bueno en aparentar que sabes. Aprendes a poner cara de serenidad. A moverte lento. A sentarte en el suelo con postura abierta, a mirar a los ojos, a no juzgar. A hablar poco pero con tono «profundo». Y eso… eso se confunde con sabiduría. La gente proyecta en ti. Te ven como un guía. Y tú lo aceptas, aunque por dentro sigas tan perdido como ellos.

—¿Alguna vez sentiste que había gente que no debía estar ahí?

—Muchas veces. Gente con brotes, con duelos muy recientes, con traumas sin tratar. Pero si habían pagado, si estaban ya allí, se seguía adelante. A veces se les decía que hicieran solo media dosis, o que tomaran menos y observaran. Pero nadie pedía informes médicos, ni diagnósticos, ni un historial. Y si pasaba algo feo, se interpretaba como parte del proceso. Como una «purga espiritual». Y se les animaba a volver, a «integrarlo».

Lo dice sin odio, pero con un temblor sutil. Como si todavía se estuviera perdonando.

—Yo pensaba que estaba ayudando. Lo juro. Lo hacía con cariño. Pero ahora, mirando atrás, veo que muchas veces solo sosteníamos una estructura sin cuestionarla. Y cuando alguien lo pasaba mal, el error siempre era suyo. Porque no confió, porque no se entregó, porque resistió. Nunca del sistema.

Y luego añade, en voz baja:

—Había tomas donde yo no quería estar. Donde sentía que estábamos jugando con fuego. Que algo se nos iba de las manos.

Cristian no encaja del todo ni en la casilla de víctima ni en la de victimario. Se mueve en esa zona gris donde habita mucha gente

que ha pasado por grupos como este: personas que fueron captadas, sí, pero que también actuaron como captadores. Que se sintieron salvadas por el sistema, y luego lo perpetuaron sin mala intención, convencidas de que estaban ayudando.

—Lo más jodido es que lo hacíamos con amor —me dice, sin mirarme—. Con intención real de ayudar. Pero sin herramientas reales. Sin formación. Y eso es peligroso. Muy peligroso.

Cristian aprendió a sostener a los demás mientras aún estaba aprendiendo a sostenerse a sí mismo. Y ese es uno de los mecanismos clave en las dinámicas de estos grupos: empoderar a los miembros rápidamente, darles responsabilidades antes de tiempo, convertirlos en «acompañantes» cuando aún están en plena fase de vulnerabilidad. Así, el grupo crece, se retroalimenta…, y las dudas quedan desplazadas por la urgencia de parecer fuerte para los otros.

—Recuerdo una toma en la que alguien entró en bucle, no podía salir del viaje, decía que había muerto y que no podía volver. Yo me senté a su lado, le cogí la mano, y le repetí las frases que había aprendido: «Esto también pasará. Estás en proceso. No te resistas. Abraza tu evolución». En ese momento me parecía lo correcto. Pero ahora… ahora me pregunto: ¿y si necesitaba otra cosa? ¿Y si lo estaba pasando mal de verdad?

Hace una pausa. Se acaricia la barba.

—A veces pienso que, por querer ayudar, también hice daño.

—¿En qué momento empezaste a notar que algo ya no encajaba para ti? —pregunto.

Cristian no tiene una historia de ruptura limpia. No hay un momento concreto, un «clic», una revelación fulminante que lo

sacara del grupo. Lo suyo fue un goteo. Una acumulación de dudas pequeñas, de silencios que empezaban a incomodar, de frases que ya no podía repetir sin sentirse un poco impostor.

—Yo no me fui… Me fui despegando… Primero fue una incomodidad. Luego empecé a faltar a algunas tomas. Después me ofrecían ir a retiros y decía que no. Me daban ansiedad. Hasta que un día… simplemente dejé de contestar.

La salida no fue heroica. Fue confusa, silenciosa, llena de culpa.

—Me costó un montón. Me sentía mal por no estar allí. Por no «sostener el proceso». Pero al mismo tiempo… no podía seguir. Había cosas que ya no podía mirar igual.

—¿Hablaste con alguien del grupo sobre tus dudas?

Niega con la cabeza.

—¿Cómo vas a decir en voz alta que ya no crees? —responde—. No hay espacio para eso. Si dudas, te dicen que es el ego. Qué estás huyendo. Que estás proyectando.

Es uno de los mecanismos más sutiles y perversos: convertir la duda en patología. Hacer que quien cuestiona se sienta culpable. Que piense que está fallando, que no está «listo», que necesita «otra toma».

—Durante mucho tiempo pensé que la culpa era mía. Que yo no había sabido integrar bien. Que me faltaba humildad. Que no había entendido el mensaje. Pero luego… hablé con otras personas que habían salido. Y empecé a ver el patrón. —Se queda en silencio unos segundos, respira hondo y añade—: Una vez soñé que estaba en una toma y que todos tenían máscaras. Incluso yo. Y nadie podía quitárselas. Era como si estuvieran pegadas. Me desperté agobiado. Y pensé: ya está. No puedo volver.

Esa fue su despedida real. Un sueño. Una metáfora que, en el fondo, no necesitaba más traducción. Y no, no la «integró» con otro viaje. No volvió a tomar. No lo compartió en círculo. Solo se fue. Pero incluso ahora, mientras me lo cuenta, sigue usando algunas palabras del viejo lenguaje. Dice «proceso», dice «energía», dice «misión». No para justificar. Quizá por costumbre. O porque hay fragmentos de esa experiencia que no ha renombrado todavía.

—Hoy lo veo más claro, pero aún me cuesta —me dice, con la voz baja—. A veces me descubro repitiendo frases que ya no creo. O defendiendo cosas que me dolieron. Supongo que forma parte del luto.

Me quedo callado. Asintiendo. Salir de una secta no es solo salir físicamente. Es aprender a pensar con tus propias palabras. A volver a mirar tu historia sin filtros ajenos. Y eso, como él dice, lleva tiempo.

—Yo pedí volver a casa. Necesitaba desconectar un poco.

—¿Qué pasó?

—De repente, todo el mundo me giró la cara. Ya no me escribían, no me pedían tareas… Alberto tampoco. Yo estaba en el equipo de vídeo. Siempre había material que editar, cosas que hacer. Pero de pronto… nada. Como si me hubieran desconectado. Como si dejar de estar físicamente fuera sinónimo de traición.

Hace una pausa.

Se le escapa una media sonrisa, amarga.

—Y ahí me di cuenta. Solo importas si estás dentro. Si estás disponible. Si sigues la corriente. El discurso decía otra cosa, claro. Que tú eres libre. Que puedes hacer tu camino. Pero en la práctica, el que se va… desaparece.

Se encoge de hombros. No lo dice con rencor. Lo dice como quien por fin lo entiende.

—Eso me rompió. Porque pensé que era parte de una familia. Pero resultó ser una empresa emocional. Y si no produces…, te borran.

Antes de despedirnos, Cristian se remueve un poco en la silla, como si se acordara de algo que llevaba rato esperando el momento adecuado.

—Casi se me olvida —dice, señalando la cajita blanca que ha tenido encima de la mesa todo el rato—. Esto… lo he traído por si te sirve.

El precinto de celo ya está algo despegado. Tiene ese aspecto de las cosas que han viajado mucho y han sido abiertas y cerradas más veces de las que conviene.

La abro con él, sin prisa. Dentro, varios frascos de cristal transparente, algunos con tapón de corcho, otros cerrados con papel film y goma elástica. Cada uno tiene una etiqueta escrita con rotulador negro y buena caligrafía: «copales», «yopo», «yagé», «rapé», «limpieza», «armonía», «carbón»…

No parecen sustancias peligrosas. Podrían ser botes de especias compradas en un mercadillo artesanal. Pero sé lo que son. O al menos lo que representan.

Cristian los observa en silencio, como si reconociera a viejos compañeros de viaje. No hay solemnidad. Tampoco nostalgia. Solo una especie de pausa respetuosa. Como quien entrega algo que ya no quiere, pero que tampoco puede tirar.

—Es parte de todo lo que fui —dice—. Y que ya no necesito seguir siendo.

9
ICEERS

Ya en la cama, con la luz tenue del flexo y el sonido del agua golpeando suavemente contra el casco del barco, enciendo el móvil por inercia. No consigo desconectar. A lo largo de los años han sido muchas las personas y organizaciones que han intentado denunciar las prácticas dudosas de Inner Mastery, pero hasta ahora no había prestado suficiente atención. Navegando entre enlaces y foros, doy con un post de la Plantaforma para la Defensa de la Ayahuasca que me llama especialmente la atención.

> El señor Varela ha fundado una lucrativa empresa con la cual realiza giras internacionales brindando el remedio de la ayahuasca de manera engañosa. Manifestamos que la organización Ayahuasca Internacional, constituida legalmente como Inner Mastery Internacional SL, sus integrantes y su fundador son unos completos impostores, no conocen la ciencia de la ayahuasca y jamás han sido instruidos en los usos y las prácticas de nuestra tradición cofán.

Y la web de Plantaforma me redirige a la página web de ICEERS, acrónimo de *International Center for Ethnobotanical Education,*

Research, and Service. A simple vista parece que se trata de una entidad científica que asegura encargarse del estudio y análisis de información para promover el uso de plantas psicoactivas, entre ellas, la ayahuasca.

Tras descargarme su *Informe técnico de la ayahuasca en España* leo:

> A medida que la demanda de participación en ceremonias ha aumentado con los años, desgraciadamente los charlatanes con vocación de gurú también han aparecido, como no podía ser de otra manera tratándose de una práctica espiritual.

En algún momento —allá por 2016—, ICEERS e Inner Mastery entraron en una especie de guerra abierta. Inner Mastery llegó incluso a publicar una respuesta directa, acusando a ICEERS de haberlos difamado. En ese comunicado se leía: «Todo se preparó para atacar y destruir a Alberto Varela y su organización internacional», y hablaban de un «plan de desprestigio basado en manipulaciones y mentiras». Mientras unos hablaban de evidencia científica, los otros respondían con teorías conspiranoicas y un lenguaje mesiánico.

Y eso es lo que me llama la atención de ICEERS: el lenguaje científico y reposado desde donde analizan el uso de estas sustancias. Su postura es clara: defienden que la ayahuasca no es de una droga peligrosa a pesar de que ciertos grupos la usan de mala manera, sino que es una sustancia beneficiosa para la salud.

No lo voy a negar, esto último me genera mucha curiosidad.

¿Y si tuvieran razón?

Yo entiendo que no tiene nada de terapéutico irte a un retiro espiritual perdido en el monte y tomar chupitos de ayahuasca como si fueran chupitos de Jäger, sin dosis concretas, sin diagnóstico, y sirviendo la misma pócima para tratar desde la ansiedad hasta el duelo, el TDAH, el insomnio o el dolor de rodilla. Ahora bien, tampoco me parece descabellado pensar que, si existiera evidencia científica sólida que lo respaldara, y si se aplicara en un entorno controlado —como un hospital, con profesionales formados, dosis específicas y objetivos terapéuticos bien definidos—, quizá sí podría tener efectos beneficiosos en determinados casos. Entre el laboratorio y la comuna con incienso hay un abismo.

Pero me saltan las alarmas cuando empiezo a mirar con más detalle la web de ICEERS y llego al apartado *¿Decidiendo tomar ayahuasca?*

ICEERS expone que hay 3 tipos de sesiones a las que se puede asistir: las sesiones chamánicas, las sesiones terapéuticas y las sesiones religiosas. Y más abajo en el texto te enseñan a elegir un centro «bueno» mientras hablan de sus beneficios:

> Aunque desde un punto de vista científico aún falta mucho trabajo por hacer para demostrar que la ayahuasca tiene propiedades terapéuticas o beneficiosas para el crecimiento personal, la cantidad de relatos de personas que han pasado por experiencias con ella indica frecuentemente un beneficio claro, tanto para la persona como para su entorno cercano.

Me parece curioso este párrafo: científicamente no hay nada demostrado, pero como mucha gente dice que le ha ido bien… ya te puedes animar a tomar ayahuasca.

> Si bien se dice frecuentemente que una sola toma de ayahuasca es más eficaz que diez años de terapia, lo cierto es que para que se produzca un beneficio terapéutico sostenido en el tiempo relacionado con cambiar patrones de comportamiento desadaptativos, solucionar problemas originados por traumas vitales o con resolver dinámicas familiares negativas enquistadas, es necesario un trabajo terapéutico previo a la toma y una integración y un seguimiento extensivo.

Integración…

Esa palabra resuena en mi cabeza. Me revuelvo en la cama, intento convencerme de que ya es tarde, de que todo esto puede esperar a mañana. Pero no.

Me incorporo, salgo del camarote descalzo y me dejo caer en el banco junto a la mesa, con el portátil delante. Fuera todo está en calma: el leve balanceo del velero, la oscuridad salpicada por la luz del puerto, algún crujido ocasional de los cabos tensándose. Pero dentro de mí, nada está en calma. Hay algo en esa palabra «integración» que me dice que la investigación no ha terminado. Abro el navegador sin saber muy bien qué busco, pero con la certeza de que hay algo que aún no he entendido del todo. Vuelvo a la web de ICEERS, repaso sus informes, sus comunicados, sus vídeos. Intento leer entre líneas. Y entonces me fijo en un detalle al que hasta ahora no le había dado importancia: ¿quién está realmente detrás de esta organización?

El director de la organización no es médico, ni neurocientífico, ni psicólogo. Es Benjamin DeLoenen: un director de cine amateur. Y, a pesar de no tener formación científica, la organización que ha

montado se ha convertido en una de las voces más influyentes en el sector de las drogas psicoactivas, especialmente la ayahuasca y el cannabis. De hecho, en 2017, el partido político Podemos les pagó seis mil euros para que redactaran un informe técnico sobre la marihuana. Y su director científico, José Carlos Bouso, ha sido presentado en la Comisión de Sanidad del Parlamento Español como un gran experto en el tema.

Justo después de esta intervención, Antonio Sola, diputado de VOX, le felicita y le reconoce su trayectoria como «psicofarmacólogo especializado en ayahuasca y otras drogas de efecto serotoninérgico». Esta organización sí que es transversal: lo mismo redacta un informe para Podemos que saca aplausos en VOX. La ayahuasca y el cannabis, al parecer, no entienden de ideologías.

Vamos a ver. Si van de científicos, si presumen de rigor, si se presentan en el Parlamento como expertos académicos…, ¿de verdad pueden permitirse poner en su web que tomar ayahuasca puede tener un beneficio terapéutico?

¿Esto en qué se sostiene?

¿Dónde están los estudios?

Sigo leyendo informes de ICEERS, bastante densos, por qué negarlo, hasta que llego a uno del 20 de octubre de 2020. El director científico José Carlos Bouso y Juan Carlos de la Cal, periodista que se presenta como especialista en el mundo amazónico y coordinador de la Plantaforma para la Defensa de la Ayahuasca, han realizado un informe titulado «La ayahuasca en España. Una evaluación de las personas participantes en sesiones de ayahuasca utilizando indicadores de salud pública». En dicho informe se recogen referencias a estudios y literatura especializada para defender que la

ayahuasca, lejos de ser una amenaza para la salud pública, puede tener aplicaciones terapéuticas:

> Se ha propuesto la ayahuasca como tratamiento para el trastorno de estrés postraumático, para la regulación emocional en personas con trastornos de personalidad, en el tratamiento del duelo y para toda una serie de enfermedades médicas y psiquiátricas propias del mundo contemporáneo.

A lo largo del documento se insiste en que quienes participan en ceremonias de ayahuasca tienden a presentar «hábitos de vida más saludables, mejor ajuste psicosocial y vínculos comunitarios fortalecidos». También se señala que muchas personas reducen o incluso sustituyen el uso de fármacos como ansiolíticos, antidepresivos o analgésicos tras su participación en estas sesiones.

Y en uno de los informes técnicos de ICEERS, en concreto el del año 2021, se puede leer lo siguiente:

> En resumen, la ayahuasca está mostrando resultados prometedores, no solo para tratar afecciones psicológicas, sino también para actuar como neuroprotector y para promover la neurogénesis.

Llegan a esa conclusión después de analizar una serie de artículos científicos sobre el potencial de la ayahuasca. Y uno de los estudios que citan lleva la firma del doctor José Antonio Morales García, neurocientífico.

Al verlo, decido contactar con él directamente por Twitter.

Me responde rápido y quedamos para hablar.

Nos conectamos por videollamada. Él aparece desde su casa. Tranquilo, analítico, nada chamánico.

—Bueno, a ver —me dice con calma—. Nosotros no estudiamos la ayahuasca como tal. Lo que hacemos es buscar compuestos que puedan decirles a las células madre del cerebro: «Eh, tenemos una patología, formad neuronas nuevas». Y uno de los compuestos que empezamos a probar fue la DMT, que es un componente de la ayahuasca.

Le cuento que llevo un tiempo investigando grupos que promueven la ayahuasca como si fuera la respuesta a absolutamente todo: trauma, ansiedad, relaciones rotas, creatividad bloqueada o incluso, por qué no, el insomnio de tu gato. Y que he visto sus estudios citados como prueba de que la ayahuasca «reconecta el cerebro», «genera sinapsis nuevas» o «cura heridas emocionales profundas».

Morales se ríe con cierta incomodidad. Lo está escuchando por primera vez.

—No lo sabía —responde—, pero cada uno se agarra a lo que puede para vender su producto. Lo que yo hago es en laboratorio, con células y con animales. Los resultados por ahora son espectaculares, pero en humanos no sabemos si va a tener el mismo efecto.

Además, y por lo que me cuenta el doctor, aunque la ayahuasca tiene DMT, también tiene cientos de otras sustancias que no están estudiadas y pueden ser peligrosas. Sería el equivalente a decir que, como los matarratas tienen azúcar para atraer a las ratas, se pueden usar para endulzar el café. No te recomiendo que lo hagas. Esto es importante porque, incluso si la DMT demuestra con el tiempo ser

útil para tratar alguna enfermedad, seguramente la mejor forma de tomarla no sea a base de chupitos de ayahuasca, que contiene muchas otras cosas potencialmente peligrosas. Aunque, llegados a este punto, el doctor Morales me sorprende con un dato: la ayahuasca también se está estudiando desde un punto de vista clínico, con personas, en hospitales, para ver si sirve para tratar ciertos trastornos.

—Son estudios que se han hecho en un número moderado de gente —explica—, habría que ampliar el estudio para tener un número de datos mayor y poder afirmar que sea efectivo.

Para entender qué significa lo que dice el doctor, es importante saber que la mayoría de los compuestos que se estudian para ver si pueden servir como fármacos nunca llegan a ser útiles. Pero ¿de qué números estamos hablando? Pues aproximadamente del 92 %. Ahí se encuentra la ayahuasca ahora mismo, como también lo estuvo el cannabis hace muchos años, cuando un montón de «visionarios» anunciaron a bombo y platillo que era una planta milagrosa que podía curar todos los males. La realidad fue que se iniciaron cientos de estudios clínicos, pero, hoy en día, solo se utiliza en contextos médicos para calmar el dolor y poco más.

Pero, además de que la ayahuasca aún no ha demostrado ningún tipo de eficacia médica, hay otra cosa a tener en cuenta: las dosis.

Según me cuenta el doctor Morales, los mamíferos como los humanos, los gatos y los ornitorrincos —puestos a elegir mamíferos, ¿por qué no uno tan gracioso como el ornitorrinco?— producen DMT en sus cerebros, de ahí que este compuesto pueda tener un efecto farmacológico. Pero estamos hablando de cantidades irrisorias comparadas con las que hay en un chupito de ayahuasca como los

que he visto en retiros. Y la dosis es la clave. Echarle sal a una ensalada es algo muy normal, ¿a que sí? Pues si una persona de setenta kilos se come doscientos diez gramos de sal, puede alcanzar la dosis letal. Y esto mismo aplica para la ayahuasca y la DMT. Y como es lógico, en los retiros nadie mide nada. Es más, nadie sabe tampoco exactamente qué hay dentro de ese chupito.

Y llegados a este punto, me entra una curiosidad. Si en ICEERS dicen que la ayahuasca es tan prometedora…, ¿se la beberán los propios científicos que la estudian? No me resisto a preguntarle.

—¿Tú has tomado alguna vez ayahuasca?

—Yo jamás —me dice tajante—. Jamás. Tengo DMT en el laboratorio, que es con lo que experimentamos. Y no lo he usado porque no sé qué va a salir de ahí. Nunca se me ocurriría hacerlo fuera de un entorno médico controlado, donde lo más importante es ajustar la dosis. Porque no la sé. Y no la recomiendo como valor terapéutico. ¿Tienes depresión, ansiedad o un trastorno? En ningún caso la recomiendo.

Hace una pausa, como para remarcar lo que viene. Me explica que algunos efectos secundarios son las náuseas y los vómitos, pero que también otro de los posibles efectos es un brote psicótico, igual que puede pasar con otras sustancias. O crisis de hipertensión. O paradas cardiorrespiratorias.

—Hay que tener cuidado con lo que se toma y con las dosis, porque te puede causar un coma. O la muerte.

Morales me explica que la farmacología es una ciencia compleja y potencialmente peligrosa si no se aplica bien. Por ejemplo, me dice que hay un montón de alimentos que no se pueden comer mientras te estás medicando. Incluso algo tan inocente como un pomelo o un

trozo de carne pueden producir una reacción negativa con algunos fármacos. El alcohol es otro gran ejemplo, incompatible con la mayoría de los medicamentos, así como todas las drogas recreativas. También me explica que los antidepresivos, mezclados con drogas alucinógenas como la ayahuasca, pueden producir graves efectos secundarios. Incluso letales. Le explico que a mí, en los retiros a los que he ido, nadie me ha advertido de nada ni me ha preguntado si me estoy medicando. Cuando asistí a mi primera toma, me metí una pizza y una cerveza la noche de antes, y a volar.

—Te lo llevan a su terreno. Te están vendiendo un producto —dice con resignación—. Por ejemplo, cuando te ofrecen el veneno del sapo, el *Bufo*, lo que hacen es un combinado que te puede provocar una crisis. Eso es lo que pasó con Nacho Vidal. El actor porno que hizo un ritual y el colega murió. Según lo que he podido leer, la noche de antes había tomado cocaína.

Me queda claro que beber ayahuasca es un peligro, sobre todo si te la dan a base de chupitos. Pero, casi sin darme cuenta, cambio de tema.

—A los retiros a los que he ido, ponen unos audios durante la noche mientras la gente estaba bajo los efectos de la ayahuasca. Al día siguiente, muchas personas repiten las ideas que aparecen en esos audios como si fueran pensamientos propios. ¿Tiene sentido desde un punto de vista científico?

—Uno de los efectos de la DMT es que te crea hipersensibilidad. Lo percibes todo más. Si tomas ayahuasca y te ponen una cinta, lo sientes intensamente. Afecta al cerebro. A zonas implicadas en juicios de valor, emociones… Cambia el flujo de información en esas zonas. Y puedes recordarlo todo con más intensidad.

Nos despedimos y cuelgo la llamada.

Me queda bastante claro que la interpretación que hacen algunos sobre su trabajo no tiene mucho que ver con lo que él está estudiando. Otra vez, la ciencia instrumentalizada, ya que eso es, básicamente, lo que algunos están promoviendo: una medicina milagrosa, multiusos y sin receta. Y lo hacen, además, con un pie en el lenguaje científico. Incluso ICEERS, que en teoría admite que «aún falta mucho trabajo por hacer para demostrar que la ayahuasca tiene propiedades terapéuticas», termina induciendo a participar en rituales… siempre que sean los rituales correctos.

Y claro, si los propios científicos que citan —como Morales, que lleva años de investigación— no creen que se pueda afirmar hoy en día que la ayahuasca sea efectiva para tratar ninguna enfermedad hoy por hoy, ¿cómo es que ellos sí se permiten hacerlo?

En más de una ocasión ICEERS ha convocado ruedas de prensa para reforzar esa imagen de institución científica. En una de ellas, por ejemplo, aparece su director científico José Carlos Bouso acompañado de Juan Carlos de la Cal, presentado como periodista especializado en el mundo amazónico. En esta rueda de prensa ambos hablan de los beneficios del uso tradicional de la ayahuasca.

—No supone ningún peligro contra la salud pública —expone el periodista con tono solemne.

Pero una cosa es defender el derecho de los pueblos originarios a preservar sus rituales, o investigar el potencial terapéutico de ciertas sustancias, y otra muy distinta es validar, desde una supuesta base científica, el negocio que algunos están haciendo en nombre de todo eso.

Aun así, como tampoco quiero caer en prejuicios, ni pensar que todo el mundo que sirve ayahuasca lo hace mal, decido seguir tirando del hilo y busco información con el objetivo de asistir a uno de estos grupos que ICEERS considera que «lo hacen bien». Me adentro de nuevo en su página web y veo una y otra vez las mismas dos palabras: Santo Daime. El nombre aparece tantas veces —más de sesenta menciones en el dominio— que resulta imposible pasarlo por alto. Se trata de una iglesia brasileña que mezcla cristianismo, espiritismo y ayahuasca, y navegando en grupos de Facebook me encuentro con la posibilidad de asistir a uno de sus eventos:

El vuelo del águila.
Festival del fuego IV.
Viernes 30 de octubre 9.00 h
La última cosecha.

Pero lo que realmente me llama la atención es que, justo debajo de las imágenes pixeladas, hay un mensaje escueto, casi clandestino: «Inscripciones y reservas», seguido de un nombre y un número de teléfono.

Cojo el teléfono y llamo.

10
El vuelo del águila I
Menú degustación

—Son setenta y cinco euros con sesenta céntimos —me informa el taxista mientras detiene el coche en seco, levantando un poco de polvo.

Llevo cuarenta y cinco minutos de trayecto desde la estación de Atocha de Madrid y eso, en taxi, vale su peso en oro. Busco la tarjeta de crédito entre los bolsillos del pantalón mientras miro por la ventanilla. Al otro lado no hay un templo, ni un centro terapéutico, ni una comunidad de sabios chamánicos. Tras varios minutos circulando por un inquietante camino de arena, hemos llegado a un descampado. Tierra seca, un par de coches mal aparcados y una verja oxidada que da paso a un chalet. Esa es la ubicación que Javier —nombre modificado— me ha enviado por WhatsApp. Estamos a las afueras de una urbanización que está a las afueras de un pueblo que está a las afueras de Madrid.

El taxi se aleja. Sopla una brisa fría, de esas que llegan con el anochecer, cuando el sol ya se ha escondido. Aprovecho esos instantes para ponerme las gafas de pasta, bajarme el flequillo y preparar la cámara oculta del móvil. Le doy a REC y enfoco hacia la verja. Una verja de hierro viejo que, al empujarla, chirría como si

estuviera ensayando para una película de terror de bajo presupuesto.

Al otro lado, un jardín dejado de la mano de Dios, con muebles de plástico quemados por el sol y una hamaca rota que cuelga como una metáfora involuntaria. A mi derecha me llama la atención un árbol que está en el centro de un círculo improvisado con piedras. Y dentro de este círculo, otras piedras dibujan una estrella perfectamente simétrica.

—Hola, ¿eres Carlos Rico? —me dice una voz desde dentro.

Asiento.

—Encantado, hombre, soy Javier.

Javier lleva una chaqueta azul con la capucha puesta, como si se protegiera de algo más que del frío, y pantalones largos grises, de esos que parecen pensados para una excursión de domingo. Las gafas se apoyan torcidas sobre el puente de la nariz. Tiene ese aire de alguien que ha dormido poco y se mueve despacio, casi arrastrando los pies. No dice nada más, simplemente me pide que le siga.

Bajamos por una rampa que desciende hacia lo que en su día debió de ser un parking, pero que ahora está reconvertido en una especie de sala multiusos espiritual; una mesa de ping-pong ha sido apartada en un rincón y en el sitio que ocupaba anteriormente han improvisado una pequeña recepción de invitados.

Os voy a confesar una cosa sobre mí: no sé calcular bien las horas. Siempre llego exageradamente temprano a los sitios. Y hoy no ha sido la excepción. La sala todavía está patas arriba y los organizadores andan ajetreados, arrastrando cojines, colchonetas y cubos de una sala a otra.

—¿Queréis que os eche una mano? —pregunto.

Entro en la que será la sala del ritual y la escena me resulta familiar: colchonetas que vamos colocando una junto a otra, formando un cuadrado perfecto. Una gran chimenea preside la estancia. Está construida en ladrillo visto, ennegrecida por el uso y rematada con una repisa donde alguien ha colocado velas, ramas secas y un par de piedras «energéticas». Al fondo, veo un piano y al lado una mesa con tambores, panderetas, termos, botellas y, cómo no, varios cubos de plástico que vamos distribuyendo: uno por cada colchoneta. Son del mismo tono azul que los que usaban en Inner Mastery. Ese azul de quirófano barato que ya me provoca náuseas solo con verlo. De repente me invade una mezcla entre sospecha y *déjà vu* que me dice que, aunque cambie el grupo, el nombre o el logo…, el espectáculo va a ser el mismo.

Sin embargo, hay algo distinto: una imagen, al final de la sala. Enmarcada sobre un fondo abigarrado, casi alucinógeno, lleno de colores difuminados, árboles frondosos, formas que se mezclan como si estuvieran bajo el agua. En medio de ese *collage* aparece un rostro en primer plano: un hombre de piel negra, frente surcada por arrugas y una mirada directa, penetrante, casi hipnótica hacia el espectador.

—¿Quién es ese hombre? —pregunto con discreción.

—Es Mestre Irineu, el fundador del Santo Daime.

Antes de venir, me informé un poco sobre él. Descubrí que fue un exmilitar brasileño que en los años treinta mezcló cristianismo, espiritismo y ayahuasca, y fundó el Santo Daime tras una supuesta visión de la Virgen. Su figura no es solo parte de la historia: está presente, preside y observa desde ese rincón de la sala.

Salgo de la sala del ritual y me dirijo hacia un sofá que hay en el parking/secretaría para hacer tiempo. Pero, de camino, algo en la pared capta mi atención: un dibujo. A simple vista parece infantil, hecho con ceras o rotuladores gruesos. Representa a un grupo de personas vestidas de blanco, dándose la mano. Justo encima, presidiendo la escena, aparece una cruz de Caravaca: una cruz de dos travesaños horizontales, el superior más corto. Enfoco el dibujo con la cámara del móvil. No quiero olvidarlo. Tiene algo de *Midsommar*, pienso brevemente. Esa belleza en lo ordenado, en lo blanco, en lo aparentemente inocuo, en la felicidad del encuentro familiar. Ese terror que no necesita gritos, solo flores, cantos y sonrisas bien colocadas. Y al lado del dibujo, de nuevo, una imagen del Mestre Irineu.

Casi una hora después, por fin los 15 asistentes que se esperaban ya han llegado. Se congregan en el recinto con esa mezcla extraña de cortesía y expectativa que se da en estos lugares donde nadie sabe del todo qué está a punto de pasar, pero todos fingen que sí. Algunos se saludan con abrazos largos; vuelven a encontrarse. Otros, como yo, nos mantenemos en un segundo plano, observando.

—¿Es tu primera vez? —me pregunta una chica rubia, de unos veintiocho años, con ojos grandes y una voz suave, casi susurrada, que se presenta como Andrea.

—Sí —respondo, intentando sonar curioso pero sin parecer escéptico.

—Uf, te va a remover mucho. A mí la primera vez me removió todo. El trabajo empieza en cuanto decides venir, aunque no te des cuenta.

Pienso que hay algo en Andrea que desentona ligeramente con el ambiente general. Una tristeza leve, contenida. Ha pasado por esto muchas veces y la emoción inicial se le ha ido erosionando. En algún momento sonríe, pero es una sonrisa breve, que no le borra del todo la tristeza de los ojos.

—Solo confía —añade—. La medicina sabe lo que hace.

Después de unos segundos, asiente con suavidad y se gira para saludar a otra persona. Me queda la impresión de que, detrás de su voz suave, hay algo que no termina de encajar. Una especie de melancolía discreta, como una grieta bien disimulada en una pared recién pintada.

Una chica ligeramente mayor que yo, creo que de unos treinta años, se me sienta al lado. Tiene el pelo recogido en un moño alto y un collar con un colmillo.

—Tú eres nuevo, ¿no? —me pregunta con una sonrisa amable—. Yo vengo cada vez que puedo. Es como… mi reset. La selva está aquí —dice, señalándose el pecho.

Asiento de nuevo, esta vez sin saber muy bien qué decir. Pero tampoco hace falta, porque justo en ese momento Javier baja las escaleras en dirección al parking. Viene del piso de arriba, donde vive él con su mujer e hijos, según me cuenta uno de los asistentes. Con mucho eufemismo, nos informa que toca pagar. El precio del «vuelo del águila» son sesenta euros para los socios y setenta para los nuevos. Pago en metálico y confieso que, conforme veo el dinero despegarse de mis manos, billete a billete, me asalta una leve punzada de arrepentimiento. Los billetes van directos a una carpeta de plástico con una etiqueta escrita en letras negras muy grandes donde pone, sin ironía alguna, «DONATIVOS». Donativos, sí.

Voluntarios, claro. Tan voluntarios como imprescindibles para poder participar. Esa combinación de palabras —donación voluntaria— me dispara un recuerdo. Al bajar la vista y fijarme en la semilla estampada en mi camiseta, me asalta otro *déjà vu*: la escena de aquel curso de cultura maya donde me revelaron que yo era una semilla galáctica. Y, cómo no, también allí acabé haciendo una donación voluntaria OBLIGATORIA.

A continuación, nos sentamos en el suelo, formando un círculo irregular. Javier se acomoda en uno de los sofás que tenemos enfrente, ligeramente elevado respecto a nosotros. Toma la palabra para explicarnos en qué consistirá el ritual.

—El ritual del «vuelo del águila» lo que hace es dar una vuelta, junto con el sol, alrededor de la Tierra. Es un ritual que trabaja, sobre todo, en el otoño, con eliminar lo que nos sobra, lo viejo. Dejar lo que está muerto y pedir lo nuevo, lo que necesitamos.

Darle una explicación metafórica a un rito no me molesta especialmente. Lo hacen todas las religiones del mundo: la eucaristía y el pan como cuerpo de Cristo en el cristianismo, por ejemplo, o incluso la tradición wiccana de comer semillas al inicio del otoño como símbolo de renovación. Es parte del relato, de la función simbólica. Eso lo entiendo.

—Estas medicinas te ayudan a esto, a que hagas esa revisión —añade.

Aquí, sin embargo, sí me chirría. De nuevo tildar de «medicinas» a mejunjes que no sabes quién prepara, ni cómo, que no cuentan con advertencias claras sobre sus efectos, ni con ningún tipo de supervisión médica ni control de calidad, es una estafa disfrazada de espiritualidad. Medicamento sin receta, sin dosis definida, sin

contexto clínico. Pero, claro, si lo llamas remedio ancestral, ya nadie te exige responsabilidades, como si por ser antiguo fuera más seguro. Con todo lo que ya he visto, esto me parece sumamente peligroso.

—De repente, uno siente náuseas, ganas de vomitar. Esa náusea, ese vómito…, cuando uno consigue echarlo, se ha liberado de esa energía, de esa historia.

Bueno, tú y yo sabemos que se trata del efecto secundario más común de la ayahuasca, ya que, por lo que sea, beber algo que te puede matar y vomitarlo después tiene cierto sentido biológico. Pero igual peco de poco profundo y espiritual. No sé.

—Es un vómito liberador.

Me asaltan recuerdos de mi Vietnam particular. No me apetece nada volver a estar encerrado en una sala llena de gente vomitando.

Alguien del grupo pregunta si es obligatorio beber ayahuasca. Una buena pregunta. Me interesa. Quiero pensar que, al menos, nadie te obliga a ingerir una sustancia potencialmente letal.

—A ver, lo recomendable es hacer el trabajo entero… La ayahuasca es para todo el mundo, pero no todo el mundo es para la ayahuasca —responde Javier—. Si hay un momento en que uno dice «mira, yo no quiero tomar», nosotros lo respetamos. Pero, claro, si tú te paras aquí, toda esta parte del ritual que está preparada para ayudarte… la estás dejando pasar. Y te quedas donde te has quedado.

Ufff. El viejo truco. No te obligamos, pero si no lo haces, te señalamos. No con el dedo, sino con la culpa. No avanzarás, no sanarás, no encontrarás la verdad. Una estrategia tan vieja como eficaz y tan sectaria como reconocible.

—Esto decimos que es para todo el mundo, pero no todo el mundo es para esto.

De nuevo, somos los elegidos, los especiales, los únicos con la sensibilidad o la madurez necesarias para acceder a esta experiencia. La vieja dicotomía nosotros/ellos. Marcar la diferencia desde el primer minuto.

—Porque no todo el mundo tiene el suficiente equilibrio como para poder abrir esta percepción… y que eso le deje en una situación estable.

No sé por qué aún quedaba algo de esperanza en mí. Quizá porque ICEERS avala este grupo y esperaba, ingenuamente, que eso implicara cierto rigor, algún atisbo de compromiso con la información veraz. Pero no.

Así a lo tonto ya van unas cuantas señales de alarma que he aprendido a identificar: la figura carismática del guía con discurso ambiguo; la promesa de sanación disfrazada de espiritualidad; la medicalización de una sustancia no regulada; la ausencia total de advertencias sobre riesgos reales; el uso de la culpa para condicionar las decisiones individuales… Una tras otra, como fichas de dominó. Y aquí estamos todos sentados, en silencio, con los ojos bien abiertos y la boca increíblemente cerrada. Como si nada estuviera pasando. Sin advertir que el ritual ya ha empezado, aunque aún no hayamos tomado nada.

—Aparte de la ayahuasca vamos a tomar otras medicinas. En el vuelo del águila normalmente tomamos cinco.

Si ya me había parecido escandaloso que en Inner Mastery mezclaran la ayahuasca con otra droga alucinógena, aquí

directamente se superan: el plan es encadenar un menú degustación de cinco sustancias distintas. A ver qué nos cuenta Javier.

—Empezaremos por la ayahuasca y la siguiente medicina que tomamos es el rapé. El rapé es tabaco. Es el mensajero de los espíritus. Entonces el tabaco se suele acompañar con una ceniza de una planta que normalmente es la pao pereira. Y esa pao pereira tiene un componente muy similar a la ayahuasca. Entonces se mezcla con el tabaco y se sopla en la nariz.

No termino de entender a qué narices se refiere con eso de «se sopla por la nariz». Suena tan absurdo como inquietante. Pero tengo claro que, sea lo que sea, a mí no me lo va a hacer. Ya veré cómo funciona cuando llegue el momento y, mientras tanto, voy dándole vueltas a qué excusa inventarme para escabullirme. De nuevo, a este cóctel de drogas le llaman «medicina». Sigamos.

—Luego fumaremos tabaco. ¿Qué es lo que pasa con el tabaco? La planta más sagrada de las plantas, por lo tanto, la más pervertida. ¿Qué es lo que genera el tabaco en este mundo? Tumores, enfermedades, gente tosiendo… ¿Sabes por qué? ¿Cómo se utiliza? Pues estamos con un amigo en una discoteca, tienes un cigarro, estás hablando no sé qué, no sé cuánto. Aquí no, aquí el tabaco es la siguiente medicina que vamos a tratar. Lo vamos a utilizar para rezar.

Eso sí que no me lo esperaba. O sea, el tabaco tiene la capacidad de decidir si te va a provocar cáncer o no en función de si lo utilizas con tus amigos o con la misión sagrada de rezar. No es que de por sí fumar sea tóxico para el pulmón. No, lo tóxico es la intención. ¿Por qué sigo esperanzado en que diga algo con sentido? Si es que al final la culpa va a ser mía y todo.

—Son plantas que están hechas para curar. Cada una tiene su forma de administración y su forma de hacer esa cura.

«Son plantas que están hechas para curar». Lo dice así, sin pestañear.

—Tened en cuenta que todo lo que os vamos a administrar es cien por cien natural.

El viejo truco del naturalismo barato: si viene de la tierra, es bueno. Una forma elegante de decir que lo industrial es malo, lo ancestral es sabio, y todo lo que te haga vomitar en una ceremonia con tambores y humo es sanación. Nadie se detiene a pensar que la cicuta, la belladona o el arsénico también son naturales… Y no os recomiendo tomaros un chupito de arsénico. Además, se nos olvida que cuando todo era «natural», la esperanza de vida rondaba los treinta años y la anestesia era morder un palo. El palo era natural, eso sí. Comer carne cruda o beber agua del río era lo más eco que había, y también la forma más rápida de pillar una infección mortal. Al final, ¿qué significa «natural»? Todo está hecho de átomos, todo son reacciones químicas que se transforman. ¿Un antibiótico es antinatural? ¿El fuego? ¿La fermentación? ¿Tu móvil es antinatural o es simplemente materia organizada de otra manera? Si todo proviene del universo, ¿dónde trazamos la línea? Sé que ahora puede dar la sensación de que estoy hasta arriba de ayahuasca, pero es que siempre que alguien me viene con esa falacia naturalista —el rollo de «si es natural, es mejor»— me quedo loco. Desde mi punto de vista, este argumento suele ser el recurso de marketing que se usa cuando no hay nada más bueno que decir del producto. Como no pueden hablar de eficacia, seguridad o evidencia, lo adornan con un «cien por cien natural» y lo venden como si eso

fuera una garantía. Es un envoltorio bonito cuando dentro no hay gran cosa. Lo natural no es ni bueno ni malo por sí mismo. Lo importante no es de dónde viene algo, sino cómo actúa, en qué dosis y con qué evidencia.

—Después del tabaco viene la sananga. Es un colirio que se aplica en los ojos. Sirve para varias cosas. Una de ellas es limpiar tu visión. Hay gente que se corrige las enfermedades visuales, las dioptrías, tomando sananga. Y también tu visión interna.

¿Cómo de irónico es que me afirme esto un tipo que lleva gafas? Es que ya ni se molesta en disimular. ¿A lo mejor las lleva puestas solo para recordarnos lo ciegos que estamos los demás? Llevo tanto rato escuchando a Javier diciendo barbaridades ante la atenta mirada de los demás, que ya se me está yendo la cabeza.

—Escuece muchísimo. Pero es un dolor… ¿Cómo os diría yo? Asequible. Es decir, porque lo que hace la sananga es producir inmediatamente un efecto beneficioso.

«Lo que hace la sananga es producir inmediatamente un efecto beneficioso». Claro, beneficioso si consideras que provocarte lesiones oculares graves y ver borroso mientras lloras como si hubieras pelado cinco kilos de cebollas es parte del proceso de sanación. Que sea «natural» no lo hace inocuo.

—Tener la visión limpia significa no agarrarte a las cosas que son perjudiciales —nos explica Javier, por si no hemos entendido la metáfora.

Ya me veo preguntándole al oftalmólogo si mis dioptrías vienen de haberme aferrado demasiado al pasado.

—El siguiente sacramento ya es el último y el más sagrado, es la Santa María, cannabis o marihuana, también conocida fuera de aquí.

No puedo evitar reírme por debajo de la nariz cuando veo que le llama «sacramento» a un porro. Sacramento, dice, con una seriedad que roza lo litúrgico, como si en lugar de estar encendiendo marihuana estuviera consagrando el cuerpo de Cristo (y puede que dentro de su cabeza así sea). Yo no puedo evitar pensar en mi vecino del puerto, que se fuma uno tras otro tumbado en la cubierta de su barco. Ese que lleva media vida oliendo a hierba y que todo el mundo tiene clasificado como el fumeta oficial del pantalán. Verás tú el día que se entere de que, con un poco de incienso y una *playlist* de Enya de fondo, puede dejar de ser considerado un fumeta para pasar a ser un hombre iluminado en comunión directa con lo divino.

—El tabaco representa al padre y la maría representa a la madre. La Santa María llega al final, ya que llama a esa energía femenina, para que venga al final, a dar reconforto. Hay gente a quien le sienta bien, y gente a quien le sienta mal. Ese es el tema. No hay ni bueno ni malo en las plantas.

Total, que el menú degustación de este vuelo del águila consiste en «curarnos» haciéndonos alucinar con ayahuasca, soplándonos rapé por la nariz, rezándole a un cigarro, haciéndonos llorar con una planta urticante y, de postre, fumándonos un porro. Una experiencia sanadora, sí. Nunca he estado en una rave, pero me imagino que deben de ser actividades más tranquilas.

Tras esta extensa y densa introducción, todos nos levantamos. Javier nos indica que vayamos hacia la mesa improvisada, como de pícnic, que hay justo detrás de nosotros. Al otro lado, una chica morena de pelo rizado nos espera con aire de secretaria improvisada. Se llama Clara. Tiene más de treinta y cinco años, pero por su aspecto, y sobre todo por su actitud y su forma de

expresarse, habría apostado que tenía poco más de veinte. Tiene una sonrisa suave y una voz dulce que te da ganas de confiar en ella al instante. Hay algo en su forma de estar que transmite paz.

—Carlos, ¿has rellenado esto con tus datos ya?

Sobre la mesa hay una botella de agua, un par de bolígrafos azules y una carpeta blanca con un logo que llama mi atención: CIELO DE LA ALIANZA. Sobre las letras, cómo no, vuelve a aparecer la cruz de Caravaca, esa misma cruz de doble travesaño que ya empieza a repetirse como símbolo omnipresente en todo este decorado espiritual. De la carpeta saca un papel donde rápidamente puedo leer «Declaración de responsabilidades» y me lo entrega.

> Declara conocer y comprender las condiciones del ritual, así como las contraindicaciones, cuyos datos y componentes han sido detalladamente explicados por el guía del trabajo (guía/director-fiscales) del orden y los responsables.

Es el típico texto que se firma en estos sitios para que, pase lo que pase, la culpa siempre sea tuya. Yo asiento con naturalidad, como si todo estuviera en orden, sin decir nada que pueda levantar sospechas. Pero mientras sostengo el papel en las manos, no puedo evitar pensar: después de la sarta de barbaridades que acabo de escuchar, no sé yo si me doy por «informado». Javier nos ha dicho, por ejemplo, que meternos en los ojos un líquido irritante y corrosivo nos va a venir bien para curarnos la vista. Que escuece, sí, pero que ese dolor es beneficioso. Sin embargo, en ningún momento ha mencionado efectos secundarios, contraindicaciones ni advertencias mínimamente razonables. Y luego te entregan este papel, que nadie te explica, y que firmas casi por inercia. En él asumes alegremente

la responsabilidad de consumir sustancias prohibidas por la legislación española, aceptas posibles riesgos psicológicos, emocionales, y les estás firmando un cheque en blanco por si algo sale mal. Porque si algo va mal, ellos sacarán este papel y te dirán que ya te informaron. Lo que no sabes es que el discurso de Javier no tiene nada que ver con lo que dice este documento que estás a punto de firmar. Javier no ha hecho ni una advertencia real, ni una sola mención a riesgos concretos. Solo metáforas, energías y palabras suaves que no se parecen en nada a esta declaración legal cuidadosamente redactada.

Obviamente no me apetece firmar este documento, así que, mientras escribo cosas ininteligibles en el papel, aprovecho el momento para desviar la atención.

—¿Hay más gente nueva o soy el único? —pregunto, con tono casual.

Clara, muy simpática, me responde enseguida que sí, que hay varios más. Me señala a dos chicos que están de pie a unos metros, hablando entre ellos. Son amigos y también es su primera vez. Clara me los presenta con esa amabilidad suya tan suave, tan de que todo va bien, tan de que aquí nadie se cuestiona nada.

Mientras intercambian un par de frases sobre los nervios previos al ritual, yo aprovecho el momento: deslizo el documento sin firmar sobre la mesa, entre otros papeles. No con disimulo excesivo, pero con la precisión justa. Luego me uno a la conversación con ellos, como si nada, mientras observo de reojo cómo firman sus propios documentos sin pestañear.

Y me voy sin firmar.

11
El vuelo del águila II
El ritual

Entro a la sala del ritual, donde reina un silencio casi reverencial. Los que ya han firmado el consentimiento están sentados con las piernas cruzadas sobre sus colchonetas, en calma. Algunos cierran los ojos. Nadie se mueve.

Respiro.

Miro a mi alrededor, esperando.

La gente entra y se acomoda con gestos suaves. Yo también lo hago, dejo que mi cuerpo se acomode en uno de los colchones que, horas antes, yo mismo he distribuido por la sala. Ahora me fijo en algo que antes me había pasado por alto: del techo cuelgan guirnaldas de colores. Tiene algo de festivo, casi infantil. Me recuerda, en cierto modo, a las fiestas de cumpleaños de cuando era pequeño. Me sitúo cerca del piano. Supongo que, como pianista, tener un piano cerca me da cierta confianza. De hecho, si conocéis a algún pianista, sabréis que uno de nuestros mayores esfuerzos en la vida social es evitar tocar el piano cuando hay uno cerca. Porque somos muy pesados. Nos cuesta no dar la nota.

Ya ha entrado el último de los asistentes y, tras él, Javier cierra la puerta, apaga la luz y, con parsimonia, enciende una hoguera en la

chimenea del fondo. Las llamas empiezan a crepitar con suavidad y proyectan su luz cálida por toda la sala. La atmósfera se transforma: el fuego lo tiñe todo de tonos anaranjados. Hemos entrado en otra dimensión, más íntima, más densa.

Yo solo respiro.

El aire pesa, pero está en calma.

Tranquilo.

Al unísono varios de los asistentes empiezan a cantar. Es una música movida, alegre. Javier, en su función de guía espiritual, se dirige a nosotros proyectando la voz.

—Vamos a colocar esas cosas que ya no queremos más en nuestra vida. Hay tantas cosas que ya no nos sirven: esa vieja relación que tiene una cosa por ahí de dependencia. Una necesidad no se sabe muy bien de qué, y que no nos deja, no nos permite estar libres. Todo eso podemos colocarlo en el fuego y eliminarlo. Queremos ser libres, queremos lo nuevo.

El ritual comienza con la toma de ayahuasca. Los más veteranos se levantan con una naturalidad que da a entender que esto, para ellos, es casi como ir a por café. Yo los imito, me levanto y me acerco hasta la gran chimenea que preside la sala. Está prendida con un par de troncos, pero la llama crepita con una intensidad que parece desproporcionada. Todos formamos una fila silenciosa. Vamos a recibir la comunión sagrada. Justo enfrente está Javier, que, con gesto solemne, reparte el brebaje uno a uno. No puedo evitar imaginarlo como Panorámix, el druida de *Astérix el Galo*, repartiendo poción mágica a los aldeanos antes de liarse a palos con los romanos.

Mientras fantaseo, llega mi turno. Javier me mira con esa mezcla de autoridad y afecto chamánico, y me ofrece el vasito con la mezcla espesa y oscura. Como han hecho los demás, hago un pequeño rezo improvisado (a estas alturas ya soy casi bilingüe en espiritualidad New Age) y, delante de todos, me llevo el líquido a la boca. No lo trago. Vuelvo a mi sitio con la pócima aún retenida. Entonces empieza la coreografía. Observo, imito. Me deslizo suavemente por el espacio, como si nadara por el aire con los ojos cerrados. El ambiente se vuelve denso, cargado de mantras, tamborcitos, algún que otro sollozo. Algunos compañeros ya han empezado a gritar. Yo me mantengo sereno: si abro la boca, la ayahuasca se me escapa. Espero el momento adecuado para poderla escupir. Y ese momento llega cuando los vómitos empiezan a salpicar la sala, de forma bastante literal. Este es el momento en el que yo aprovecho para escupirla discretamente en mi cubo azul —ahora mi aliado en esta cruzada silenciosa— simulando que vomito.

Me sorprende ver que absolutamente todo el mundo toma ayahuasca. Incluso Javier. Y eso me enciende una alarma. ¿No debería alguien permanecer sobrio para garantizar que, si pasa algo grave, hay al menos un adulto en la sala? ¿Un humano funcional, aunque sea? Pero no. Aquí todos viajan. Nadie pilota.

Empiezo a observar con otros ojos. Hay una hoguera encendida en un espacio cerrado. ¿Hay extintor? ¿No debería haber un extintor? Me fijo bien: ni siquiera hay ventanas. Estamos en un sótano. ¿Y si alguien tiene un brote psicótico? ¿Y si, yo qué sé, alguien se lanza al fuego porque cree que es una salamandra mística? ¿Quién le asiste? ¿Quién reacciona? Me invade una sensación extraña y bastante perturbadora: soy el único en esta sala

en condiciones de pedir ayuda si algo sale mal. El único que no ha tomado nada. El único sobrio. Y eso, lejos de tranquilizarme, me angustia todavía más.

La noche avanza entre cánticos, vómitos, rezos y tomas de ayahuasca. Todas las tres tomas de ayahuasca tienen la misma metodología: una fila delante de Javier, un rezo y la toma. En la última aprovecho para escaparme al baño a escupir el brebaje…, y esta vez intento que la cámara grabe la textura grumosa, densa y oscura de esta mala pócima.

Javier se acerca, uno a uno, a todos los asistentes. Se inclina con voz susurrante y les dice algo así como:

—Ahora llega el momento del rapé.

Javier saca una especie de varilla en forma de V, con una boquilla en cada extremo. Una para él —el soplador chamánico— y otra para la víctima voluntaria, en este momento se trata de Andrea, que se la mete por la nariz. Javier coloca el rapé en esa especie de pipa. Se acomoda frente a Andrea. La mira fijamente. Andrea, por su parte, cierra los ojos con fuerza… justo en el instante en que Javier sopla.

El polvo entra como un latigazo por las fosas nasales. Observo que el impacto le provoca una sacudida inmediata, un espasmo que le hace abrir la boca para respirar por ella. Se atraganta un poco, tose, respira con dificultad. Durante unos segundos, me da la sensación de que su rostro transmite una sensación bastante desagradable. A mi alrededor, nadie reacciona. Los veo demasiado idos, perdidos en sus «procesos», en sus visiones, en sus propias galaxias interiores. Después de Andrea, uno a uno siguen pasando por el mismo trámite espiritual. Como si el hecho de que les soplen

polvo por la nariz y les reviente medio cráneo fuera lo más normal del mundo.

Llega mi turno y decido improvisar un poco, usando su lenguaje.

—La verdad…, siento un profundo respeto por todas estas medicinas. Creo que cada una tiene su momento, su energía,
y hoy quiero honrar el trabajo sanador de la ayahuasca sin interferencias —digo, con gesto contenido, como si estuviera reflexionando profundamente sobre mi proceso espiritual—. Siento que ahora mismo mi proceso está con ella, y prefiero no mezclar otras medicinas para poder escuchar bien su mensaje. Seguro que más adelante llegarán otras herramientas para seguir sanando otras capas.

Javier asiente. Vislumbro media sonrisa. Parece estar de acuerdo…, incluso diría que está orgulloso de mi decisión. Mi excusa funciona. Sin decir nada, vuelve sobre sus pasos, se arrodilla frente a Andrea y le indica con un gesto solemne que le sople rapé a él, cerrando así el ritual.

Pasan las horas. El sonido húmedo y áspero del vómito se entremezcla con respiraciones entrecortadas, lamentos breves, jadeos. La escena me genera una profunda sensación de tristeza. No por el vómito en sí, sino por lo que representa. Hay algo en el modo en que lo hacen —doblados sobre cubos de plástico o bolsas, temblando, con las mantas aún encima, murmurando entre lágrimas — que revela mucho más que una simple purga física. Están luchando contra algo. Contra traumas no resueltos, duelos abiertos, infancias difíciles, rupturas, ansiedad, el peso de sentirse perdidos… Muchos de ellos necesitan ayuda psicológica, no otro trago de ayahuasca. Vienen arrastrando problemas familiares, personales,

laborales. Buscan respuestas. Buscan alivio. Y se agarran a esta experiencia como si fuera la última tabla de salvación en mitad del naufragio. Pero aquí no hay catarsis, ni liberación, ni grandeza espiritual. Solo cuerpos descompuestos intentando no perder la dignidad. Y un discurso que les dice que esto es parte del proceso. Que el dolor es señal de que están sanando. Que sufrir es avanzar.

—¡Quemaaa! —grita Javier, zarandeando una gran maraca—. ¡QUEMAAA!

El grito me saca de golpe de mis pensamientos. Parpadeo. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que todos están ya de pie, en fila, frente a la chimenea. Otra vez. Me levanto con torpeza y me incorporo a la fila.

—Aprovechamos este poder presente aquí para quemar, para liberarnos —añade, con voz exaltada—. Porque este es el momento de tu liberación. El momento en que te puedes liberar de esas cadenas que suponen esas relaciones que nos hacen daño, que nos tienen atrapados en una espiral de culpas, de engaños. Nuestras falsedades, nuestras máscaras. Esos pensamientos recurrentes que tenemos.

Javier nos ofrece unos papeles para que escribamos oraciones, deseos íntimos, nombres de personas que queremos sacar de nuestras vidas, frases que solo nosotros entendemos. Una vez hecho esto nos acercamos a la boca de la chimenea y los arrojamos.

—¡QUEMAAA!

Uno a uno todos van lanzando los papelitos al fuego. Está a punto de llegar mi turno y todavía no he escrito nada. Miro el papel en blanco y me pregunto qué deseo tengo. Qué deseo de verdad. Me esfuerzo por encontrar algo puro, elevado, espiritual…, pero

nada encaja. Lo único que tengo es una mezcla rara de rabia, impotencia y tristeza. Los deseos bonitos se me han atragantado. Pienso en todo lo que he visto esta noche, en cada vómito, cada sollozo, cada mirada perdida. Y en quienes orquestan todo esto.

—¡QUEMAAA! —insiste Javier, como si gritarlo más fuerte fuera a solucionar algo.

Escribo: *«Deseo que quienes se aprovechan de la vulnerabilidad humana paguen por ello y acaben en la cárcel».*

—¡QUEMAAA!

Antes de que alguien pueda leer lo que he escrito —aunque, siendo sinceros, con lo drogados que van dudo que puedan darse cuenta—, hago una bolita con el papel y lo lanzo al fuego.

—¡QUEMAAA!

El papel se curva en el aire, cae al fuego y se transforma en ceniza en cuestión de segundos. La llama crece, baila más alto, proyecta sombras deformes en las paredes.

—¡QUEMAAA!

Tras un rato de silencio, apenas roto por algún que otro quejido o grito aislado —y por lo que parece una discusión bastante intensa entre un hombre de sesenta y cinco años con un ser imaginario en

la esquina del salón—, Javier retoma el control de la escena y procede con el siguiente número de este decadente show.

—Ahora le queremos pedir al espíritu, a través de este tabaco sagrado, que nos acompañe en este proceso… A cada bocanada, una súplica —dice con solemnidad, sosteniendo un cigarro de liar como si fuera Indiana Jones con el ídolo dorado—. Y queremos pedir para que traiga a nuestras vidas aquello que necesitamos de verdad… Y si estamos aquí, es para pedir de corazón. Pedir por el bien. Por la luz. No podemos pedir un mal a nadie, porque entonces ya no estaríamos en este camino… Estaríamos en otra historia. ¿Ahó?

—Ahó —responden casi todos al unísono.

La mayoría parece conocer el código del «ahó», pero Javier se da cuenta de que algunos nos hemos quedado en silencio.

—Ahó es una palabra sagrada. Significa «así es», «yo acepto», «estoy contigo». Es como sellar lo que acabamos de decir. Unirnos en una misma intención.

Asiento. La sala comienza a llenarse de un humo blanco y denso. El aire se vuelve espeso, casi sólido. Alguien tose discretamente. Yo intento no respirar demasiado fuerte, pero siento que el tabaco me penetra igual. Qué asco.

—Quisiera dar un rezo por los niños…, para que crezcan protegidos en este tiempo tan desafiante, en el que hay tanto miedo, tanta incertidumbre en la sociedad. Que puedan crecer rodeados de luz, de amor, de presencia… Que puedan jugar, encontrarse, expandirse en libertad… ¿Ahó? —comenta una mujer mayor, cuyo rostro apenas logro distinguir entre la oscuridad.

—Ahó —respondemos todos.

—Rezo por quienes han tenido que alejarse de su familia para poder respirar. Por quienes cortaron el lazo, no por falta de amor, sino por necesidad. Que encuentren paz en la distancia. Fuerza para no regresar al dolor. Y espacio para construir algo propio, lejos del ruido. ¿Ahó?

—Ahó.

Este rezo viene de Clara. Entre la oscuridad no logro distinguir ni su pelo moreno rizado, pero la reconozco por la voz. Me da pena imaginar qué habrá vivido para acabar aquí, lejos de su familia, según logro intuir por sus palabras. Y de repente:

—Quiero depositar un rezo por los leopardos que conviven con nosotros en la tierra. ¿Ahó?

—Ahó.

Bueno, cada uno reza por lo que quiere.

Llevamos toda la noche. Estoy cansado. Me pesan los ojos. Después del tabaco, algunos han decidido someterse a la sananga, ese colirio milagroso que Javier asegura que cura la visión. Los gritos de dolor harían que cualquier persona en pleno uso de sus facultades mentales se lo pensara dos veces. Yo, que soy muy aprensivo, he optado por tumbarme en mi colchoneta y cerrar los ojos. Pero antes he orientado disimuladamente la cámara del móvil hacia esa zona. No por voyerismo, sino por si algún día hace falta presentar pruebas ante un tribunal de lo que aquí se le hace a gente vulnerable en nombre de «la salud».

—Y ahora… ha llegado el momento de cerrar el trabajo… —dice Javier, cada vez con la voz más monótona, más lenta, como si se fuera desinflando espiritualmente—. De integrar todo lo vivido. De recibir el último sacramento.

Levanta el porro más grande que he visto en mi vida, cuidadosamente liado, con el mismo respeto con el que un monaguillo levantaría el incensario en Semana Santa.

—La Santa María —anuncia—. La medicina más sagrada. La madre. El calor que llega al final, para reconfortar lo que se ha removido.

Hace una pausa. El humo ya empieza a flotar en el aire, denso, lento, espeso.

—No todos la sienten igual. Hay quien la recibe con alegría, y hay quien prefiere quedarse en silencio. No pasa nada. Aquí nadie obliga. La planta es un vehículo. Si tú estás llamando a esa energía, si estás pidiendo desde el corazón, el espíritu va a venir a enseñarte lo que necesitas ver.

Da una calada breve y exhala con los ojos cerrados.

—Así que… si lo sientes, si estás listo, deja que la Santa María te acompañe. ¿Ahó?

—Ahó —respondemos los que seguimos atentos a lo que está pasando porque, a decir verdad, a mi alrededor todo el mundo está completamente drogado. Algunos murmuran, otros ríen en voz baja, hay quien balbucea palabras sin sentido mirando al techo, como si esperara una señal divina. Me doy cuenta de que algunos también se han quedado dormidos. Los que seguimos con el vuelo del águila, sentados con las piernas cruzadas en las colchonetas, nos vamos pasando el porro… o «la Santa María», como Javier prefiere que la llamemos. Yo soy el único que permanece lúcido. Aunque, con lo cansado que estoy, lúcido tampoco sería la palabra más precisa.

Poco a poco, todos se van quedando dormidos. Algunos envueltos en mantas, otros abrazados a botellas de agua, algún que

otro aún susurrando cosas incomprensibles al techo. Yo necesito mantenerme despierto. Mi cuerpo amenaza con apagarse, pero, por seguridad, no puedo permitirme dormir.

Me levanto y cruzo la sala. Esquivando colchonetas, cuerpos rendidos y cubos azules como si fueran minas en un campo de batalla emocional. Sin pensarlo demasiado, me acerco a Javier.

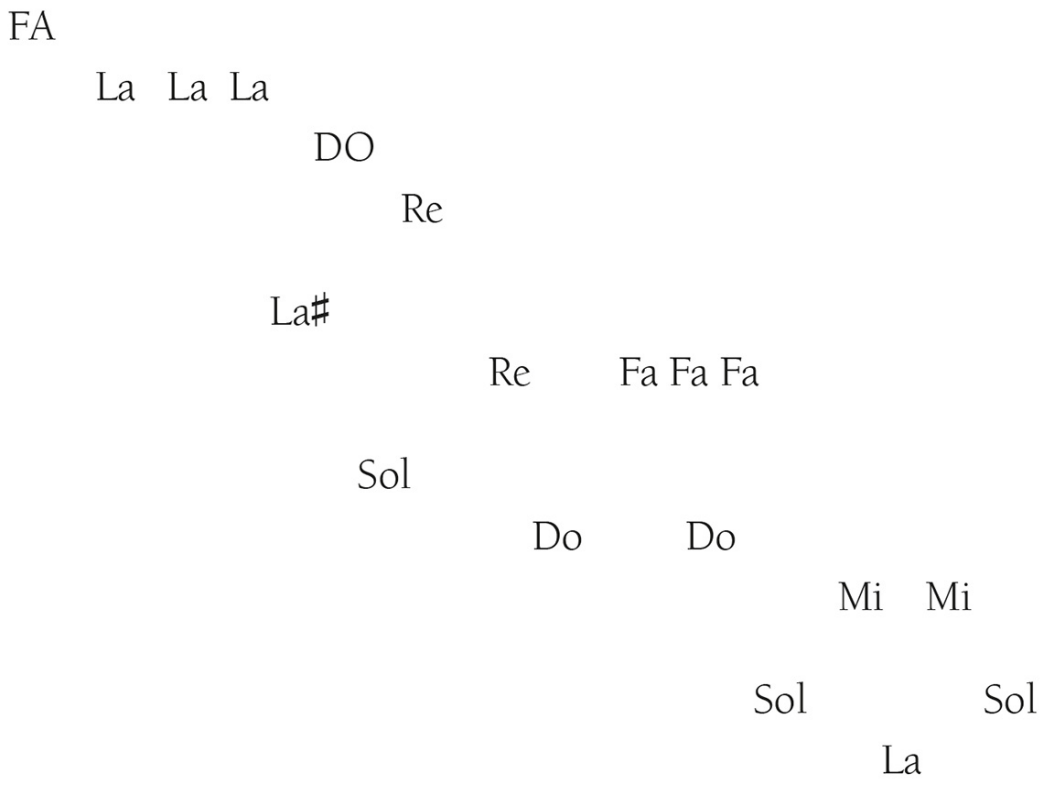
—¿Puedo tocar el piano? —le pregunto en voz baja.

Él asiente.

La chimenea aún arde. Hay gente tumbada en el suelo, durmiendo, llorando, riendo… El aire huele a marihuana, a tabaco, a sudor, a cenizas… Y en medio de esa decadencia tribal, yo me siento al piano.

Apoyo los dedos en las teclas. Y empiezo a tocar.

No algo místico, ni chamánico, ni etéreo. No. Me pongo a tocar una progresión de jazz que no pega nada con lo que está pasando. Un jazz improvisado, fácil, casi mecánico. Una de esas secuencias que repito en casa cuando quiero desestresarme. Es una especie de tic musical que tengo desde hace años. Al bajo, Fa, La, Do, Re. Luego cambio: La♯, Re, Fa, Sol. Luego Do, Mi, Sol, La. Y vuelta a empezar mientras la mano derecha va improvisando una melodía con más o menos fortuna. Lo toco como siempre, más rápido de lo necesario. Y acelerando. Por un momento sí que parece que esté en una especie de trance rítmico. Yo, en mitad de un salón lleno de cuerpos derrotados iluminados por unas brasas tímidas, tocando como si estuviera en el Rick's Café Américain de *Casablanca*. Cada vez más rápido. Más frenético. Hasta que me empiezan a doler los antebrazos.



Ya a plena luz del sol, todos los asistentes recogen sus cosas en silencio y van saliendo del chalet. Antes de que yo lo haga Javier se me acerca con una sonrisa amplia

—Carlos… —me dice con esa voz que arrastra las vocales como si cada palabra le estuviera cayendo del alma—. Lo que has hecho con la música… ha sido muy profundo.

—Gracias —respondo, expectante.

—Has canalizado lo que las medicinas te han mostrado. La música es tu herramienta. Se nota. Estabas ahí, fluyendo… Muy poderoso. Por cierto, ¿tocas la guitarra?

Cuando todos los asistentes ya se han ido —algunos aún tambaleándose, otros con una expresión serena impropia de alguien que acaba de ingerir cinco drogas distintas—, Javier me hace una propuesta inesperada.

—¿Te apetece desayunar?

Asiento. Nos despedimos de Clara y Andrea, que siguen recogiendo colchonetas y cubos en silencio, y salimos de la casa.

Antes de subir al coche, me fijo en algo que no había notado en toda la noche: hay un par de niños, de unos doce o trece años, asomados al ventanal del piso superior. Nos miran con curiosidad. Me quedo unos segundos en silencio, procesando la imagen.

—¿Viven aquí? —pregunto.

Javier asiente mientras abre el maletero.

—Sí. Vivo aquí con mi mujer y mis hijos —responde—. Y a la vez mi casa es la sede del Cielo de la Alianza.

—¿El Cielo de la Alianza? —repito.

—Nuestra iglesia. Bueno…, es más que una iglesia. Es un espacio sagrado donde trabajamos con la ayahuasca para expandir la conciencia, desde una tradición que viene directamente del Santo Daime. Es una forma de vida, una misión espiritual. Aquí no se trata solo de curarse…, es un camino. Ahora desayunando te cuento bien.

Subimos al coche. Javier conduce con una parsimonia que no sé si atribuir a la resaca. Entonces me asalta un pensamiento: ¿Javier pasaría un control antidrogas si ahora nos parara la policía? Quiero decir… Lleva encima, como mínimo, residuos de ayahuasca, rapé, tabaco, sananga y cannabis.

—Pero esto del Cielo de la Alianza… ¿es algo oficial? —pregunto, a mitad de camino al bar del pueblo.

Me cuenta que forman parte del ICEFLU, que parece un nombre falso, inventado por los de Muchachada Nui, pero no. Se trata del acrónimo de *Iglesia de Culto Ecléctico de la Fuente Luz Universal*, la institución oficial del Santo Daime en muchas partes del mundo.

Suelta la información en cuentagotas y yo voy un poco perdido.

Antes de llegar al bar, hacemos una breve parada en un estanco. Javier entra, y al cabo de un par de minutos sale con un ejemplar del *ABC* bajo el brazo y un boleto de lotería en la mano.

—Nunca se sabe —me dice, guardándose el boleto en el bolsillo con gesto distraído.

El mismo hombre que anoche hablaba de evolución, de energías ancestrales y plantas maestras ahora confía en el bombo de Loterías y Apuestas del Estado para cambiar su suerte. Me fascina ese equilibrio entre lo trascendental y lo terrenal. Entre quemar tus traumas en un fuego sagrado… y sellar un boleto en un estanco cualquiera.

El bar del pueblo es un local ruidoso y algo desangelado, con paredes color crema y una máquina tragaperras parpadeando en la esquina. En el altavoz suena un temazo de reguetón viejuno a todo volumen y varias personas mayores toman carajillos y hablan como si compitieran con la música. Me sorprende comprobar que el mundo sigue, ajeno a lo que estaba pasando hace apenas unas horas a pocos metros de este bar.

Nos sentamos a una de las mesas de plástico que hay en la terraza. Javier toma la iniciativa.

—Para mí, un café doble con leche y hielo. ¿Tú quieres algo?

—Un café con leche. Y pan tostado con tomate, si tienen.

Mientras el camarero se aleja, Javier me mira con una mezcla de solemnidad y complicidad.

—Carlos… Me voy a dejar ya de misterios.

Le da un sorbo a la botella de agua que lleva con él.

—El Santo Daime, la línea espiritual que seguimos, te dice que en vida es cuando hay que hacer las cosas. Aquí no venimos a escapar del cuerpo, ni a fantasear con otros planos. Venimos a enfrentarnos a lo que hay. Las ceremonias están hechas para abrirte la comunicación con esto. Con tu verdad. Con tu propósito.

Asiento, sin entender gran cosa, y tampoco me esfuerzo en hacerlo. No sé muy bien qué decir.

—En los trabajos del Daime, la música no es un complemento. Es central. Todo se sostiene sobre los himnos, sobre el canto. Y nos hace falta alguien que toque la guitarra.

—Ah, ostras, qué inesperado. —Eso sí que no me lo veía venir—. ¿Y crees que yo…?

—No lo creo —me interrumpe Javier—. Lo he visto. Estabas conectado. La música fluía a través de ti. Como un canal.

—El problema es que yo vivo en Barcelona —le digo, con tono de disculpa—. He venido expresamente para esto a Madrid.

Javier ni se inmuta.

—Eso no importa. Yo te iré avisando de los diferentes trabajos que vayamos haciendo…

—¿Trabajos?

—En el Santo Daime no hacemos retiros… Eso de hoy era otra cosa. En el Santo Daime hacemos trabajos. Hay trabajos en fechas señaladas. Solsticios, equinoccios, São João, Navidad… Cada trabajo tiene su propósito, su energía. Y si tú quieres, puedes venir a tomar el Daime con nosotros.

—¿Tomar el Daime? —vuelvo a preguntar.

—A la ayahuasca la llamamos Daime. Porque «Daime» significa «dame» en portugués. «Dame, dame». —Hace un gesto con las

manos, como si estuviera pidiendo algo invisible frente a él—. No recuerdo muy bien la historia. Algo así como que el Maestro Irineu le pedía… no sé si a Dios, creo que era a Dios… que le diera algo… Y decía: «Daime, daime, daime». Y se le apareció la Virgen de la Concepción. Mira, si te interesa entender mejor este camino espiritual léete *Guiado por la luna: shamanismo y uso ritual de la ayahuasca en el culto del Santo Daime*, de Edward MacRae.

Y entonces, sin previo aviso, reconduce la conversación.

—No todo el mundo puede participar en los rituales del Santo Daime. Todo el mundo es bien recibido, pero no recibimos a todo el mundo. No se trata solo de querer venir. Hay un filtro. Un criterio espiritual. Y yo creo que tú estás preparado.

12
Entrevista a Jorge

Pasan los meses. A pesar de la distancia, sigo en contacto con Javier y con el Cielo de la Alianza. Mantenemos videollamadas frecuentes. Me invitan a conectarme a los «trabajos», a tocar la guitarra por videollamada durante los himnos del Santo Daime. Yo, desde mi camerino en el puerto de Badalona, y ellos, desde su chalet ceremonial en Madrid. Normalmente los veo reunidos en el patio, salvo contadas ocasiones en las que la lluvia o el frío los obliga a trasladarse dentro. Puedo pasarme horas con ellos, acompañándolos desde lejos como si realmente formara parte del grupo. Van todos vestidos de blanco. Y yo también, por petición expresa de Javier, que me pidió «honrar el trabajo» aunque fuera desde la distancia. Así que me pongo una camisa blanca para las videollamadas. Solo la camisa, claro. Porque si el plano no lo muestra, el resto del cuerpo puede ir perfectamente en calzoncillos o bañador. La estampa es graciosa.

Ya en la primera videollamada me insisten en que vaya en persona a los «trabajos». Pero mi calendario se vuelve imposible. En paralelo a todo esto, estoy trabajando en otros reportajes. Uno de ellos es otra investigación a una secta que, poco a poco, me tiene completamente absorbido: la secta comercial IM Academy. Una

supuesta escuela de finanzas que promete libertad económica enseñando a invertir en criptomonedas y mercados financieros… a cambio de miles de euros. En realidad, lo que estoy documentando es que esconde un esquema piramidal: captación, comisiones y jóvenes arruinados que un día soñaron con ser multimillonarios. Es uno de esos casos que exigen presencia, tiempo y cuidado. Y mientras eso no se resuelva, mi vuelta al Cielo de la Alianza tendrá que esperar. Pero es curioso cómo estas dos sectas, que aparentemente no tienen nada que ver —una tira por lo New Age, la otra por el rollo emprendedor y «sé tu propio jefe»—, al final funcionan con patrones muy similares. En ambas hay un gurú o líderes carismáticos que nadie cuestiona. En ambas existe la promesa de una vida mejor: sanación espiritual en un caso, libertad financiera en el otro. Y en ambas, tarde o temprano, aparece el aislamiento. En Inner Mastery o en el Santo Daime, ese aislamiento es literal: retirarte del mundo exterior, desconectarte de tus amigos y de tu familia para que tu única referencia vital sea el grupo y sus rituales. En IM Academy el aislamiento es más digital, pero igual de efectivo: jóvenes pegados a videollamadas durante horas, con discursos que repiten hasta en sueños, alejados de cualquier persona que pueda pinchar la burbuja de la «libertad financiera». Y en ambas se genera un sistema piramidal de poder y dinero donde los de arriba prosperan a costa de la fe o de la ingenuidad de los de abajo. Da igual si lo vistes de ritual chamánico o de *trading*, el mecanismo es el mismo: captar, aislar, exprimir y retener.

Este tiempo de pausa alejado del Santo Daime lo aprovecho para localizar y reunirme con exadeptos y con familiares. Y en medio de ese proceso es cuando consigo dar con Jorge.

Jorge no es un teórico, no es alguien que hable desde fuera. Ha estado allí, en los rituales con Javier, en el Cielo de la Alianza.

—No me di cuenta hasta mucho después. Y eso es lo que más me jode, la verdad —empieza Jorge.

A través de la pantalla veo que es un chico joven, esbelto, con una sonrisa de esas que parecen de anuncio. Tiene una forma de hablar que no busca impresionar ni hacerse el interesante.

—Yo fui la pareja de Andrea durante muchos años —sigue—. Yo no tenía nada que ver con este mundo. Yo sabía que su padre era «chamán». Pero para mí eso no significaba nada. Pensaba que cantaban, que hacían cosas espirituales raras… Pero ya está. No me imaginaba toda la escala. Te lo juro.

—Espera —interrumpo—. ¿Javier es el padre de Andrea?

Jorge asiente.

Me mira como si aún no acabara de creerse lo que vivió. Durante más de un lustro convivió con la hija de Javier.

—Andrea era una tía normal. Con su coche, su curro, su vida. No era la típica colgada, ¿sabes?

Recuerdo a Andrea perfectamente. Rubia, con ese aire de persona espabilada. Me llamó la atención, sí, aunque no sabía quién era. No me dijo que era hija de Javier, ni nadie lo mencionó. Aquel día la vi moverse por el espacio con naturalidad, como si llevara años allí, y ahora sé que, en efecto, ahí es donde vive. Pero había algo raro. Recuerdo pensar que se la veía apagada. Triste, cansada.

—Conocí a Andrea el otro día en mi infiltración —le informo.

—Entonces ya habrás visto que es una tía maravillosa. La persona perfecta si no fuera por todo esto… Por aquel entonces yo sabía que de sábado por la noche a domingo no estaba disponible.

Me decía que trabajaba con su padre. Cantaba. Que si la música, que si el canto. Yo pensaba que era eso. Algo así, inocente. ¿Quién va a pensar en ayahuasca?

Se le escapa una media sonrisa; se da cuenta de lo ingenuo que fue.

—Tras seis años de relación, me suelta: «Tráete algo blanco, vamos a hacer una reunión con mi padre». Y yo: «¿Una reunión? ¿Hay que ir de blanco o cómo?». «¡En blanco!», me dice. Así, todo misterioso. Y le digo: «Pero ¿qué va a pasar? Explícame, ¿qué haces con tu padre que te cuesta tanto contarme?». Y entonces suelta: «Vamos a tomar unas medicinas». Le pregunté qué eran esas medicinas. Y me empezó a decir nombres raros. Palabras que no entendía. Pero todo el rato lo mismo: «Mi padre te lo explicará mejor. Yo no sé explicártelo bien».

Jorge me cuenta que durante unos días le estuvo dando muchas vueltas. Que intentó hablarlo con Andrea, plantearle sus dudas con calma. Jorge le decía que no entendía por qué tanto misterio, que por qué no podía explicárselo directamente si no era nada raro. Pero ella siempre respondía igual.

—Que si no tengo conocimiento, que si no puedo opinar si no lo he probado. Que no juzgue sin vivirlo.

Se encoge de hombros, casi con rabia contenida.

—Yo le dije: «Vale, entonces tampoco puedo decir nada de la cocaína porque no la he probado, ¿no? ¿Eso te parece lógico?». Es que era todo un discurso sectario. De manual.

Hace una pausa. Bebe un trago de agua.

—Al final decidí ir… Y no era el único que había llegado medio engañado. Preguntabas a la gente y muchos venían por la pareja,

por amigos, por su terapeuta. ¡Una psicóloga! Me lo dijo una chica: «Es que mi psicóloga me lo recomendó». ¿Cómo no te vas a fiar de tu psicóloga?

Me quedo callado. Le dejo espacio para seguir.

—Eran las nueve y media de la noche. Yo tenía que decidir si participaba o no. Si tú eres una persona normal, y te lo propone tu pareja…, ¿cómo no vas a ir? Si te dice: «Mi padre te va a dar un té maravilloso, te va a encantar, vas a solucionar todos tus problemas». Yo le dije: «No tengo ningún problema que resolver». Y me insistieron. Que sí. Que sí que tenía. Que no me daba cuenta.

—¿Tú sabías lo que ibas a tomar? —pregunto.

—Te dicen que es un té. Pero no es un té. Un té es una manzanilla. Esto era ayahuasca. Una sustancia potente. Y claro, en mi cabeza pensé: «Bueno, va, soy una persona cuerda. Lo pruebo. No va a pasar nada. No será para tanto». Y, claro, después ya no puedes salir tan fácil. Te dicen: «Pruébalo y luego juzgas». Y tú lo pruebas y… es como un hechizo. Te hace volar la cabeza. Y necesitas volver. Y volver. Y volver.

Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—Yo le dije: «Vale, ya está, lo probé. Ya lo he hecho». Pero no. No funciona así. No quieren que lo pruebes una vez. Quieren que entres en el circuito. Que lo integres. Que sigas. Y cuando te das cuenta, ya es demasiado tarde. Estás dentro. Y ella… ella ya estaba muy dentro.

Se queda callado un momento.

—Yo solo quería estar con ella. Pero terminé estando con su grupo. Con su mundo. Con su padre. Y una vez que te metes… ya no sabes muy bien cómo salir. ¿Sabes qué es lo más jodido? Que te

lo venden como amor. Como sanación. Como algo precioso. Pero al final… es control. Es adicción. Es fe disfrazada de medicina. Y tú, sin darte cuenta, ya estás repitiendo las frases. Justificándolo todo.

»Porque si no, la pierdes a ella.

»Porque si no, parece que tú eres el que no entiende.

13
El Santo Daime

Estoy tumbado en la cama del barco, con el portátil cerrado sobre el pecho y el teléfono en la mano. Fuera, el puerto duerme. Dentro, solo se oye el golpeteo suave del agua contra el casco.

«¿Quién es ese hombre?».

«Es Mestre Irineu, el fundador del Santo Daime».

Pienso en él. En su cara. Esa cara que llevo días viendo por todas partes. No solo presidía la sala del ritual en el chalet de Javier, sino que también es la foto de perfil de los grupos de WhatsApp y Telegram donde me han ido metiendo. Algunos de los diferentes miembros del grupo incluso también le tienen de foto de perfil en sus cuentas personales. Se le cita en todas las videollamadas y le veo en los documentos que me envían, en los mensajes que recibo, incluso en algunos himnarios escaneados que alguien comparte conmigo por Drive. Cada vez que llega una nueva notificación, aparece su rostro, sereno.

Echado en la cama y acompañado por el balanceo suave del barco, enciendo el móvil y empiezo a buscar.

Raimundo Irineu Serra fue un militar brasileño que, en algún momento entre la década de 1920 y 1930, afirmó tener una visión en la que «la luna se le acercaba lentamente, trayendo en su centro

un águila». La aparición, según él, no era otra que Nuestra Señora de la Concepción, también conocida en su versión amazónica como la Reina de la Selva, y venía nada más y nada menos que a entregarle sus enseñanzas.

Los días siguientes los paso inmerso en la lectura de *Guiado por la luna: shamanismo y uso ritual de la ayahuasca en el culto del Santo Daime*, de Edward MacRae. Subrayando y tomando notas del libro que me recomendó Javier «por si me interesa entender mejor» el camino espiritual que estoy iniciando. Y yo sí quiero entenderlo mejor. Lo primero que pienso es que su autor no es precisamente un observador neutral: ha participado activamente en los rituales, ha tomado Daime, y habla con simpatía de la doctrina y de sus practicantes.

Sobre esta primera visión de Raimundo Irineu, MacRae expone:

> Esa «visión» tuvo fundamental importancia en el posterior desarrollo del trabajo del Maestro Irineu, pasando a constituir el tema de su primer himno, además de constituir uno de los principales símbolos del culto del Santo Daime, en el cual la luna representa la idea de que esa doctrina fue enseñada por la Virgen Madre y el águila hace alusión al gran poder de visión que es dado a sus seguidores.

En resumen: Raimundo estaba en plena selva, tomó ayahuasca y se le apareció la Virgen. Como veis, no es muy original. La secta del Palmar de Troya también empezó cuando la Virgen se les apareció a tres niñas en un olivar de Sevilla, aunque ellas no iban puestas de

alucinógenos, lo cual tiene más mérito. Aquí simplemente cambiamos el decorado: selva tropical en lugar de campo andaluz. Un militar afrobrasileño en vez de niñas visionarias. Y ayahuasca en vez de rosarios. Pero el mecanismo es el mismo: una figura humilde, una visión sobrenatural y una revelación incuestionable. Fórmula clásica del startup espiritual.

Fue entonces cuando la Virgen, que parece tener bastante tiempo libre y una gran afición por las apariciones esporádicas, le dice a Raimundo Irineu que debe fundar una nueva doctrina que combine el cristianismo, el espiritismo y plantas alucinógenas. No fue con estas palabras exactamente, pero ya me entiendes.

Y así nació el Santo Daime.

Mientras leo a MacRae, no puedo evitar comprender a Raimundo. Era un hombre afrobrasileño pobre, semianalfabeto, que trabajó como soldado fronterizo y cortador de caucho en condiciones que rozaban la esclavitud en la Amazonia de principios del siglo xx. Un peón más en el engranaje colonial del caucho, con jornadas interminables, malaria recurrente y sueños limitados a la próxima comida. Y, sin embargo, acabó fundando una religión internacional. Una iglesia con seguidores en todo el mundo que hoy lo veneran como un enviado divino. Un hombre que pasó de dormir en barracones de trabajadores a levantar Alto Santo, su propia comunidad espiritual a las afueras de Río Branco, con una cruz de Caravaca de cinco metros como epicentro —como las que vi en el chalet de Javier—, y ser considerado el Jefe del Imperio Juramidam, el que habla con la Reina de la Selva, el que recibe instrucciones directas del Dios Sol. Todo un emprendedor.

Pero el Santo Daime no terminó con su fundador.

Uno de los seguidores de Raimundo era Sebastião Mota de Melo, quien supuestamente acudió en 1965 a su comunidad buscando una cura para una enfermedad del hígado. Según relata MacRae, basándose en leyendas y tradición oral, Sebastião se curó con el Daime y desde entonces empezó a frecuentar el centro de Alto Santo y a integrarse en la comunidad.

Tras la muerte de Mestre Irineu en 1971, el liderazgo del Alto Santo quedó en manos de un tal Leoncio Gomes. Pero Leoncio no logró mantener la unión del grupo, lo que provocó numerosas deserciones. La más significativa fue la de Sebastião Mota de Melo, que en 1974 se retiró del centro acompañado por más de cien personas. La gota que colmó el vaso fue, aparentemente, una bandera. En plena ola de presión policial sobre los rituales con ayahuasca, Sebastião propuso organizar un acto público para las autoridades que incluyera izar la bandera de Brasil como gesto de integración institucional. En mi opinión, un intento de instrumentalizar el símbolo nacional bastante burdo, una forma de usar el patriotismo para lavar la imagen del grupo ante el poder. Hacer que se vea como una tradición nacional algo que nunca lo ha sido: marketing. Populismo chamánico. El caso es que Leoncio se negó en redondo, acusándolo de querer introducir «modificaciones rituales», y le dijo que si quería izar banderas, que lo hiciera en su propia casa.

Y eso hizo.

Sebastião abandonó Alto Santo con su familia y gran parte de los seguidores y se estableció definitivamente en la Colonia 5000, donde ya vivía. A partir de ese momento, organizó sus rituales de forma independiente, fundó su propia comunidad espiritual y dio inicio a la

corriente que más tarde se institucionalizaría como ICEFLU: Iglesia de Culto Ecléctico de la Fuente Luz Universal, de la que me ha hablado Javier.

Y, por supuesto, la sucesión es hereditaria. Cuando Sebastião muere, el liderazgo pasa directamente a su hijo, Alfredo. Hoy es él quien marca los calendarios de los trabajos y regula las normas desde Brasil, como si fuese el Papa daimista. Las decisiones doctrinales, los himnarios autorizados, las fechas de los rituales… Todo pasa por él. En definitiva, es quien dirige los «cielos», que son equivalentes a pequeñas iglesias locales. Y uno de esos cielos afiliados a ICEFLU es precisamente el Cielo de la Alianza, aquí, en este chalet a las afueras de Madrid, donde se venera al Mestre Irineu, se canta al Padrinho Sebastião y se obedece a Alfredo. Pero no es el único cielo en España. A lo largo de mis meses de infiltración también consigo asistir al Cielo de Juramidam en Sevilla y al Cielo de San Juan en Toledo. Aunque en España también logro identificar el Cielo de la Vera en Extremadura y el Cielo de Rainha do Mar en Mallorca. Cada grupo mantiene una cierta autonomía local, pero todos siguen las directrices que llegan desde Brasil.

Pero ¿cómo llegó todo esto a España?

Hace buen tiempo en el puerto, el mar está en calma y apenas se oye nada más que el rumor del agua golpeando suavemente contra el casco. Me siento con el portátil a la mesa del salón, justo donde el wifi llega con algo de suerte. Abro el navegador, escribo «Santo Daime España» y empiezo a tirar del hilo.

> «No deja de ser paradójico que Irineu tomara aquella bebida de los indios con la intención de "ganar dinero y poder volver a su tierra natal, Amarañao"», me dice Juan Carlos de la Cal, el introductor del credo del Santo Daime en España.

Esto es un extracto de lo que leo en la web de la Plantaforma para la Defensa de la Ayahuasca, la web que descubrí tiempo atrás que denunciaban públicamente las malas prácticas de Alberto Varela y su entramado de Inner Mastery. Una web cuyo coordinador es Juan Carlos de la Cal, quien ICEERS presenta como «periodista independiente especializado en el mundo amazónico»… Y ahora descubro que ese periodista no es otro que quien introdujo el Santo Daime en España.

Y me resulta en especial curioso que precisamente la cita entrecomillada de Juan Carlos de la Cal provenga de uno de sus máximos representantes. El gurú citando con total naturalidad que el origen del movimiento no fue una revelación mística, sino algo mucho menos espiritual y más prosaico: ganar algo de dinero.

En otro documento de la misma web —el *Estudio documental de la ayahuasca en España: Informe jurídico y científico*, de septiembre de 2014 y también firmado por Juan Carlos de la Cal— leo cómo se relata un episodio clave: en la primavera del año 2000, en el aeropuerto de Barajas, la Policía Nacional detuvo a dos miembros brasileños del Santo Daime que acababan de aterrizar con varias botellas de ayahuasca en sus maletas. Allí los esperaba Juan Carlos de la Cal. Pero también los esperaba la policía.

> La instrucción del proceso fue llevada por la Audiencia Nacional como si fuese un caso más de narcotráfico. Los

> ciudadanos brasileños se pasaron dos meses en la cárcel, mientras que el miedo entre los usuarios de la ayahuasca en España se instaló sin que nadie comprendiese muy bien por qué una bebida considerada por muchos como sagrada, y que no figura en ningún texto jurídico escrito como droga, era considerada por el gobierno español como tal, «capaz de producir graves daños a la salud pública».

El texto añade que «la buena defensa que los daimistas hicieron de su caso, unida a la absoluta desinformación de las autoridades respecto a lo que es de verdad la ayahuasca», obligó al archivo del caso seis meses después.

Y entonces llega la recompensa:

> En 2003, el propio Ministerio de Justicia registró la inscripción de la Iglesia del Santo Daime en la Dirección de Asuntos Religiosos —lo que implica su reconocimiento oficial para la realización de ceremonias daimistas—.

De nuevo, medias verdades que te dan a entender algo que no es cierto. Es verdad que en 2003 se registró el Santo Daime como religión, pero esto no significa que estén autorizados para realizar «ceremonias daimistas» si eso implica atentar contra la salud pública. De hecho, en sus estatutos no se habla de «ayahuasca» o «DMT». Qué olvido más oportuno. Tener tu coche matriculado no implica que no tengas que seguir el código de circulación y pasar la ITV, ya me entiendes.

De todos modos, el relato victimista de Juan Carlos de la Cal es eficaz de cara a un adepto con dudas, ya que define la historia épica

de una religión perseguida, unos pobres peregrinos incomprendidos, una policía ignorante y un Estado confundido que al final rectifica.

Y sí. Como decía, es verdad que, desde el año 2003, la Iglesia del Santo Daime está reconocida legalmente como entidad religiosa en España. Antes lo habían intentado pero el Ministerio de Justicia había denegado su inscripción en el Registro de Entidades Religiosas por medio de una resolución fechada el 17 de diciembre de 2001. Aquella negativa fue impugnada, y el caso llegó a la Audiencia Nacional.

En la sentencia SAN 9049/2003 leo que la razón por la que el Santo Daime finalmente quedó registrado como entidad religiosa en España no fue que el Estado hubiese valorado su doctrina, ni que hubiera hecho una evaluación seria sobre su estructura, sus prácticas, sus rituales o la administración sistemática de una sustancia psicotrópica a decenas de personas.

No.

La sentencia de la Audiencia Nacional ni siquiera entra en el fondo del asunto. Lo que hace es aplicar, de forma estricta y literal, una figura jurídica llamada «silencio administrativo positivo». Es decir: como el Ministerio de Justicia no resolvió a tiempo la solicitud de inscripción de la iglesia, se considera que, por defecto, quedó automáticamente aprobada. Y ya está. El Santo Daime fue registrado en España no por lo que es, sino por lo que el Estado dejó de hacer.

Desde ese momento, el grupo quedó inscrito como confesión religiosa. Pero eso no implica que se los autorice a importar y administrar ayahuasca. De hecho, en la sentencia SAN 385/2008, el grupo recurrió para obtener una autorización oficial para importar y utilizar ayahuasca con fines litúrgicos. Querían que el Estado

legalizara su uso dentro de los rituales religiosos. Pero el tribunal desestimó el recurso con contundencia. La Sala fue clara y concluyó que la ayahuasca, al contener DMT, está sujeta a fiscalización internacional, y no puede autorizarse su uso fuera del ámbito científico o médico. En palabras de la propia sentencia: «La ayahuasca resulta ser un psicótropo, incluido en la Lista I del Anexo del Convenio sobre sustancias psicotrópicas», y, por tanto, «las normas legales impiden el uso que pretende el apelante». No importa que lo llamen sacramento. No importa que lo presenten como tradición espiritual. Para la justicia, la realidad química prevalece sobre el simbolismo ritual.

La sentencia también recuerda que, incluso aunque estén registrados como iglesia, eso no les exime del cumplimiento de la legislación sobre drogas. El Ministerio de Sanidad ya había advertido que la DMT puede provocar «graves efectos adversos para la salud», y que incluso en contextos rituales, entraña riesgos psicológicos y físicos importantes.

14
Cielo de la alianza I
Trabajo de cura

Después de meses de insistencia, y ahora que ya he zanjado otros asuntos, por fin cedo a los mensajes de Javier y vuelvo a Madrid, a la sede del Cielo de la Alianza. Han pasado varios meses desde la última vez que estuve aquí, en aquel vuelo del águila. Esta mañana, antes de dejar el barco, he abierto el armario y he localizado rápidamente mi camisa blanca, esa que ya tengo mentalmente categorizada como «la camisa de las sectas». La misma que usé cuando me infiltré en la Iglesia Palmariana. Una prenda que ya acumula demasiadas liturgias clandestinas. Es Javier quien me informa de cómo debo ir vestido. Me pide lo mismo que en su día le había pedido a Jorge: ir de blanco. Y con este uniforme que me exigen paso desapercibido. Blanco, neutro, obediente.

Tras un trayecto de más de una hora en bus, con varios transbordos, y quince minutos andando por una vía pecuaria, llego por fin al chalet de Javier. Esta vez, al menos, el clima acompaña: no hace demasiado frío y el sol cae con esa calidez amable que tienen las tardes de primavera en el extrarradio de la capital. Llamo al timbre, pero nadie responde. La puerta está entreabierta y, tras unos

minutos de espera que aprovecho para encender mi cámara oculta, reúno una mezcla de seguridad y descaro y me decido a entrar.

Oigo voces al otro lado de la casa y empiezo a recorrer el jardín. Avanzo despacio entre parches de hierba irregular y algún que otro arbusto seco que parece luchar por mantener su dignidad.

Y entonces los veo.

El espacio ya está dispuesto con todo el entusiasmo de una verbena. Tiene algo de improvisado y solemne a la vez. Varias personas vestidas de blanco alimentan una hoguera frente a lo que será la sala sagrada: una gran carpa rectangular, montada con tubos metálicos y lonas blancas que hacen de paredes. Del techo cuelgan guirnaldas de colores entrelazadas con bombillas redondas que arrojan una luz cálida e irregular a una mesa en forma de estrella que preside el centro de la carpa.

Es un híbrido extraño entre sala parroquial y caseta de fiesta mayor. Solo que aquí, imagino, no habrá orquesta ni sangría. «Ojalá sí», pienso, riéndome de mi propia ocurrencia.

—Hola. —Me acerco con cautela—. ¿Está Javier por aquí?

—No, estará cambiándose… ¿Qué buscas? —me responde una mujer mientras arroja leña a la hoguera.

—Nada, que es mi primera vez en un trabajo del Santo Daime. Llevo tiempo hablando con Javier y conectándome a los trabajos por videollamada, pero no había manera de…

De inmediato la mujer da un respingo, abre los ojos como si hubiera reconocido a un famoso.

—¡Ah! ¡Así que eres tú! ¡Carlos! —Se ríe con entusiasmo—. Encantada de conocerte en persona al fin.

Nos saludamos. Yo intento esconder mi incomodidad. Durante meses he sido una presencia pixelada en sus ceremonias, y ahora me descubren como uno de los suyos.

—Me llamo Judith. —Me señala a los dos que la acompañan, también vestidos de blanco—. Y ellos son Eduardo y Mia.

Les estrecho la mano con educación y asiento.

—¡Pues ya te guiamos nosotros! —añade Judith con una sonrisa —. ¿Necesitas cambiarte?

Mientras hablamos, cruzamos el centro de la carpa, por delante de la mesa en forma de estrella de cinco puntas. Ahora que estoy cerca me detengo un instante, para que mi cámara no se pierda ningún detalle. Se amontonan objetos de devoción y de decoración a partes iguales: una cruz de Caravaca, velas encendidas y apagadas, flores frescas y otras ya marchitas, estampitas, cruces, fotos enmarcadas en cartón o plastificadas con celo. El Mestre Irineu, el Padrino Sebastião y su hijo Alfredo presiden el altar en retratos que parecen vigilar el ritual desde su lugar privilegiado. Entre ellos se cuela también alguna foto familiar, con niños vestidos de blanco.

Bajo la vista y descubro que, en el suelo, la mesa está rodeada por unas líneas de cinta blanca que dibujan un pentágono concéntrico. Cada anillo delimita un nivel invisible, y en ellos se alinean varias sillas de plástico blanco, vacías todavía, que esperan a los asistentes. En una esquina, una mesa auxiliar sostiene vasos de chupito que esperan a ser llenados con ayahuasca… Daime, mejor dicho.

El ambiente tiene ese equilibrio extraño entre lo festivo y lo solemne. Van llegando los asistentes. Algunos tararean himnos en portugués mientras acaban de colocar algunas sillas, otros prenden

velas o ultiman detalles en la mesa. Se percibe calma, pero cargada de expectativa; en algún momento, todo esto será sagrado.

Hoy, además, no es un día cualquiera. Una gran pancarta colgada entre dos columnas anuncia la efeméride: «Centenário do Padrinho Sebastião».

—¡Se cumplen cien años del nacimiento del Padrino Sebastião! —me dice Judith mientras acomoda unas flores frente a su retrato—. ¡El hombre que abrió un río para que todos pudiéramos beber de él!

Yo asiento en silencio.

—¡Carlos, qué ilusión verte! —me dice una voz a la espalda.

Detrás de una mesa abarrotada de papeles, reconozco a Andrea, que me saluda con una sonrisa. Tiene el pelo todavía húmedo; parece que se acaba de duchar y cambiar. Viste de blanco, con una falda negra y una pajarita negra al cuello. A su lado, vestida igual, me sonríe Clara, la misma chica que en el vuelo del águila me pidió los datos y me cobró la entrada, que sigue cumpliendo esa función de secretaria. Tras pagar la «donación voluntaria» de sesenta euros, reparo en que no son las únicas que visten de esa forma tan concreta.

—Los fardados ya no somos solo unos visitantes —me cuenta Andrea con una sonrisa—. El fardamento es el momento simbólico en que nos convertimos en miembros efectivos de la comunidad. Implica vestir el uniforme que llevamos al que llamamos farda ritualística y recibir la estrella de seis puntas que llevamos en el pecho que representa el compromiso con la doctrina de Juramidam. Significa aceptar los preceptos cristianos del Santo Daime, comprometerte con la comunidad y participar en todos los rituales oficiales. Es importante que entiendas que no es solo ponerse un

vestido en concreto: es asumir una responsabilidad espiritual, mantener la disciplina y vivir conforme a los valores del Santo Daime, incluso fuera de las ceremonias.

Observo que los que no están fardados visten, en cambio, completamente de blanco. Uniformidad ante todo: borrar la individualidad para dejar solo la masa obediente. Yo, sin embargo, desentono. No tenía pantalones blancos y he venido con unos tejanos oscuros. El resultado es curioso: camisa blanca y pantalones negros; voy igual que los fardados varones. Lejos de parecer un infiltrado mal vestido, da la sensación de que soy miembro del grupo.

—¿Y qué implica fardarse? ¿Solo es el vestuario o tienes un papel más importante en la ceremonia?

—Hombre, cuando estás fardado pues ya te implicas un poquito más. Vas siguiendo más la doctrina, los cantos, la música. Esto es así, es una filosofía. Yo me he entregado completamente.

Andrea me señala a varias personas que están terminando de preparar el espacio. Entre ellas distingo de repente a Javier.

—Ellos son los fiscales —me explica—. Son como los «vigilantes» de la ceremonia. Cada uno tiene un rol muy definido: mi padre Javier es el presidente de mesa; es quien dirige todo el ritual, decide cuándo se canta, cuándo se baila y mantiene la autoridad espiritual. A su lado están los comandantes de ala (hay uno masculino y otro femenino), que se encargan de que las filas de hombres y mujeres no se rompan y que todo el mundo siga el ritmo. Luego están los fiscales auxiliares, como Eduardo, que ayudan a los que se marean, vomitan o entran en crisis con el Daime.

Clara escucha la explicación mientras ordena papeles en una carpeta roja con el rótulo «Carpeta inscripción Cielo de la Alianza», decorada también con una cruz de Caravaca.

—Piensa que esto funciona como un ejército espiritual. Cada cargo es necesario para que el trabajo se mantenga ordenado y no se convierta en un caos.

Lo dice todo con una sonrisa. Parece feliz, pienso.

Voy paseando por el jardín como quien no quiere la cosa, charlando con cada uno de los asistentes.

—Bueno, ¿y cómo conociste el Daime? —le pregunto a Eduardo, fiscal auxiliar.

—Yo por mi terapeuta —responde sin dudar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ella es psicóloga. Y yo necesito sus sesiones.

Asiento, intentando no mostrar demasiado mi sorpresa. A mi lado, un chico que no se me ha presentado interviene en la conversación. Viste todo de blanco.

—En mi caso fue por mi pareja. Ella venía cada mes y al final me convenció.

Otro, también vestido de blanco de pies a cabeza, añade enseguida:

—Yo por un amigo. Me dijo que aquí iba a encontrar respuestas… No lo veía claro al inicio, pero me dijo que lo probara primero y después juzgara.

El patrón se repite. Nadie parece haber llegado por cuenta propia, siempre hay alguien de confianza que hace de puente: la pareja, el terapeuta, un amigo cercano. Como me dijo Jorge; ¿cómo vas a desconfiar de tu pareja? ¿Cómo vas a desconfiar de tu

terapeuta? ¿Cómo vas a desconfiar de un amigo cercano? Y todos, de una manera u otra, me cuentan que antes de venir alguien les dijo la misma frase, como un mantra disfrazado de consejo: «No hables sin juzgar, primero pruébalo». Y fue justo esa idea la que los empujó a dar el paso. Lo mismo que le decían a Jorge cuando Andrea intentó captarlo.

Al rato, cuando la luz empieza a desvanecerse y el aire se vuelve más frío, una mujer cruza la carpa con un plato cubierto por papel de aluminio. Lo levanta con solemnidad, como si se tratara de una ofrenda.

—He traído tortilla de patatas.

—Déjala en la nevera, ¿vale? —responde Javier con tono cómplice.

Otros llegan cargados con botellas de agua, zumos y bolsas de pan. La escena recuerda más a un pícnic, a una de las meriendas improvisadas que hago en verano con mi familia. Me sorprende la naturalidad con la que se mezclan estos gestos cotidianos con lo que, dentro de un rato, imagino que se convertirá en una liturgia de drogas y vómitos. El ambiente es relajado. Se ríe, se bromea, la gente se abraza como si se reencontrara con primos en una boda. Todos hablan como si supieran algo que yo todavía no sé. Hay complicidad en las miradas, en los gestos…, una seguridad que noto que me deja en el margen. Volviendo a la metáfora de la boda: todos se conocen, todos saben el protocolo, menos yo. Pero estoy tranquilo porque, aquí, Javier me guía.

—Carlos, siéntate a mi lado, a la izquierda —me dice en voz baja, con cercanía, señalando una silla vacía junto a él. Me acomodo, y entonces continúa—: Déjame contarte algo que dijo el maestro

Irineu: «La ayahuasca es para todo el mundo, pero no todo el mundo es para la ayahuasca». Siéntete afortunado de empezar en esta línea espiritual, en esta pequeña nueva familia.

No es la primera vez que Javier me suelta esta frase. Me hace reflexionar. «La ayahuasca es para todo el mundo, pero no todo el mundo es para la ayahuasca». ¿Por qué alguien diría algo así? Suena demasiado a advertencia. A excusa, incluso. Si no, no haría falta anunciarlo. La frase es perturbadora porque desplaza toda la responsabilidad a quien toma la ayahuasca. Si algo sale mal durante la toma no es culpa de la bebida ni del gurú que la reparte (ese mismo que te asegura que son plantas curativas y que todo será para tu bien). La culpa es tuya, porque la ayahuasca no era para ti.

—Aquí estamos en una cueva en la que esta familia comparte sus secretos —sigue Javier—. Lo que es de aquí se queda aquí. Lo que va fuera puede ser una experiencia personal, pero lo que pasa aquí se queda aquí. ¿Ahó?

—Ahó —asiento.

—Así puedes decir: soy hermano —me contesta, antes de abrazarme con fuerza.

Poco a poco veo como los hombres toman asiento a la izquierda de Javier y las mujeres a su derecha. No somos muchos, unas 12 o 13 personas. Todos parecen saber cuál es su sitio. Enseguida noto que las líneas blancas pintadas en el suelo no son un mero adorno: marcan jerarquía; fronteras invisibles, concéntricas, que delimitan dónde se puede estar y dónde no.

Andrea nos reparte a cada uno unas libretas encuadernadas con los cánticos que utilizaremos en la ceremonia. Su expresión ha cambiado: ya no sonríe como antes; ahora está seria, concentrada.

Cuando me entrega la libreta le devuelvo una sonrisa que ella no corresponde. Bajo la mirada y leo en la portada, en letras grandes: «Hinário de cura»; se trata de un libro de himnos. Cuando termina de repartirlas y se sienta en su sitio, Javier se levanta y todos lo imitamos. De inmediato, las conversaciones se cortan, el murmullo se apaga y el silencio se impone.

Es la señal: la ceremonia está a punto de comenzar.

Silencio total.

Al unísono, empezamos a rezar:

Pai nosso que estais no céu,
santificado seja o Vosso nome,
venha a nós o Vosso reino,
seja feita a Vossa vontade,
assim na terra como no céu.
Amém.

Sigo el ritmo, leyendo del hinário.

Al terminar, todos nos sentamos y Javier se retira a la pequeña mesa auxiliar que tengo justo detrás. El silencio es sepulcral. Andrea es la primera en levantarse y caminar hacia él. Al llegar, hace una leve reverencia y Javier le ofrece un vaso de chupito lleno de Daime. Ella lo bebe de un solo trago, sin titubear, ahí mismo. Después regresa a su sitio, se acomoda frente al piano y comienza a tocar.

El resto permanecemos en silencio. No es una gran pianista, pienso, pero se defiende lo suficiente para sostener la ceremonia.

Uno a uno vamos pasando por delante de Javier. Nadie dice nada, nadie se mueve más de lo necesario. Cada cual toma su vaso,

bebe y regresa a su sitio con gesto solemne.

Cuando llega mi turno, Javier me hace una seña y me indica que le acompañe.

Me fijo entonces en el altar auxiliar. Está cubierto con un mantel blanco bordado con flores azules y verdes, parecido a los que mi abuela tenía en su comedor. Encima se apilan objetos dispares: un retrato enmarcado en dorado del Padrino Alfredo, ramas verdes en un vaso de cristal, varias copas alineadas con cuidado… y, rompiendo la escena, una botella de Vichy Catalán llena de un líquido espeso de color marrón: el Daime. Qué cutres, pienso, ¿de verdad nadie ha pensado en poner su brebaje sagrado en una botella más glamurosa? La parte de escenografía, los católicos la tienen más trabajada.

Javier, con gesto pausado y solemne, toma uno de los pequeños vasos, lo llena de Daime y me lo ofrece.

Poco a poco me meto este líquido espeso y amargo en la boca. Le devuelvo el vaso a Javier, que lo recoge con un cuidado reverencial y lo deposita en una palangana blanca. En el borde, escrito con rotulador negro y en mayúsculas, puedo leer: VASOS. No deja de sorprenderme el constante contraste entre lo sagrado y lo prosaico.

Vuelvo a mi sitio y, como siempre, me quedo un rato con el brebaje retenido, pasando páginas del hinário con cara de concentrado. De reojo veo que cuando Javier termina de repartir Daime a todos se sirve un chupito para sí mismo. Cierra los ojos un instante y luego lo bebe de un trago. Otra vez, me descubro como el único sobrio. Igual que en otras ocasiones, finjo dar un sorbo de agua y escupo el Daime en silencio dentro de mi cantimplora opaca.

Nadie se da cuenta.

Seguimos cantando durante horas, sin que nadie rompa el silencio con otra cosa que no sean los himnos. La oscuridad se adueña del lugar y solo quedamos iluminados por la luz que emana de la hoguera y las velas del altar. Andrea toca sin descanso el piano mientras otros fardados agitan las maracas.

Entonamos himno tras himno: oraciones cantadas, repetitivas y casi hipnóticas.

Defuma, defumador,
essa casa de Nosso Senhor…

La mayoría son en portugués, con frases breves y sencillas.

Defuma, defumador,
essa casa de Nosso Senhor.

Se repiten una y otra vez las mismas frases hasta que pierden su sentido.

Leva pras ondas do mar
o mal que aqui possa estar…

Invocan a Jesús, a la Virgen, al Espíritu Santo… pero también a la selva, al sol y a la luna, mezclando lo cristiano con lo chamánico.

Leva pras ondas do mar
o mal que aqui possa estar.

Todas las melodías son simples, casi infantiles…

Defuma, defumador,
essa casa de Nosso Senhor…

No buscan el virtuosismo, sino la devoción colectiva.

Defuma, defumador,
essa casa de Nosso Senhor.

Cantados en coro, todos al unísono, los himnos tienen algo de mantra.

Leva pras ondas do mar
o mal que aqui possa estar…

Marcan el compás de la ceremonia, sostienen la disciplina del grupo y se van metiendo poco a poco en la cabeza de quien los entona, hasta grabarse como un eco interior imposible de apagar.

Leva pras ondas do mar
o mal que aqui possa estar.

Bajo los efectos del Daime, esas letras se graban en la mente de los asistentes: el mensaje se cuela directo, sin filtros, igual que hacía Alberto Varela con sus audios en Inner Mastery. Al final resulta que no hay tanta diferencia. Y aquí están todos, bajo el influjo de sustancias psicoactivas, repitiendo mantras una y otra vez hasta que terminan creyéndolos sin darse cuenta.

¡Ahó!

Esa exclamación conjunta resuena como un golpe seco en la noche.

Marca el final del himno.

Himno tras himno me doy cuenta de que cuantos más chupitos de ayahuasca bebe Andrea, peor le salen los acordes al piano. Por su lado, Javier, cuando no está repartiendo el Daime, recorre el espacio entre nosotros: unas veces con un botafumeiro, otras con su gran maraca que hace retumbar junto a nuestras orejas, a izquierda y derecha. Algunos tienen los ojos cerrados, entregados al trance; otros permanecen atentos, con la mirada fija en ningún sitio. De vez en cuando alguien se levanta a toda prisa para ir a vomitar en el césped y, acto seguido, vuelve a incorporarse como si nada. A ratos estamos de pie, a ratos sentados. Y a pesar de todo, lo que más me sorprende es la ausencia de caos. No hay gente retorciéndose en el suelo, ni escenas dantescas como en otros retiros donde he estado. Aquí no: aquí todo el mundo permanece inmóvil, cantando sin descanso y repitiendo los mantras como un ejército que nunca baja la guardia.

Javier enciende un porro de marihuana, o Santa María, como él prefiere llamarla, y mientras seguimos cantando, lo levanta para trazar una cruz en el aire. Da una calada larga y solemne antes de pasárselo a Andrea. Ella repite el gesto, lo eleva, inhala y se lo pasa a Clara. Así, de mano en mano, el porro va recorriendo el círculo. Cuando me llega el turno, no me pilla por sorpresa. Ya conozco la

coreografía desde el vuelo del águila. Imito los movimientos de los demás, hago como ellos y, al terminar, le devuelvo el porro a Javier.

—Carlos, toca la maraca, suavecito —me dice Javier en voz baja mientras me la pasa—. Vamos a grabar un vídeo para internet del Santo Daime.

Eduardo saca el móvil y empieza a grabar. Javier, con gesto solemne, se dirige a la cámara.

—Aquí, desde el Cielo de la Alianza de Madrid, ofrecemos este himno para el centenario de nuestro amado Padrino Sebastião… —Pronuncia las palabras arrastradas, casi ininteligibles.

Andrea marca el inicio con el piano y yo, como puedo, sigo el ritmo con la maraca. Me descuadro varias veces, a propósito: es la manera más sencilla de no llamar la atención. Total, todos los demás están drogados con tanto Daime, así que se pierden en el compás constantemente. Como soy el único sobrio de la mesa, fingir torpeza me camufla mejor que intentar hacerlo perfecto. Y por dentro solo pienso en lo extraño que será cuando alguien que me reconozca de mis reportajes y me vea en este vídeo. No hay escapatoria. Ahí estoy, con unas gafas de pasta, el flequillo cayéndome torpemente sobre la frente y la expresión de quien finge encajar en un ritual que no entiende del todo. Sentado ante una mesa en forma de estrella, vestido como un fardado, al lado del fiscal comandante. Los demás cantan en coro mientras las luces de colores y las banderolas enmarcan la escena. Pero en el centro del plano quedo yo: maraca en mano, mal camuflado, expuesto.

—¡Viva San Sebastián! —grita Javier con fuerza.

—¡Viva! —respondemos todos al unísono.

—¡Viva el Padrino Sebastião!

—¡Viva!

—¡Vivan todos los seres divinos!

—¡Viva!

Javier sigue encadenando nombres y títulos sagrados, y la respuesta es siempre la misma: un clamor colectivo de «¡Viva!». A mi derecha, otro se anima y añade por su cuenta:

—¡Viva Santo Cruceiro!

—¡Viva!

El eco de los vítores va creciendo hasta que Javier levanta las manos y conduce el momento hacia un rezo. Tras cuatro horas, el ritual ha terminado. Entonces Javier arranca un discurso improvisado mitad sermón religioso, mitad proclama New Age. Habla despacio, arrastrando las palabras, a ratos exaltado y a ratos casi en un murmullo.

—Damos las gracias a Dios, a nuestros padrinos espirituales, a San José, a San Sebastián, por sostener este trabajo. Lo mejor que tenemos es su protección, la protección de nuestros guías y de los seres divinos. Y gracias a Dios tenemos la posibilidad de reunirnos en torno a ellos, para aprender de nosotros mismos, de nuestras vidas y de nuestras circunstancias, y así andar en este mundo tan complicado ahí fuera. Gracias por proteger esta casa, nuestras familias, la familia de todos los aquí presentes, y a toda esta gran familia espiritual.

Baja la voz, como en confidencia.

—El mundo de fuera es otra película. Y nosotros no queremos películas. Queremos la verdad, la realidad. Las películas son para ir al cine, para disfrutar un rato, pero cuando uno confunde el personaje con lo que uno es, entonces se complica todo. Aquí es

para reencontrarse con lo que uno ya es, no con lo que el mundo le ha hecho creer. Limpiarse de lo que no somos. Y estas medicinas, esta y otras que tomamos aquí, nos ayudan a eso: a pelar la cebolla, a quitar capas hasta que queda la semilla verdadera de lo que somos.

Intento seguir el discurso, aunque cada vez me parece más enrevesado, lleno de palabrería mística que aparenta profundidad. Pero, en el fondo, el mensaje es simple: otra vez la misma cantinela de siempre. «Nosotros somos los elegidos». «Nosotros tenemos la verdad». «El mundo exterior es hostil». Una fórmula tan repetida como efectiva: reforzar la identidad del grupo.

Javier hace un gesto con la mano, abarcando al grupo entero.

—Por eso cada uno de vosotros es fundamental. La unión hace la fuerza. Aquí hablamos un lenguaje espiritual común, que fuera nadie entiende. Aquí no nos dejamos dividir, porque somos una familia. Y sí, no es fácil: este camino es duro, nadie dijo lo contrario. Pero tiene bendiciones. La vida se transforma, se mejora. Lo importante es ser dignos de merecer las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Aquí somos parte de su batallón.

Se enciende al hablar del futuro inmediato.

—El día 26, tendremos el trabajo de San Miguel, en la cuaresma de San Miguel. Y después, el centenario del Padrino Sebastião, el día 4 de octubre, día de San Francisco. Ahí todos de farda blanca, bailando, desde la mañana hasta la noche, para conmemorar los cien años de nuestro amado padrino.

No lo vi venir. Nos ha colado un banner publicitario en toda regla. Me ha saltado un pop-up en la cara. Estoy tan cansado que mi cabeza se entretiene pensando estas chorradas, pero lo cierto es

que el discurso, aunque parezca improvisado, sigue un patrón de manual. No hay nada casual en él: cada frase toca los resortes de manipulación que ya hemos visto en este libro. Primero crea la atmósfera de gratitud y pertenencia; luego recuerda que el mundo exterior es hostil; después enfatiza que aquí se encuentra la «verdad» y la «protección». Y, como buen cierre, se afianza la lealtad del grupo: asegurarse de que volverán y, sobre todo, de que pasarán por caja. Es la misma estructura que cualquier experto en marketing (si es que eso existe) reconocería: captar la atención, generar necesidad, reforzar la identidad y, finalmente, cerrar la venta.

Levanto la vista, Javier parece que ya termina.

—Recordad que la dieta es importante: cuanto menos comes, más efecto hace. Si algo os hace vomitar, es limpieza. Lo que parece malo no es malo: es parte del aprendizaje.

Sin comentarios.

Por último, cierra con un tono solemne, sellando la ceremonia.

—En nombre de Dios Padre, de la Virgen Madre, de nuestro Señor Jesucristo, de San José y todos los seres divinos de la corte celestial, damos por cerrado este trabajo. Alabado sea Dios. Alabada sea María Santísima sobre toda la humanidad. Amén.

15
Cielo de la alianza II
La familia espiritual

Por suerte para ti existe el recurso de la elipsis, ese salvavidas narrativo que me permite saltar las interminables horas de rituales que he tenido que tragarme en los últimos meses. Porque he de confesarlo: visto uno, vistos todos. Al cabo de unas cuantas sesiones, la fórmula se vuelve demasiado predecible. Horas y horas de una devoción ensayada, bebiendo una droga psicoactiva disfrazada de sacramento, cantando canciones en portugués que se repiten como mantras y, de fondo, una sinfonía de vómitos mezclada con piano y maracas. De vez en cuando me acompaño con la guitarra. El espectáculo, más que inspirador, para mí acaba siendo monótono. Y, no nos engañemos, me aburre sobremanera. Porque no hay nada divertido en estar infiltrado en una secta: muchas horas de mantras repetidos y obediencia ciega, viendo cómo un gurú se aprovecha de personas en un momento de vulnerabilidad, mientras yo no puedo hacer nada más que observar.

Por eso, lo que para mí resulta realmente relevante no ocurre durante los rezos ni en medio de la fiebre alucinógena, sino después. En las conversaciones de madrugada, en las confidencias al calor de

una vela o de una sandía medio devorada. Es entonces cuando afloran las historias que de verdad merecen ser escuchadas.

Por eso, antes de seguir acumulando gigas de vídeos de cánticos y vómitos en mi cámara, decido centrarme en la vida de Javier. Quiero entender cómo llegó al Santo Daime. Y así, una noche, me relata el origen de todo.

Estamos sentados en el cobertizo del chalet de Javier, todavía con el eco de los himnos en la cabeza. Sobre la mesa quedan restos de fruta cortada, una sandía medio abierta y vasos de plástico con agua. Como siempre, el ambiente es distendido, casi familiar. Javier, apoyado en la silla de mimbre, enciende una vela pequeña que se ha quedado sin llama y arranca su relato.

—Yo conocí esto a principios de los dos mil. Fue por un documental que dieron en La 2 de Televisión Española, hablaban de sustancias psicoactivas, pero sobre todo de las corrientes espirituales que las usaban. Yo lo vi y pensé: «Esto es lo que yo quiero». En aquel momento estaba con el reiki, con los viajes astrales… —Se ríe suavemente—. Y me dije: «Pues nada, quiero probar el Santo Daime».

Mientras lo escucho, no puedo evitar hacer mi propio análisis: Javier no era alguien que un día pasara del escepticismo absoluto a beber ayahuasca. No. Era alguien que ya se movía en un ecosistema New Age aparentemente inofensivo: reiki, energías, viajes astrales… Prácticas que a primera vista pueden parecer simples juegos espirituales pero que, poco a poco, van erosionando la racionalidad, el pensamiento crítico. Es el terreno perfecto para que germinen creencias mucho más absorbentes. Lo que empieza como una

curiosidad termina por convertirse en un marco mental que lo abarca todo. Y en ese marco aparece el Santo Daime, encajando como la pieza que le faltaba.

Aquí es donde toca señalar a los medios de comunicación. Porque, por mucho que se intente disfrazar de «imparcialidad», un reportaje así no es inocuo. No basta con emitir desinformación bajo la etiqueta de «neutralidad», ni ampararse en la cómoda falacia de que «cada uno saque sus propias conclusiones». La equidistancia en estos temas no es hacer periodismo: es publicidad encubierta. Cuando un programa de televisión explica sin más que «ciertas comunidades del Amazonas usan la ayahuasca como medicina tradicional», lo que está haciendo, aunque no lo quiera, es allanar el camino para que mucha gente, como Javier, dé por hecho que esa práctica es sana, legítima o incluso recomendable. Y no lo es. Esa frase, sin contexto ni matices, es falsa. La ayahuasca no es una medicina, por mucho que se use bajo este pretexto en ciertas comunidades. En algunas sociedades antiguas también se practicaba la trepanación, hacer un agujero en el cráneo, con el fin de aliviar migrañas o expulsar «espíritus malignos»… Y por muy «medicina tradicional» que sea, estarás de acuerdo conmigo en que se trata de un método peligroso que no cura la migraña. Del mismo modo que ciertas comunidades usen la ayahuasca como medicina tradicional tampoco demuestra que tenga un efecto curativo. Y, sin embargo, basta con que un mensaje así se cuele en televisión para que alguien, desde su casa, lo absorba sin filtros y lo incorpore a su vida; lo que le ocurrió a Javier.

Me cuenta que entonces lo vio imposible: recién casado, con la vida organizada, y Brasil quedaba muy lejos. «No era mi momento»,

admite. Pasaron un par de años y, en medio de una crisis personal —otro instante de vulnerabilidad del que estos grupos saben aprovecharse, pienso, no falla—, volvió a cruzarse con la palabra Daime.

—Fue el azar. Un día me encontré con una noticia firmada por Juan Carlos de la Cal: «El Santo Daime legalizado en España» —sigue Javier—. No me lo podía creer. Había leído que lo perseguían como si fuera droga, que incluso habían detenido a gente… Pero, claro, llegó un juicio y ahí cambió todo.

Le brillan los ojos al recordarlo, como si reviviera la sorpresa de entonces.

—A esa gente la metieron en la cárcel por «tráfico de estupefacientes». Y luego resultó que no…, que la ayahuasca no podía ser considerada así. La jueza dijo que, para que hiciera efecto, tenías que beber litros. ¡Litros! —Se ríe—. Y como compensación por haberlos tenido encerrados, lo que hicieron fue inscribir la iglesia. Y así empezó todo en 2004.

¿Así es como justifican ellos el registro del Santo Daime? ¿Como si hubiera sido fruto de una especie de reparación judicial? ¿Casi un gesto de indulgencia del Estado? La historia suena bien, pero no es cierta.

Miro a Javier, que sigue hablando con convicción. Y no sé hasta qué punto miente o si, simplemente, es un engañado más. Tal vez repite un relato que lleva años escuchando, una versión cómoda que los convierte en los buenos, en las víctimas incomprendidas, en los héroes de una historia épica en la que lograron salir victoriosos de la persecución. Al fin y al cabo, en este caso resulta mucho más grandioso decir que el Estado «tuvo que reconocerlos» que admitir

que todo se debió, en realidad, a un descuido burocrático en un despacho de Madrid.

—Yo llegué en ese momento. Fue Juan Carlos el que me invitó a tomar por primera vez en una iglesia en Méntrida: el Cielo de San Juan. Viví allí cinco años. Ese fue mi aprendizaje, hasta que fundamos este lugar en Madrid. El Cielo de la Alianza nació de ahí, de ese primer paso.

Lo miro en silencio, consciente de que para él esa historia no es solo un recuerdo, sino una especie de mito fundacional. Una mezcla de casualidades, juicios, crisis personales y encuentros fortuitos que han tejido el camino hasta esta misma noche. Un claro ejemplo de cómo alguien que en su momento fue una víctima más de este grupo, una persona vulnerable que llegó en busca de respuestas ha acabado convirtiéndose en quien replica esas mismas técnicas de manipulación. De víctima a victimario.

Pero no le ha ido nada mal. El chalet es impresionante: un jardín inmenso, con varias zonas que parecen no acabarse nunca, diferentes plantas, pequeños senderos improvisados y hasta construcciones adyacentes que completan el terreno. Montar una secta es un buen negocio, quizá me he equivocado de trabajo.

Una noche, después de un ritual y tras más de una hora de charla con Javier, entre varios nos ponemos a recoger todo lo de la ceremonia. Llevamos la mesa en forma de estrella al desván, el lugar donde siempre guardan los objetos del altar. Primero está todo oscuro y no distingo bien la sala, pero no parece muy grande. Solo logro ver un pequeño baño del que emana un poco de luz y poco más. Pero cuando alguien enciende la luz de repente veo a Clara, en

pijama, al lado del interruptor y la escena se vuelve evidente: Clara estaba allí durmiendo.

—¿Vives aquí? —pregunto, todavía incrédulo.

Ella sonríe con naturalidad.

—Sí —responde con la alegría que le caracteriza—. Estoy aquí desde hace un tiempo, ayudando con la casa y con los trabajos.

No añade mucho más. Me da la sensación de que para ella es lo más normal del mundo. Para mí, en cambio, la imagen resulta demoledora. Veo a Clara durmiendo en un desván que parece más un trastero que un dormitorio. No puedo evitar que me asalte una pregunta: ¿sabrá su familia que está viviendo aquí? En este lugar no dejan de machacar con premisas que favorecen el aislamiento, la idea de «la comunidad», «la familia espiritual»… ¿Hasta qué punto Clara se ha desvinculado de su entorno real? ¿Hasta qué punto ve a estas personas como su familia mientras pierde el contacto con la de verdad, con sus amigos, con su vida anterior? Ha habido muchos casos de personas desaparecidas que resultan no haber estado nunca tan lejos, pero sí invisibles: absorbidas por una secta. Como Patricia Aguilar, una joven alicantina que desapareció con dieciocho años y a la que su familia buscó desesperadamente durante meses, hasta descubrir que estaba viviendo en unas chabolas en plena selva peruana, manipulada por un líder sectario.

A medida que voy conociendo historias de más víctimas, de más familias —también víctimas— voy identificando el mismo patrón. No importa la ideología, no importa el ámbito, no importa, en definitiva, la excusa. El patrón se repite: las víctimas normalizan el abuso en aras de un supuesto bien mayor y las familias, las que lo descubren, intentan gestionar la frustración, la perplejidad, la impotencia y la

rabia que les provoca una situación que empequeñece a Kafka. Pero ahora solo pienso en la familia de Clara. Su imagen en ese desván, en pijama, con su cama encajada entre los símbolos del culto, me despierta la misma inquietud: ¿se trata de una vida reducida y atrapada, borrada a ojos de quienes un día la quisieron?

16
La historia de Susanna

—They said that medicine would help me heal. But I feel like it broke me instead.

Se hace el silencio.

Estoy frente al portátil, atento. Susanna está al otro lado de la pantalla. Hablamos en inglés porque no compartimos otra lengua, pero eso no es lo difícil. Lo difícil es escuchar sin romperse. Sin dejar que el impacto me paralice. He pasado meses documentando el mundo del Santo Daime. He hablado con exmiembros, con expertos, con familiares y amigos de personas que ven desvanecerse a sus seres queridos. Y fue precisamente a través de una de esas madres —una mujer que perdió a su hijo tras una de estas ceremonias— como conocí a Susanna.

Ahora me habla desde su casa. Tiene la voz tranquila y es muy risueña. Me esfuerzo por no interrumpir. Solo escucho. Porque lo que está a punto de contar no es solo su historia. Es también la historia de muchos otros que, como ella, buscaban sanar y terminaron rotos.

El hechizo

Yo tenía dieciocho años cuando todo empezó. Era joven, impresionable y, como mucha gente a esa edad, buscaba algo que diera sentido a mi vida. Por aquel entonces empecé a obsesionarme con el chamanismo, con esas ideas de expansión de la conciencia y conexión con lo divino. Creo que fue por culpa de la película *The Doors*, donde un personaje busca peyote en el desierto. Esa imagen se me quedó grabada. Me hizo pensar: ¿y si eso existe de verdad? ¿Y si yo también puedo vivir algo así?

Empecé a investigar y fue así como conocí a una chica que asistía a ceremonias del Santo Daime. Me habló de la bebida, de la iglesia, de los rituales…, y lo dijo con una convicción tan dulce, tan segura, que sentí que me estaba invitando a descubrir un misterio. Fui con ella. Entré en aquella iglesia sin saber muy bien qué esperaba encontrar.

Y bebí.

Lo que vino después es difícil de explicar. Es como si me hubieran lanzado un hechizo. Algo se activó dentro de mí. No fue solo el efecto físico —aunque sí, la bebida te atraviesa el cuerpo y la mente como un rayo silencioso—, fue la sensación de haber visto algo inmenso, algo más grande que yo. Como si el universo me hubiera guiñado un ojo.

Y entonces quise volver.

Y volver.

Y volver.

Es peligroso, porque en ese momento crees que has tocado algo sagrado. Que has abierto una puerta secreta a un mundo espiritual que solo algunos conocen. Y eso te da una sensación extraña de

privilegio, de pertenencia. Como si tú sí hubieras entendido algo que los demás no.

Hoy, con distancia, me doy cuenta de que esa fascinación es también una trampa. Pero entonces… entonces solo pensaba en cuándo sería la próxima ceremonia. Lo que empezó como una experiencia aislada se convirtió, casi sin darme cuenta, en mi forma de vida. Durante diez años estuve bebiendo cada semana. ¡Cada semana! Y no era raro hacerlo más de una vez.

Luces y sombras

En ese tiempo mi vida giraba alrededor de la bebida, el Daime. No solo por lo que sentía durante los rituales —esa euforia disfrazada de espiritualidad, ese amor universal, esa falsa sensación de haberlo comprendido todo—, sino porque todo mi entorno estaba dentro. Mis amigos, mi pareja, mi mundo… Me casé con uno de los líderes. A los veintidós me mudé a vivir con él. Todo giraba en torno a la misma lógica: la planta como guía, como maestra, como vehículo hacia una supuesta verdad.

Al principio era divertido. Bailábamos, leíamos textos de distintas religiones, apagábamos las luces y dejábamos que el tambor guiara los movimientos del cuerpo. A veces parecía una fiesta, un carnaval espiritual. Pero el hechizo no era solo alegría. También vi muchas cosas oscuras. Demasiadas. Personas que se perdían. Que se quedaban atrapadas en lo que ellos llamaban «procesos», pero que desde fuera parecían episodios psicóticos. Gente que salía del ritual creyendo que había sanado, pero que días después lloraba sin entender por qué.

Gente que se quitó la vida.

Mi exmarido sigue allí, celebrando rituales en su casa. Nuestra hija apenas puede hablar con él. No porque no quiera, sino porque él ya no habita el mismo mundo. Su mente está en otra lógica, una que para los que estamos fuera no tiene sentido, pero que para los que están dentro es perfectamente razonable. Ese es el problema: cuando estás ahí, no puedes ver lo irracional. Todo parece coherente. Hasta que deja de serlo.

Desconexión emocional

No todos obedecían ciegamente, pero había algo en el ambiente que facilitaba esa entrega. La ayahuasca te abría tanto que muchos acababan colocando al líder en un lugar sagrado. Algunos lo veían como un guía, otros como un maestro iluminado. Había quienes mantenían cierta distancia, claro, pero también estaban los que no tomaban una decisión sin antes consultarle. Y lo más inquietante: cuanto más bebían, más lo idealizaban. La planta no solo abría la mente, también los hacía vulnerables a la sugestión.

Yo lo viví desde dentro. Vi lo que hace con la gente. Y, sin embargo, seguí. Porque en ese momento era mi vida. No sabía cómo salir. No quería creer que todo aquello pudiera estar mal. Admitirlo era aceptar que me había equivocado. Que había construido una familia, una identidad, una fe… sobre una ilusión.

Y eso duele. Mucho más de lo que se dice.

Durante años traté de no mirar. De no hacerme ciertas preguntas. De justificar todo lo que veía. Pero la verdad estaba ahí, agazapada, esperando a que me atreviera a abrir los ojos.

Viví en una casa donde pasaba mucha gente. Algunos se quedaban a vivir con nosotros. Otros venían, bebían y desaparecían. Vi cientos de procesos. Personas que parecían iluminarse… y luego se rompían por dentro. A veces se volvían frágiles, otras veces agresivas, otras simplemente se apagaban, como si alguien les hubiera robado el alma por los ojos.

Recuerdo especialmente a un amigo muy cercano. Vivía con nosotros. Era artista, músico, alegre, lleno de vida. Un día empezó a sentirse extraño. Decía que su cabeza estaba abierta, como si algo lo estuviera invadiendo. Un día miré sus ojos y ya no vi nada detrás. No supe qué le pasó. Solo… se fue. Se deshizo. Y nadie supo cómo ayudarle.

Porque esa es otra verdad incómoda: los líderes no tienen herramientas. No son psicólogos, ni médicos, ni terapeutas. Son personas bienintencionadas —algunos, otros no tanto—, pero absolutamente incapaces de manejar el daño que a veces provocan. Cuando algo sale mal, no saben qué hacer. Y pasa mucho más de lo que quieren admitir.

En otro ritual, en una casa, un hombre empezó a sentirse mal. Nadie supo interpretar qué estaba pasando. No sabíamos si era un proceso espiritual, una visión, una limpieza… o una emergencia médica. Para cuando decidieron llevarlo al hospital, ya estaba muerto. Dicen que fue una desgracia inevitable. Que habría pasado igual en cualquier lugar. Que la ayahuasca no tuvo la culpa. Pero yo estuve ahí. Y sé que no fue tan simple.

Con el tiempo, empecé a notar otra cosa aún más inquietante: la desconexión emocional. La ayahuasca no solo alteraba la percepción, también anestesiaba los sentimientos. A veces me

preguntaba si seguía sintiendo como antes. Si lo que llamábamos «paz» no era en realidad un vacío. Y eso lo vi en mucha gente: risas forzadas, abrazos automáticos, palabras bonitas sin alma. Era como si las emociones estuvieran encapsuladas, domesticadas por la sustancia. Y cuanto más tiempo llevabas bebiendo, más difícil era recordar cómo era sentir de verdad.

Vi suicidios. Vi a gente quedarse colgada en otro plano. Vi carreras arruinadas, relaciones rotas, vidas enteras girando alrededor de un delirio espiritual. Personas que se creían superiores, más conectadas, más sabias. Pero no lo eran. Solo estaban bajo el efecto de una droga poderosa que te hace amar el mundo… mientras te desconecta de él.

Y lo peor es que yo también fui una de ellas. También me sentí especial. También creí que lo había entendido todo. Que los demás vivían dormidos y yo estaba despierta.

El despertar

Fue el embarazo lo que me despertó. Durante años había vivido en esa burbuja sin cuestionarlo, repitiendo los rituales, escuchando los cánticos, creyendo que todo tenía un propósito elevado. Pero, cuando supe que tenía una vida dentro de mí, algo cambió. Dejé de beber ayahuasca durante el embarazo, por instinto, por protección, porque mi cuerpo me lo pedía. Y entonces, poco a poco, mi mente volvió. Mi cordura regresó. Como si alguien hubiera corrido una cortina que llevaba demasiado tiempo cerrada. Empecé a mirar alrededor y a preguntarme: ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué esto

que antes me parecía mágico ahora me parece absurdo? ¿Cómo llegué hasta este punto?

Pero no fue fácil. Reconocer que te has equivocado durante tantos años es brutal. Es como ver tu propia biografía desde fuera y no reconocerte. Me sentía tonta y engañada. Pero sobre todo me sentía sola.

Mis amigos seguían dentro. Cuando les dije que no quería seguir, intentaron convencerme de volver. Me buscaban, me llamaban, me insistían. Y yo los entendía. Porque yo también lo había hecho antes con otros. Así es como funciona: cuando alguien quiere irse, los demás lo viven como una traición. Como si su duda fuera un virus peligroso que puede contagiar al resto. Yo no tenía argumentos, solo una sensación clara en el pecho: no quiero criar a mi hija aquí. Eso fue lo que me sostuvo. Ella. Su existencia me ancló a una realidad que ya había olvidado.

Pero salí rota. Perdida. Me sentía como si hubiera despertado de un coma y nadie me estuviera esperando. Todos mis vínculos estaban ahí dentro. Mis afectos. Mis referencias. Salir fue como cruzar una puerta hacia el vacío.

Y sin embargo… era lo correcto.

Hoy lo tengo claro: no creo que la ayahuasca sea buena para nadie. Nunca vi a alguien convertirse en mejor persona por tomarla. Nunca. Y, sin embargo, es fácil creer lo contrario. Porque lo que sientes durante los rituales… es intenso. Te inunda una sensación de amor absoluto, de unidad con todo, como si hubieras alcanzado un estado superior del alma. Pero es solo una ilusión. Una reacción química. Esa es la trampa más peligrosa: la sensación de estar por encima del mundo, de haber despertado a una verdad que los

demás no pueden ver. Se vuelve adictiva. No solo la bebida, sino el relato espiritual que la rodea. Te hace sentir especial, distinto, elegido. Pero lo que realmente pasa es que te desconectas. Te alejas de la gente que te quiere, de tus proyectos, de la vida real.

Yo misma me convertí en alguien que no reconocía. Me sentía superior y, al mismo tiempo, vacía. Egoísta. Desconectada. Como un zombi envuelto en incienso.

Si pudiera volver atrás, cambiaría muchas cosas. Pero, sobre todo, me diría a mí misma: no pongas esa gota en tu boca.

Ni una.

Porque todo lo que vino después empezó con ese primer sorbo.

17
Cielo de Juramidam

Laura Merino lleva años estudiando y atendiendo a víctimas de sectas. Ha acompañado a decenas de personas que intentan rehacer su vida después de haber pasado por grupos sectarios. Y también ha ayudado a familiares que buscan cómo actuar, qué pueden hacer y cómo abordar a sus seres queridos atrapados en esas dinámicas. Aprovechando que paso unos días en Madrid, hemos quedado en su casa para tomar algo y hablar de lo que he documentado en los últimos meses.

El salón es pequeño, y aunque está perfectamente ordenado, no cuesta detectar los rastros de su trabajo: manuales especializados, informes judiciales, carpetas con testimonios de víctimas y, sobre todo, una cantidad abrumadora de libros sobre sectas y psicología. Entre ellos también aparecen objetos que un día fueron propiedad de ciertos grupos, como materiales de Los Niños de Dios o del Opus Dei. Parece casi una coleccionista de reliquias sectarias.

—He estado haciendo unos cursos en la Cienciología estos días —le cuento a modo anecdótico mientras me acomodo en el sofá.

Aprovechando que estoy por Madrid haciendo algunas entrevistas, en mis ratos muertos me he acercado a uno de los centros de la Cienciología; una organización fundada en los años

cincuenta por el escritor de ciencia ficción L. Ron Hubbard, que se presenta como una filosofía de vida que promete liberar el «potencial espiritual» de las personas. En la práctica, son muchos los que denuncian que funciona como una secta: ofrecen cursos de autoayuda aparentemente inocentes, pero detrás hay toda una maquinaria diseñada para captar, extraer dinero y controlar a los adeptos.

—Me he apuntado a algunos de esos cursos. Y, sorpresa, resulta que soy un genio —le digo a Laura mientras me río—. Me dicen que hay gente que tarda más de tres horas en hacer los ejercicios y yo los termino en cuarenta minutos. Hoy no han parado de repetirme que soy listísimo, que avanzo rapidísimo… La realidad es que los hago deprisa y sin pensar, solo para pasar pantalla cuanto antes. Así que no sé si yo soy muy listo… o si ellos son tontísimos.

Laura me escucha con calma, con la media sonrisa de quien ya sabe por dónde va la historia.

—¿Y no te has parado a pensar que eso es, precisamente, una técnica de manipulación? —me corta, con suavidad pero firme.

Me quedo callado, la verdad es que no me lo he planteado.

—Eso está muy estudiado; el refuerzo positivo. La estrategia es hacerte creer que eres único, que sobresales, que tienes un talento especial. Y funciona por dos razones. Primero, porque te sientes bien, reconocido, superior a los demás. Y segundo, porque crea dependencia emocional: te enganchas a un sistema que «te ve» y «te premia», cuando el mundo de fuera no lo hace.

Hace una pausa, como para dejarlo reposar.

—Además, piensa en la paradoja: si todo el mundo que entra allí recibe el mismo mensaje sobre lo brillante que es, que va más

rápido que los demás, ¿de verdad crees que todos son genios? No. Lo que buscan es reforzar la idea de que estás en el lugar correcto, de que ellos tienen la fórmula mágica que saca tu «verdadero potencial». Y cuando te lo crees, bajas la guardia. Empiezas a confiar, a invertir tiempo, dinero y emociones.

Me mira directamente.

—Ese es el peligro. No se trata de que seas más o menos listo. Se trata de que saben exactamente cómo tocarte la fibra para que sientas que, por fin, alguien te entiende y te reconoce. Y a partir de ahí, la manipulación ya está en marcha.

Me deja descolocado. Yo simplemente creía que se me daba bien, que había pillado la mecánica rápido y punto. De repente me asalta un miedo incómodo: al infiltrarme tanto en sectas, ¿y si, en lugar de estar analizándolo desde fuera, acabo tragándome el cuento? Estas personas son profesionales de la persuasión. Saben exactamente cómo manipular, cómo hacerte sentir especial, cómo construir un discurso que encaje justo en la grieta de tu vulnerabilidad. Y la historia está llena de ejemplos de infiltrados que entraron para investigar y terminaron convencidos, radicalizados, atrapados en la misma telaraña de la que querían proteger a otros.

No es una broma. Infiltrarse en una secta no es como ponerse un disfraz para un carnaval; es jugar a un juego en el que el otro equipo lleva años entrenando y conoce todas las reglas, mientras que tú apenas intuyes el tablero.

—Mira, Carles, ten cuidado. Entrar es muy fácil…, pero salir, ya no tanto. Y no hablo solo de que te puedan calar sus ideas. Hablo de lo práctico. Tú cada vez eres más conocido, y eso te pone en riesgo. Si

un día alguien te reconoce dentro, no esperes que sigan siendo tan simpáticos como aparentan. Esa fachada amable se cae enseguida.

Hace una pausa, me mira con seriedad.

—Cuando se sienten expuestos, cuando creen que alguien puede ponerlos en evidencia, reaccionan de otra manera. Y ahí la cosa se puede poner peligrosa de verdad.

Laura no me tranquiliza, pero imagino que es justo lo que necesito escuchar. En las infiltraciones, lo ideal es contar con una red de apoyo externa, alguien que sepa exactamente dónde estoy, a qué hora entro, a qué hora debería salir y qué hacer si no contesto. Pero mañana por la mañana me voy a Sevilla y, a diferencia de los rituales o retiros que he hecho en Madrid y Barcelona —donde al menos tengo amigos y conocidos cerca—, esta vez no conozco a nadie que viva en la zona.

Voy a Sevilla porque Javier me ha contado que, junto con compañeros del Cielo de la Alianza, están abriendo una franquicia del Santo Daime en Andalucía. A ver, no me lo cuenta así exactamente, pero ya me entiendes. Están fundando allí un nuevo grupo al que han bautizado como Cielo de Juramidam. Llevo semanas en otro grupo de WhatsApp donde se habla de logística, ubicación y, sobre todo, se repite la consigna de que esta es «la ocasión perfecta para traer a familiares o amigos que puedan estar llamados a seguir este camino espiritual». Mientras viajo en el AVE, voy repasando los mensajes: cada vez hay más gente preguntando de qué se trata, compartiendo frases de paz y amor e imágenes motivacionales que podrían estar perfectamente en el chat de WhatsApp que tengo con mi abuela.

La cita es al anochecer, en un pueblo llamado Bollullos de la Mitación. Qué nombre más curioso, pienso. Parece inventado, pero no: ahí será el ritual. Hacía tiempo que no pasaba por Sevilla, desde mi infiltración en la Iglesia Palmariana. Y aunque Bollullos está justo en dirección opuesta, la sensación de volver a moverme por esta provincia me trae ecos de aquella otra aventura.

Por el camino me sorprendo pensando a quién podría pedir ayuda. No conozco a nadie por la zona… Pero me viene a la cabeza una chica que me escribió por Instagram hace un tiempo: «Soy de Utrera, mi madre llama al Palmar "el sitio donde entran pero no salen". Enhorabuena por la investigación». Se llama Anabé. El mensaje me hizo gracia desde el primer momento. Era cercana, natural. Es escritora y las semanas que siguieron hablamos mucho de libros. No tengo muy claro si es responsable delegar mi seguridad en una persona a la que apenas conozco, pero las circunstancias han querido que sea así. Por lo tanto, le escribo sin demasiada expectativa.

Diez segundos después vibra el móvil: «¡Qué ilusión! ¡Claro que sí! ¡Cuéntame más, hay muchas cosas que preparar! Qué nervios, ¿no?».

Nos vemos en la Plaza del Altozano, en Sevilla. Anabé es bajita, con el pelo muy rizado, larguísimo y pelirrojo. Se expresa exactamente igual que en los chats, lo cual me tranquiliza, y no parece estar loca. Todo bien.

—Necesito una cantimplora —le digo mientras comemos—. Me he dejado la mía en Barcelona y me urge llevar una. También me gustaría llevar algunas tortillas o algo de comer.

—¿Y eso?

—Bueno, la gente siempre lleva algo para compartir. Para cenar o desayunar. Yo imito lo que ellos hacen.

Ella asiente en silencio y, de pronto, me lanza la pregunta:

—¿Cómo haces para no volverte medio loco con todo eso?

Ni yo mismo sé qué responder.

Cuando cae la tarde, preparo la mochila. Anabé me presta una cantimplora de metal opaca y un saco de dormir. Está previsto que, después del ritual, nos quedemos todos a dormir allí.

—Cada hora te mandaré un «.» por WhatsApp. Si pasan dos horas sin saber de mí… —Me quedo callado, porque en realidad no sé cómo acabar la frase. Si no respondo, ¿qué debería hacer?

—Claro, igual esto lo tendríamos que haber preparado un poco mejor —responde ella, con una media sonrisa.

—Ya… Te iba a decir que vinieras a buscarme, pero, claro… Si no respondo tampoco vas a irrumpir tú sola en mitad del ritual con cuarenta personas en trance.

—Hombre, yo me planto ahí con una tortilla… Las hago buenísimas, al menos les distraería un rato —bromea.

—Yo te mandaré mi ubicación en tiempo real, que nunca se sabe.

—Genial, así cuando desaparezcas sabré el punto donde buscar tu cadáver.

Nos reímos, y luego el silencio.

—El Daime es ayahuasca consagrada —dice Javier, con gesto solemne.

Estamos sentados en círculo sobre una pequeña explanada de césped que conduce a un gran chalet. A un lado, una caseta de

madera aguarda: allí será el ritual. Llevo un buen rato charlando con algunos de los presentes. Están Andrea, Clara, Eduardo…, pero también hay mucha gente que no conozco. Es, de hecho, el ritual más concurrido al que he asistido y no tardo en darme cuenta de que la mayoría son recién llegados.

—Lo que vamos a utilizar es una bebida que abre una puerta —prosigue Javier—. Una puerta al mundo espiritual, para que cada uno tenga la experiencia que realmente necesita.

—Y… ¿voy a volver? Vamos a volar, pero vamos a volver, ¿no? Porque yo quiero volver —pregunta una chica con acento ruso.

—La historia del Santo Daime no es para perder el control, es para recuperarlo. O sea, nosotros el control lo tenemos perdido. Aquí la gente viene absolutamente perdida, pensando que controla su mundo, su trabajo… Entonces el Santo Daime te muestra que no es así.

Un chico que está sentado a mi lado interrumpe la explicación con voz insegura:

—Javier, yo estoy dejando de tomar una medicación… La tomo una vez por semana…

—¿Qué tipo de medicación? —pregunta Javier.

—Un antidepresivo.

La respuesta no parece encender en Javier la misma alarma que se me dispara a mí. Ni consulta médica, ni advertencia de riesgo, nada. Javier simplemente asiente y responde con tono didáctico, como si hablara de un detalle sin importancia.

—Lo indicado en este caso es… ya que estás aquí… empezar de menos a más. En vez de empezar tomando X empezarás tomando

un poco menos… Como vamos a tomar varias veces durante la noche, me lo recuerdas después…

Una de las mujeres fiscales interviene sonriente, levantando los dedos en un gesto de pellizco.

—Cuando vayas a tomar tú, le haces así —dice, como quien enseña la cantidad de sal que se le echa a un guiso.

—Bueno, no hace falta que me lo recuerdes —corrige Javier—, vamos a empezar de menos a más.

Y ahí se queda el asunto. Nadie más pregunta, nadie se inmuta. El chico parece tranquilizarse: ya ha recibido la validación que necesitaba. Me quedo en silencio, con un nudo en el estómago. Están hablando de mezclar un antidepresivo con ayahuasca como si fuera lo más normal del mundo. Ninguna exploración médica, ningún protocolo, ni siquiera un mínimo de prudencia. Solo un gesto con los dedos y una sonrisa cómplice.

—Es importante entender que el Daime es para todo el mundo…, pero no todo el mundo es para el Daime —sentencia Javier, con voz grave.

Tras toda la explicación de Javier y después de que todos pasemos por caja con otra «donación voluntaria» de sesenta euros, Clara reparte entre los recién llegados el documento que, básicamente, exime a la organización de cualquier responsabilidad.

—¿Qué es ese papel? —pregunto como quien no quiere la cosa a uno de los nuevos que lo está firmando.

—Ni idea. Yo no lo he leído porque no tengo las gafas.

—¡Yo me fío! —salta otro desde más allá, con una risa despreocupada.

—Ah, vale, era solo por curiosidad —respondo, intentando sonar igual de relajado.

—¡A ciegas, tío! —añade el primero, partiéndose de risa mientras firma sin mirar.

El edificio donde se celebran los rituales es curioso; una amplia cabaña de madera y techos altos que se pierden en la penumbra. Tiene grandes ventanales y una puerta de cristal que, durante el día, deja entrar la luz, aunque ahora ya está todo oscuro. Accedemos directamente a la sala principal: un espacio único, diáfano, presidido por una mesa en forma de estrella cubierta con un mantel blanco impoluto. Sobre la mesa descansan una cruz de Caravaca, varias fotografías enmarcadas, un jarrón con flores frescas y un puñado de velas encendidas desde donde emana la única luz que nos ilumina. Se han traído el decorado entero de Madrid, pienso, como esos teatros ambulantes que van de gira con su escenografía a cuestas.

—Es muy importante la puntualidad —nos informa Javier, con tono solemne—. Empezaremos en breves, ni antes ni después.

A diferencia de los otros «trabajos», esta vez hay mucho quórum, pero la noche transcurre como de costumbre: cánticos repetitivos, chupitos de Daime, vómitos, rezos… Todo en su extraño orden, hasta que un grito rompe la monotonía y me sobresalta. Instintivamente entreabro un ojo: es la mujer rusa. Empieza a moverse de una forma rara. Muy rara. Al principio parece mareada, como si fuera a desplomarse. Pero de pronto sus gestos cambian: se arquea, tiembla y gime con una intensidad que me deja helado. La tensión se corta en el aire; no sé si está perdiendo el control, si sufre, o si lo que estoy viendo se trata de un orgasmo en mitad del ritual.

AAAH

Se retuerce. Vuelve a gemir.

AAAAAAAAH

Uno de los fiscales se le acerca. Primero intenta calmarla con palabras suaves. Ella se serena, pero al rato vuelve a gritar.

AAAAAAAAH

Observo como este fiscal enciende un cigarro de marihuana.

—Esto te irá bien —le dice.

La mujer está sentada al borde de la silla, sin fuerzas, y poco a poco se desliza hasta quedar tumbada ocupando varias de ellas. La imagen me recuerda al cuadro *Jove decadent* de Ramon Casas. La misma languidez, la misma caída inerte del cuerpo, la misma mirada perdida tras una noche de excesos. En el cuadro, una joven yace desmadejada sobre un sofá verde, aún con un cuaderno en la mano. Aquí, la mujer rusa se derrumba igual de vencida, solo que el escenario no es un salón modernista, sino unas sillas de madera mal colocadas, en una casita de madera, con el hinário entre los dedos.

El fiscal, que tampoco va muy fino pero mantiene una apariencia de serenidad, la ayuda a incorporarse y ella sale de la carpa tambaleándose, como si cada paso pesara el doble.

No vuelve.

Nadie pregunta. Nadie comenta. Nadie parece haberse dado cuenta de la escena… Ni siquiera nadie parece notar su ausencia. Están demasiado metidos en lo suyo.

Después de varias horas, termina el ritual. Algunos de los asistentes nos sentamos en el césped. Uno al lado del otro, en silencio. Sacamos la comida que cada uno ha traído y compartimos lo que queda.

—¿Repetirás? —le pregunto a uno de los nuevos.

—Creo que no.

—¿Por qué? —Me sorprende gratamente su respuesta.

—Porque… no he sentido nada espectacular. Además siento cansancio, náuseas… No sé.

Poco a poco, algunos asistentes se meten en sus sacos y se quedan dormidos en el comedor del chalet; otros, en cambio, empiezan a marcharse. No puedo evitar pensar en lo poco seguro que es que alguien se suba a un coche en ese estado, después de haber estado fumando marihuana —perdón, Santa María— y bebiendo varios chupitos de ayahuasca. Incluso esnifando rapé una vez que el ritual ha acabado. Un cóctel nada compatible con carretera y volante, del que, curiosamente, nadie parece advertirnos.

Ya rondan las seis de la mañana y todo está en silencio: apenas el canto de los grillos y el rumor lejano de algún coche que atraviesa la carretera, pero en mi mente todavía resuenan los cánticos repetitivos que hemos estado entonando durante horas.

Javier se mueve despacio mientras recoge los restos de la ceremonia con algunos fiscales. Guarda en una bolsa transparente la botella de Vichy Catalán que hace unas horas estaba llena de ayahuasca y, al mismo tiempo, deja en un barreño los vasos todavía

sucios. Yo me acerco y le ayudo, procurando no hacer ruido. Y, como quien no quiere la cosa, aprovecho para hacer una pregunta, esa que llevo meses queriendo hacer: ¿cómo traen la ayahuasca a España?

—¿Preparáis vosotros la ayahuasca? —pregunto—. ¿Aquí, en España?

Javier me mira, como calibrando por dónde voy.

—Nosotros la traemos de Brasil —dice—. Se lleva ya preparada.

—Ostras, ¿vosotros la traéis? ¿Y se puede facturar y todo? ¿En el avión?

Desde el otro lado, el fiscal Eduardo, que está recogiendo sillas, levanta la vista hacia mí. Con media sonrisa me suelta:

—Qué curiosidades las tuyas, ¿eh?

Interpreto que lo dice en broma, pero no me relaja. Todo lo contrario. Me sostiene la mirada más de la cuenta, fija, penetrante, y no sé si es que todavía está bajo los efectos del Daime o si sospecha de mí. Esa insistencia me intimida, y durante un momento no sé muy bien cómo reaccionar.

Sonrío, quitándole importancia, y Javier aprovecha para entrar en detalles: me cuenta que él mismo ha traído ayahuasca en botellas facturadas en la maleta, desde el estado de Acre.

—Yo llegué a viajar con botellas llenas —admite—. En la maleta, claro, facturada. En cabina no puedes porque no dejan líquidos, pero facturada, sí. A ver, tampoco puedes ir por ahí diciendo lo que llevas. La metes, cierras la maleta y listo. Yo la he traído así, sin problemas.

Escucho en silencio. Me explica que lo hizo en varios de sus viajes a Brasil, tras participar en un *feitio*, unos encuentros en los que se pasan días cocinando la ayahuasca en grandes ollas en medio

de la selva. Allí, cantando himnos y sudando, preparan la bebida que luego servirán durante todo el año. Y, cuando terminan, cada iglesia se lleva su parte embotellada.

—Lo bueno es traerla ya hecha —dice, encogiéndose de hombros —. Porque traer la planta…, eso sería inviable. Serían muchísimos, muchísimos kilos.

—¿Y vais todos allí siempre? ¿En la misma iglesia de la región de Acre?

—Sí. Es muy bueno ir allí y participar… Conocer cómo se hace, ¿sabes? Porque eso es una experiencia grandiosa. A veces vamos ocho días, a veces dos semanas, o el tiempo que dure el *feitio*. Piensa que te levantas por la mañana y tomas Daime. Y estás todo el día tomando, ta-ta-ta, y trabajando; por la noche también, ta-ta-ta, trabajando. Todo el Daime de todo el año se prepara en semanas. Es una experiencia maravillosa.

Todo el día y toda la noche trabajando… De nuevo aparece la explotación disfrazada de épica.

Javier recoge la bolsa de plástico y, con paso lento, camina hacia un cobertizo. El suelo está húmedo por el rocío de la madrugada y el aire huele a humo apagado. Allí hay varias sillas de plástico alineadas. El fiscal que antes me había lanzado la broma ya está sentado y no aparta los ojos de mí ni un segundo. Javier, ajeno a mi incomodidad, se deja caer en una silla y sonríe.

—Oye, si un año quieres pasar unas vacaciones de verdad… —Sonríe—. Vacaciones de ti mismo… Ahí es. Brasil. O sea, se acabó. Piensa que te vas a otra película. No es estar en este mundo: es ir fuera de la Matrix… Tío, estás en la selva, dedicado una semana o diez días a hacer ayahuasca allí con los compañeros. A tomar

ayahuasca, a limpiarte. Y entonces, lo que aquí no consigues ni haciendo muchos trabajos como el de hoy, allí lo vives en apenas una semana. Es otra dimensión…, otra dimensión.

Judith, que hace apenas unos minutos se ha sentado con nosotros, se ríe.

—Un año se vino Judith —dice Javier, señalándola—. ¿Cómo lo pasaste ahí?

—Maravilloso —responde ella—. Fuimos un grupo de ocho o diez, ¿sabes?

—Las mujeres se lo pasaron mucho mejor que nosotros, tío —dice Javier entre risas, cortando la conversación—. Nosotros… —Hace un gesto con las manos, como si estuviera golpeando con una maza o cargando peso, dando a entender que ellos estuvieron trabajando duro mientras las mujeres no tanto.

Por fin el fiscal suelta una carcajada breve.

Me alivia ver que esa risa rompe la expresión intimidante con la que me había estado observando.

—¡Eso no es verdad! —salta Judith, manteniendo una sonrisa.

Yo aprovecho el momento, viendo que se ha abierto un pequeño resquicio, para lanzar la pregunta más delicada de todas.

—¿Y vais a volver pronto a Acre? ¿Hay fecha?

—A lo mejor, no sé, en noviembre. Antes solíamos ir en noviembre. Lo que pasa es que este año, como está tan raro todo, vamos a ver… —dice, aludiendo a la reciente pandemia que ha trastocado viajes y la propia rutina del mundo.

—Y de momento tampoco estamos muy necesitados. Pero cuando vayamos a ir, si quieres, te aviso, te lo miras y te vienes con

el grupo. Te lo vas a pasar… —Sonríe, dejando la frase en el aire, el final es obvio.

Después, con tono más solemne, casi didáctico, añade:

—Esto es una escuela: es para que tú estudies. Vas a empezar a estudiar con la planta. Y la planta te va a ir dando. —Tras una corta pausa, Javier me mira a los ojos y sentencia—: Cuando vayamos, te aviso. Y te vienes con nosotros.

A las siete de la mañana, por fin, decido irme. Ya no quiero quedarme un segundo más. Recojo mi saco, la cantimplora, mi mochila… La tortilla ya no está. Alguien se la habrá comido. O tirado. Da igual. Cuando me acerco a la verja de entrada, el cielo ya está claro. Es esa hora extraña en la que el mundo empieza a despertarse… Pero aquí todos duermen. Intento abrir la verja para salir, pero está cerrada a cal y canto. Recorro con la vista el terreno en busca de Javier, pero no lo encuentro. Lo busco dentro en el chalet, esquivando cuerpos desperdigados en sacos de dormir. Hay un silencio que lo cubre todo, roto por algún ronquido puntual. No me apetece nada quedarme aquí ni un segundo más. Así que le mando un whatsapp a Javier diciendo simplemente que me he tenido que ir, y me dispongo a saltar la verja. Para mi sorpresa, lo consigo con una agilidad casi cómica.

Me alejo caminando y, mientras avanzo, busco «Mr. Blue Sky» de Electric Light Orchestra en el móvil y me pongo los auriculares. La melodía alegre y optimista empieza a sonar justo cuando el teléfono vibra. Es un mensaje de Anabé: «¿Todo bien? Que estoy cagá. Me tienes que contar. Dime a qué hora nos vemos». Sonrío. No porque todo esté bien, sino porque hay alguien ahí fuera que pregunta, que me espera. Y pienso en aquellos que, poco a poco, se van aislando

tanto en este mundo de cánticos y drogas que un día dejan de recibir mensajes, dejan de tener a alguien fuera que les espere. Y cuando ya nadie les espera es cuando de verdad han quedado atrapados.

18
Cielo de San Juan

El mensaje de Javier me llega como tantos otros. «Carlos, hermano, este sábado tenemos el Festival de San Juan. Vente, que va a ser especial».

Es junio y ya ha pasado prácticamente un año desde aquel vuelo del águila. Pero esta vez lo que me propone no es un retiro cualquiera: forma parte de la Asamblea Nacional de ICEFLU, el gran encuentro donde se reúnen todos los cielos del Santo Daime de España.

CONVOCATORIA ASAMBLEA NACIONAL
ICEFLU/ESPAÑA
Cielo de San Juan – Méntrida
Por la presente se convoca a los socios de ICEFLU/España a la asamblea que tendrá lugar en la sede del Cielo de San Juan.

La cita inicial es a las nueve de la mañana, pero el día antes Javier me escribe por WhatsApp. «Con este calor, mejor empezamos a las ocho de la noche».

Como se trata de una reunión nacional, caigo rápido en lo que eso significa: más adeptos, más vigilancia y gente que, en el

organigrama del Santo Daime, está por encima de Javier. Y, por lo tanto, más probabilidades de que alguien me reconozca. Necesito reforzar la logística de seguridad. Así que preparo un «plan B» con un grupo de apoyo exterior.

Hace apenas unas semanas participé como ponente en un congreso sobre sectas, pseudociencias y radicalización en la Universidad de Teruel, invitado por la psicóloga Laura Merino. Allí conocí en persona a Noelia Bru, prima de Patricia Aguilar, la joven de apenas dieciséis años que fue manipulada y convencida para abandonar su vida en Elche y seguir al gurú Félix Steven Manrique hasta Perú. Un caso que conmocionó a España. Durante años, la familia, con Noelia en primera línea, luchó para localizarla y recuperarla hasta que, en 2018, Patricia fue rescatada por la policía peruana de la comunidad donde convivía con otras mujeres captadas por Manrique. Estaba embarazada y había tenido una hija en cautiverio, en condiciones de aislamiento y control absoluto. El líder fue detenido y condenado, y Patricia pudo regresar a España con su familia. Con el tiempo, Noelia se implicó aún más en acompañar a víctimas y familias, y en crear divulgación y prevención sobre el abuso sectario. La conocí por internet, un año después, y empezamos a comentar las técnicas de manipulación que yo mostraba en mis reportajes sobre la secta del Palmar de Troya. Desde entonces me echa un cable con documentación para otros trabajos sobre sectas y pseudociencias. Pero hasta este congreso no habíamos coincidido cara a cara.

También en el congreso conocí a Alicia e Isabel, dos agentes de la Policía Nacional que estaban como asistentes al curso. He cambiado sus nombres para mantener la confidencialidad,

a pesar de que, cuando hablo con policías, siempre pienso que a lo mejor me están dando un nombre falso. Por si acaso, las llamaré Alicia e Isabel. Me explicaron que el cuerpo estaba poniendo en marcha un plan operativo de actuación y coordinación policial frente a sectas destructivas. Me pidieron que les contara lo que estaba investigando y si estaría dispuesto a declarar de manera oficial. Yo asentí. Incluso les ofrecí la posibilidad de hacerles llegar mis grabaciones con cámara oculta, para que tuvieran pruebas de primera mano de cómo funcionan estos grupos.

Tras un rato charlando con Noelia, con la presencia de Alicia y de Isabel, sobre mi reciente infiltración en el Santo Daime y todo lo que había podido documentar a lo largo de un año, me hicieron la misma advertencia que semanas atrás ya me había hecho Laura.

—Mira, Carles —dijo Noelia—, todo va bien mientras eres sumiso, mientras encajas en lo que esperan de ti, ¿sabes? Pero el día que ven que puedes ser un problema, que no vas a jugar según sus reglas…, ahí se acabó el buen rollo. Ahí dejan de ser majos, oye.

Sus palabras daban vueltas en mi cabeza. Yo ya lo intuía, claro, pero escucharlo así, con esa contundencia, me obliga a tomar precauciones extra. Y más en un evento nacional donde voy a estar rodeado de decenas de personas que no conozco. Por eso decido montar un «protocolo de emergencia». Abro WhatsApp y creo un nuevo grupo, al que llamo «Family ❤». El nombre tiene su lógica: no sería muy sensato poner «grupo por si pasa algo raro en la secta», no vaya a ser que alguien me mire el móvil y esto le haga sospechar. Al grupo añado a Noelia, a Laura y a dos chicos que he conocido hace poco: Jairo y Karaka. Los conocí por internet, cuando me entrevistaron en su pódcast *Mira Te Comento*. Desde entonces

hemos seguido en contacto, y llegado el día aceptaron mi propuesta: llevarme de Madrid a Méntrida y quedarse por allí de guardia, atentos al teléfono, por si necesitaba ayuda. La misma ayuda que me brindó Anabé en Sevilla y que me hizo sentir mucho más seguro.

—Si a las siete de la tarde no os he escrito nada, no esperéis. Llamad directamente a la Policía —escribo por el grupo.

Al otro lado del chat las respuestas son rápidas y sencillas.

—Entendido.

—Ok, cuenta con nosotros.

Ya en el coche, Jairo conduce. Es de esos que parecen no alterarse nunca y eso, en medio de este plan, me da cierta calma. A su lado va Karaka, con la cámara en la mano. Aunque nos hemos visto en persona por primera vez hace apenas unas horas, lo siento como un colega de toda la vida. Yo viajo en el asiento de atrás. Los tres tenemos más o menos la misma edad, pero el ambiente dentro del coche es de todo menos juvenil. Estamos tensos. Karaka se gira, me enfoca con la cámara. En el encuadre se me ve con mi look de chico infiltrado con el flequillo que me tapa la cara, gafas de pasta y una camisa blanca de manga larga (a pesar de los 35 grados que caen a plomo sobre la meseta madrileña).

—¿Estás nervioso, Tamayo? —me pregunta Karaka.

—Sí… ¿Quién me manda a mí meterme en estos líos? Con lo bien que estaría ahora tomando una horchata con vosotros en una terraza.

—Claro, no hay necesidad… —añade Karaka, irónico, con media sonrisa.

—Claro.

Estoy nervioso, puede que esta vez me la esté jugando más de lo habitual. No hace ni un mes que *El País* —uno de los periódicos más leídos de España— publicó un artículo sobre mí:

> **El youtuber que se infiltró en la secta de El Palmar de Troya: «Comprobé el alto grado de manipulación y de lavado de cerebro».**
> Experto en sectas de todo tipo, Carles Tamayo hace periodismo de investigación barato por necesidad (y molesto por vocación) para luego contarlo todo a sus seguidores en YouTube.

Soy consciente de que el *timing* no ha sido el más acertado. Pero las circunstancias se han dado así.

Siempre me pasa lo mismo: la previa es lo peor. La imaginación, al menos la mía, es experta en jugar malas pasadas. Se las apaña para pintarme los peores escenarios posibles. Y claro, los nervios se disparan.

¿Cuánta gente habrá?

¿Alguien me reconocerá?

El camino se hace largo. Me pierdo en mis pensamientos mientras Karaka aprovecha para grabar paisajes desde la ventanilla: caminos de tierra, arbustos secos, un avión cruzando el cielo, fachadas encaladas de casas rurales.

—Pues parece que es aquí… —dice Jairo, frenando a la mitad de una carretera rural y señalando una desviación: un camino de arena que se adentra en una finca privada.

—Madre mía, qué tétrico todo… —suelta Karaka, asertivo.

Me despido de ellos antes de bajar del coche.

—Cada hora pondré un «.» en el grupo. Si veis que pasan dos horas sin noticias mías, avisad a Noelia para que contacte con la Policía.

Asienten serios. Sé que estarán atentos.

«Ya estoy entrando. Hasta luego», escribo en el grupo, a la vez que comparto mi ubicación en tiempo real. La bolita empieza a moverse por el mapa: ya no hay marcha atrás.

Ha llegado el momento. Cojo mi mochila negra, la cantimplora que utilizo para escupir la ayahuasca, enciendo la cámara oculta y salgo del coche. Camino hasta la verja blanca, abierta de par en par, que da paso al Cielo de San Juan. El último tramo hasta llegar a la casa lo hago solo, para no levantar sospechas. Karaka graba mi espalda alejándose por un camino de tierra. Avanzo con paso rápido y decidido.

Todo lo que me rodea me resulta familiar. Las cruces de Caravaca con su doble asta puntean el paisaje. Camino despacio hacia el chalet siguiendo el sendero de tierra, pero de pronto veo algo raro. A través de las grandes ventanas veo hombres y mujeres vestidos de blanco, alrededor de la mesa-estrella, recitando cánticos. El ritual ya ha empezado.

Me resulta extraño. Siempre, en cada «trabajo» al que he asistido, se esperaban a que todos los participantes estuvieran dentro para iniciar. Una especie de norma no escrita, de cortesía ritual. Pero ahora no: yo llego temprano, incluso con margen, y aun así han empezado sin esperar. No sé si es casualidad, un cambio de dinámica… o un error de cálculo por mi parte.

Al llegar a la entrada principal, me recibe una mujer de avanzada edad tras una mesa a modo de secretaría. No la reconozco, no la he visto en ningún otro ritual. Va vestida de blanco, con dos bandas verdes en forma de aspa sobre el pecho. Y en la cabeza, adornándola con total naturalidad, una corona de plástico plateado. Parece de esas que vienen en los disfraces de princesas de juguetería, con purpurina y dientes de peine mal rematados. Me saluda con un gesto breve, profesional. Me extiende un bolígrafo.

—Nombre y apellidos, con mayúscula. ¿De dónde vienes, de qué iglesia?

—Buenas tardes. Vengo del Cielo de la Alianza.

—Firma aquí, por favor.

Justo al coger el bolígrafo para firmar me fijo un detalle: en el lateral lleva impreso el logo del Sindicato de Trabajadores de la Administración de Justicia. No sé cómo ha llegado ese bolígrafo hasta aquí. Puede que sea una mera casualidad, un préstamo inocente… o puede que no. El caso es que el contraste me resulta inquietante. Ese bolígrafo, que en otro contexto sería lo más rutinario del mundo, aquí, en medio de un ritual, parece fuera de lugar.

No sé si reírme o preocuparme.

Pero firmo.

—Los setenta euros…

Asiento con la cabeza, saco varios billetes del bolsillo y hago entrega de mi «donación voluntaria». Ella los deja en una cajita metálica roja que rebosa de billetes y anota mi nombre en la lista. Con la mano me indica que ya puedo pasar, pero antes de entrar a la sala ritual, aprovecho para saciar mi curiosidad.

—¿Tú no lo haces? —pregunto.

—Sí, pero tengo que esperar a que venga la gente.

—¿Aún no ha llegado todo el mundo?

Hace una pausa. Su expresión cambia apenas un segundo, pienso que igual le molesta que pregunte demasiado.

—No.

Decido no insistir. Ya llegará el momento de preguntar por qué han empezado antes. Puede que simplemente hayan vuelto a cambiar de planes: en vez de arrancar a las ocho de la noche, como estaba previsto, tal vez han decidido adelantarlo y no les ha dado tiempo de avisar a todo el mundo. Prefiero no darle más vueltas.

Entro al salón.

Pai nosso que estais no céu,
santificado seja o Vosso nome,
venha a nós o Vosso reino…

Los cánticos ya resuenan, como un murmullo grave que lo impregna todo.

… seja feita a Vossa vontade,
assim na terra como no céu.
Amém.

El espacio siempre me transmite la misma sensación: parece improvisado, pero al mismo tiempo resulta solemne. Las paredes, blancas por la cal, están decoradas con guirnaldas de papel de colores pálidos, banderines que cuelgan del techo en tonos verdes,

azules y amarillos. El suelo de baldosas rojas está cruzado, como siempre, por el pentágono hecho de cinta blanca. En el centro la mesa principal en forma de estrella, cubierta con flores, vasos de cristal, garrafas, pequeños marcos con imágenes religiosas. Las velas llevan rato encendidas: una de ellas, en una esquina de la mesa, está ya derretida casi por completo.

Los asistentes ocupan sus puestos dentro del pentágono; el círculo está formado, compacto, sin huecos. Todos recitan en bucle el Padre Nuestro en portugués, como un murmullo grave que llena el espacio.

A mi derecha se sitúan los hombres, vestidos con camisas blancas y, esta vez, incluso los superiores llevan pantalones blancos. Eso me llama la atención: al otro lado del círculo veo que incluso Javier, que siempre iba con pantalones negros, aparece ahora vestido de blanco de pies a cabeza. Entre ellos reconozco a Andrea. Recita con los ojos cerrados, concentrada, pienso que cada palabra del Padre Nuestro le brota desde lo más hondo. Se la ve entregada, implicada en el ritual. Andrea, al igual que el resto de las mujeres, en lugar de camisas blancas y faldas negras, esta vez llevan faldas largas y plisadas de color verde, con bandas también verdes cruzadas sobre el pecho.

Me quedo quieto en la entrada, observando, intentando hacer contacto visual con Javier para hacerle saber que ya he llegado, pero él está con los ojos cerrados. Fuera del pentágono, tres personas más esperan en silencio a que se les autorice a entrar. Me uno a ellos. La mayoría de los asistentes no me resultan familiares. Sus rostros son desconocidos para mí; me doy cuenta de que aquí soy un extraño rodeado de desconocidos uniformados.

No pasa mucho tiempo, quizá un par de minutos. Entonces, detrás de mí la puerta se abre y entra el gurú del Cielo de San Juan: el superior de Javier y uno de los responsables de que el Santo Daime aterrizara en España. Lo reconozco al instante. Me sorprende verlo mucho más mayor de lo que aparentaba en los vídeos y las fotos que había consultado durante la fase de documentación. Da la impresión de que, con los años, ha preferido mantenerse en segundo plano, evitando dejar demasiada huella pública.

En las manos lleva una garrafa de plástico enorme, que contiene no menos de ocho litros de un líquido espeso, casi negro, que solo puede ser ayahuasca. El recipiente está lleno hasta el borde. La escena resulta tan burda como inquietante: un brebaje supuestamente sagrado presentado como si fuera ron-cola para una fiesta de pueblo. En ese momento me asalta un pensamiento tan inmediato como lapidario: «Me espera una larga noche».

Yo observo sus movimientos desde un segundo plano. Al pasar por mi lado lo veo acercarse a un hombre del círculo: alto, fuerte, calvo, con gafas. Hablan brevemente. No alcanzo a oír nada. El gurú se retira. Y entonces el calvo se gira hacia mí mientras sigue recitando el Padre Nuestro.

Pai nosso que estais no céu,
santificado seja o Vosso nome,
venha a nós o Vosso reino…

Me lanza una mirada extraña, precisa.

… seja feita a Vossa vontade,

assim na terra como no céu.
Amém.

Se ríe.

Se aparta del círculo y pasa por mi lado hacia el exterior sin apartar la mirada de mí. Me pregunto qué le habrá dicho el gurú. Tal vez algo tan simple como: «¿Quién es ese chico que no conozco?». O quizá: «¿De qué Cielo viene? ¿Quién lo ha invitado?». O, peor aún: «¿Tú sabes quién es? ¿Lo has visto antes? Su cara me resulta familiar».

Hay algo extraño en el ambiente que no sé describir. Permanezco alerta. Veo cómo el gurú se acerca a Javier. Ambos se apartan un poco de la mesa ritual y empiezan a hablar entre ellos.

Me mira.

Me mira otra vez.

No deja de mirarme.

Prefiero fingir que no me doy… Enderezo la espalda, cierro los ojos un segundo y pongo lo mejor de mí en recitar el Padre Nuestro en portugués, como si fuera el alumno aplicado que quiere impresionar al profesor. Que me vean entregado. Pero el cuerpo me traiciona: de manera intuitiva me acomodo las gafas y me bajo un poco el flequillo…, como si ese gesto tan ridículo pudiera servirme de disfraz. He visto demasiado Superman: Clark Kent es Superman con gafas y flequillo y ya nadie lo reconoce, ¿no? Pues yo intento lo mismo, a ver si cuela.

Levanto la vista. El resto de los asistentes parece no enterarse de nada. Siguen en bucle, absortos en el rezo, como si nada sucediera alrededor. Yo, en cambio, sigo alerta. Pasan los minutos y el gurú y

Javier continúan hablando, lanzándome miradas cortas que se me clavan como alfileres. A veces incluso se ríen. No hace falta ser muy listo para intuir que hablan de mí.

Al poco rato se les une el joven calvo. Los tres conversan en voz baja, mientras me miran. Tras una frase del gurú, el joven calvo esboza una media sonrisa y camina hacia mí.

Cuando está justo delante, me hace un gesto seco con la mano: quiere que lo siga. Obedezco. Pero mientras abandono mi posición, sigo rezando al unísono con todo el grupo, intentando disimular, como si esa letanía pudiera camuflarme.

Pai nosso que estais no céu,
santificado seja o Vosso nome,
venha a nós o Vosso reino…

En silencio, despacio, salimos juntos al exterior del chalet. La temperatura ha bajado, pero siento un calor denso, pegado a la nuca.

… seja feita a Vossa vontade,
assim na terra como no céu.

Él se sienta en un banco de piedra y, muy tranquilo, da un par de golpes con la palma en la superficie, señalando que me siente a su lado. Obedezco de nuevo, con la mochila colgada al hombro. Desde el interior todavía llega el rezo colectivo, fuerte, grave, perfectamente al unísono. Resuena con un tono reverberante, como

un cántico monástico que impregna el aire y atraviesa las paredes. Ese murmullo solemne se convierte en la banda sonora de la escena.

O pão nosso de cada dia nos dai hoje,
perdoai as nossas ofensas,
assim como nós perdoamos a quem nos tem ofendido…

El hombre calvo me mira fijamente.

… e não nos deixeis cair em tentação,
mas livrai-nos do mal.

Sus ojos son dos rendijas oscuras en un rostro tenso, seguro. La voz le sale baja, seca, sin apenas entonación.

—Sé quién eres.

Amém.

El *Amém* que resuena desde el interior me golpea como un martillo en la cabeza. Me quedo quieto, con la respiración contenida.

—Sé quién eres —insiste.

—¿Y? —respondo finalmente, intentando no pestañear.

Por un segundo pienso en soltar una broma para aparentar normalidad, algo como «¿nos hacemos una foto?». Pero el chiste se me queda atascado en la garganta. No me atrevo.

—Vale…, no juguemos. ¿Estás grabando?

—Pero… ¿por qué?

—Ahora te lo cuento. ¿Estás grabando? —insiste—. Déjame ver el móvil, por favor.

No me da tiempo a pensar. Aproxima su cuerpo hacia mí. Este acercamiento me sobresalta, pero me obligo a mantener la compostura. Intento normalizar la situación. Me saco el móvil del bolsillo de la camisa donde lo tenía hasta el momento.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto, tratando de que la voz no me tiemble.

Entonces intenta agarrar el teléfono. Lo hace muy lentamente, sin violencia explícita, pero con una urgencia que me atraviesa.

—Que no —le digo—. Que no te voy a enseñar nada.

No me muevo. No retrocedo. He ensayado muchas veces qué hacer si llegaba este momento. Incluso, como práctica, me fui a una iglesia de Barcelona para probar cómo actuar y qué me podrían decir si me pillaban grabando. Aquel día no tardó en aparecer una mujer que, con cierta educación, me pidió que dejara de grabar. Yo le dije que sí… pero seguí.

Al rato volvió, esta vez con un tono un poco más firme.

—Por favor, guarda el teléfono.

—Es para uso personal —dije.

—Da igual, no está permitida la filmación.

Asentí, disimulé como si obedeciera, y en realidad cambié a la cámara oculta. Ella se me quedó mirando, como intentando descifrar si le estaba tomando el pelo.

—Te he dicho varias veces que no se puede filmar. Es que no lo entiendes… Es que esto es privado.

—Pero ¿qué te hace pensar que estoy grabando?

—Mira, no me tomes por tonta. Lo siento, pero te pido por favor que te vayas…

Y así fue. Nunca me pidió el móvil, ni se abalanzó sobre mí, ni me intimidó. Simplemente ejerció su derecho de admisión y me echó.

Y algo parecido pensaba yo que pasaría en caso de que me pillaran: que, con más o menos educación, me señalarían la puerta y me pedirían que me marchara. Pero nada más lejos de la realidad. No sé cuál es su objetivo ni por dónde va a salir. Yo lo observo con más atención, intentando que no note lo nervioso que estoy. Él, en cambio, parece controlar la situación por completo. Se muestra tranquilo, sonriente, como un abusón de colegio que disfruta haciéndote pasar un mal rato, saboreando cada segundo del poder que cree tener sobre ti.

—¿Qué te crees? —dice de pronto, acercándose todavía más—. ¿Que no he visto tu canal de YouTube? ¿Tus movidas, tío?

—Pero… ¿pasa algo?

—Sí pasa. Quiero ver tu móvil para ver qué estás haciendo aquí.

—Pero ¿pasa algo? —repito. No sé por dónde salir.

—Pues pasa que aquí está prohibido grabar. Lo pone ahí. —Me señala con el dedo hacia una pared. Yo sigo la dirección de su mano, pero no veo nada.

—Yo no veo nada.

Él chasquea la lengua, impaciente, como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—No lo hagas difícil, tío.

—Vale, bueno, si quieres me voy… —lanzo, tanteando, como si fuera una salida de emergencia.

—No, no, no —me corta enseguida.

Hace una pausa, me mira fijo, y remata con una calma que me hiela:

—Yo no quiero que te vayas. Quiero que me lo enseñes. O sea, aquí… Te acabo de pillar con el marrón.

—Pero, a ver, ¿por qué me vas a pedir que te enseñe el móvil?

En realidad, sé que, aunque se lo enseñara, no vería nada. Tengo el teléfono configurado de tal manera que, si alguien lo desbloquea y va directo a la galería, solo encontrará fotos anodinas: paisajes, alguna captura de pantalla, imágenes que no tienen nada que ver con lo que estoy filmando en realidad. Pero, aun así, no hay contexto posible en el que me parezca normal que alguien me diga «enséñame tu móvil» y yo obedezca como si nada. Al contrario: en cierto modo, mostrarle que «no tengo nada» me parece la mejor manera de delatarme. ¿Quién enseña el móvil con esa docilidad si no tiene algo que ocultar? De ahí mi reticencia.

—Escúchame, escúchame. Por favor, tío. Me parece hasta bien lo que haces… —Su tono empieza a resquebrajarse, como si la paciencia se le estuviera agotando.

—Pero es personal… —respondo, intentando cerrar la conversación.

No me deja. Me corta de golpe, subiendo un punto el volumen de la voz.

—No, no. Escúchame y deja ese rollo, ¿vale? Porque sé quién eres… ¿Vale? A mí me parece bien lo que haces…

Me sorprende la cantidad de personas que me han dicho «Me gusta mucho lo que haces» justo antes de demostrarme que no les gusta lo que hago…, así que yo sujeto el teléfono con fuerza. Lo tengo en la mano, grabando, y sé que él también lo sabe. En un gesto casi inconsciente, lo giro apenas unos grados y le apunto con la cámara. Lo enfoco directamente.

Él ni se inmuta. Al contrario, se crece.

—Venga, grábame si quieres.

El aire se me espesa en los pulmones. Intuye lo que estoy haciendo.

—¡Enséñamelo! —me exige de golpe, con un tono seco que me sacude.

—Que no te voy a enseñar mi móvil personal, con mensajes personales y todo. Primero, ¿qué te hace pensar que estoy grabando? —respondo, aferrándome a la única salida lógica que encuentro. Soy consciente de que él no puede saber con certeza si estoy grabando o si el móvil simplemente está apagado.

—Porque tienes un canal de YouTube y te dedicas a hacer eso. Y monetizas para hacer eso.

La palabra «monetizas» me llama la atención. Es un término demasiado técnico, muy de youtuber. Se traba al pronunciarlo, como si fuera la primera vez que lo dice, como si lo hubiera aprendido de memoria. Alguien se lo ha dicho antes. Eso solo puede significar una cosa: ya han hablado de mí.

—Pero…, bueno, si quieres me voy —digo, intentando poner fin a este pulso que no parece ir a ninguna parte.

—No, no, no. Te acabo de pillar con el marrón. Y ahora vas a entrar aquí y nos vas a explicar qué es lo que haces. ¿Vale? Para que lo sepa todo el mundo.

La contundencia en su voz me desarma. Habla con una seguridad que me acojona. El corazón me late a mil por hora.

—Pero, si piensas que estoy grabando, ¿por qué no llamas a la policía? —lanzo, desesperado, intentando mantener la calma.

—Me da igual, tío. Te he pillado con el marrón. ¿Sabes? —Alza la voz, acentuando cada palabra—. Y ahora vas a responder por lo que estás haciendo.

Dentro, los cánticos y rezos han cesado; ahora solo reina un silencio espeso que hace que cada palabra retumbe más. No veo otra salida que armarme de valor e intentar irme.

Titubeo.

Me levanto.

—¡No, no! ¡No te vayas! —Se levanta, abalanzándose sobre mí.

—Es que, si según tú, estoy grabando… —empiezo a decir, sin tener claro ni qué palabras quiero pronunciar.

No me deja terminar.

Se lanza contra mí directamente hacia el móvil. Lo agarro con todas mis fuerzas. Es una extensión más de mi cuerpo.

Forcejeamos.

Sus manos se clavan en las mías, intentando arrancármelo. Ya no queda nada de aquel tipo calmado y sonriente que había venido a hablarme: solo un hombre desesperado, furioso, con un único objetivo entre ceja y ceja.

—¡Eh!, ¡eh! ¡¿Qué haces?! ¡¿Qué haces?! —grito, mientras noto su fuerza tirando de mí.

Nos peleamos por el móvil unos segundos que me parecen eternos. Noto que el móvil resbala entre mis dedos empapados de sudor, pero no lo suelto. Me aferro a él con todo el cuerpo, como si me fuera la vida en ello. Y en parte es así: dentro guardo las pruebas de lo que está ocurriendo. Si ese aparato acaba en sus manos, todo se convertirá en su palabra y la de sus adeptos contra la mía.

Pego un tirón seco, desesperado. El último que me queda.

Consigo liberarme de sus manos.

Y corro.

Lo escucho detrás de mí. Su respiración fuerte se mezcla con el eco de mis zancadas. Veo, por el rabillo del ojo, su puño cerrado que pasa a escasos centímetros de mi hombro. Tras un nuevo impulso, noto cómo intenta engancharme de la mochila: un tirón brusco me sacude. Casi me desequilibra. Yo aprovecho la inercia para hacer lo único que me queda: esprintar. Aprieto los dientes, las piernas responden, corro cada vez más rápido. Y más rápido. Él vuelve a lanzarse hacia mí, me roza, pero no consigue detenerme.

—¡Corre lo que quieras, que está cerrado! —me grita.

Ostras.

No me había fijado.

He estado tan pendiente de que no me alcanzara, tan concentrado en el presente inmediato, que ni había mirado el final del camino. Y ahí está: la verja blanca, enorme, levantándose como un muro. Cerrada.

—¡Gracias! —le respondo sin apenas poder articular palabra, jadeando, con la garganta seca.

Sigo corriendo.

A pocos metros de la verja me quito la mochila sin dejar de avanzar y, sin detenerme, la lanzo por encima. Cae al otro lado con un golpe sordo. No hay tiempo para dudar. No sé si seré capaz de saltarla, pero no me lo pienso.

Pego un brinco y me agarro a la parte superior de la verja con una mano, sin soltar el móvil con la otra. El metal quema tras todo el día bajo el sol de junio. Siento cómo uno de los barrotes me rasga el

muslo al rozarlo. Me da igual. Me impulso y consigo pasar al otro lado. Caigo de golpe. La tierra dura me recibe como un muro, tropiezo con una raíz o una piedra, casi me caigo… pero me incorporo de inmediato. El corazón me martillea en la garganta.

Recojo la mochila a toda prisa. Apenas me da tiempo a colgármela cuando veo, a unos metros de distancia, un coche que avanza por la carretera. Es mi única salida. Instintivamente me pongo delante, agitando los brazos, pidiendo que frene.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

El vehículo reduce la velocidad.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Me podéis llevar al pueblo, por favor?

Las piernas me tiemblan. Jadeo. Me falta el aire. Ya no escondo los nervios ni el miedo. Ya no me importa aparentar seguridad ni normalidad: la voz se me rompe.

El hombre del coche frena en seco y me mira incrédulo.

Dentro va una familia: un hombre al volante, una mujer en el asiento del copiloto y una niña pequeña en la parte de atrás. El aire acondicionado se escapa en ráfagas frías cuando bajan las ventanillas.

—¿Qué te ha pasado?

No me da tiempo a pensar en una explicación larga, ni me lo propongo.

—Que está aquí un grupo…

La palabra «secta» me pasa por la cabeza, pero la descarto al instante: sonaría demasiado irreal y necesitaría demasiado contexto. No sé cuánto van a tardar en salir o si aún me persiguen.

—Ahora os cuento… —balbuceo, con la voz entrecortada.

Me inclino hacia la ventanilla, jadeando.

—Por favor, no os voy a hacer nada. Os lo prometo. ¿Puedo entrar? Solo quiero que me llevéis al pueblo más cercano.

La mujer me observa, con un gesto a medio camino entre la duda y la compasión. Sus ojos van de mí a la niña que lleva detrás, como midiendo el riesgo.

—Pero ¿qué te ha pasado?, ¿te ha pasado algo? —pregunta, con voz cautelosa.

—¿Puedo entrar? Por favor. Ahora os lo cuento superrápido… —insisto, casi suplicando, con la respiración entrecortada.

Un silencio breve, denso, como si el tiempo se suspendiera en medio de la carretera. Pienso que si me dicen que no, estoy perdido. Necesito ponerme a salvo en algún sitio antes de avisar por el grupo de WhatsApp.

Entonces, el hombre al volante asiente con la cabeza.

—Tira. Tira. Entra.

Abro la puerta trasera de golpe, me siento y cierro rápido. La mujer gira la cabeza hacia la niña.

Yo asiento, nervioso, intentando serenarme.

El coche arranca. Avanzamos. El volante cruje bajo las manos del conductor.

—¿Estás solo?

—Iba a llamar ahora a unos compañeros que están por la zona.

Abro el grupo de WhatsApp, «Family❤». Tecleo con los dedos temblorosos: «Me han pillado».

La bolita azul de mi ubicación se desplaza a gran velocidad en el mapa. Noelia, Laura Karaka y Jairo lo están viendo en directo: cómo

huyo, metido en el coche de una familia desconocida, todavía a pocos kilómetros del chalet.

He dejado de grabar unos segundos para respirar, pero vuelvo a darle al botón al fijarme en que la madre, en el asiento delantero, va vestida de blanco. No puedo evitarlo: estoy paranoico, cada detalle me parece una señal.

La mujer se gira hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pasado algo?

—¿Podéis llevarme al pueblo, por favor? —suplico, con la voz temblorosa.

Con el coche ya en marcha, saco el teléfono y marco a Noelia. Ella contesta enseguida. Le hablo casi sin aire, atropellando las frases.

—Sí… Ha… venido… un… chico… calvo… Sí… Ha… dicho… que… me… conocía… y… que… sabía… lo… que… estaba… haciendo… Me… ha… pedido… el… móvil… Entonces le he dicho… «no te voy a enseñar el móvil»… Y ha empezado… a cogerme el móvil… y yo he salido corriendo… con el móvil…

Me escucho a mí mismo jadeando, como si las palabras también necesitaran escapar.

—¡Ostias! —reacciona Noelia.

—Me ha dicho… «Corre lo que quieras… que la puerta está cerrada». Y he saltado la puerta… y he hecho autostop…

—¡Ostias!

—Ahora estoy con una familia en el coche… y me están acompañando a la Guardia Civil…

—Ya he avisado de lo ocurrido a Alicia e Isabel, de la Policía Nacional —me dice—. Me han dicho que es muy importante que

declares y que pongas una denuncia formal.

El coche llega al pueblo. Me bajo de un salto y corro hacia la comisaría de la Policía Nacional. Está cerrada. A unos metros, la Policía Local. También está cerrada. De pronto, un claxon rompe el vacío. Giro la cabeza. Son Jairo y Karaka. Vienen siguiendo mi ubicación en directo desde el coche.

Me despido de la familia que me ha recogido en mitad del camino. El hombre me da su teléfono y me dice que es abogado y que, si necesito algo, no dude en llamarle. Les repito varias veces lo agradecido que estoy, pero tengo la sensación de que ninguna palabra es suficiente. Me subo al coche con Jairo y Karaka, casi sin poder articular palabra, y juntos ponemos rumbo al cuartel de la Guardia Civil.

Por el camino recibo un audio de Javier. Su voz suena tranquila, casi paternal, como si nada hubiera pasado.

«Hola, Carlos, ¿qué hay? Buenas noches, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado? A mí me gustaría saber qué es lo que ha pasado. Que has venido y de repente te has ido. Y, bueno, pues nada, que me explicaras si ha pasado alguna cosa, coméntamelo. Venga, un saludo. Espero que estés bien. Chao».

Lo escucho con incredulidad. No me creo que no sepa nada. Le respondo al momento, sin rodeos: le cuento que un joven calvo se me ha echado encima, que me ha intentado retener, que ha querido quitarme el móvil y que me ha perseguido por la finca.

Su respuesta llega poco después, también en audio.

«La verdad es que me ha sorprendido lo que dices en el mensaje. No por lo que cuentas, sino por tu visión de las cosas, ¿no? Es evidente que si no hay nada que esconder por tu parte, pues uno no

sale corriendo, tío. Pero si sales corriendo, saltas la valla y sales corriendo es porque hay algo que no está bien, Carlos. Si hay cualquier cosa que pueda hacer por ti, me lo dices. Un abrazo, Carlos. Gracias, tío. Chao».

«Si sales corriendo es porque hay algo que no está bien».

La frase se me queda dando vueltas en la cabeza mientras seguimos conduciendo hacia el cuartel de la Guardia Civil. Y de pronto recuerdo con nitidez una escena de meses atrás, en el Cielo de la Alianza. Javier, con ese tono solemne y aleccionador que tanto le gusta adoptar delante de los demás, nos lanzó una reflexión.

—Tú ahora le pegas un puñetazo, y puedes estar cargado de razones. Porque me ha dicho no sé qué, porque me ha dicho no sé cuántos. Y el cerebro te está diciendo que está bien el puñetazo que le has dado. Pero el corazón te va a decir que eso posiblemente no sea la solución del problema. El puñetazo, lo siento, pero no se lo tenías que haber dado.

Su voz de entonces se mezcla con la de ahora. Y al mismo tiempo se me cruza en la cabeza el recuerdo del forcejeo de hace apenas unos minutos: «¡Ey! ¡Ey! ¿Qué haces?», gritaba yo mientras su compañero intentaba quitarme el móvil. Pasar de hablar de que «lo único que existe es el amor» y que «hay que tratar a los demás como si fueran tú» a ver un puño cerrado que casi me alcanza por la espalda… El contraste no puede ser más evidente. Hay un trecho que hay entre lo que predican… y lo que hacen.

Llegamos al cuartel de la Guardia Civil. Este sí, está abierto.

Jairo y yo entramos mientras Karaka se queda en el coche. Un guardia de mediana edad, barriga apretada contra el uniforme, nos recibe en el mostrador. Me siento frente a él y, todavía jadeando, le explico lo que acaba de ocurrir: el forcejeo, la persecución, el salto de la verja, la huida a toda prisa, y que lo tengo todo grabado.

El agente me escucha en silencio, con una expresión que no termino de descifrar.

—Yo pensaba en hacerme una paja hoy…

¿Cómo? ¿Perdón?

El guardia continúa, como si nada:

—¿Seguro que quieres denunciar? No va a servir de nada.

—Sí —respondo con firmeza.

El agente retoma la conversación y me pide los datos. Empieza a teclear con desgana. Comprueba en la base de datos y levanta las cejas.

—No tienes ficha.

—Bueno, eso es bueno, ¿no?

Él ni sonríe. Teclea otra vez, sin apartar la vista de la pantalla.

—Bueno, no. Esto implica más tiempo.

Insisto. Le digo que en ese chalet se está consumiendo ayahuasca, que es una secta, que me han intentado retener, que no se trata solo de una pelea, que es algo más serio. Él me escucha, sin inmutarse demasiado.

—Podemos mandar una patrulla allí si quieres. Pero no va a servir de nada.

Y eso hace. Ordena por radio una visita.

Tras una hora, mientras sigo declarando, escucho cómo entra el mensaje de vuelta.

—Ya tenemos identificados a los del chalet. Dicen que Carlos se ha metido sin permiso… y que ha agredido a uno antes de salir por patas. Eso lo han ratificado varios de los presentes. Por lo demás, todo en orden.

Me quedo perplejo. Pero sigo con la declaración, contento de tener la prueba que demuestra su mentira: el vídeo. La denuncia que pongo esta noche recoge la secuencia entera y queda corroborada por esas imágenes. Ahí se ve el posible delito de coacciones, cuando el hombre calvo me obliga a seguirle fuera de la sala, me sienta en un banco y me exige que le enseñe mi móvil. También el intento de detención ilegal, cuando me advierte que no me puedo marchar y que voy a tener que dar explicaciones ante todo el grupo. Se aprecia la amenaza velada, cuando me dice: «Ahora vas a responder por lo que estás haciendo», con un tono que no deja espacio a la duda. Además, el vídeo también registra el forcejeo: sus manos intentando arrebatarme el teléfono, un acto que roza la tentativa de robo. Ahí está mi voz, resistiéndome, negándome una y otra vez, y mis movimientos desesperados por conservar la única prueba de lo que está ocurriendo. Se me ve huir, saltar la verja, y todo ello acompañado por la frase que todavía me resuena en la cabeza: «Corre lo que quieras, que está cerrado». Una amenaza que no admite matices. Por lo demás, «todo en orden».

19
Soy un traidor

Hola, Tamayo:

Soy la persona de la que saliste corriendo. ¿Cómo estás? Espero que bien. Esta comunicación te la escribo como persona, no como representante de mi iglesia. Siento mucho lo que ocurrió, por el susto que te llevaste.

Yo no te he atacado, te pido por favor que seas honesto y digas la verdad, entiendo que tienes que monetizar y hacer tu dinero, pero el Santo Daime es otra cosa. Allí no hay historias para ti, lo peor que ha pasado en esa iglesia es una muerte por ataque al corazón y dos incendios, uno de ellos provocado.

Lo demás, son personas con historias de sufrimiento y dolor que ejercen su libre derecho de consumo de ayahuasca para usarla como bálsamo, exadictos a las drogas, como es mi caso, pero nada que se merezca un vídeo amarillista que perjudique a la iglesia, bastantes problemas tenemos, como para que nos metas tú más por monetizar unos vídeos.

No te he dicho nada que no te hablara fuera de la Iglesia, aparte lo tienes grabado en vídeo, se lo puedes enseñar a la guardia civil, de todas formas quiero que sepas que está prohibido grabar en la iglesia, que tú has mentido deliberadamente para cometer un delito y que lo podemos

demostrar con pruebas y testigos, vamos, que la has cagado y te hemos pillado.

Así que mi consejo es que te olvides del mundo de la ayahuasca, porque tu foto e información sobre ti ya la van a compartir esta semana muchas personas del mundillo, así que al final tu «trabajo» te ha salido caro amigo.

Te deseo lo mejor, Tamayo, aunque no lo creas, como te dije, me gusta tu trabajo, creo que hay cosas muy buenas en tu obra, pero conmigo y los míos te has equivocado. Vente cuando quieras a tomar ayahuasca conmigo, a mi lado, eres un tipo muy interesante y me caes bien, recé por ti en la ceremonia y le pedí a Dios que lleguemos a entendernos.

Un gran abrazo, Tamayo.

De vuelta en el barco, con el vaivén suave golpeando el casco y el traqueteo de los cabos contra el mástil, me llega este mensaje por Instagram. Lo leo varias veces. Me sorprende cómo, en apenas unas líneas, se condensa todo el mecanismo de estos grupos.

Voy a obviar, de momento, las amenazas veladas o las advertencias de denuncia. No son lo más revelador. Prefiero centrarme en lo que este texto me dice de él, de su historia personal.

Tras leerlo, no veo a un agresor. Veo a una víctima que todavía no sabe que lo es. Un hombre que reconoce que, en su momento más vulnerable —cuando intentaba dejar atrás una adicción a las drogas, con todo lo que eso conlleva: noches en vela, temblores, sudor frío, la culpa de haber perdido trabajos, amistades y hasta la propia dignidad—, acabó entregando su voluntad a un sistema que

se vende como cura y que, en realidad, solo perpetúa la dependencia.

Lo más revelador es que lo reconoce sin darse cuenta: él mismo admite que quienes van allí son personas «con historias de sufrimiento». Y es cierto. Basta con mirar alrededor en esos rituales y retiros a los que he asistido durante más de un año para ver rostros cargados de pérdidas, de duelos no cerrados, de traumas arrastrados durante años. Personas que llegan buscando alivio y lo que encuentran es un grupo dispuesto a darles cualquier relato que necesiten escuchar, siempre que ese relato justifique seguir bebiendo del mismo vaso, hasta convertirlos en adeptos sumisos a la voluntad del gurú.

Y ahí está la perversión.

Revisando el material grabado de mi último día infiltrado en la Iglesia de Culto Ecléctico de la Fuente Luz Universal, se aprecia con claridad: es el gurú quien me reconoce. En mi opinión, él sí sabe perfectamente lo que es una secta. No está aislado de la realidad. No es un creyente ingenuo, es alguien que ha visto el negocio. Y lo más significativo es que, al reconocerme, no da la cara. No se me acerca. Guarda las distancias, siempre protegido tras un muro de adeptos. El líder nunca se mancha las manos.

No se me acerca el responsable del Cielo de San Juan, ni Javier, ni ninguno de los que ostentan cargos. Mandan a otro: un adepto fanatizado, joven, fuerte. Alguien convencido de que agredirme es hacer el bien, de que retenerme al grito de «vas a responder por lo que estás haciendo» es proteger al grupo, de que es su deber. Ese es el verdadero triunfo de estas dinámicas: transformar a las propias víctimas en sus defensores más feroces. Convencerlas de que la

violencia es necesaria, de que la censura es un acto de amor, de que callar al que cuestiona es proteger la verdad.

Y mientras tanto, el gurú observa desde la distancia, intocable, sin arriesgar nada.

A veces me pregunto qué habría pasado si no hubiera conseguido escapar. La sola idea me pone la piel de gallina. Porque no se trata de un grupo de personas tranquilas improvisando una reunión espiritual: es gente radicalizada que me ve como un enemigo, alguien que amenaza lo más sagrado, su verdad.

Eso es lo peligroso: no se me perseguía con odio, sino con la certeza de estar haciendo el bien. Esa es la perversión máxima: cuando una víctima atrapada por un sistema coercitivo cree que agredir o retener a alguien no solo es legítimo, sino un acto de amor. ¿Y si hubieran conseguido encerrarme dentro? ¿Hasta dónde habrían estado dispuestos a llegar para cumplir ese deber sagrado?

O quizá esto solo habla de mi miedo y, si me hubieran retenido, lo único que habría tenido que soportar sería el reproche del grupo. Delante de todos. Como un niño al que ponen en evidencia frente a la clase. Tal vez solo habría tenido que aguantar, como un crío, mientras el único adulto con poder me riñe «por mi bien» ante el resto. Quizá lo único habría sido esperar a que ese adulto responsable decidiera que yo podía ejercer mis derechos; no como adulto, sino como un niño al que se le concede el permiso de marcharse llorando para reflexionar sobre su comportamiento. Igual no habría sido tan grave… Y, sin embargo, habría resultado mucho más perverso. Porque así funciona la infantilización como estrategia de abuso psicológico: nadie te pone una mano encima, pero anulan

tu capacidad de decidir. Te quitan tu libertad. Y todo, supuestamente, por tu bien.

Durante los meses siguientes también pienso mucho en Andrea y en los demás adeptos. Los veo todavía con los ojos cerrados, recitando himnos con convicción, convencidos de que aquellas canciones podían curar algo roto dentro de ellos. Y no puedo evitar preguntarme qué habrá sido de ellos. Si Andrea sigue yendo a los rituales, si Clara todavía vive en un desván en el Cielo de la Alianza, o si, con suerte, habrá logrado salir de allí. Lo mismo me pregunto de los demás: ¿seguirán atrapados en ese circuito de rezos y vómitos, o alguien habrá conseguido tenderles una mano a tiempo?

Me cuesta procesarlo. Andrea, aunque no es su verdadero nombre, no es un personaje inventado. Es una chica de carne y hueso con sus ganas desesperadas de encontrar un lugar donde encajar. Y, siendo honesto, siento que a veces les hago un flaco favor. Porque mi presencia, mi infiltración, no hace más que confirmar el mensaje que Javier les machaca constantemente: «El mundo exterior es hostil, ahí fuera solo quieren atacarnos». ¿Y cómo no va a parecer hostil si un tipo ha estado un año entero infiltrado para luego hacer reportajes que, desde su punto de vista, son ataques?

Hasta qué punto he ayudado realmente a alguien de los que he conocido ahí dentro, es una pregunta que todavía me persigue. Pienso que mi trabajo sirve sobre todo en el plano de la prevención y la divulgación, que ayuda a que otros no entren en la espiral y a que los gurús lo tengan más complicado a la hora de captar adeptos. Pero a nivel individual, con las personas concretas que me han abierto las puertas, con aquellos a los que por un tiempo me

llegaron a considerar amigo (y fue algo recíproco por mi parte), es mucho más complicado. Me duele ver con tanta claridad el laberinto en el que se adentran mientras el gurú abusa cada vez más de ellos… Y me genera una impotencia brutal no saber cómo tenderles una mano. Porque en mi papel de infiltrado no puedo salvar a nadie. Solo puedo observar, registrar, documentar. Y después marcharme, los dejo en peor lugar que donde estaban cuando llegué. ¿Hasta qué punto me estoy aprovechando de esas personas? ¿Dónde está la línea entre infiltrarme para destapar un abuso y convertirme yo mismo en un traidor?

Me viene a la cabeza un libro que he leído hace unas semanas: *El periodista y el asesino*, de Janet Malcolm. Se ve que es un clásico del periodismo, aunque también es un golpe de realidad para cualquiera que se dedique a esto. Malcolm analiza el caso real de Joe McGinniss, un periodista que se hizo amigo de un presunto asesino para escribir un libro sobre él… y que luego lo retrató como culpable. El acusado, al descubrir que el periodista lo había engañado, le demandó. Pero a Janet Malcolm no le interesa tanto el crimen en sí como la relación perversa entre periodista y asesino.

El libro empieza fuerte:

> Todo periodista que no sea demasiado estúpido o demasiado engreído para no advertir lo que entraña su actividad sabe que lo que hace es moralmente indefendible. El periodista es una especie de hombre de confianza, que explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de estas para luego traicionarlas sin remordimiento alguno. Nada de lo que hace el periodista puede justificarse, aunque de su trabajo se deriven beneficios para la sociedad.

Esa es exactamente la escena que acabo de vivir: ellos pensaban que yo era uno más, un iniciado, alguien que estaba allí para sanar. Pero no: yo estaba escribiendo otra historia. El momento en que el joven calvo me dijo «sé quién eres» fue la ruptura del pacto del que habla Malcolm en el libro. Ese instante en que el entrevistado, o el adepto en este caso, descubre que el periodista nunca ha jugado limpio.

Ahora bien, lo que plantea Malcolm es aún más duro: dice que ni siquiera sirve consolarse pensando que «el fin justifica los medios». Aunque la investigación destape abusos, derive en una investigación policial, aunque sirva a modo de prevención, aunque el resultado tenga un valor social, para ella el mecanismo de traición sigue intacto. «Nada de lo que hace el periodista puede justificarse, aunque de su trabajo se deriven beneficios para la sociedad».

El periodista siempre usa al otro. Punto.

Y aquí es donde yo discrepo.

Sí, soy un traidor. No lo niego. He creado un personaje, he estrechado manos y compartido confidencias que no eran reales… Pero sin esa traición, ¿cómo podemos saber lo que pasa realmente dentro de estas comunidades?

Si me presento en la puerta diciendo «hola, soy periodista, vengo a investigar», lo único que me van a enseñar es el escaparate: las frases bonitas, las velas bien colocadas, los testimonios preparados. Me contarán justo lo que quieren que yo publique. Me usarán para hacer su proselitismo, para intentar atraer a más adeptos, más víctimas. Les estaré haciendo propaganda, un favor. Y eso no es periodismo, es publicidad.

Si aceptamos que toda traición es injustificable y que el periodista siempre está sucio, entonces la consecuencia lógica es que más vale no hacer nada. Y, sinceramente, esa opción también les beneficia. ¿Cómo denunciamos los abusos? ¿Cómo demostramos el engaño de ofrecer drogas psicodélicas bajo pretextos terapéuticos falsos? ¿Cómo evidenciamos que madres destrozadas están siendo manipuladas para creer que hablan con sus hijos muertos? ¿Cómo sacamos a la luz que hay gente aislada de sus familias, pagando fortunas y atrapada en una dependencia emocional brutal?

«El fin justifica los medios» suena a absolución. Pero no lo es: es una trampa en la que no deberíamos caer. Además, la frase suele darse por cierta como si fuera una verdad absoluta, cuando ni siquiera lleva implícito un «siempre». En realidad, creo que debería formularse con un interrogante: ¿El fin justifica los medios? Me lo pregunto constantemente.

A lo largo de estos años he conocido a personas que, estando dentro de un grupo, llegaron a ver mi trabajo. Algunos, que en su momento me atacaron, terminaron confesándome que eso mismo les ayudó a salir. Pero también sé que quienes nunca me han escrito —y siguen en estos grupos— son muchos más. Por eso no intento justificar lo que hago: porque ni siquiera tengo claro si lo que hago es justo. Tampoco sé si la justicia que persigo compensa las injusticias que provoca. Si tuviera que dar una respuesta, sería un «depende». Intento no abrazar una respuesta definitiva. Porque hacerlo sería abrazar un dogma. Y si algo me ha enseñado mi experiencia es a desconfiar de los dogmas.

Así que sí, hay traición. Claro que la hay. Obviamente vivo con contradicciones y con una incomodidad moral que nunca

desaparece. Pero la diferencia es que mi engaño va dirigido a quienes se aprovechan de la gente vulnerable. Si no lo hiciera, si renunciara por completo a esa «traición periodística», ellos seguirían impunes, como siempre. Y las víctimas de este tipo de grupos seguirían desprotegidas.

20
Cinco años después

Para ti, que estás leyendo estas líneas, han pasado solo unos segundos. Pero para mí, el que las escribe, han pasado cinco años y muchas cosas. Algunas te sorprenderán; otras, no tanto. Existe un dicho popular que dice que el tiempo pone todo en su lugar. Que, de algún modo, las cosas se arreglan con el paso de los años. Pero ¿es verdad? ¿Qué ha pasado con todas las personas y organizaciones que menciono en este libro?

Cuando termino cualquier investigación y antes de soltarla al mundo en forma de reportaje o documental, siempre hago una diligencia periodística. Suena muy pomposo, pero en realidad es un trámite de ética profesional (y prudencia legal, por qué negarlo) que consiste en contactar con la parte investigada —ya sea Inner Mastery, ICEERS, Santo Daime o quien toque— para darle la oportunidad de explicarse. El caso es que la diligencia periodística me sirve para cumplir con el deber profesional de contrastar la información obtenida en el proceso de investigación.

Asunto: Diligencia periodística sobre Inner Mastery
miérc., 1 de dic. 2021 10:10

Buenos días:
Me llamo Carles Tamayo y hago reportajes de investigación en YouTube; como sabrás, hace ya más de un año que he iniciado una investigación sobre Inner Mastery en la que sin querer he llegado a conclusiones e informaciones sobre su empresa y su persona (Alberto Varela) que no serán de su agrado.

Es por esta razón que me pongo en contacto con usted para darle la oportunidad de posicionarse ante tales informaciones, si es de su interés.

Muchas gracias por todo,
Carles Tamayo

En la diligencia periodística no me ando con rodeos: dejo claro desde el principio que la información que he reunido en la fase de documentación e investigación probablemente no les va a gustar nada. A veces contestan y otras veces optan por el silencio. Ahora bien, cuando sí responden, creo que lo honesto es publicar su versión, por densa, rebuscada, falsa o incluso amenazante que sea.

Asunto: Re: Diligencia periodística sobre Inner Mastery
miérc., 1 de dic. 2021 18:23

Estimado Carlos:

Sí, estoy al tanto de lo que tú llamas tu «investigación», ya que para hacerla contactaste conmigo bajo falsas pretensiones, haciéndote pasar por un participante, y te infiltraste con cámara oculta en nuestros retiros y epicentro de Madrid. Entre tanto, vulneraste el acuerdo que firmaste en el formulario de inscripción en el cual te comprometías a no grabar nada sin

autorización, y de paso, la Ley Orgánica 1/1982, del 5 de mayo, de protección civil del derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen, que protege el Derecho a la Intimidad establecido en el Artículo 18 de la Constitución española, lo cual constituye un delito según el Código Penal español.

Confío sin embargo que la entrevista que tuviste con Alberto Varela te haya servido para comprender algunas cosas acerca de ti mismo y tu vida. Llegaste muy nervioso, me acuerdo bien.

Tus conclusiones son tuyas, tus informaciones también. Nuestro agrado no se verá afectado en absoluto por ellas, te aseguro que las habrá mucho peores, con la misma falta de fundamento, pruebas y base jurídica y reflejando el mismo nivel de ignorancia; muestra de ellos son las varias querellas que ya hemos interpuesto por difamación y calumnias que ya han sido aceptadas por los Juzgados y están en curso. Seguiremos procediendo así con cualquier «información o conclusión» que sea constituyente de delito, para eso tenemos un departamento legal muy bien preparado.

Te animo a que continúes tu investigación de la manera que mejor consideres y ojalá no infrinjas más leyes. Por nuestra parte, has recibido toda la colaboración que puedes esperar: si desde el primer momento hubieras venido honradamente de frente, habría sido muy diferente todo y te habríamos abierto con mucho gusto las puertas.

Por cierto, hay otras personas ajenas a la organización cuya imagen estás reproduciendo ilegalmente en tu canal de YouTube y que también están planteándose denunciarte por ello. Por parte nuestra, te invito a que retires el vídeo que tienes con imágenes ilícitamente obtenidas en las próximas 24

horas, o iniciaremos una querella en contra tuya por la vía penal.

Te deseo lo mejor. Nunca es tarde para dar un giro hacia la honestidad y la integridad.

Un saludo,

Esperanza.

Obviamente, al principio me impresionó tanta palabrota legal: «delito», «querella penal», «artículo 18», «Ley Orgánica», «iniciaremos una querella en contra tuya por la vía penal»… Pero con el tiempo entendí que aquel correo estaba escrito con un único objetivo: intimidar. Dedicar páginas a explicar por qué esas referencias están mal aplicadas en este contexto o por qué muchas de las afirmaciones son falsas sería perder el tiempo; lo importante es lo que pasó después. La gran amenaza de «tienes 24 horas para borrar el vídeo o te denunciamos» se quedó en nada. Nadie denunció. Si de verdad hubieran querido, podrían haberlo hecho; si querían demandar en lo civil, también. Pero no hicieron nada. Obviamente son conscientes de que todo lo expuesto es veraz e imagino que saben perfectamente un punto clave: en periodismo existe una protección legal que ampara a los periodistas cuando ejercemos nuestro oficio en contextos de interés público. Ahora bien, ¿mostrar cómo funciona una organización como Inner Mastery entra dentro de ese interés público? Saca tus propias conclusiones al leer todo lo que vino después.

Tras finalizar mi investigación puse todo el material que había reunido a disposición del grupo de Sectas Destructivas de la Comisaría General de Información de la Policía Nacional, a través de Alicia e Isabel: imágenes grabadas con cámara oculta, fotografías,

llamadas telefónicas, videollamadas, mensajes de WhatsApp, correos electrónicos, conversaciones en grupos de Telegram… Todo lo que había podido documentar. No se trataba de entregar solo unas cuantas pruebas sueltas, sino de volcar el archivo completo, con la idea de que aquello no quedara solo en un reportaje de YouTube, sino que pudiera tener también un recorrido judicial. Por eso participé en varias diligencias, prestando declaración en distintas ocasiones: algunas en Barcelona y otras en Madrid. En cada comparecencia añadía más piezas al puzle, junto con los testimonios y contactos de afectados que habían accedido a colaborar con la policía.

En julio de 2023, la investigación cobró una fuerza inesperada en España. Alberto Varela fue detenido. Se enfrentaba a acusaciones graves: delitos contra la salud pública, conspiración criminal e incluso agresión sexual. El caso parecía encaminado a un juicio que podría haber dado respuesta a decenas de víctimas, exmiembros, familias… Pero unos meses después, en octubre de 2023, cuando la investigación judicial apenas empezaba a desplegarse, Varela murió a causa de un tumor cerebral que lo consumía desde hacía tiempo y que, por lo que sea, su medicina ancestral no pudo curar. Su muerte alteró por completo el rumbo de la historia: dejó procesos abiertos que nunca llegarán a juicio, decenas de víctimas que se quedarán sin la posibilidad de verle responder ante un tribunal y, lo más inquietante, una organización que lejos de desaparecer ha sabido recomponerse y seguir funcionando bajo otros nombres y disfraces.

El negocio es el negocio, así que bajo una nueva directiva encabezada por Esperanza, el nombre ficticio con el que he bautizado a la mujer de Varela en este libro, Inner Mastery siguió

ofreciendo drogas a personas vulnerables con pretextos terapéuticos. Pero entonces, el 17 de enero de 2024, una noticia saltó a la prensa. Justo ese día yo cumplía veintinueve años. Qué regalo.

> **La Policía desmantela el imperio de la ayahuasca de Alberto José Varela, el gurú fallecido de la mayor secta "neochamánica** (*Infobae*, 17 de enero de 2024)

Tres días después, *El Mundo* revelaba los testimonios más escalofriantes:

> **Una víctima: «Había brotes psicóticos en los rituales y cuerdas para reducirlos»** (*El Mundo*, 20 de enero de 2024)

Las víctimas empezaron a hablar. A poner palabras donde antes solo había silencio, disociación y vergüenza. En febrero, La Sexta emitía un reportaje con declaraciones de un antiguo directivo.

> **Un extrabajador confiesa: «Podía ingresar 400.000 euros al mes; todo era en B»** (La Sexta, 3 de febrero de 2024)

La Policía Nacional y Vigilancia Aduanera bautizaron el operativo como Operación Kambó, en honor a una de las sustancias estrella de sus retiros. La finca de Madrid donde yo mismo me había infiltrado fue registrada. Allí, y en otros puntos de España, detuvieron a dieciocho personas e intervinieron más de sesenta kilos de ayahuasca, un kilo de mescalina, veinticuatro mil euros en efectivo,

material informático, drones, teléfonos y datáfonos. Muchos datáfonos.

Los investigadores comprobaron que la organización funcionaba como un entramado mercantil internacional con sedes en distintos países, desde Europa hasta América. Corroboraron lo que Cristian me explicó: que la red empleaba «mulas» para introducir sustancias por el aeropuerto de Barajas y que incluso llegó a establecer una base en la selva colombiana para producir el brebaje.

Pero además de los delitos contra la salud pública y de pertenencia a organización criminal, a algunos de los detenidos se les imputaban cargos más graves: trata de seres humanos, intrusismo profesional, explotación laboral, contrabando, delitos sexuales y favorecimiento de la inmigración ilegal. Todo ello con un mismo objetivo: sostener lo que la prensa bautizó como «el mayor imperio ayahuasquero del mundo».

Y puede que pienses que este es el final de Inner Mastery…, pero no. Poco ha cambiado de lo que documenté en mi infiltración. Incluso siguen ofreciendo sus drogas en sus retiros espirituales. Pero ¿no los habían detenido? Así es, pero hecha la ley, hecha la trampa. En primer lugar y con Alberto fuera del tablero, muchos de los delitos de la organización ya no tienen dueño, por así decirlo. La justicia ya no puede acusar a Varela para llevarlo a juicio. Además, muchas de estas organizaciones acumulan acciones legales en su contra y siguen operando igualmente, por ejemplo, gracias a interminables recursos que pueden alargarse durante años.

Ahora bien, imaginemos que aquí hubiera terminado todo, que la historia de Inner Mastery se hubiera cerrado junto con la muerte de su creador. Me encantaría poder decirte que ha sido un caso aislado,

pero no es así. Hay muchos más «Varelas» e «Inner Masterys» sueltos. Desde que publiqué la investigación en YouTube no han dejado de llegarme mensajes de víctimas que aseguran haber estado en grupos muy similares. Pero lamentablemente, no puedo investigarlos todos: no tengo ni el tiempo ni los recursos.

Con los años también he recibido mensajes de gente que me ha dicho que pudo reconocer a la organización en la que estaba metida —o incluso salir de ella— porque se parecía demasiado a lo que habían visto en mis reportajes. Las imágenes que grabé han acabado llegando a millones de personas. Y eso, aunque no haga justicia, tiene un valor preventivo. Porque cuando sabes que existe un monstruo, es más difícil que te abrace sin que lo notes. Y es que, al final, todas las sectas y sus líderes comparten un mismo patrón. Cambian los disfraces, pero no el mecanismo.

Asunto: Diligencia periodística sobre ICEERS

dom., 23 de oct. 2022 23:37

Buenos días:

Me llamo Carles Tamayo y hago reportajes de investigación en YouTube; como sabrán, hace ya más de dos años que he iniciado una investigación sobre las comunidades ayahuasqueras y el uso de ciertas sustancias psicotrópicas en las que ICEERS tiene un papel fundamental. Sin querer he llegado a conclusiones e informaciones sobre su fundación que no serán de su agrado.

Es por esta razón por la que me pongo en contacto con ustedes para darles la oportunidad de posicionarse ante tales

informaciones a través de una entrevista filmada, si es de su interés.

Muchas gracias por todo.

Carles Tamayo

Asunto: Re: Diligencia periodística sobre ICEERS

lun., 24 de oct. 2022 15:16

ICEERS:

Buenos días, Carles:

Muchas gracias por el ofrecimiento, pero nuestras directrices de relación con prensa no permiten que accedamos a entrevistas en vivo con medios sesgados, abiertamente hostiles, o con agenda previa. Trabajamos con medios y periodistas profesionales de todo el mundo, y aunque lamentablemente no sería la primera vez que se publican informaciones parciales y sin contrastar sobre nosotros y nuestro trabajo, sí es la primera vez que se nos anuncia de antemano. Somos conscientes de trabajar en un campo atractivo para el periodismo de espectáculo, y por ello nos gusta ser cuidadosos en nuestra forma de relacionarnos con los medios.

Por ello no podemos acceder a proporcionarte contenido para tus vídeos (como sería una entrevista grabada) sin garantías de que estás bien informado y de que el tratamiento será objetivo. La manera en la que empezó este intercambio nos hace pensar que esas garantías no existen.

Tienes esta y otras informaciones interesantes sobre nosotros y nuestro trabajo en iceers.org, nuestra web principal. En ella puedes encontrar también los *papers* publicados por nosotros hasta el momento, nuestras iniciativas de defensa

legal, los servicios de apoyo en procesos difíciles y reducción de daños, artículos de investigación y divulgación, una guía de buenas prácticas (editada por la Generalitat de Catalunya) y muchos más contenidos que te pueden resultar interesantes.

Gracias de nuevo y un saludo,

Desde ICEERS me respondieron con corrección, en un tono claramente institucional. Lo que me sorprendió fue que nadie firmara el correo en nombre propio. Tratándose del chiringuito que es, no me extrañaría que fuese el mismo José Carlos Bouso, director científico de ICEERS, quien lo hubiera escrito. O puede que no. Como no había firma, no pude saber con quién estaba hablando. En cualquier caso, me tomé la respuesta como lo que era: la posición oficial de una entidad que sabe que la están observando. En el correo insistían en que yo no estaba bien informado y, la verdad, yo quiero estarlo. Así que me puse a releer con calma sus *papers* científicos…, no fuera a ser que hubiese malinterpretado algo.

Tras varias semanas buceando en sus publicaciones, la tónica era clara: nada demuestra nada. Lo que presentan como «artículos científicos» no son más que meras ideas superficiales, propuestas vagas, con sesgos evidentes y conclusiones blandas, que luego se exageran en la prensa hasta convertirlas en titulares grandilocuentes. Dos ejemplos rápidos:

Uno es *Neural Network Modulation of Ayahuasca: A Systematic Review of Human Studies*, publicado en la revista *Psychoactives*. Siendo generosos, su fiabilidad es moderada o directamente baja. Incluso los autores —entre los que está mi amigo José Carlos Bouso — reconocen que la evidencia es todavía muy limitada y que hacen

falta estudios más grandes y con mejor calidad para sacar conclusiones firmes. En otras palabras: no llega a nada.

El otro es *Preliminary evidence of links between ayahuasca use and the corpus callosum*, publicado en *Frontiers in Psychiatry*. Este trabajo, también firmado por Bouso, se hizo en España con miembros del Santo Daime. Comparan resonancias de 22 usuarios habituales de ayahuasca con las de 22 personas que nunca la han probado. El hallazgo inicial parece sugerente: el puente que conecta los dos hemisferios del cerebro se veía algo más grueso en los consumidores. Pero al aplicar pruebas estadísticas serias, el hallazgo se desmorona. Nada, detallitos. De nuevo, un resultado que no llega a nada. Y mucho menos justifica el uso de drogas psicoactivas como tratamiento médico.

Y aquí llegamos al verdadero problema: la mayoría de los artículos que ICEERS cita o promueve no se publican en revistas científicas serias, sino en revistas que, según colectivos independientes de investigadores que analizan este tipo de prácticas, se conocen como *predatory journals* o «revistas depredadoras». El modelo es simple: pagas y te publican. Da igual si el estudio es flojo, si los datos no cuadran o incluso si son inventados. Estas revistas aparentan prestigio —con comités editoriales, revisión por pares y hasta índices de impacto—, pero en realidad el filtro es mínimo o inexistente. Su objetivo no es la ciencia, es el negocio. Lo grave es que luego esos *papers* se usan como arma de propaganda: «Tenemos estudios publicados en revistas científicas que dicen que…».

Precisamente para demostrar lo fácil que era colar cualquier cosa en estas revistas, hace poco me lancé a un experimento un tanto…

peculiar. En el marco del programa *Futuro Imperfecto* de Andreu Buenafuente en TVE, redacté un aparente artículo científico completamente falso con un titular tan absurdo como llamativo: *The Perceived Effect of Cannabis Use on Penile Growth in Humans* (en español: el efecto percibido del consumo de cannabis sobre el crecimiento del pene).

El plan era sencillo: inventar datos ridículos y mandarlos a estas revistas de dudosa reputación. Y funcionó. Seis revistas lo aceptaron y tres llegaron a publicarlo como si fuera un estudio serio. Y eso que dejé pistas obvias de que todo era un disparate: las universidades eran inventadas —como la Santo Daime Ayahuasca Univeristy, la Tanned Balls University o la Central University of Charlatanery of Cochabamba— y entre los autores incluí a dos jerbos, Wilfred y Richmond, los primeros roedores de la historia en firmar un estudio científico. Para rematar, el artículo incluía un gráfico en forma de pene y varias frases que, literalmente, decían que los datos eran inventados y los encuestados productos de mi imaginación.

> Vale la pena señalar que, si bien estos hallazgos pueden ser intrigantes, deben tomarse con pinzas, ya que se basan en evidencia anecdótica y en datos inventados que hemos reflejado aquí de una manera hermosa pero falsa.

Aun así, coló.

El resultado no era una simple broma: era la prueba de que hay falsas revistas científicas que, a cambio de dinero, publican cualquier cosa sin filtros ni rigor. Y lo más inquietante: esos artículos luego circulan como si fueran ciencia legítima, se citan en medios, notas

de prensa o incluso debates políticos. Una cadena perfecta para fabricar credibilidad de la nada.

Por eso, la próxima vez que vea a ICEERS salir en un medio con su cantinela de «hay estudios que dicen que la ayahuasca…», yo ya tendré mi respuesta: también hay estudios con la misma fiabilidad que dicen que fumar marihuana te hace crecer el pene.

Asunto: Diligencia periodística sobre SANTO DAIME
dom., 23 de oct. 2022 23:38

Buenos días:

Me llamo Carles Tamayo y hago reportajes de investigación en YouTube; como sabrán, hace ya más de dos años que he iniciado una investigación sobre las comunidades ayahuasqueras en España y el uso de ciertas sustancias psicotrópicas en el contexto del Santo Daime. Sin querer he llegado a conclusiones e informaciones sobre su organización que no serán de su agrado.

Es por esta razón por la que me pongo en contacto con ustedes para darles la oportunidad de posicionarse ante tales informaciones, si es de su interés.

Muchas gracias por todo,

Carles Tamayo

Tras mi huida del Cielo de San Juan, con el Santo Daime seguí el mismo procedimiento que con Inner Mastery: entregar todo el material de mi investigación al grupo de Sectas Destructivas de la Comisaría General de Información de la Policía Nacional. A partir de ahí comenzó una etapa de dos años de trabajo intenso: revisar

horas y horas de grabaciones con cámara oculta, contrastar testimonios, verificar datos legales e informes científicos, reconstruir cronologías… Un volumen de material tan abrumador que me resultó imposible de gestionar en solitario. Fue entonces cuando se incorporó Fernando Cervera, biólogo y divulgador científico especializado en desenmascarar pseudociencias y fraudes relacionados con la salud. Acabábamos de colaborar en plena guerra en Ucrania desarrollando «En la Frontera», un pódcast documental sobre las consecuencias humanas y sociales del conflicto. Allí descubrí que compartíamos método y principios, que no todo vale en nombre de un reportaje y que proteger a las víctimas está siempre por delante. Por eso decidí contar con él para esta nueva fase. Fernando se convirtió en una pieza fundamental para cribar, ordenar y dar solidez a todo el archivo de la investigación.

El resultado fueron varios reportajes publicados en mi canal de YouTube que, en cuestión de días, alcanzaron a millones de personas y se difundieron en medios tradicionales. Lo que había empezado como un proyecto solitario se convirtió en una conversación pública de gran alcance en diferentes periódicos, radios y televisiones sobre lo que realmente esconden estos grupos.

> **Un año infiltrado en la secta de la ayahuasca** (*ABC*, 11 de diciembre de 2022)
> La Comisaría General de Información, bajo la tutela de un juzgado madrileño, investiga la actividad del grupo de culto, tras el trabajo del «youtuber» Tamayo, que participó en rituales del Santo Daime por toda España.

La repercusión fue enorme, mucho mayor de lo que yo mismo había imaginado. Me hizo especial ilusión leer este artículo en *ABC*. En digital fue lo más leído durante un par de días, pero lo que me arrancó media sonrisa fue pensar en la versión en papel: ese mismo periódico que Javier suele comprar tras adquirir un boleto de lotería. Lo imaginé hojeándolo como cualquier otra mañana, pasando de las noticias políticas a la sección de sucesos… hasta encontrarse con mi investigación a doble página y con varias fotos a todo color de su chalet. Una especie de justicia poética, casi divina.

Una mañana recibí una carta: me citaban a declarar como testigo. Era el siguiente paso lógico: llevar ante un juez todo lo que aquí has leído. Así que, en marzo de 2023, crucé por primera vez la puerta de un juzgado. Nunca había estado en uno como testigo y no tenía claro qué me iba a encontrar. Mi papel era sencillo en apariencia: contar lo que había visto y vivido durante mi infiltración. Nada más, nada menos. No recuerdo haber estado especialmente nervioso, aunque conociéndome seguro que lo estaba.

Me hicieron pasar a una sala pequeña llena de estanterías con libros rojos y una mesa abarrotada de papeles y objetos sueltos. Frente a mí había un monitor de culo, de los que ya casi no se ven, y justo encima una cámara que tampoco parecía muy moderna. En la mesa, un micrófono fino y alargado, de los que se usan en los congresos, se estiraba hasta quedar a la altura de mi boca. Me iban a conectar por videoconferencia con otro juzgado con una tecnología que parecía sacada de otra época.

En la pantalla apareció un funcionario que, como buen informático improvisado, llevaba un buen rato peleándose con el

audio. Me hacía aspavientos a cámara, preguntándome con gestos exagerados si le oía. Yo negaba con la cabeza, claro, no oía absolutamente nada. Movía cables de un lado a otro con esa mezcla de resignación y esperanza de que, en cualquier momento, el milagro ocurriese. Y, contra todo pronóstico, ocurrió: de pronto, el sonido entró y la conexión funcionó.

La imagen era borrosa, como de cámara de seguridad barata. Entre el pixelado distinguía varias siluetas sentadas, aunque no logré identificar a nadie. Y entonces, junto a ellas, apareció el que se presentó como abogado defensor de los acusados. Yo, ingenuo de mí, esperaba a un señor con traje planchado, verbo afilado y cierta elegancia procesal. Pero no. Lo que me encontré fue otra cosa: un primo lejano de Saul Goodman, pero en versión aún más *low cost*. Fue entonces cuando pensé que, tal vez, la escena iba a ser menos solemne de lo que imaginaba.

—¿Qué delitos vio usted, señor Tamayo? —me preguntó el abogado, alzando la voz más de lo necesario. Parecía enfadado, teatral; tuve la sensación de que su tono no buscaba una respuesta, sino impresionar al juez.

—Responda, por favor. ¿Qué delitos vio? —insistió enseguida, encadenando la misma pregunta sin darme tiempo a responder, como si de mi respuesta dependiera todo el caso.

¿Cómo que qué delitos vi?

—No creo que yo haya venido aquí a juzgar delitos…, ¿no? —respondí, mirando al juez en busca de algún gesto, pero el hombre permaneció inmóvil—. Yo lo que puedo contar es que vi cómo se les administraban drogas a personas en situación de vulnerabilidad, bajo pretextos terapéuticos falsos y sin ningún tipo de control médico.

—Pero usted sabe que la ayahuasca no es ilegal en España, ¿verdad? —insistió el abogado, con un tono desafiante.

—No entiendo por qué me pregunta a mí lo que es o no es legal. Entiendo que por eso estamos aquí. Yo no soy jurista —respondí, conteniendo la calma—. En mis reportajes lo que hago es citar fuentes que explican su estatus legal y mostrar lo que vi en mi infiltración, que tengo documentada en vídeo, con testimonios, pruebas…

—Respóndame, por favor: ¿usted sabe que la ayahuasca no es ilegal en España? —repitió, casi gritando, como si estuviera interpretando un juicio en una película de Hollywood más que participando en uno real.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa: el numerito resultaba tan ridículo que, por un momento, parecía una parodia.

—Mire, no sé si es ilegal o no —dije entonces, recuperando la seriedad—. Pero la lejía también es legal, se vende en cualquier supermercado, y aun así usted no puede invitar a veinte personas a su casa, cobrarles entrada y darles vasos de lejía asegurando que les va a curar alguna enfermedad y que, además, es un sacramento. No sé si me he explicado…

El juez no pudo evitar reírse antes de pedirme que, por favor, hablara más despacio. Repetí todo de nuevo, más claro, más pausado, explayándome. Como si estuviera dando clase. Porque, en cierto modo, lo estaba haciendo. Hablé de drogas como el cannabis, el kambó, la ayahuasca o el *Bufo alvarius*. De gente rota y vulnerable siendo manipulada. De una chica viviendo en un desván. De «fiscales» sin ninguna formación médica ofreciendo «medicinas»

que, en el mejor de los casos, eran simples alucinógenos, y en el peor, podían destrozar la salud mental o incluso costar la vida.

—Usted se infiltró sin su permiso, metiéndose en su intimidad —me acusó el abogado.

El juez lo cortó en seco, con voz firme:

—Limítese a formular preguntas sobre los hechos. El señor compareciente no es el acusado. Les recuerdo que los acusados son ustedes.

El abogado se removió en la silla, incómodo, y trató de recuperar terreno.

—Ellos eran libres, ¿no? ¿Podían irse todos cuando quisieran? ¿Alguien les retenía?

Libre. Qué palabra tan engañosa. En todas las sectas donde he estado infiltrado siempre aparece alguien con la misma frase: «Aquí nadie te pone una pistola en la cabeza». Y es verdad: en las sectas normalmente no hay pistolas. La cárcel es mental. Te manipulan lo suficiente para que no quieras irte. Todavía me rompe recordar a Rocío, atrapada durante años entre los muros de la Iglesia Palmariana en el Palmar de Troya, sin ver a su querida familia. Tiene la salida a un paso: solo tiene que cruzar la puerta. Y, sin embargo, está convencida de que si lo hace ella y todos sus seres queridos morirán en el inminente apocalipsis. ¿Es libre Rocío? Aún hoy sigue allí. Y lo mismo ocurre en estos rituales. ¿Es libre alguien que llega destrozado por un duelo, por la ansiedad o incluso por un cáncer, y se encuentra rodeado de voces que insisten en que sus dudas son «resistencia del ego»? Que si se va, nunca alcanzará la curación. ¿Eso es libertad? No. No lo es. No hay libertad cuando te falta la información. No hay libertad cuando la promesa que te ata es la

salvación. Esa es la verdad. No hay pistolas, pero hay barrotes invisibles.

Lo triste de todo esto es que no tengo un final que ofrecerte. Declaré todo lo que sabía, entregué todo el material, y nunca más volví a tener noticias de este proceso. Quizá mi testimonio acabó apilado en una de esas montañas de carpetas marrones que se acumulan en los juzgados, olvidado junto a cientos de historias que jamás llegarán a contarse. O quizá el primo de Saul Goodman logró su objetivo a base de montar un circo y enredar el procedimiento. No me cuesta imaginarlo: desacreditando a cualquier testigo con las mismas falacias con las que intentó atacarme a mí. Yo ya vengo curtido, después de años debatiendo y viviendo espectáculos similares en televisiones. Pero no sé si una víctima, enfrentada a ese mismo show, tendría la fuerza o las herramientas para esquivar esas trampas. O quizá el proceso sigue su curso en silencio, y un día, de repente, habrá novedades.

La realidad es que, hoy en día, el Santo Daime sigue ahí: ofreciendo salvación con una mano mientras con la otra deja un reguero de afectados, víctimas y personas atrapadas en dinámicas sectarias. Y entonces me pregunto: si todo está tan bien como dicen, ¿por qué nunca aceptaron sentarse a hablar conmigo en una entrevista? ¿Por qué ni siquiera respondieron a mi diligencia periodística? El silencio también comunica. Callar es, en sí mismo, una forma de hablar.

Lo único que me tranquiliza es saber que lo grabado está grabado. Que las imágenes no mienten. Que las técnicas son las que son y que, más adelante, puede que las cosas cambien. Porque la justicia no siempre llega, pero a veces se abre camino. Y por eso es

tan importante el periodismo de cámara oculta: porque, a veces, es la única manera de mostrar lo que realmente se esconde tras los muros de las buenas palabras, las sonrisas y el olor a incienso.

Han pasado cinco años desde aquella primera toma hasta este punto final. Cinco años en los que, poco a poco, he ido dando forma a este libro. Se suele pensar que escribir un libro es un trabajo solitario, una obra individual, alguien encerrado frente al teclado. Y quizá en muchos casos lo sea. Pero este no es el caso. Este libro, aunque lleve mi nombre en la portada, es el resultado de un trabajo coral en el que muchas personas, cada una en su ámbito, han aportado su esfuerzo y conocimiento para que el resultado sea lo mejor posible. Yo vengo del mundo del audiovisual, y quizá por eso me sale natural cerrar este proyecto como se cierran los documentales: con unos créditos.

El primero es Fernando Cervera, amigo y compañero inseparable en todos mis últimos trabajos. Se ha tragado horas y horas de grabaciones para elaborar transcripciones muy detalladas, además de investigar la vertiente pseudocientífica que rodea al uso de estas sustancias psicotrópicas. No es algo nuevo para él, por algo fue miembro fundador de la APETP, Asociación para Proteger al Enfermo de Terapias Pseudocientíficas, y además en 2009 inventó una pseudoterapia llamada fecomagnetismo y consiguió colarla en congresos y ferias como si fuera real. Aquella experiencia la plasmó en 2014 en un libro *El arte de vender mierda*, un manual tan irónico como riguroso sobre cómo se fabrica un engaño convincente y se hace circular como verdad… ¿Te suena de algo? Exacto, al fin y al cabo, es lo mismo que hacen los que te animan a tomar ayahuasca

bajo pretextos terapéuticos, aunque ellos luego no te dicen que todo ha sido parte de un engaño.

En este libro aparece Anabé, quien me da soporte técnico el día que viajo a Sevilla al recién creado Cielo de Juramidam. Pero su implicación en esta historia va mucho más allá de esa escena. Al igual que Fernando, ha visto la ingente cantidad de horas de metraje y las ha clasificado con paciencia y orden; hemos mantenido conversaciones sobre mis días de infiltración, y ha colaborado perfilando el estilo.

Después está Marc Brugat, operador de cámara en la productora audiovisual que he fundado recientemente, Grábalo Todo S. L., y periodista de formación. Su mirada narrativa —y sus notas, a veces duras— han sido claves para aterrizar el tono del libro, cortar redundancias y frenar mis impulsos más líricos cuando no tocaban. Gracias a él entendí que, antes de dar el texto por cerrado, necesitaba formarme mejor y pasar por varios cursos de periodismo narrativo y escritura.

La psicología recorre estas páginas de principio a fin, y ahí el apoyo de Laura Merino y Eduardo Bada ha sido fundamental. Laura, que como has leído participó en la fase de investigación, ha vuelto ahora para revisar con precisión quirúrgica los conceptos más delicados. Eduardo, a quien conocí en el congreso sobre sectas, pseudociencias y radicalización de la Universidad de Teruel —y que, además de psicólogo, es mago y guionista—, se ha leído este manuscrito palabra por palabra para comprobar que la vertiente psicológica esté bien fundamentada y que cada término está usado con el rigor que merece.

Noelia Bru, quien además es cofundadora de la asociación AFISE (Asociación de Apoyo a Afectados e Información sobre Sectas) en la que colaboro, se ha encargado de algo esencial: revisar cada página para asegurarse de que el tratamiento hacia las víctimas sea siempre respetuoso y sin ambigüedades. Gracias a su mirada, queda claro que las personas atrapadas en estos grupos lo son porque han sido manipuladas y empujadas a un proceso de radicalización.

Porque, por encima de todo, este libro ha sido posible gracias a los afectados y testigos que, durante cinco años, me han regalado su tiempo, su voz y su historia con la esperanza de que algún día se haga justicia. Confiaron en que sabría plasmarlo de forma justa y honesta. Y esa confianza, más que un privilegio, ha sido siempre mi mayor responsabilidad: que estas historias dejen de repetirse. Porque si un día tu amiga, tu psicólogo o alguien de confianza te invita a un chalet a las afueras de Barcelona y, al llegar, lees en la pared un mensaje aparentemente inocente como «La incomodidad es la señal de que estás creciendo. Si duele, probablemente estás en el camino correcto. Abandona la comodidad, abraza tu evolución», entiendas lo que realmente significa.

Que el dolor no es un camino, es una señal.

Una señal de que algo va mal.

Y cuando alguien te lo vende como evolución, lo más probable es que esté intentando manipularte.

La gente cae en la trampa, sí.

Pero también resiste.

Y, si este libro sirve para que alguien vea a tiempo el disfraz de las sectas y decida no «abrazar» esa «incomodidad», entonces todo el esfuerzo habrá valido la pena.

FIN

Epílogo I
Laura Merino

Psicóloga sanitaría experta en grupos de manipulación y abuso psicológico, y procesos de radicalización

¿Cómo se escribe un epílogo de un libro cuando te consideran experta, pero al mismo tiempo lo haces para alguien a quien consideras un amigo especial? No lo sé, pero lo voy a intentar con total honestidad y cariño.

Desde que conocí a Carles he sentido que la sociedad y sus humanos somos muy afortunados de tenerle, y especialmente aquellas personas que sufren las consecuencias de las sectas destructivas, familias rotas y adeptos indefensos. Para mí, su mayor valor radica en que ha roto un silencio sepulcral que llevaba años instalado y, sobre todo, en que nos ha dado una herramienta fundamental para hacer frente a las sectas. Nos ayuda a conocer y comprender.

Me explico…

En las décadas de los ochenta y noventa, el contenido mediático sobre sectas destructivas era constante en prensa, televisión y radio. En España, por ejemplo, se podía ver a Pedro Piqueras abrir un telediario con un rótulo que ponía «Secta» y hablar de un proceso judicial contra la Iglesia de la Cienciología. También había documentales de investigación muy interesantes y, para mí, fueron

impactantes —cuando apenas sabía del tema— los debates televisivos. Expertos y profesionales con diferentes perspectivas debatían en un formato televisivo que hoy en día no existe. Dialécticas cultas, largas, detalladas, con cadencia académica, basadas en una larga experiencia, y expuestas de un modo magistral que actualmente no es posible. No es un formato de consumo para los medios que se imponen, pero esos programas de televisión fueron el YouTube de aquellos jóvenes. Me resulta paradójico que, teniendo un número muy limitado de canales de televisión, la información no estaba tan sesgada, era mucho más fácil entonces conocer puntos de vista no compartidos sobre un tema que ahora saltarnos el algoritmo.

También conservo en mi hemeroteca debates donde esos mismos expertos se confrontaban con miembros de rango de las sectas que más preocupaban. Pero no debatían con ellos, no se opinaba de todo, los expertos planteaban críticas directas porque conocían a la perfección a sus oponentes, y sus más que reprobables acciones.

Todo cambia bastante a finales de los noventa, cuando confluyeron varias circunstancias importantes. Por un lado, muchos procesos judiciales se perdieron a favor de los grupos presuntamente sectarios. Además, el organismo estatal que regula las entidades religiosas y asociaciones comenzó a reconocer grupos que habían sido cuestionados durante décadas por familias. Y finalmente, la comisión parlamentaria —creada con mucho esfuerzo por políticos y profesionales— para el estudio de las sectas se cerró pocos meses después de comenzar su labor.

Pasaron los años y llegó el muy temido año 2000. Los mensajes apocalípticos se multiplicaron con el fin del milenio, y

afortunadamente nadie se suicidó. Las sectas dejaron de destacar y cubrir noticias con sus acciones más polémicas. Se vuelven más discretas, reservadas, y sobre todo mucho más beligerantes con sus críticos, a quienes empezaron a denunciar e incluso a agredir. El silencio se fue imponiendo.

Mi carrera profesional en este campo comenzó en 2009, y en mis primeras investigaciones descubrí que ninguna secta que emprendió su camino en los años setenta había dejado de existir. Algunas mutaron, otras se dividieron, cambiaron de nombre o de líder, pero todas seguían presentes y empoderadas en su «derecho a existir». Junto a las clásicas, empezaban a surgir muchas con enfoques muy novedosos, ya fueran empresariales, políticos o terapéuticos. El panorama se volvía más difícil porque las personas no disociaban la palabra secta de la palabra religión.

Internet facilitó enormemente la proyección de estos grupos, permitiéndoles llegar a cualquier rincón del mundo de una forma mucho más discreta que llamando a una puerta o abordando en la calle con un díptico. Los futuros adeptos abrían las puertas de sus corazones sin moverse del salón de sus casas. Pero también internet facilitó la ayuda. El mundo académico se hace más accesible, es más fácil conocerse y compartir el trabajo de expertos que llevan décadas en el estudio y trabajo con afectados. Por otro lado, el silencio impuesto provocó la impotencia y la necesidad de muchos exmiembros de defenderse hasta del juicio social. Se crean decenas de webs específicas, donde los exmiembros exponen sus vivencias y materiales, revelan la verdad que las sectas ocultan celosamente. En muchos casos les supuso amenazas y litigios judiciales, pero la información ya se movía gracias a la valentía de esas personas.

En esos años ese es el pulso que va evolucionando, a la vez que la sociedad —en general— se muestra poco interesada en las sectas destructivas. Se instala cierta actitud que defiende que «hay que dejar que la gente crea lo que quiera, y si quieren creer locuras es responsabilidad de cada cual». El problema se percibe lejano y poco amenazante, por lo que va calando el silencio y desamparo hacia los adeptos, a pesar de que se estima que unas 300.000 personas en España están afectadas por una secta destructiva.

Recuerdo pasar años sin oír ni una sola noticia sobre grupos sectarios muy destructivos de los que llegaban peticiones de ayuda al centro donde trabajaba. La presencia de los expertos en medios era anecdótica. Yo concedía alguna pequeña entrevista para periódicos, y lo mismo le ocurría a mi entorno profesional. Siempre he sido metódica —por no decir «friki» coleccionista— recopilando todo lo relacionado con sectas. He comprado cosas de sectas históricas como libros propios, vídeos, revistas, panfletos, objetos litúrgicos. En esos años, casi todo lo que conseguí era antiguo o venía de Estados Unidos, donde el tema siempre ha tenido más presencia.

Y en ese contexto despreocupado creo que nos hemos mantenido hasta 2018. Como anécdota te contaré que también soy una cinéfila empedernida, y todo lo que tenga que ver con sectas —películas, series o documentales— está en mi disco duro o en mi lista de pendientes por encontrar. De 2008 tengo recopiladas un total de 13 películas, y lo recuerdo como un año especialmente bueno porque tres de ellas están entre mis preferidas. Sin embargo, en 2024 la cifra asciende a 54 producciones en total. Sí da la sensación de que algo ha cambiado en la atención mediática. No sabría marcar con

exactitud el momento en que empezó ese cambio, y mucho menos a qué se debe, pero sí hay algo que, en mi opinión, lo transformó todo: la pandemia de 2019-2020.

Nadie pasó por aquella experiencia sin pena ni gloria. El planeta entero vivió un momento común de vulnerabilidad que creo que ni en las dos guerras mundiales se sintió tan común, y si de algo se saben aprovechar las sectas es de la vulnerabilidad. La proliferación de bulos, falsas curas, gurús, credos y sectas fue imbatible. Y en ese contexto social de preocupación, en la época de confinamiento, cuando todos nos pusimos delante del ordenador a curiosear lo que normalmente no teníamos tiempo de ver, me llamó un joven llamado Carles Tamayo. Quería que colaborara en un vídeo para su canal de YouTube.

Yo ya había visto su serie documental infiltrándose en la secta del Palmar de Troya. Además de entretenida, me pareció muy bien documentada, y pensé que era una suerte que alguien tan joven contara a su generación cosas sobre una secta de la que casi ninguno —como él— habría odio hablar. El Palmar de Troya, un claro ejemplo de secta destructiva que en los ochenta había sido objeto de grandes reportajes periodísticos, pero de la que hacía años que no se oía gran cosa. El tiempo de vacío informativo casi coincidía con la edad de Tamayo, así que cómo iba conocerla. Pensé que era un trabajo brillante, pero al mismo tiempo sentía que los jóvenes que lo veían lo juzgaban como una extravagancia, algo más gracioso que triste, y muy alejado de su realidad, un disparate de unos pocos. Muy posiblemente en ese momento sus seguidores lo vivieron así, pero el verdadero valor de esa infiltración lo descubriría con el tiempo, cuando empecé a conocer a Tamayo. Aquella experiencia

fue el despertar de una curiosidad insaciable por las sectas destructivas. ¡Bendita casualidad en aquel viaje perdido por Sevilla!

Para mí ha sido increíble lo que a partir de 2020 sucede respecto al interés que provocan las sectas destructivas. Los medios vuelven a poner el foco en ellas, de un modo muy sensacionalista, y crece la preocupación social. Una cosa alimenta a la otra, y cada vez más las personas se hacen conscientes de las graves consecuencias que las sectas reportan a todos. Es una cuestión de perspectiva, las sectas afectan más de lo que se cree, solo que no se sabe. En los días de pandemia se hizo evidente cómo una creencia (no religiosa) puede traer terribles consecuencias tanto al creyente como a su entorno, y el movimiento antivacunas incluso contó con unas cuantas personas que murieron por su negación. Todo ese caldo de cultivo seguramente afectó a Tamayo, avivó su interés, y él supo llevarlo al terreno laboral que más disfruta: la investigación.

Cuando conocí a Tamayo era un joven al que le brillaban los ojos mientras escuchaba explicaciones, y estaba dispuesto a oír horas de explicaciones. Ha llegado a infiltrarse en un congreso de profesionales de sectas, en el que nos sentimos afortunados de tenerle como invitado. Al principio, me resultaba gracioso ver cómo le sorprendía todo, le estallaba la cabeza cuando descubría las habilidades de las sectas destructivas, y quiso saberlo absolutamente todo sobre manipulación y coerción, pero no desde lo teórico: quería comprender, entender, y se implicó por completo con afectados y profesionales. Habló con psicólogos, periodistas, abogados, asociaciones, exmiembros y familiares, muchos familiares, y desde entonces nunca ha parado de querer, además de conocer, servir de ayuda. Creo que desde el principio fue consciente de que no era él

solo el que no sabía, comprobaba en su canal que la gente no era consciente de aquella terrible realidad, y puso su mayor empeño en mostrarla tal y como es; no necesitaba florituras, necesitaba darla a conocer.

Yo considero que Tamayo creó un género propio dentro de la comunidad de YouTube. Un género que va más allá del «clickbait», del espectáculo y las caricaturas, del «me gusta» con prisas. Hace documentos rigurosos que se quedarán para siempre con nosotros y serán materiales de mucho valor pedagógico, tanto para los que lo ven ahora como para los que lo verán en el futuro. Ahora, todo eso, ha logrado condensarlo en este nuevo libro, en un formato de «documental» con el que nos brinda una herramienta más.

Para mí este libro consigue algo que no siempre podíamos apreciar en sus vídeos, y es saber lo que piensa y siente mientras está en acción destapando a gurús y sectas. Este punto tan personal consigue que la novela tenga un tono de thriller, ha llegado a crisparme los nervios, he sentido náuseas, cabreo, y hasta miedo, aun sabiendo cómo termina. Es emocionante, entretiene, pero no pierde nada del carácter pedagógico al que nos han acostumbrado los vídeos de Tamayo.

Carles es consciente de que lo suyo no es solo trabajo, sabe que nos da algo que necesitamos, pero yo siempre le digo —muy orgullosa— que no imagina realmente hasta qué punto es bueno y útil. Por eso quiero resaltarlo una vez más.

Desde que él hace su trabajo, mi cajón de recursos terapéuticos para ayudar a familias y afectados es mucho más efectivo, no hay una sola consulta a la que no le dé algo en formato «vídeo de Tamayo», y todos me dicen que sacan mucho provecho. Padres y

parejas entran en la cabeza de esos familiares que son unos desconocidos que los atacan. Pueden ver, sentir y entender la eficacia de las estrategias de manipulación que los transforma. A los exmiembros ver las infiltraciones les hace mucho más fácil encarar al verdadero responsable de su dolor y entrega. Sentirse no culpable es más fácil cuando ven a los gurús en plena acción delictiva con otros como ellos. Todas esas personas curiosas, a las que Tamayo ha fidelizado en su canal, también pueden ver más allá del «incauto» con el que no se sentían nada identificados, y comprobar que realmente esos adeptos no son tan distintos a ellos, a sus amigos, hermanos, o hijos. Y, por supuesto, los profesionales tenemos gracias a ese material la mente del gurú abierta y expuesta delante de nosotros, de manera que podemos aprender a manipular al manipulador, y dar pautas eficientes a las familias desesperadas. Si todo esto no es motivo suficiente para estar segura de que somos afortunados de contar con el buen trabajo de Tamayo, no sé qué lo puede ser. Gracias, Carles.

Estoy segura de que habrá quien piense que esto es una valoración producto de una amistad y gran cariño, y claro que eso está, pero nadie tiene que validarme la gran admiración que una persona muy joven —ahora ya no tanto— me despertó, demostrándome que no hay edad para dar lecciones de cómo se hace un buen trabajo profesional.

Estoy segura y orgullosa de que seguiré recibiendo en consulta a personas de mi edad o más, que me cuentan que una hija, un sobrino o un joven les ha hablado con conocimiento de las sectas destructivas y de los vídeos de Tamayo, y que así han descubierto que tienen un problema para el que necesitan ayuda.

Con este libro Tamayo ofrece un formato más de su trabajo, pero sobre todo te ofrece una herramienta más.

¡GRACIAS, Carles!

Epílogo II
Noelia Bru
Cofundadora de AFISE
(Asociación de Apoyo a Afectados
e Información sobre Sectas)

Es uno de esos calurosos sábados de junio, es la hora de la siesta y mi móvil vibra sin parar. Ya me han metido en otro grupo de WhatsApp absurdo —pienso mientras busco el móvil por el sofá—. «Family ♥». Ese es el nombre del grupo donde me han agregado y ya hay varios mensajes:

Hello. Soy Carles, ¿eh?

Y para que no haya duda, se ha hecho un selfi con el look de infiltrado en sectas: camisa blanca, gafas de pasta, barba de dos días y flequillo cuestionable.

En el grupo hay otras cinco personas. Algunos son viejos conocidos de los que pertenecemos al entorno de afectados por sectas. A los demás, los presenta Tamayo como unos amigos suyos que le están ayudando durante la investigación.

Y así, como quien no quiere la cosa, cambia el rumbo de lo que iba a ser una tarde de verano en la piscina. Y es que Tamayo va de camino al «retiro de retiros», al evento más importante del año para

el Santo Daime. Se reúnen para celebrar varios rituales en su central y vienen miembros desde todas partes de España. También irán los peces gordos, los mismos que han ocupado muchas horas de nuestras conversaciones durante los últimos meses.

Conocí a Carles por casualidad durante la pandemia. Mi interés por estos temas, a consecuencia de haberlo sufrido en el rol de familiar, hizo que llegara a los vídeos de Tamayo en el Palmar de Troya. Ver un contenido tan difícil de explicar sin caer en topicazos y con ese estilo tan «Tamayo» hizo que su trabajo me fascinara desde el primer momento. Decidí contactar con él. Desde entonces hemos hablado mucho sobre grupos coercitivos, personas afectadas, y, entre charlas y colaboraciones, ha surgido una buena amistad.

Y por ese motivo he acabado en el grupo «Family ❤». No era un grupo absurdo como pensé cuando llegaron los primeros mensajes, todo lo contrario. Lo que sí lo era es imaginar a todos los que estábamos en ese momento pegados al móvil sin saber muy bien para qué estábamos ahí.

«Es el último retiro al que iría, aunque no sé si hacerlo porque ya tengo mucho material para los reportajes», me dijo Tamayo hace unas semanas cuando nos enteramos de que se celebraría este evento nacional.

Y sin avisar —cosa que tampoco me extraña— nos agrega a un grupo de WhatsApp para decirnos que somos su salvoconducto y que está llegando al lugar del retiro. Sí, todo muy Tamayo.

Cruzamos unos cuantos mensajes en el grupo, nos presentamos y aún agregan a alguien más —pensando que tenemos tiempo para hablar—, pero Tamayo comparte la ubicación a tiempo real y la bolita se detiene en una casa de campo en medio de la nada.

—Ya estoy entrando. Hasta luego.

Así, sin anestesia.

Se genera una calma tensa y alguien escribe algo para romper el hielo, como si, ignorando el riesgo, este se desvaneciera.

«Carles está escribiendo…».

—Me han pillado.

Será una broma.

Varios integrantes del grupo lo escriben, pero no lo es. La bolita de la ubicación a tiempo real se mueve a gran velocidad por medio de la sierra.

Intentamos coordinarnos y no colapsar el teléfono de Tamayo llamándole todos a la vez. Al final, todos los que estábamos ahí era porque Carles pensó que podíamos aportar algo, y sí, así fue en el momento de mayor tensión.

Los minutos no pasan en el reloj, no sabemos nada más desde ese mensaje en el grupo. Mi móvil suena:

¡Es Tamayo! Está supernervioso, la cobertura no es buena y casi no lo puedo entender.

—¡Llama a la inspectora de policía! Me han pillado… Me persiguen… Estoy en el coche de una familia… He salido corriendo… Me han robado la cantimplora… ¿Adónde voy?

Lo demás fueron palabras entrecortadas y ruidos raros.

A partir de ahí, todo derivó en una ida y venida de mensajes y llamadas entre todos los que estábamos en el grupo, la policía y Tamayo.

Jamás olvidaré esa tarde. La angustia que sentí al recibir esa llamada de Carles intentando no asustar a las personas que lo habían recogido en el coche y, a la vez, con la voz entrecortada y

pidiendo ayuda. Creo que es la primera vez que le he visto fuera de control y he sentido que estaba en peligro inminente.

Nunca había pasado esto. Con la cantidad de veces que lo habíamos hablado —«¿Te imaginas que te reconocen?»—. Pero no era lo mismo en nuestras cabezas que ahora. No se siente igual.

Por unos segundos me invade una sensación que ya había experimentado antes. Esa mezcla de desasosiego, urgencia e irrealidad —que roza lo absurdo— sabiendo que tienes que pedir ayuda resumiendo en cuatro frases lo que lleva sucediendo meses.

Durante la llamada a la inspectora, siento una mezcla de nerviosismo y esperanza. Vuelan en mi cabeza los recuerdos y crece la angustia fruto de lo vivido años atrás. Sentimientos que he visto cómo se repiten en otras familias afectadas por este tipo de grupos, en cada intento de recuperar la relación con su familiar captado. Poco importa en estas situaciones el nombre del grupo responsable, siempre hay un denominador común: el abuso y la manipulación que rompen familias y generan grandes daños y sufrimiento en las personas que los padecen.

Tras el huracán de sentimientos que provoca conocer de cerca esta realidad, cuando el caso de mi familia se resuelve (con final feliz), comienzan a llegar mensajes a través de redes sociales:

«Creo que mi familiar ha sido captado por una secta. ¿Qué puedo hacer? No sé a quién acudir. No entiendo nada».

«Todo vuelve a empezar. ¿Cómo mirar hacia otro lado?».

Por el camino, he conocido a muchas personas que llevan a sus espaldas años de experiencia, bien como familiares, amigos o afectados directos. Cada uno con su propio viacrucis, con sus ensayos, errores y aciertos. En muchos de nosotros surge la

necesidad de que algo de esa experiencia sirva para mitigar el dolor de otros. No servirán las mismas pautas, pero si algo sabemos bien es lo mal que se pasa y la impotencia que se siente. Compartir experiencias con alguien que ha sufrido algo similar alivia y reconforta.

Así surge la idea de fundar AFISE (Asociación de apoyo a afectados e información sobre sectas). Una asociación que estaría formada por personas afectadas y asesoradas por profesionales expertos en la problemática. El objetivo: acompañar y facilitar un poco el camino a los que se topan con este tipo de abusos grupales.

Somos un grupo de personas que, ya sea como familiares o por haber estado en un grupo, tenemos una experiencia personal vinculada con el fenómeno de las sectas. Creemos que nuestro aprendizaje en ese proceso puede beneficiar a otras personas que estuviesen pasando por una situación similar.

Sabemos que, a pesar de las particularidades, hay patrones que se repiten en la mayoría de las situaciones relacionadas con este fenómeno. Esto pasa tanto en el caso de personas que han salido de un grupo o están saliendo, como en el caso de personas que tienen a un ser querido dentro. Dicho de manera muy resumida: la vida y el azar nos han forzado a hacer un máster en sectas. Y nos ha salido carísimo. La forma de sacar provecho de ese coste (y devolver parte de la ayuda que hemos recibido) es que nuestra experiencia beneficie a otras personas.

Uno de los culpables de que AFISE fuera posible fue Carles. En el momento que surgió la idea de crear la asociación, a mucha gente le pareció una gran idea. Cuando el proyecto fue tomando forma por

escrito y pasó de ser una idea a una posible realidad, comenzó el papeleo.

Para constituir la asociación son necesarios apoyos que conllevan responsabilidades, y ahí se complica la situación. Pero cuando estaba a punto de renunciar a la idea de fundar la asociación, Tamayo me hizo una pregunta sencilla: «¿Qué necesitas qué haga?». Así acabó siendo el primer secretario de AFISE, cargo que no le pega en absoluto pero que hizo posible que hoy AFISE sea una realidad.

Muchas veces, lo que hace posible una idea son las pequeñas acciones en el momento adecuado. Con ese no tan pequeño gesto, Carles hizo posible que la asociación fuera una realidad y que yo no abandonase la idea.

Por eso, a título personal le perdono los sustos que nos da, le agradezco los cables que nos echa y, sobre todo, valoro su amistad y su forma de ser. Y es que, ante una situación injusta, existen dos tipos de personas: las que se indignan y dicen «¡Alguien debería hacer algo!», y las que, a partir de esa indignación, intentan ser ese alguien.

¿Cómo una persona normal, como tú o como yo, acaba atrapada en una secta autodestructiva sin darse cuenta?



Este libro no se relata desde la distancia, sino desde dentro. Carles Tamayo, periodista e investigador especializado en meterse donde no lo llaman, cuenta en primera persona su inmersión en el universo de las sectas New Age, aquellas que utilizan drogas como la ayahuasca para atraer a sus seguidores bajo falsos pretextos terapéuticos. Espacios que prometen sanación, expansión de la consciencia y crecimiento espiritual, pero que esconden una realidad mucho más oscura: dinámicas de control, abuso emocional y un modelo de negocio disfrazado de iluminación. La investigación, basada en un exhaustivo trabajo de campo, está narrada con el característico tono crítico, directo e irónico de Carles Tamayo, en el que la angustia de una misión tan arriesgada se mezcla con la cercanía de un vlog confesional.

El dios alucinógeno es mucho más que una experiencia personal: es un manual para detectar las trampas del nuevo esoterismo que, disfrazado de ciencia y espiritualidad, arrastra a personas vulnerables que buscan respuestas, consuelo o simplemente un camino que dé sentido a su vida.

«Y cuando te das cuenta, ya es demasiado tarde. Estás dentro».

Sobre el autor

Me llamo Carles Tamayo, nací en Barcelona en 1995 y no soy escritor.

A lo largo de los últimos años me han presentado como youtuber, periodista, cineasta, productor, guionista o incluso influencer. Todas ellas etiquetas distintas para un mismo oficio, con una diferencia clara respecto a la escritura: mi trabajo no termina en el texto, sino en una pieza audiovisual.

Empecé realizando reportajes en mi canal de YouTube TAMAYO, donde he dado voz a personas en situación de vulnerabilidad: víctimas de sectas, estafas, abusos o conflictos armados.

En 2024 estrené *Cómo cazar a un monstruo* (Prime Video), una investigación que reveló cómo un pederasta condenado seguía en libertad. El proyecto fue reconocido con el Premio Ondas y el Premio Iris a mejor serie documental y contribuyó a que se hiciera justicia. Desde entonces he seguido denunciando estafas y abusos en programas como *Caiga quien caiga* (Telecinco) y *Futuro imperfecto*, de Andreu Buenafuente (RTVE).

Ese mismo año fundé mi propia productora, Grábalo Todo S. L., desde donde desarrollamos contenidos de infoentretenimiento con vocación divulgadora, combinando periodismo, humor y pensamiento crítico. Actualmente estamos trabajando en varios proyectos —para la publicación de este libro puede que ya se hayan estrenado o puede que no, porque en televisión nunca se sabe—

como *Increïble, però fals* (3Cat), donde comparamos las estrategias de manipulación de vendehumos y magos, y *Se nos ha ido de las manos* (RTVE), donde investigamos temas que, como sociedad, hemos normalizado sin cuestionar, aunque se nos hayan ido claramente de las manos.

El dios alucinógeno (Plaza & Janés, 2026) es mi primer reportaje de investigación cuyo recorrido termina en un texto escrito. Pero si te apetece algo del todo distinto, también he escrito un cuento infantil que no tiene nada que ver con lo anterior: *Clara o la niña que no quería crecer* (RandomCómics, 2026), la historia de una niña que aprende a perder el miedo a hacerse mayor.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Carles Tamayo Rico
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Julio Numar (www.julionumar.com)
Fotografía de portada: fotomontaje con la foto del autor de noNna Studio e imágenes de Texturelabs

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03746-7

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El dios alucinógeno

1. La primera toma
2. Una secta
3. La nueva era
4. La integración
5. La historia de Carmen
6. Inner Mastery S. L.
7. El gurú
8. Entrevista a Cristian
9. ICEERS
10. El vuelo del águila I
11. El vuelo del águila II
12. Entrevista a Jorge
13. El Santo Daime
14. Cielo de la alianza I
15. Cielo de la alianza II
16. La historia de Susanna
17. Cielo de Juramidam
18. Cielo de San Juan

19. Soy un traidor

20. Cinco años después

Epílogo I Laura Merino

Epílogo II Noelia Bru

Sobre este libro

Sobre el Carles Tamayo

Créditos